

Programa de Doctorado:

Historia e invención de los Textos Literarios Hispánicos

Tesis doctoral:

La semilla del liberalismo.

**Política y literatura en torno a la actividad española del Congreso por la Libertad
de la Cultura (1958-1969)**

Jordi Amat

Directora y tutora de la tesis

Dra. Anna Caballé Masforroll

Sé que está de moda decir que gran parte de la historia escrita es mentira. Estoy dispuesto a creer que la historia es en su mayor parte inexacta y sesgada, pero lo peculiar de la época en que vivimos es la reuncia total a la idea de que la historia podría escribirse con arreglo a la verdad.

George Orwell, 1942.

Índice

INTRODUCCIÓN	11
OBJETIVOS Y METODOLOGÍA	21
PRIMERA PARTE. CREACIÓN DE LA RED DE JULIÁN GORKIN	25
CAPÍTULO 1. JULIÁN GORKIN, AGENTE INTELECTUAL Y FUNCIONARIO DE LA REVOLUCIÓN	26
1.1. De la Komintern al Comitè de Milicias Antifeixistes	26
1.2. Contactos internacionales: Victor Serge, Betram Wolfe, Jay Lovestone	30
1.3 La primera etapa del nuevo exilio de Gorkin (1939-1940) y sus contactos con la izquierda antiestalinista norteamericana	33
1.4 Llegada a Estados Unidos y colaboración activa en <i>Workers Age</i>	39
1.5 Asedio en México: el impacto del asesinato de Trotski	42
1.6 Relación con Victor Serge y reubicación intelectual	48
CAPÍTULO 2. DIMENSIONES CULTURALES DE LA GUERRA FRÍA	54
2.1. Temores europeos y análisis estadounidenses	54
2.2. Hacia la institucionalización de la Guerra Fría cultural: origen del Congreso por la Libertad de la Cultura (1950)	59
CAPÍTULO 3. RECUERDOS DE CONVERSOS: USOS IDEOLÓGICOS	

DEL RELATO MEMORIALÍSTICO	68
3.1. La llegada de Jesús Hernández a México	68
3.2. La gestión de la memoria en Julián Gorkin	70
3.3. Regreso a Europa: recuerdos de conversos antiestalinistas	74
CAPÍTULO 4. EL EXILIO LIBERAL BUSCA UNA ESPAÑA NUEVA	80
4.1. Victoria Kent: alternativa democrática propuesta desde <i>Ibérica</i>	81
4.2. La llamada de José Luis L. Aranguren al exilio intelectual desde el interior	85
4.3. Condiciones para el diálogo	89
4.4. <i>La muerte en las manos</i> , novela prologada por John Dos Passos	92
SEGUNDA PARTE. NUEVOS FUNDAMENTOS PARA	
LA TRADICIÓN LIBERAL	97
CAPÍTULO 1. LA EVOLUCIÓN DE DIONISIO RIDRUEJO Y SU	
CÍRCULO INTELECTUAL FALANGISTA	98
1.1. El hombre entero como metáfora de la transmutación moral	101
1.2. Poesía espiritual de 1949	104
1.3. Del “hombre entero” al “español entero”: el modelo comprensivo como	
evolución de lo poético a lo intelectual	110
1.4. La conferencia de 1955: una transcripción desconocida	114
1.5. Primera presencia en el exilio	118

CAPÍTULO 2. AGITACIÓN POÉTICA E INFILTRACIÓN COMUNISTA	120
2.1. Poesía y protesta en la Universidad de Madrid	122
2.2. Los sucesos de febrero del 56 y una versión desconocida del informe de Dionisio Ridruejo	127
CAPÍTULO 3. PRIMEROS CONTACTOS DE LA JOVEN OPOSICIÓN Y EL REPUBLICANISMO EXILIADO	137
3.1. Un cambio de óptica desde el exterior	137
3.2. Contactos clandestinos y entrevistas públicas	140
3.3. La voz de la oposición liberal en el exilio	148
CAPÍTULO 4. DISEÑO IDEOLÓGICO Y PRIMERAS APROXIMACIONES DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA EN ESPAÑA	153
4.1. Análisis del informe “Les activites communistes en Espagne” de Gorkin	153
4.2. Bogdan Raditsa en la prensa progresista estadounidense	157
4.3. Nuevos alfiles de la actividad española del Congreso	160
4.4. Entre el Colliure de Machado y el europeísmo de Lourmarin	163
CAPÍTULO 5. CENTRO DE ESTUDIOS Y DOCUMENTACIÓN DE PARÍS Y COMISIÓN ESPAÑOLA DEL COMITÉ D’ECRIVAINS	174
5.1. Entre la cultura y la política	174
5.2. De Copenhague a Madrid: el Comité d’Écrivains et d’Éditeurs	180

CAPÍTULO 6. EL EUROPEÍSMO DEMOCRÁTICO COMO	
ALTERNATIVA DE FUTURO	188
6.1. Los estrechos límites de la libertad de expresión: la polémica Bergamín, Ridruejo, Luca de Tena	188
6.2. El uso del pasado: <i>España, primer ensayo de democracia popular</i>	196
6.3. Nueva fase de la Guerra Fría: una polémica entre Gorkin y Ferrater Mora	204
TERCERA PARTE. DISCURSO INTELECTUAL Y ACCIÓN	
DE LA OPOSICIÓN LIBERAL	22;
CAPÍTULO 1. ORÍGENES INTELECTUALES, ESTRATEGIAS	
POLÍTICAS Y CONSECUENCIAS DEL CONTUBERNIO DE MÚNICH	213
1.1. El Coloquio <i>Soluciones Occidentales a los problemas de nuestro tiempo</i> : una transcripción fragmentaria e inédita	212
1.2. <i>Escrito en España</i> : el ensayo de referencia	215
1.3. Múnich como hito y plenitud de Dionisio Ridruejo	221
CAPÍTULO 2. DESPUÉS DE MÚNICH: EL SEMINARIO	
INTERNACIONAL SOBRE REALISMO Y REALIDAD EN LA	
LITERATURA CONTEMPORÁNEA	229
2.1. Un nuevo secretario: Pablo Martí Zaro	229
2.2. <i>Realismo y Realidad en la Literatura Contemporánea</i> : planteamiento estético y cuestionamiento político	233
2.3. Realismo socialista versus nouveau roman	242
2.4. La venganza de Julián Gorkin	246

CAPÍTULO 3. LOS COLOQUIOS CATALUÑA-CASTILLA	250
3.1. Marià Manent como ideólogo en la sombra del proyecto	250
3.2. El Coloquio de L’Ametlla: una transcripción inédita	255
3.3. El Coloquio de Toledo y la incorporación de Tierno Galván	260
CAPÍTULO 4. LA REVISTA <i>MAÑANA</i> . <i>TRIBUNA DEMOCRÁTICA</i> : UNA PLATAFORMA INTELECTUAL	267
4.1. La reubicación profesional de Julián Gorkin	267
4.2. Logística para una revista legal y clandestina	270
CAPÍTULO 5. LA CRISIS DEL COMITÉ D’ÉCRIVAINS Y EL ESCÁNDALO DE LA CIA	279
5.1. La creación de Seminarios y Ediciones	279
5.2. El impacto del escándalo de la CIA en la comisión española	285
5.3. El principio del fin: la crisis de <i>Mañana</i>	289
5.4. Análisis del último número de <i>Mañana</i>	296
5.5. Epílogo y memorias de Julián Gorkin	302
5.6. La Comisión Española: de think tank a editorial	305
5.7. Primer epílogo de Dionisio Ridruejo	312
CONCLUSIONES	319
FUENTES DOCUMENTALES	325

INTRODUCCIÓN

La refundación de una cultura política democrática en España y durante el franquismo es un proceso largo, complejo y ambiguo. Tras una fase de destrucción de la democracia en España (para decirlo con el título clásico de Paul Preston, 1978) a lo largo de la Segunda República y después de su colapso radical durante la Guerra Civil, la tradición del liberalismo quedó arruinada y casi destruida. No fue un fenómeno únicamente español. La crisis del estado liberal, intensificada tras la Primera Guerra Mundial y la Revolución Soviética de 1917, se extremó con los ascensos de los totalitarismos, la debilidad de las alternativas democráticas forjadas durante el período de entreguerras y se hundió de manera brutal con la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial. Pero tras aquella escalofriante guerra entre los ejércitos aliados y los del eje se trabajó para reconstruir una cultura política democrática. Esta reconstrucción es indesligable del clima de Guerra Fría que empezó a consolidarse tras el interludio infernal (lo ha descrito Keith Lowe, 2012) de la primera postguerra. Aquella nueva coyuntura también impactó en el campo ideológico, intelectual y cultural de la oposición antifranquista y, al mismo tiempo, en parte de los intelectuales orgánicos del régimen que, distanciándose de su medula (uso aquí la expresión de Nicolás Sesma, 2009), pretendían repensar su misión para reubicarse y tratar de fundamentar una nueva hegemonía intelectual.

Esta tesis doctoral intenta documentar y estudiar cómo unos y otros –la oposición que encarnaba el exilio republicano histórico y el grupo de intelectuales y académicos nutridos en el sistema cultural franquista– establecieron lazos de comunicación y complicidad para crear así, en circunstancias de opresión, censura y represión, una potente red intelectual desde la cual pudo reactivarse un pensamiento liberal. No un liberalismo codificado como lo venía siendo sobre todo desde el siglo XIX sino adaptado a las nuevas coordenadas y definible según los parámetros apuntados por Tony Judt en *Pensar el siglo XX* (2012, 281-284) Sostiene Judt que el verdadero debate que se produjo tras la Segunda Guerra Mundial no fue entre derechas e izquierdas sino que se desarrolló dentro de la misma izquierda: entre socialdemócratas o demócratacristianos de izquierdas y los comunistas con sus compañeros de viaje. O, en cualquier caso, entre intelectuales que se definían esencialmente por su impugnación de los regímenes autoritarios y aquellos que apostaban por el comunismo como mejor

programa de transformación social (éstos últimos, en el caso francés, son los que protagonizan *Pasado imperfecto* –con Sartre, Mounier y Beauvoir a la cabeza- mientras que a los primeros –entre los que destacan Camus, Aron y Blum- les dedicó el mismo Tony Judt *El peso de la responsabilidad*) (2007 y 2014).

El caso español no encaja exactamente en el mismo modelo ni probablemente el enfoque más productivo sea el de un debate dentro de la izquierda. Propongo como hipótesis de trabajo una adaptación de ese esquema según el cual la oposición intelectual compartía objetivos –la impugnación de las bases morales e ideológicas del franquismo– pero ofrecía dos respuestas distintas: en un caso la alternativa planteada era la democrática y, en otro, al menos en el plano discursivo, la comunista. Esta tesis la protagonizan los hombres –poquísimas mujeres aún, debe ser subrayado, con la única excepción de Victoria Kent en Nueva York– y las palabras de la alternativa democrática, decantada hacia posiciones socialdemócratas, pero no olvida que dicha alternativa se substanció también en competencia, tensión u oposición con la formulada por escritores, artistas e intelectuales del Partido Comunista o de su órbita.

Esta tesis doctoral, dicho con otras palabras, apuesta por reconstruir un episodio poco conocido o mal conocido o incluso demasiado mixtificado de nuestra prehistoria democrática. Sus protagonistas son intelectuales u hombres de letras que escribieron ensayos, artículos, textos de crítica literaria o incluso novelas para dar cuerpo a la alternativa con la que se comprometieron. No eran políticos porque su acción no se encuadraba esencialmente a partir de su hipotética militancia partidista aunque asumieron compromisos políticos. No eran políticos pero su acción y su reflexión, desde el campo de la estética, el ensayo o el periodismo, podrían haber actuado como un substitutorio a través del cual pretendieron fundamentar la ansiada ciudad democrática. Y precisamente porque no eran políticos aquel legado apenas fue incorporado a los estudios pioneros sobre el antifranquismo político –pienso en la monografía clásica de Javier Tusell de 1977 o en la crónica de Jauregui y Vega de 1983 y 1984 (en la primera Julián Gorkin, protagonista de esta tesis, aparece sólo mencionado en dos ocasiones y en la segunda ni una sola- (Tusell 2012 / Jauregui y Vega, 2007)– lo que, a mí entender, limita la comprensión de ese largo, complejo y ambiguo proceso de refundación ideológica.

Mi hipótesis es que el legado de los intelectuales debería formar parte de la comprensión de ese período porque su papel en la reconstrucción de una cultura política democrática fue, como mínimo, más que relevante. Dicho legado cuenta con estudios académicos de referencia, empezando por una aproximación pionera escrita en el exilio y que se publicó, precisamente, en una de las revistas que es objeto de estudio en esta tesis. Fue en enero de 1966, en las páginas centrales de *Mañana. Tribuna democrática*, cuando Juan Marichal publicó la primera de las tres entregas de “El nuevo pensamiento contemporáneo” y allí describió los nombres y las ideas de los nuevos ensayistas políticos que habían ido madurando a lo largo de la postguerra franquista¹. No fue estéril ese enfoque, por supuesto, pero nunca cobró una entidad suficiente la reconstrucción de esa razón democrática en los estudios posteriores hasta tiempos más recientes. Elías Díaz (1974 y 1990) integró en su vasto panorama sobre el pensamiento español bajo el franquismo numerosos ingredientes intermedios, de autocrítica católica, de atisbos liberales, como lo hicieron en formas más dispersas tanto José Luis Abellán (1971 y 2000) como, sobre todo, José-Carlos Mainer (1994, 2003, 2014) en artículos y contribuciones casi siempre seminales. Lo fue también el intento de reconstruir el trasfondo intelectual y ético de una oposición cultural que no era sólo comunista en estudios de Shirley Mangini (1987), de Laureano Bonet (1988 y 1994) o Jordi Gracia (2004 y 2006). Las numerosas pistas y enlaces que estos estudios propiciaban están en la base del intento de dotar de una coherencia articulada a un sector intelectual y político de la oposición al franquismo demasiado desdibujado o fragmentario.

No había sido la línea dominante en la historiografía de la cultura durante el franquismo. Desde la consolidación, a principios de la década de los sesenta del pasado siglo, de “un fuerte núcleo de intelectuales marxistas, hasta el punto de constituir toda una intelectualidad” (Juliá 2004, 309), lo más habitual ha sido perpetuar una dicotomía reduccionista entre cultura franquista y cultura comunista. Es una disfunción que, creo, condiciona aún la comprensión de las raíces del presente (para decirlo, ahora, con expresión afortunada de Javier Cercas a propósito de *La resistencia silenciosa* de Gracia).

¹ La serie de tres artículos Marichal la publicó primero en los números de enero, febrero y marzo de 1966 en la revista *Mañana. Tribuna Democrática*. Pudo leerse ese mismo año en edición mejicana de Finisterre, pero su versión más accesible es en el misceláneo *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política* de 1995 en Taurus.

El marco conceptual en el que se inscribe mi estudio es el definido por uno de sus actores secundarios y al mismo tiempo uno de sus principales reivindicadores, José Vidal-Beneyto: “la memoria democrática se centra en la anamnesis de la lucha por las libertades bajo el franquismo, en el relato de las acciones en que consistió y en la presentación de los actores que la protagonizaron” (2007, 11). Aquí se intenta relatar los orígenes, el desarrollo y la crisis de varias luchas intelectuales cuyo elemento aglutinador es su vinculación a la red del nuevo pensamiento liberal. Mi hipótesis es que esa red, cuyos trabajos para empezar a tejerla debieron empezar en el tramo central de la primera mitad de la década de los cincuenta, pudo sustanciarse desde finales de esa década a través de distintas plataformas del Congreso por la Libertad de la Cultura.

El Congreso por la Libertad de la Cultura es un organismo que fue presentado en público el año 1950 y significativamente en Berlín. Su sede legal era Ginebra, pero su centro de operaciones estaba en París. Ideada a finales de la década de los cuarenta, era una institución de promoción de cultura liberal y anticomunista que nació como una operación encubierta de la Inteligencia norteamericana., como fue desvelado, con notable escándalo, entre los años 1966 y 1967. Para que dicha institución pudiese muscular aquella red de la oposición española era necesario que estableciese una relación estable con una figura de la oposición del interior. La más estable fue la que mantuvieron Julián Gorkin –funcionario del Congreso desde 1953- con Dionisio Ridruejo. Esta relación, apenas conocida, hizo confluir en un mismo proyecto y una misma esperanza a dos propagandistas cuyo origen era la radicalidad ideológica de preguerra –del marxismo revolucionario, del falangismo puro- pero que acabaron reconvertidos en liberales de la Guerra Fría (los liberales socialdemócratas que Judt vincula al Congreso por la Libertad de la Cultura).

Entre París y Madrid, en especial entre 1959 y 1966, el Congreso actuó como placenta de maduración de varios equipos que compartían recursos y objetivos: acabar con el franquismo y, a través de la elaboración y difusión de pensamiento democrático, proponer una solución a la sociedad española que la hiciese homologable a la de las democracias europeas. Este esquema de trabajo era compartido por las dos plataformas más destacadas del europeísmo español: la Asociación Española de Cooperación Europea –donde brujuleaba Vidal Beneyto desde mediados de los cincuenta- y el Comité Federal Español del Movimiento Europeo (un organismo, el Movimiento Europeo, que, como el Congreso, contó desde sus orígenes con financiación opaca

norteamericana). Fue de los contactos entre estas tres plataformas –los organismos españoles del Congreso, la AECE y el Consejo Federal- de donde surgió la idea y la acción de la reunión de los europeístas antifranquistas de junio de 1962: el clímax de la oposición política e intelectual democrática a la dictadura, punto de inflexión en el relato que se elabora en esta tesis.

Pero el “Contubernio de Múnich” no aparece mencionado ni en uno de los estudios clásicos sobre el Congreso por la Libertad de la Cultura. En realidad España ha estado muy ausente en la historiografía que analiza este episodio de la Guerra Fría Cultural. En el libro de Peter Coleman *The liberal conspiracy* (1989) se resume la actividad de varios comités nacionales europeos (141-147), pero España no aparece mencionada ni tampoco se subraya el peso de los temas españoles en la revista *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* que Gorkin puso en marcha en 1953 junto a Ignacio Iglesias. Tampoco aparece el caso español en el gran reportaje sobre el Congreso que es *La CIA y la guerra fría cultural* de Francis Stonor Saunders, cuya primera edición inglesa es de 1999 y su primera traducción española de 2001. En el libro, Stonor se refiere a Gorkin pero únicamente para subrayar su colaboración para evitar que hacia mediados de 1960 le fuese concedido el Premio Nobel a Pablo Neruda (2001, 483-488), obviando, por ejemplo, que el caso Neruda había sido usado ya en 1957 por Gorkin para denunciar el peligro de la posible infiltración comunista en España a través de la literatura. Y España también es un vacío en las valiosas monografías de Giles Scott-Smith: ni en su estudio *The politics of apolitics culture* de 2002 ni el colectivo *The Cultural Cold War in Western Europe (1945-1960)* que Scott-Smith editó en 2003 junto a Hans Krabbendam.

La excepción, muy valiosa, fue la de Pierre Grémion en *Intelligence de l'anticommunisme* de 1995. En el capítulo donde describe la mutación del Congreso tras destaparse sus vinculaciones originarias con la CIA, Grémion dedica unas 7 páginas a la comisión española (1995, 487-493). Aunque apenas destaca el papel de Gorkin, del que no era fácil seguir el rastro porque el Centro de Estudios y Documentación (activo desde 1959) funcionaba a la sombra del Congreso, sí subraya la importancia de Múnich e identifica a tres de los personajes claves: Pierre Emmanuel, Dionisio Ridruejo y Pablo Martí Zaro. Algunos años después de publicar su estudio, Grémion publicó una antología de la revista *Preuves* con un magnífico prólogo y un epílogo no menos interesante escrito por François Bondy, figura clave del Congreso también en relación

con su actividad española. Este segundo libro de Grémion abrió otro camino en las investigaciones sobre una de las ramificaciones del Congreso: el análisis específico de una de sus revistas. Es lo que hizo Vandem con *Cadernos Brasileiros* (1997) y también Glondys, especialmente en su tesina (2007) pero también en su tesis (2010) y el libro resultante (2012), al que luego volveré con más detalle para destacar sus grandes méritos y señalar mis discrepancias.

Pero describir la relación entre el activismo antifranquista y el Congreso por la Libertad de la Cultura no ha sido tarea fácil. Durante años hubo algunas pistas diseminadas. La primera, igual que en el caso de Marichal que citaba al principio, amparada por las propias plataformas españolas del Congreso. Cuando el comité antifranquista de Madrid hacía entrada ya en su etapa crítica, Josep Maria Castellet –que había sido su primer secretario- solicitó a sus compañeros una ayuda extraordinaria: una beca al periodista Sergio Vilar para que terminase su estudio *Protagonistas de la España Democrática. La oposición a la dictadura (1939-1969)*. Se la concedieron y luego lo lamentarían. Elaborado entre 1966 y 1967 buena parte del libro lo constituían entrevistas a figuras de dicha oposición, personalidades que al descubrir sus ideas impresas en un libro con su nombre y apellidos se disgustaron profundamente con su autor al pensar que había burlado un necesario *off the record* en aquellas circunstancias de represión. Fue allí donde pudo leerse este testimonio de Pablo Martí Zaro, rememorando su peripecia tras haber asistido al Contubernio de Múnich. “El Congreso fue el único organismo que nos prestó ayuda a los exiliados de aquella hornada, y nos dio trabajo. Yo hice algunas cosas para la radio y la televisión francesa y también trabajé mucho en un informe sobre la situación laboral y la seguridad social en España” (Vilar 1968, 503). Y justo después el lector podía saber que Martí Zaro era delegado de las actividades del Congreso en España junto a José Luis L. Aranguren, Enrique Tierno Galván, Josep Maria Castellet, Pedro Laín Entralgo o Antonio Buero Vallejo. Pudo saber también que habían organizado seminarios (sobre la estética del realismo, sobre la plurinacionalidad del Estado y su articulación en democracia) y que concedían becas para libros y para viajar. En síntesis, esta era su actividad. Pero pasarían muchos años antes de que fuese inventariada, estudiada, reivindicada o inscrita en su contexto.

Tal vez aquel episodio cayó en el olvido porque quienes estuvieron más asociados a él, toda vez que sus trayectorias habían quedado circunscritas a él, cayeron en un sólido ostracismo. Es el caso de Julián Gorkin y Pablo Martí Zaro. Y, además,

ellos fueron de los primeros en poner en valor aquel legado que se habían empeñado en construir. Gorkin lo hizo en su colaboración al volumen de homenaje *Dionisio Ridruejo. De la Falange a la oposición* (1976), relatando la relación que estableció con Ridruejo tras Múnich, y lo sintetizó a grandes rasgos en su artículo de defensa, “Santiago Carrillo y mis negocios con la CIA” (*El País*, 17/VI/1979). También en *El País* Pablo Martí Zaro, cuando ya había perdido toda la confianza de los miembros del comité y de los círculos de Ridruejo, ya fallecido, telegrafió las líneas maestras de la actividad de la comisión española en el artículo de homenaje “Una deuda pendiente con Pierre Emmanuel” (6/X/1984). Por entonces Josep Maria Castellet, en un coloquio organizado en 1981, ya había realizado su primera aproximación a las tareas del comité, centrándose en los Coloquios Cataluña – Castilla (1983)². Y otra vez Castellet, en 1988, amplió el relato sobre su vinculación con el comité antifranquista retratando a José Luis L. Aranguren y a Mary McCarthy. En *Els escenaris de la memòria* –uno de los grandes títulos del memorialismo español contemporáneo-, Castellet habló de la reunión de Lourmarin de 1959 y de dos aspectos claves del *Seminario Internacional sobre Realismo y Realidad en la Literatura Contemporánea*: la polémica con José Bergamín y la discusión con McCarthy sobre la novela y el realismo socialista; también sintetizó la historia del comité (1995, 213-215), como a él aludieron por aquellos años en forma dispersa y casi testimonial tanto Julián Marías como José Luis Cano o José Luis López Aranguren. Castellet también estuvo implicado en el mejor relato existente sobre el Centro de Estudios y Documentación de Gorkin porque fue él quien prólogo las memorias de Francesc Ferreras, *Gosar no mentir* (1994). También a través de Castellet se escribió la que por entonces era el mejor resumen (y el más documentado) de la actividad del comité antifranquista. Lo hizo Teresa Muñoz al narrar una parte de su actividad en el mundo intelectual de la Europa de los sesenta, en la biografía *Josep M. Castellet. Retrat de personatge en grup* (2006).

Cuando Muñoz publicó la biografía, Jordi Gracia ya tenía en marcha su investigación sobre Dionisio Ridruejo y Olga Glondys la suya sobre la relación del exilio republicano español y el Congreso por la Libertad de la Cultura. Han sido Gracia y Glondys quienes mejor han reconstruido este episodio. Gracia aportó materiales en su edición de las cartas de Ridruejo que tituló *El valor de la disidencia* (2007), en *La vida*

² A dicho asunto Albert Manent dedicó 4 páginas en la biografía que dedicó a su padre, el poeta Marià Manent (1995).

rescatada de Dionisio Ridruejo (2008) supo biografar al Ridruejo del exilio en París conectado con Gorkin, en *A la intemperie* (2010) inscribió aquella actividad con una interpretación heterodoxa del exilio cultural, pero fue sobre todo en su prólogo a *Escrito en España* (2008) donde reconstruyó cómo la figura de Ridruejo se internacionalizó a partir de 1956 como referente de la oposición intelectual a través, en buena parte, de las circuitos de revistas y periódicos del liberalismo europeo y norteamericano de postguerra.

En 2007 Olga Glondys leyó su trabajo de investigación básicamente centrado en el estudio de la primera época de *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, pero en su análisis ya mostraba el fascinante acopio de documentación que estaba realizando (gracias a la consulta de diversos archivos, incluidos archivos norteamericanos). El resultado de su investigación, que aún sigue dando frutos, fue su tesis doctoral *Guerra Fría Cultural y exilio republicano español. El caso de Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* (que dos años después reelaboraba en libro, 2012). Ha sido Glondys quien ha descrito, con mayor precisión que cualquier otro investigador, los distintos niveles de organización de aquella institución clave y de funcionamiento opaco. Sin su investigación, igual que en el caso de la de Gracia, no habría logrado escribir esta tesis. Pero discrepo profundamente de la interpretación que Glondys hace de la actividad española del Congreso. Porque ella entiende que la labor de Gorkin acabó por desnaturalizar la legitimidad republicana en el marco de los debates sobre el fin de las ideologías y que aquel vaciado ideológico, al fin, habría allanado el camino para que fuese el reformismo franquista el que pilotase la Transición de la dictadura a la democracia. Pero aceptar dicho razonamiento obligaría a obviar que esa legitimidad, fundada en un contexto geopolítico que había desaparecido, podía volver a ser operativa y esa creo que es una ucronía que impide comprender este episodio en la ambigüedad a la que forzaba el franquismo. Mi clave explicativa es la ubicación del proceso que tiene Múnich como cénit en la refundación de una cultura democrática en el marco del momento socialdemócrata de postguerra y la adaptación a esas nuevas coordenadas de un liberalismo de nuevo cuño.

Realizar dicho ejercicio demanda impugnar el texto que, creo, bloquea el análisis desprejuiciado de la trayectoria de Julián Gorkin y con él de toda la labor española desarrollada por el Congreso por la Libertad de la Cultura (y me atrevo a plantear, como hipótesis, que obtura también la posibilidad de rehabilitar una parte substancial de la

memoria democrática tal como la define Vidal Beneyto). Me refiero al ensayo “*The Grand Camouflage: Julián Gorkin, Burnet Bolloten and the Spanish Civil War*” que Herbert Southworth –un patriarca de los estudios sobre la Guerra Civil Española, casi un brigadista de la historiografía (como mostró Paul Preston en el retrato espléndido que le dedicó, 2008)- dio a conocer en 1996 (2008). Si a la altura de 1962 Gorkin, tras su viaje a los Estados Unidos con Ridruejo, podía ser considerado por el sindicalismo hegemónico en el país como “el oficial más importante de la oposición” (McDermott 2006, 966), ¿cómo puede haber desaparecido de la memoria democrática? El artículo de Southworth, muy documentado pero usando interesadamente fechas y documentos, concluye que el presuntamente relato mixtificado de la guerra civil que Gorkin promovió con los libros de los comunistas conversos se incrustó en la explicación de la guerra que fue elaborando Burnet Bolloten. Southworth considera ese libro como “un ataque a gran escala contra todos los movimientos de resistencia en Europa” (2008, 640). ¿Cómo acercarse a un personaje con esa carga indigna sobre sus espaldas? La condena dictada contra Gorkin es implacable: “el libro de Bolloten, en sus tres variantes, fue la obra maestra de la labor encubierta de Gorkin para la CIA” (2008, 636). La obra maestra de Gorkin, pues, no podía ser más pérfida: en la sombra, mixtificando el relato de la guerra civil española, había tratado de minar las bases de la epopeya de la resistencia antifascista. Porque al denunciar de manera interesada el papel de los comunistas como sabotadores de la revolución, les negaba su papel central en el combate contra el fascismo. Era, para Southworth, un acto de deshonestidad. Por tanto si esta había sido su obra maestra, y no podía ser más pérfida e inmoral, más valía no profundizar más en un personaje tan nefasto.

Para salir de ese bucle era necesario tratar de comprender por qué Gorkin actuó como lo hizo y, a partir de aquí, volver a pensar la refundación de la cultura democrática española. La tesis aspira a reconstruir el entramado personal e institucional que hizo crecer bajo el franquismo una conciencia democrática, fuera de las áreas de influencia franquista y comunista o filocomunista, y sin que nada llegue a hacer ni hegemónica ni siquiera influyente esa cuña liberal en medio del antifranquismo. Y sin embargo a menudo parece la primera semilla o la primera raíz de una democracia liberal, con tono socialdemócrata o socialcristiano, que sólo empezó a cuajar socialmente tras el final del franquismo y por supuesto tras el final de la etapa más dura de la Guerra Fría.

OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

El principal objetivo de la tesis es mostrar cómo el Congreso por la Libertad de la Cultura fue un agente determinante para la constitución de una red de oposición intelectual al franquismo que estaba en sintonía con la refundación de la cultura política que es paradigmática de la Europa democrática de postguerra.

Una red que empezó a coserse durante la segunda mitad de la década de los cincuenta. Uno de los hilos fuertes de esa red lo constituye la trayectoria como agitador ideológico de Julián Gorkin. Repensar su trayectoria a partir de 1939, tras su huida de la cárcel Modelo de Barcelona y el inicio de una nueva fase de su exilio casi perpetuo, es condición necesaria para que el relato que trato de construir en la tesis sea verosímil. Por ello un objetivo secundario de mi investigación ha sido rastrear la evolución intelectual de Gorkin, especialmente durante su exilio mexicano, conectada a la evolución que hacían otras figuras determinantes en su biografía como Victor Serge o Jay Lovestone. Es en función de esa evolución y de esos contactos que se comprende su tarea como impulsor de la escritura de recuerdos de dirigentes comunistas entre finales de la década de los cuarenta y principios de los cincuenta, tanto en México como ya en París, así como su rápida incorporación al proyecto de implantación del Congreso por la Libertad de la Cultura en América Latina.

El otro hilo fuerte de la red lo representa Dionisio Ridruejo. Un objetivo de la tesis, más allá de la discusión sobre el momento en el que Ridruejo dejó de sentirse falangista, ha sido indagar en la mutación que vivió el escritor siguiendo no tanto su articulismo ideológico sino más bien la reflexión sobre la poesía y el sujeto que fue elaborando junto a un grupo de poetas e intelectuales –los que se sentirían integrantes de la generación del 36 y que tuvieron su momento de afirmación grupal más intenso en 1949–. Fue su meditación sobre el “hombre entero” lo que para Ridruejo y los intelectuales incorporados al Ministerio Ruiz Giménez se convirtió en catapulta para fundamentar un nuevo discurso cultural e intelectual, que se convirtió en acción durante los Congresos de Poesía (lo estudié en *Las voces del diálogo*) (2007), que les permitía romper el cascarón autoritario en el que se habían formado y en el que habían adquirido posiciones de poder notabilísimo. El discurso sobre el “español entero”, que *de facto* pretendía incorporar a los españoles desgajados del cuerpo nacional (los poetas

catalanes, los exiliados republicanos), es el que fue recibido con interés por el exilio y es también al que estaba dando forma, en el plano del articulismo político pero también a través de la novela *La muerte en las manos*, Julián Gorkin.

Conseguidos estos dos objetivos se trataba de fijar el momento a partir del cual esos dos hilos fueron acercándose para ligarse y empezar a coser la red. El factor determinante para que eso ocurriera fueron los sucesos universitarios de 1956, interpretados desde parte del exilio republicano con esperanza pero también con temor por la posibilidad que las nuevas generaciones, al fracasar al proyecto de socialización franquista, acabasen, como consecuencia de la despolitización a la que estaban sometidos, vampirizados por el comunismo. La tesis trata de documentar cómo se establecieron contactos entre el viejo exilio y el antifranquismo nuevo y cómo se buscaron mecanismos para conocer la realidad española y actuar en consecuencia. Los artículos desconocidos de Bondy y Raditsa que doy a conocer y comento son, en este sentido, señal de la voluntad del nuevo liberalismo de postguerra de intervenir en España. El objetivo esencial de la tesis es fijar cómo esa intervención en España pudo llevarse a la práctica cuando se produjo la identificación entre nuevos liberales del interior y del exilio y presentar el europeísmo como elemento determinante en la maduración de una sintonía que ampararía, para generar pensamiento y acción, tanto el Congreso por la Libertad de la Cultura a través de la Comisión Española como el Centro de Estudios y Documentación de Gorkin y Farreras en París.

Una vez que haya sido capaz de visualizar la consolidación de esa red el siguiente objetivo que me planteo es determinar cuál fue su operatividad analizando algunos hitos concretos (Múnich 62, el ensayismo de Ridruejo, coloquios organizados en España o la génesis y activación de la revista *Mañana. Tribuna Democrática*). Y, finalmente, trato de exponer las causas en virtud de las cuales esa red dejó de ser operativa, con lo que aquella refundación ideológica que había cuajado a mediados de la década de los cincuenta, al cabo de una década destensándose hasta desfibrarse prácticamente por completo.

La metodología que he empleado para tratar de conseguir estos objetivos es la que aprendí durante mis años como becario FPU en la Unidad de Estudios Biográficos de la Universidad de Barcelona. Lo que singulariza dicho método es la consideración del

documento auto/biográfico como una fuente primaria utilísima para la elaboración de un discurso histórico que trate de mostrar aquello que no tenía visibilidad porque la circunstancia dictatorial y represiva lo impedía. Ya durante mis últimos años como estudiante de la licenciatura de Filología Hispánica empecé a familiarizarme con el tratamiento del documento autobiográfico conservado en archivo al catalogar el epistolario recibido por Guillermo Díaz-Plaja (un fondo documental depositado en el Archivo de la Memoria de la UEB). Especialmente una carta, pero también una entrada de diario o un recuerdo en un libro de memorias contrastado con otras fuentes pueden iluminar el sentido de unos textos públicos (en especial artículos en prensa periódica) que sin ese corpus privado no podría desentrañarse ya que su significado último permanecería vedado para el lector de entonces y de hoy. El documento autobiográfico actúa así como una linterna cuya luz, proyectada sobre el texto público en un contexto de falta de libertad, permite leer lo que había quedado en la sombra.

La primera tentativa de usar dicho método de base filológica para reconstruir episodios de la historia intelectual hispánica fue la crónica ensayística *Las voces del diálogo. Poesía y política en el medio siglo* (2007). Aquel libro formó mi método y determinó mi campo de investigación. Descubrí la crónica elaborada a partir de biografías cruzadas como el género que, sin romper con las exigencias formales y deontológicas de la academia, permitía pensar momentos, grupos o episodios que encadenados tramaban fragmentos evolución de la historia de la cultura y la ideología en la España contemporánea. La continuidad entre ese libro y esa tesis me parece evidente porque allí ya estudiaba uno de los escenarios que posibilitarían la refundación de una cultura democrática en España. Ya estaba Ridruejo y el hilo al que se religaba era Carles Riba gracias a la labor logística de Rafael Santos Torroella como secretario de los Congresos de Poesía de Segovia, Salamanca y Santiago de Compostela. El método usado ahora es en buena parte en mismo, pero aquí las fuentes documentales se han multiplicado y el marco temporal, geográfico y conceptual es infinitamente más amplio.

Buena parte de los materiales con lo que he trabajado para elaborar esta tesis son inéditos y los he acumulado y sistematizado tras años de investigación, leerlos y volverlos a releer para descubrir las conexiones que podía establecer mediante los datos que contenían. El grueso de este material lo obtuve en el Fondo de Dionisio Ridruejo del Centro Documental de la Memoria Histórica, buena parte me lo facilitó Albert

Manent (que me dio toda la documentación conservada por su padre como miembro de la comisión española del Congreso por la Libertad de la Cultura) y Elena Martí-Zaro posibilitó que obtuviese copia de una parte sustancial del Fondo documental de su padre que había sido donado al Archivo de la Fundación Pablo Iglesias y que aún estaba pendiente de catalogar. En otros archivos he obtenido documentación y algunos colegas de profesión –como Olga Glondys, Jordi Gracia o Domingo Ródenas- tuvieron la generosidad de darme a conocer papeles que ellos habían descubierto. El grueso del trabajo de hemeroteca lo hice en el Pavelló de la República de la Universitat de Barcelona, donde se conservan colecciones completas de *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* y el *Boletín Informativo*. También en el Pavelló de la República, estudiando el Fondo José María Valverde, obtuve información valiosa para esta tesis. Y no puedo dejar de consignar la facilidad con la que ahora puede accederse a través de la red a cantidades ingentes de información, a través de hemerotecas digitales –como la del diario *La Vanguardia* o *ABC*- y páginas webs en las que están volcados documentos inencontrables o estudios de los que no es fácil obtener noticia (pienso, concretamente, en la web de la Fundació Andreu Nin, en la Càtedra Ferrater Mora, el Fondo Manuel de Irujo y en *filosofía.org*, ésta última una verdadera mina para obtener información inesperada con el tema de estudio de esta tesis).

Primera parte.

Creación de la red de Julián Gorkin

1. Julián Gorkin, agente intelectual y funcionario de la revolución.

1.1. De la Komintern al Comitè de Milicies Antifeixistes

No le importaba tanto la derrota de la República de abril del 31 como el fracaso de la Revolución de julio del 36. No pensaba que uno de los factores causantes de la derrota de la democracia republicana había sido precisamente la utopía revolucionaria proletaria a la que él vivía entregado desde que prácticamente dejó la adolescencia. Pero es que también había colapsado ese modelo democrático surgido de las revoluciones liberales. Era un modelo de organización política que ya no sabía ni podía dar respuesta a problemáticas esenciales surgidas por la transformación de la sociedad que habían surgido como resultado de la evolución de esas mismas revoluciones de matriz ilustrada. El pacto de convivencia, si había existido, se había volatilizado. El principio del fin había sido la Primera Guerra Mundial y la única alternativa planteada como vía de salida para las masas fue la Revolución de 1917, que encendió la mecha de tantas esperanzas por entonces y para muchos durante tantos años. Esperanzas como la suya. Esperanzas que desembocarían en un desierto de miseria, en un infierno de sangre. Pero la caída en ese abismo era el final de una de sus vidas. Eso lo sabemos nosotros porque vinimos después y la reconstruimos desde otro tiempo que empieza a ya ser pasado. Pero para tratar de entenderlo sólo podemos intentar volver al origen.

Aunque cambiaría de identidad en varias ocasiones, el nombre real de Julián Gorkin era Julián Gómez García-Ribera. “Nació en plena huerta valenciana, en un molino convertido por su padre en taller de carpintero, en el primer año del siglo. Republicano en tiempos de Blasco Ibáñez, su padre habíase refugiado allí acosado por los reaccionarios saguntinos. Niño aún, Gorkin hubo de abandonar la escuela para ayudar a su padre en la carpintería. En su juventud conoció otros trabajos: dependiente y viajante de comercio, fotograbador, ayudante en un restaurante...”³. A los 17 años, según sus palabras, ya era secretario de la Juventud Socialista de Valencia y en 1921

³ Fragmento del texto de la solapa de la novela de Julián Gorkin, *La muerte en las manos. Novela del drama de España*, Claridad, 1956.

participaría en la creación del Partido Comunista, del que se convertiría en incansable propagandista usando el pseudónimo de Julián Gorkin (como homenaje a Máximo Gorki). Huyó de España para evitar un proceso antimilitarista y se exilió en París, dedicándose durante ocho años al proselitismo revolucionario como funcionario clandestino de la Komintern.

Esa, en cualquier caso, sería la versión que al cabo de casi medio siglo relató en sus memorias *El revolucionario profesional*, centradas en el relato de aquel período. Aunque en la solapa de *La muerte en las manos* afirmó que durante sus años como clandestino comunista viajó en más de una ocasión a la Unión Soviética, en las memorias solamente relata una: su ida a Moscú en 1925 para asistir a un Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Por entonces aún no se había cumplido el año de la muerte de Lenin y Stalin ya era el máximo dirigente de la Unión Soviética. Tampoco se habían cumplido dos años del golpe de estado militar del general Primo de Rivera, que tuvo como consecuencia la implantación en España de una dictadura militar avalada por el Rey Alfonso XIII. Y el comunista Gorkin estaba en Moscú, según contó muchísimo después, para tramar un magnicidio: asesinar a Primo de Rivera.

La idea se había esbozado semanas antes en una reunión celebrada en París a petición de Gorkin mismo. Tras otra crisis sufrida por la dirección del Partido Comunista español, se había optado por destinar a un miembro destacado del partido comunista francés a España para que se hiciese una composición de lugar de la situación que se había creado. El elegido fue Luis Sellier, que fue detenido al poco de llegar a Madrid. Su detención provocó una caída importante de cuadros comunistas españoles. Buscar una salida a esa situación fue lo que motivó la reunión a la que, junto con tres delegados del partido comunista español, asistieron personajes destacados del comunismo en Francia: el secretario general del partido Pierre Semard, el secretario general de las juventudes, un concejal parisiense y “August Klein” –uno de los sobrenombres (como Guralski) del veterano bolchevique Abraham Yakovlevich Heifetz–. Gorkin presentó un informe sobre la situación política en España –“recibida con expectación hacía apenas año y medio, la dictadura se había hecho profundamente impopular como expresión de las clases y castas reaccionarias del país”–, sus palabras fueron aprobadas, luego Klein le hizo unas preguntas sobre la personalidad de Primo de Rivera y al fin propuso un plan de actuación: “Hay que suprimir a Primo de Rivera. Estableced un plan de acción y sometédmelo cuanto antes” (1975, 119). A Gorkin le

parecía una empresa imposible y pidió que fuese discutida en el Comité Ejecutivo de la Internacional que debería celebrarse meses más tarde.

Por eso, Julián Gorkin estuvo en Moscú, en 1925, entre finales de marzo y principios del mes de abril. Pero a Moscú, durante días y según la versión de Gorkin, no acudió Klein. No volvería a hablarse de asesinar a Primo de Rivera. Y mejor no sacar el tema, le recomendó Pierre Semard. Mejor, siempre, el silencio. Ese fue el consejo que Gorkin iba recibiendo de unos y otros. Se estaba reestructurando en poder en el partido y lo mejor sería adaptarse a las nuevas coordenadas, que tenían la obediencia acrítica como conducta ejemplar. “Sigue mi consejo: cautela, mucha cautela”, le dijo Semard a Gorkin (1975, 152). Sus conversaciones con Andreu Nin en el Hotel Lux también actuarían como la semilla de una revelación. Aquel viaje a Moscú, cuando entrevió de lejos el puño de Stalin que siempre le obsesionaría, acabaría interpretándolo como el inicio de su crisis como militante. Pasó aún unos años ligado a la agitación prosoviética (con ramificaciones en el panorama literario español, como un peón más en el intento de consolidación de una narrativa social⁴), pero la incubación de su disidencia se completaría en 1929 cuando aún en París rompería públicamente con el comunismo, que no con la revolución proletaria. Desde entonces se convertiría en un antiestalinista activo. La plataforma que le permitió establecer relaciones con el mundo intelectual de izquierda fue, según sus palabras, la revista *Monde*, en cuya redacción habría trabajado. Por un tiempo vehicularía su tarea como agitador a través de la palabra: escribió teatro y narrativa, creó una agencia literaria, tradujo y editó a autores de izquierdas.

Volvió a España proclamada la Segunda República, episodio con el cual concluyen sus memorias (concretamente con la quema de conventos como preludeo de la futura tragedia). Entre 1931 y 1933 Gorkin colaboró con la editorial Zeus (en la que publicó sus primeros libros) y pronto reanudó una militancia revolucionaria: estuvo entre los fundadores de la federación levantina del Bloc Obrer i Camperol (BOC), el partido antiestalinista en el que por entonces militaban Joaquín Maurín, Jordi Arquer, Jaume Miravittles o Enrique Adroher *Gironella*. Participó en mítines, dio conferencias (el 1 de febrero de 1934 sobre “Literatura proletària i literatura burguesa”) y al poco formó parte de los creadores de la Alianza Obrera de Levante, una iniciativa del BOC

⁴ Lo apunta Domingo Ródenas en “Entre el hombre y la muchedumbre: la narrativa de los años treinta”, vinculándolo a colaboradores de la revista *Post-guerra* en la que entre 1927 y 1928 colaboraron intelectuales procedentes del obrerismo militante (como Gorkin o Juan Andrade) y publicistas como Joaquín Arderius, José Díaz Fernández o José Benegas. *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 647, p. 11.

que pretendía aglutinar a fuerzas obreristas para impulsar acciones revolucionarias y que tendría su mayor influencia en los sucesos de octubre de 1934 (especialmente en Asturias). Pero fue precisamente el fracaso de ese intento revolucionario y el inicio de un consiguiente proceso contra su partido lo que llevó de nuevo a Gorkin al exilio. Navegando sobre la ola de la radicalización política, regresó para participar en la creación del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), instalándose a partir de entonces, tras haber vivido un breve período en Valencia, en Barcelona, desde donde dirigiría *La Batalla*, el diario del partido.

Al POUM, liderado por Andreu Nin, se sumó el núcleo dirigente del BOC y Gorkin con ellos. A principios de 1936 el partido ratificó su integración al “Comité Internacional de los Partidos Socialistas y Comunistas independientes residente en Londres” (*La Vanguardia*, 11/1/1936), una asociación también conocida como el Buró de Londres (más adelante como el Centro Marxista Revolucionario Internacional) que marcaba distancias tanto de la III Internacional como de los partidos socialdemócratas. Al Buró de Londres estaban o estarían vinculados partidos minoritarios como, entre otros, el norteamericano Independent Communist Labor League de Jay Lovestone y Bertram Wolfe o el Parti socialiste ouvrier et paysan de Maurice Pivert y Michel Collinet, todos ellos personajes que habían roto con los Partidos Comunistas de sus respectivos países y que reencontraremos más adelante una que la relación de Gorkin con esos círculos duraría más de treinta años. Su amistad con Lovestone, que estaba dedicado políticamente al combate política con la clase obrera desde inicios de la segunda década del siglo (fue fundador de la Internacional Comunista y, como Gorkin, rompió con el partido en 1929), sería lo que hacía 1952 le permitiría incorporarse al Congreso por la Libertad de la Cultura. Pero para llegar a la Guerra Fría aún debían sufrirse dos trágicas guerras.

En enero de 1936, a pesar de su antiestalinismo, el POUM, se sumó a la plataforma electoral española republicana y obrerista que aplicaba la estrategia de los frentes populares que Stalin propuso durante el VII Congreso de la Tercera Internacional celebrado el verano de 1935 para combatir el ascenso del fascismo; la integración en el Frente Popular, en especial durante la guerra civil, sería públicamente criticada por Leon Trostsky. Al producirse la insurrección contra el legítimo gobierno republicano, la reacción de Gorkin fue clara: tratar de armar al pueblo para iniciar la revolución proletaria. No podía repetirse el error de octubre de 1934, diría el 6 de

septiembre en un mitin trascendente, no podía dejarse a la burguesía otra vez el control de la situación porque implicaría la derrota. La noche del 18 de julio, dijo, él acudió a centros oficiales pidiendo armas ya que las estaban esperando sus militantes en una sede del partido. No se las dieron. “Camaradas y amigos”, proclamó en el mitin, “afortunadamente ni nuestro partido, ni la Confederación Nacional del Trabajo, ni ninguna otra organización proletaria con responsabilidad de clase, siguió aquellos absurdos consejos que la pequeña burguesía timorata nos daba en la noche que podía ser decisiva para la revolución en España y en Cataluña. Aquella misma noche sacamos de donde las teníamos guardadas las armas que nos habíamos podido proporcionar poco a poco; armamos en nuestro local central a nuestros militantes” (Gorkin 1936). En la retaguardia se iniciaba un período revolucionario, el gobierno perdía el control del orden público y la convivencia se convertía en un caos. El *president* de la Generalitat Lluís Companys, desbordado por las circunstancias, trató de encauzar la situación proponiendo el 21 de julio la creación del Comitè de Milicies Antifeixistes a las fuerzas obreras que controlaban las calles. El grupo dominante en el Comitè era el anarcosindicalista, pero el POUM estaba representado con dos miembros: Josep Rovira y Julián Gorkin, que definió el comité como “el auténtico gobierno revolucionario catalán”. Seguramente fue el cargo político de mayor responsabilidad que ostentó a lo largo de su vida. Tenía 35 años.

1.2. Contactos internacionales: Victor Serge, Bertram Wolfe, Jay Lovestone

No fue el único cargo relevante que ocupó por entonces. Cuando medio mundo contemplaba el desarrollo de la guerra y la revolución en España, Gorkin era el secretario internacional del POUM. Viaja por varios países europeos, donde (según sus recuerdos) mantiene relevantes y reveladoras conservaciones políticas, como la que tuvo en Bruselas con Victor Serge, un personaje clave en la prehistoria de la historia que pretende contar este libro. “Viejo bolchevique dispéptico de ánimo vivo, Victor Serge fue antaño miembro del Komintern, pero fue expulsado del Partido Comunista en la época en la que Stalin rompió con Trotski” (Fry 2015, 197). Uno más. Por aquellos días de la guerra civil española Serge acaba de huir de la Unión Soviética. Le profetizó que

sí Stalin perseguía hasta la muerte a quienes consideraba disidentes en su país, tampoco dejaría de hacerlo en un país como España donde su apoyo era cada vez más necesario. Lo mismo le anunció a Nin, cuando Serge, ya en París, ejercía de representante del POUM en la capital francesa. Esta sería la historia que mucho después rememoraría en *El proceso de Moscú en Barcelona. El sacrificio de Andreu Nin*, publicado en 1974. Gorkin viaja y es el encargado de acoger los miembros de los partidos encuadrados en el Centro Marxista Revolucionario Internacional. Serán esos partidos los que mayor apoyo darían al POUM durante el conflicto, como Gorkin mismo reconocía ya en 1939 y otra vez en el exilio. “Los únicos que se encontraban abiertamente a nuestro lado eran los partidos marxistas independientes, pero éstos constituían por doquier una minoría” (Gorkin 1939).

Ese es el momento de la mítica fotografía en un restaurante de Barcelona en la que aparecen, entre otros, Nin, Pivert, Gorkin y George Orwell, militante del Independent Labour Party (el partido británico que controlaba el secretariado del Centro Marxista Revolucionario Internacional, motivo por el cual era conocido también como Buró de Londres) que había viajado a España para combatir enrolado en un batallón de militantes del POUM. Es el momento en el que un tal Johan Matteo participó como delegado fraternal del POUM el 28 de marzo del 37 en un congreso del ILP defendió que el único partido que defendía la revolución en España era el POUM y por ello lo atacaba el estalinismo. Debió ser entonces cuando Bertram Wolfe, en marzo de 1937, viajó a España. Las redes comunistas no tardaron en comunicarlo. Lo habían visto en el barco que le llevaba a España. “*In view of the possible significance of the visit, we believe you should immediately notify our comrades in Spain to watch out for him and take appropriate measures*”. Lo más probable, dijo el informante de la Komintern en un comunicado confidencial, era que Wolfe –amigo de Diego Rivera, “*the host of Trotsky in Mexico*”- mantuviera contactos con trotskistas españoles y miembros del POUM (Klerh y otros 1995, 154 y 155).

Y es que Stalin –el único líder político que estaba apoyando la causa de la República- había puesto en su ojo de mira a aquel pequeño partido acusándolo del peor de los pecados posibles: desviacionismo trotskista y, consecuentemente, quintacolumnismo al servicio de la causa fascista. Aunque al cabo de pocos meses del inicio de la guerra el peso político del POUM había ido disminuyendo en la medida que se intentaba frenar el proceso revolucionario, la beligerancia discursiva del Gorkin de

aquel momento era muy alta y en sus intervenciones públicas no dudaba en atacar al estalinismo, denunciando, como haría ya para siempre, la perversidad de la estrategia frentepopulista. La purga dentro del campo de la izquierda orquestada por Stalin fue uno de los argumentos que formarían parte de la complejísima trama que desembocó en los *Fets de Maig*. Una de las consecuencias de aquellos enfrentamientos violentos por las calles de Barcelona sería la pérdida absoluta de relevancia del POUM en la política nacional, una desaparición política (fue ilegalizado a mediados de junio) que inmediatamente tendría su correlato en la persecución pura y dura de sus principales líderes. Andreu Nin fue arrestado por el espionaje soviético, que lo liquidó, y buena parte del comité directivo del partido fue encarcelado. Gorkin también. “Por orden expresa de Stalin, en junio de 1937 lo detiene la GPU, junto con sus compañeros, y es paseado de calabozo en calabozo durante diecisiete meses. La noticia de su ejecución fue publicada dos veces”⁵.

El proceso contra los militantes del POUM fue difundido por los partidos de la izquierda no marxista, de modo que Gorkin y sus compañeros, incrustados en el centro de la red de relaciones entre militantes de partidos revolucionarios opuestos y perseguidos por la Tercera Internacional, se convirtieron en mártires de aquella causa; su nombre aparece por entonces, por ejemplo, en *Workers Age*, la revista de agitación política del Independent Communist Labor League, y Bertram Wolfe –principal ideólogo de aquel partido socialista revolucionario- redacta por entonces el folleto *Civil War in Spain* en defensa del POUM o se organizan actos en Estados Unidos mostrando la solidaridad de ese partido al que Stalin estaba aplicando los mismos métodos cainitas de los Procesos de Moscú. Pero de poco serviría aquella campaña. Tal vez para crear un mito o poner sus bases, pero, en aquel momento de máxima urgencia, apenas sirvió. En cambio la campaña propagandística en su contra no cesaba. Los ataques contra el POUM aparecían en prensa y tuvieron su mejor manufactura con *Espionaje en España* firmado por Max Rieger y que se difundió antes del juicio contra la cúpula dirigente del partido. Aquel libelo era, al decir de Pelai Pagès, “una muestra perfecta del funcionamiento de la propaganda estalinista: la mezcolanza de informes oficiales, propaganda política, artículos de prensa, declaraciones de imputados falacias mil inventadas ofrecen una especie de colaje cuya pretensión es la de convertir en creíble

⁵ Fragmento del texto de la solapa de la novela de Julián Gorkin, *La muerte en las manos. Novela del drama de España*, Claridad, 1956

una de las mayores falsedades que se construyeron durante la guerra civil” (Pagès 2007, 41). Todo se había montado para convencer a la opinión pública de que el POUM actuaba en la retaguardia como una quintacolumna fascista. El aval a aquel infundio de autor dudoso fue el escritor más activo entre las redes de intelectuales comprometidos con la salvación de la República: José Bergamín. Nadia olvidaría aquel prólogo, que, como un boomerang, retornaría al centro tenso de la vida intelectual española. Pero aquel futuro estaba por escribir y lo que ocurriría aquel otoño de 1938 era el juicio contra los dirigentes del POUM, cuya sentencia de muerte no era descartable. Al fin, gracias a varios testimonios cualificados –como el del nacionalista vasco Manuel de Irujo, que había sido Ministro sin cartera hasta los Fets de Maig-, fueron condenados a penas de cárcel, pero no por lo inventado por la propaganda estalinista sino por su papel en los Fets de Maig de 1937, ya que habían intentado aprovecharse del caos para instaurar la revolución. Seguirían, por unos meses, encarcelados.

1.3. La primera etapa del nuevo exilio de Gorkin (1939 – 1940) y sus contactos con la izquierda antiestalinista norteamericana.

En plena desbandada de la retaguardia republicana, cuando las tropas de la insurrección franquista estaban a punto de llegar a Barcelona, el comité ejecutivo del POUM que había estado encarcelado en la Modelo de Barcelona logró escapar y cruzar la frontera junto a miles de exiliados. Su acogida en Francia fue organizada por el Parti socialiste ouvrier et paysan y la noticia se propagó entre su red internacional. “*The P.O.U.M. leaders who were imprisoned in Barcelona, including Julian Gorkin, Bonet, Andrade, Gironella and Solano, the youth leader, have managed to reach France in safety. Fenner Brockway, of the British I.L.P., met Gorkin in Paris and received a full report of the situation*” (*Workers Age*, 8 de marzo de 1939). La primera reunión celebrada para determinar la situación del partido, recordaría Solano, se celebró un día de febrero de 1939 en París en el piso de Victor Serge.

La situación del POUM no podía ser más crítica: agonizaba en una fase de descomposición acelerada, el grueso de su exigua militancia estaba en una España donde la victoria franquista supondría su segura persecución y su dirección sufría

múltiples tensiones internas (Gorkin, según un informador de Trotsky, se alineaba con Enric Adroher *Gironella*⁶). Los reunidos en casa de Serge, aquel día y en otras ocasiones durante aquellos primeros meses de 1939, tratarían de extraer las primeras lecciones de la derrota. Sus reflexiones se reprodujeron en dos folletos titulados *La experiencia española* (Gorkin y otros 1939). Son textos colectivos, pero la voz dominante parece ser la de Gorkin. Fue allí, creo, donde Gorkin empezó a madurar una interpretación del por qué del fracaso de la revolución proletaria, responsabilizando en primer término al estalinismo. Dicha tesis se ajustaría luego a los usos de la historia en tiempos de la Guerra Fría, situando el Proceso contra el POUM, y por tanto a él mismo, como el paradigma del sabotaje comunista (un argumento que iría madurando durante años y que articularía de manera definitiva en el folleto *España, primer ensayo de democracia popular* de 1961).

El punto de partida de este documento es sumamente interesante. Debían plantearse, más que las causas de la derrota bélica, las causas del fracaso de Julio (usando una expresión reiterada en el folleto, es decir, el fracaso de la revolución proletaria que se puso en marcha con el inicio de la guerra en julio del 36) porque aquel fracaso, según su razonamiento, representaba el de todo el movimiento obrero internacional. “Crisis de derrota y de retroceso, que viene a demostrar la falta de confianza que tiene el proletariado en sí mismo y en sus organizaciones y que se traduce en un debilitamiento general de todos los grandes partidos. Luchas de tendencias en el seno del PSOP y del ILP. Descomposición del trotskismo, que ha acabado por subdividirse en tres o cuatro tendencias distintas que se descuartizan entre sí. Reposición de todos los problemas teóricos y tácticos del movimiento obrero, como es el caso del derrotismo revolucionario, de la necesidad y de la disciplina de una nueva internacional, de la táctica a seguir en caso de guerra vis a vis de los países fascistas, de los llamados democráticos y de la URSS”. En el intento de repensar la estrategia a seguir, Gorkin podría haber jugado en papel relevante: la experiencia española debía actuar como el episodio histórico sobre cuya reflexión debería refundarse su esperanza. Porque en la revolución y en la guerra se concentraban todos los problemas pendientes de ser resueltos. “La revolución española es actualmente la piedra de toque del movimiento obrero internacional. Hasta ella se llega y de ella se parte. En el transcurso

⁶ G. Munis, “Informe sobre la situación, el trabajo y las perspectivas...”, 17 de agosto de 1939. Reproducido en Agustín Guillamón, *Documentación histórica del trosquismo español (1936-1948)*, p. 285.

de su desenvolvimiento se plantean todos los problemas ante los cuales deberá situarse el proletariado en los días futuros. Los problemas del poder, de las relaciones con la pequeña burguesía, de la actitud de las democracias, de los planes del fascismo, de la conducta de la URSS, de la necesidad de un partido y de una internacional revolucionaria, etc. En el transcurso de la revolución se ha puesto de relieve la conducta de las diferentes organizaciones de la clase obrera. Y es solamente a través de un análisis y de una clarificación profunda de todas estas cuestiones que la crisis actual del movimiento obrero podrá ser superada en un sentido progresivo”.

No parece que llevar a cabo ese análisis en los primeros meses del exilio y con la Segunda Guerra Mundial al cabo de la calle fuera tarea plausible. Pero allí, implícitamente, estaba planteado un reto de futuro capital: ¿cómo construir un movimiento socialista revolucionario después del socialismo autoritario impuesto por la Unión Soviética primero y al fin con el fracaso de la revolución española?

En el París de la primavera de 1939 Gorkin reforzó contactos que serían claves en sus siguientes vidas políticas. La conexión entre Jay Lovestone y Gorkin se refuerza entonces: lo prueba el número de *Workers Age* del 5 de abril del 39 (el número en el que se notificaba el fin de la Guerra Civil) donde se anunciaba la próxima publicación de una serie titulada “The present situation of Spain and future perspectives” escrita por Gorkin y Julián Andrade. Por aquellos días Lovestone viajaba a Europa para reunirse con figuras de los partidos revolucionarios que se oponían al comunismo. “*Have had good talks with the comrades going out of Spain*”, escribía por carta desde París a Nueva York el 18 de abril (Morgan 1999, 133). Naturalmente se refería a los miembros del POUM. Probablemente el principal motivo del viaje era asistir a la reunión del Frente Obrero Internacional que se celebró en París entre el 27 y el 29 de abril. Se decidió entonces refundar una organización de la que saldría el Centro Marxista Revolucionario Internacional integrado por partidos y grupos marxistas revolucionarios independientes que compartirían una cierta disciplina teórica y lucharían contra la guerra (Kergoat 1994, 161).

Al volver a New York Lovestone se referiría en varias ocasiones a esa reorganización encaminada a salvaguardar la esencia revolucionaria e internacionalista del marxismo. Lovestone lo expuso, por ejemplo, en la conferencia que dio en el Hotel Center. “*He laid great stress on the significance of both of these movements* [el Centro

Marxista Revolucionario y el Frente Internacional de Trabajadores contra la Guerra] *in giving spirit and direction to the world-wide struggle against fascism and war*”, según pudo leerse en *Workers Age* del 10 de junio. Había algo de endogamia en el funcionamiento de esos grupos integrados en el Centro. Porque en el mismo número se reprodujo el mensaje que el Centro Marxista dirigió a la Independent Labor League of America, cuyo secretario era Lovestone mismo. En ese texto, presentando la renovación del Centro, se señalaba “*the tragic experience of the Spanish revolution*” como momento clave de la crisis del movimiento obrero.

Era la idea esbozada en el folleto *La experiencia española*, la misma que Gorkin desarrollaría en la serie de tres artículos “Why the Defeat of the Spanish Revolution” que a partir del 24 de mayo de 1939 empezó a publicar en *Workers age*. El primero de estos textos se inicia marcando distancias con Trotsky, que tanto había criticado la actuación del POUM por haberse integrado en la candidatura del Frente Popular y por haber participado en el gobierno de la Generalitat de los primeros meses de la guerra (Andreu Nin fue *conseller* de justicia). Explicitando su respeto por la relevancia histórica del personaje, Gorkin era muy severo con el papel que Trotsky desempeñaba en el movimiento obrero internacional: “*I him come to the conclusión that Trotsky no longer has any role to play in the international labor movement.*” Establecido este punto el artículo debía leerse como la defensa y justificación del papel desempeñado por su partido durante los años republicanos. La clave era el Frente Popular, que había desactivado el potencial de las Alianzas Obreras. Precisamente por ello Gorkin sostiene que el POUM trató de impedir la creación del Frente. “*Thanks to the Popular Front, the bourgeois Republicans, who had almost completely disappeared from the political horizon, once more regained leadership of the masses. Our Party exerted one more effort to avoid it.*” El intento de establecer un frente obrero, planteado en noviembre de 1935 a los partidos socialista y comunista, fracasó. Fue esa negativa la que les llevó, según Gorkin, a incorporarse al Frente al cabo de dos meses, ya que presentándose en solitario podrían haber favorecido la victoria de los partidos de derechas. Pero el pacto sobre el que se fundaba el Frente, dando preponderancia a las políticas de los republicanos burgueses, anulaba la posibilidad de que una victoria iniciase un proceso democrático y revolucionario. En su lugar se propondría a la ciudadanía un programa reformista burgués. “*We had to pay very dearly for this political blunder —for this political crime.*” Porque la acción del gobierno republican surgió de las elecciones de

febrero de 1936 fue timorata y facilitó así los propósitos de la contrarrevolución mientras sólo el POUM seguía defendiendo la revolución socialista. “*But the P.O.U.M. was a minority force*”. La fuerza mayoritaria, la del Partido Socialista de Largo Caballero –“*trained in the school of opportunism*” –, bloquearía esa revolución para tratar de consolidar una democracia burguesa, clara demostración de una falta de decisión política que sería aprovechada por Stalin para canibalizar el grueso de la izquierda española.

La segunda entrega de la serie apareció en la siguiente entrega del semanario. En la misma página –la cuarta, la última- se incluía un texto de Wolfe sobre su amigo Diego Rivera –a quien había dedicado un libro- y se daba noticia de otra serie de artículos, en este caso escritos por el socialista Luis Araquistáin y publicados en *The New York Times*, en los que denunciaba cómo la actividad estalinista en la España en guerra había terminado por debilitar la causa leal. En su artículo Gorkin, por su parte, explicaba las causas que habían desembocado en los *Fets de Maig*: insistía en la ingenuidad política de Largo Caballero, defendía su participación en el gobierno de la Generalitat y hablaba de la progresiva voluntad estalinista de apartar de la gestión de la revolución al POUM, el único partido fiel a la revolución y la defensa del proletariado pero que al fin había sido eliminado. Era el fin de la revolución. “*It was defeated before an overpowering combination of forces, national and international, determined to drown the revolution*”. Aunque la serie la integraba otro artículo, no lo he sabido localizar. Pero el siguiente número de *Works Age* se seguía reflexionando sobre el papel del estalinismo era un factor a tener en cuenta para explicar el fracaso de la revolución. En este caso eran las palabras del periodista Irving Plfaum –miembro del staff del Chicago Times- y un extracto de los artículos de Araquistáin en el *Times*.

Pero hay dos textos más de ese número del 10 de junio que vale la pena destacar. Uno era la crítica de Wolfe a *Adventures of a Young man*, la nueva novela de Dos Passos que iniciaba una nueva trilogía tras la canónica *USA*. En *Works Age* fue elogiada por su talento para describir la desintegración del Partido Comunista. En la historia la guerra civil española era la clave de la mutación ideológica del protagonista. Llegó a España como brigadista y tras una juventud ligada a la radicalidad comunista, pero entre Franco y la persecución de la GPU perdió toda esperanza en la utopía soviética. Ligada a su angustia por la desaparición de su amigo José Robles y a su ruptura con Hemingway por su opuesta vivencia e interpretación de la guerra civil, la novela le

supondría condenas implacables por parte de la prensa comunista porque representaba el inicio de una deriva ideológica que le llevaría a defender posiciones claramente conservadoras que contrastaban con la narrativa comprometida que le había convertido en un clásico de la cultura norteamericana contemporánea. Pero era ese Dos Passos, traumatizado por la guerra, el que escribiría al cabo de tres lustros el prólogo a *La muerte en las manos* de Gorkin.

Workers Age es una publicación clave (absolutamente inexplorada por los investigadores de la materia) para seguir los contactos entre Gorkin y Lovestone, tan determinantes para el tema que desarrolla esta tesis, como para descubrir las redes que desde el campo de la agitación política se tramaban con círculos intelectuales comprometidos. Círculos a los que, al cabo de una década, acabará vinculado Gorkin mismo. En el siguiente número, el correspondiente al 10 de junio, se reproducía en la primera página el manifiesto fundacional de una asociación de intelectuales: la League for Cultural Freedom and Socialism. Igual que la recién creada League for Cultural Freedom a secas (creada por el socialista democrático Sidney Hook), el editor de *Works Age* consideraba que las dos, manifestando su carácter antitotalitario, representaban “*a welcome sign of the beginning of the turning of the tide among intellectuals*”. La primera de las dos, además de denunciar los fascismos que habían iniciado ya la Segunda Guerra Mundial, señalaba la responsabilidad de la Unión Soviética. “*In the Soviet Union, on the other hand, where nationalism and personal dictatorship are replacing the revolutionary ideals of freedom and democracy, culture suffers regimentation and debasement no less severe*”. Contra ese peligro se manifestaban y su planteamiento no dejaba de ser revolucionario. “*We recognize that the liberation of culture is inseparable from the liberation of the working classes and of all humanity*”. No estaban solos, decían, les apoyaban un André Breton o Diego Rivera y otros grupos que surgían en Inglaterra o Francia. Entre los firmantes del manifiesto estaban James Burnham, Melvin J. Lasky, Dwight McDonald o Bertram D. Wolfe, que al cabo de diez años estarían en el núcleo duro del Congreso por la Libertad de la Cultura. El editor de *Works Age* pretendía que una y otra estableciesen una colaboración harmoniosa, colaboración que de algún modo, tiempo después y en otras coordenadas, se concretaría en la creación del comité nacional norteamericano del Congreso por la Libertad de la Cultura (del que formaría parte, entre otros, aparte de los que acabo de mencionar, el novelista Dos Passos).

Tras el inmediato fin de la guerra civil española la presencia de Gorkin en la revista de Lovestone fue recurrente, pero desde mediados de junio del 39, tras el pacto Hitler-Stalin de agosto (que fue tema más que recurrente en la revista) y a medida que se acercaba definitivamente la Segunda Guerra Mundial, apenas reaparecería su nombre (que sí consta en el saludo que el POUM mandó al partido hermano de Lovestone, agradeciendo de nuevo su complicidad durante la guerra civil y apoyando el programa revolucionaria internacional que compartían). Pero a mediados de 1940, cuando, por cierto, Lovestone ya había sido interrogado en Washington por el Comité Especial de Actividades Norteamericanas, Gorkin volvería a las páginas de la revista. Y lo haría casi físicamente.

1.4. Llegada a Estados Unidos y presencia activa en *Workers Age*

A mediados de marzo de 1940, con Europa desangrándose ya por el conflicto, Julián Gorkin llegó a Nueva York. Era la primera estación de un exilio que al cabo de pocas semanas le llevaría a México donde viviría 8 años. Es probable que Gorkin recalase en la ciudad gracias a las gestiones realizadas por el círculo de Lovestone⁷. La International Relief Association, cuya sección americana había sido creada por el mismo Lovestone, había impulsado la Comisión Internacional para la Ayuda a los Refugiados Españoles que, en parte, trató de paliar la discriminación de trato que recibían exiliados de la izquierda no comunista. Entre sus patrocinadores aparecen nombres que han aparecido y aparecerán en este capítulo: Lovestone y Wolfe, también Pivert, pero también André Breton, Ignazio Silone o Frida Kahlo, que, estando en París invitada por Breton, se comprometió activamente en la suerte de los exiliados como prueba los telegramas que se cruzó con su marido Diego Rivera. Lo seguro, en cualquier caso, es que a las 8 de la tarde del 23 de marzo hubo una recepción en honor de Gorkin. El precio de la entrada

⁷ Hubo múltiples casos porque, de hecho, en 1942, Edward Hoover recabó información sobre las gestiones que ese grupo estaba llevando a cabo para lograr “*the entrance of persons into this country whose activities are possibly inimical to the national defense*”. La petición de información se hizo en abril de 1942 y en ese documento, centrado en las actividades de Bertram Wolfe, se indicaba que el grupo contaba con una lista de posibles refugiados europeos que les habrían sido facilitado por Pivert cuando estuvo activo el International Workers Front against War. https://archive.org/stream/foia_Wolfe_Bertram_D.-HQ-1/Wolfe_Bertram_D.-HQ-1#page/n3/mode/2up.

sería de un dólar, el moderador sería Bertram Wolfe e intervendrían, además de Gorkin, Lovestone, Louise Nelson, Norman Thomas, Lovestone, Chas. Z. Zimmerman y Carlo Tresca. El acto se celebró en el Rivera Murals Hall, en 131 West con 33rd Street.



Gorkin no debió pasar más de uno o dos meses en Estados Unidos. A principios de abril estuvo en Washington donde fue escuchado en distintos foros. Habló para los ejecutivos del New Deal y para el The North American Committee, rompiendo algunos tópicos difundidos por la propaganda estaliniana. El 7 de abril intervino en la convención del Partido Socialista⁸ y sus palabras fueron reproducidas en *Works Age*. Sostuvo que la derrota de la revolución española era la última de las vividas por la revolución proletaria. Y que, en las circunstancias presentes, la clase trabajadora, más que decantarse por uno de los dos bandos que se enfrentaban, era “*fight for a socialist peace*”. Sólo así podría proseguirse en el único camino de la esperanza: “*We must unite our proletarian action on both the national and international scale. Against war! For the Socialist United States of the World!*” (W.A., 27 de abril de 1940). Y en Estados Unidos dejó un largo artículo sobre la situación española para la revista de Lovestone. Se tituló “*Franco Regime Faces Desperate Crisis Due to Unsolvable Contradictions*” (W.A., 20 de abril de 1940).

⁸ Sobre la participación de Gorkin en la convención socialista de Washington el trotskista español Munis informó a la Conferencia de urgencia de la IV Internacional a través de un informe presentado el 27 de abril. Esta era su evaluación: “La presencia de Gorkin en el congreso del Partido Socialista Americano, acentúa más su tendencia hacia el imperialismo democrático.”

El texto comienza, otra vez, rememorando el capítulo que legitimaba su autoridad: la persecución del POUM durante la guerra por parte del estalinismo. Igual que había hecho en Moscú con referentes de la Revolución de 1917, en Barcelona Stalin había montado aquel proceso contra los referentes de la Revolución de 1936: la dirección del POUM. Lo había visto durante sus 18 meses de encarcelamiento. Stalin había acabado con los mejores luchadores por la libertad del proletariado. “*We witnessed at close hand the horrible strangulation of a revolution which we dared to assert was writing one of the most glorious pages in the history of the international proletariat*”. Pero esa historia no había sido estrangulada del todo porque durante su cautiverio habían sabido del apoyo de grupos de todo el mundo y era esa red revolucionaria –la que se articulaba entorno al Centro Marxista- la que aún trabajaba por la victoria.

El grueso de aquel artículo era la descripción y análisis de la situación en España. Gorkin, optimista, creía que las contradicciones internas e internacionales de la dictadura franquista creaban las condiciones objetivas para su caída. Se refería a la represión, a la persecución de la catalanidad y a la crisis dentro de Falange toda vez que el nuevo estado era, en realidad, una rehabilitación de la España Negra del antiguo régimen con el agravante de la miseria. Ni las masas –la clase obrera y campesina- ni la pequeña burguesía podrían aguantar esa situación. “*Not only the masses of peasants and workers, but even the bourgeoisie is alienated and in sharp conflict with the Franco dictatorship.*” Y esa la principal esperanza para la causa de la libertad. “*This absolutist reactionary regime possesses one virtue and that virtue is that it creates an abyss between itself on the one hand and the masses of workers and peasants, on the other*”. Esa idea del abismo sería esencial para Gorkin y es un símbolo recurrente en *La muerte en las manos*. A esa contradicción interna debía sumarse la falta de apoyos internacionales sólidos, que impedían la reconstrucción de un país en ruinas. Ante esta situación, argumentaba un Gorkin cegado de esperanza infundada, la clase trabajadora podría reaccionar. “*Without any false optimism, basing myself on the most realistic and careful analysis, I venture to announce to you that the Spanish working class will soon again give battle and will soon again, together with the workers of other lands, write glorious pages in the annals of revolutionary socialism.*” Era cuestión de tiempo. Pronto se iniciaría un movimiento revolucionario como el de octubre del 34 o como el de julio del 36. Como ejemplo del optimismo de la voluntad, aquel corolario era modélico.

1.5. Asedio en México: el impacto del asesinato de Trotski.

El día que se publicó aquel artículo en Nueva York, Julián Gorkin escribió una carta a Lovestone. Había llegado a México y trataría de poner en marcha su renovado activismo político en complicidad con sus contactos americanos. 20 de abril de 1940. Parte del contenido de esa misiva la ha dado a conocer la profesora Olga Glondys en su fundamental investigación sobre el Congreso por la Libertad de la Cultura, tal vez la mejor documentada de las que existen (2012, 33). Al cabo de un mes Gorkin escribía de nuevo y detallaba, tras una conversación con el líder socialista Indalecio Prieto, cómo los comunistas se habían infiltrado en el aparato estatal y social del país (Glondys, 2010, 38). Aunque en tantas ocasiones parece que Gorkin estuviese poseído por una mentalidad conspiratoria, parece difícil, a posteriori, no darle la razón. Porque el mejor ejemplo de la infiltración comunista en México pronto iba a manifestarse de manera trágica.

Durante unos de los días de principios de abril que Gorkin estuvo en Washington, un tal Robert Sheldon Harte empezó a trabajar como secretario de Leon Trotsky en la casa de Coyoacán. Hacía algo más de tres años que el Hombre Viejo vivía exiliado en México, acosado por Stalin en su país, en el extranjero y habiendo padecido el dolor de saber que varias personas de su familia eran asesinadas por el parentesco que mantenían con él. Desde México no había parado de escribir y escribir, y de sufrir los ataques de los partidos comunistas. Sentía peligrar su vida y extremaba las medidas de seguridad. Con Sheldon, parecía, se podía confiar. Aunque militaba en los círculos trotskistas de Nueva York, Sheldon en realidad era un agente soviético comprometidos en el intento de matar al único enemigo que Stalin creía que le podía hacer sombra.

“Els serveis secrets soviètics estaven preparant no només un atac físic, sinó també un aïllament social i polític que aconseguís escanyar-lo del tot, diverses penetracions alhora que el fessin més dèbil i fràgil, per tal de tenir diverses possibilitats de donar el cop final” (Puigventós, 253). La noche del 23 al 24 de mayo Sheldon fue el encargado de abrir las puertas de la casa al comando que dirigía el muralista David

Álvaro Siquieros. Durante un período que se alargó entre 3 y 5 minutos dispararon un mínimo de 200 tiros, 73 en la habitación donde Trotsky dormía con su mujer, y antes de huir lanzaron bombas incendiarias contra la casa. Incomprendiblemente no consiguieron lo que pretendían. La pareja se había escondido bajo la cama. El responsable de la investigación del crimen fallido fue el comandante Leandro Sánchez Salazar, que de entrada no sabía explicarse cómo el atentado había fracasado y, de hecho, la prensa comunista fantaseó con la posibilidad que Trotsky mismo hubiese montado un falso atentado.

Pero matarlo era tan sólo cuestión de tiempo. Cuatro días después del atentado fallido, en el patio de su casa, Leon Trotsky vio por primera vez a Frank Jacson, un ingeniero canadiense (según su visado de turista) que era el novio de la trotskista de Nueva York Sylvia Ageloff. Igual que Sheldon, Jacson ocultaba sus propósitos: había seducido a Ageloff para infiltrarse en los círculos trotskistas. Tan exitoso había sido su empeño que incluso logró entrar en la casa de la calle Viena donde vivía el hombre al que no había tocado ni una sola de las 200 balas que dispararon contra él. Tras el fracaso de Siqueiros, Eitingon –uno de los agentes cuya misión era dirigir el asesinato– propuso una alternativa: usar uno de los infiltrados para que, sólo, lo liquidase. La propuesta llegó a la mesa de Stalin. En una reunión con Beria y Sudoplatov se dio el sí al nuevo plan. “La eliminación de Trotsky significará el colapso total de todo el movimiento trotskista, y no necesitaremos gastar más dinero combatiendo a los trotskistas y sus intentos de minar nuestro Komintern”, afirmó Stalin (Puigventós 2015, 322). Cuando Etingon recibió la confirmación, se reunió con la exiliada comunista Caridad Mercader y los dos presionaron al hijo de Caridad para que se ofreciese para acometer el asesinato ideológico. El hijo de Caridad se llamaba Ramon, pero desde hacía años vivía con una identidad falsa: Frank Jacson. Él era el elegido.

El 10 de agosto de 1940 Jacson y Ageloff fueron invitados por primera vez por Trotsky para tomar el té en su casa. Aquel día Jacson se comprometió a escribir un texto político y al cabo de una semana volvió a la casa con una primera versión del texto. El 20 de agosto Jacson volvió a la casa y se encerró con Trotsky en su despacho para comentar el artículo. El Viejo Hombre se sentó ante su mesa de trabajo para leerlo y, al poco de pasar la mirada por las páginas del original “Tercer Campo y Frente Popular”, recibió un impacto fatal en el cráneo. Jacson-Mercader, por la espalda, con toda su alma, le había dado un golpe con un piolet. A las siete de la tarde del día 21 moría Leon

Trotsky. En el mismo hospital, recuperándose de las heridas provocadas en el forcejeo, Frank Jackson estaba detenido. Eitingon y Caridad Mercader, sin hacer ruido, marcharon de México y al cabo de unas semanas llegaban a Moscú. Igual que había sucedido tres meses antes, el responsable de la investigación sería Sánchez Salazar. Al cabo de ocho años publicaría en francés *Ainsi fut assassiné Trotsky*. Era el coautor del libro. Lo había escrito con Julián Gorkin.

No es fácil saber cómo impactó íntimamente en Gorkin el asesinato de Trotsky ejecutado por militantes comunistas. Con Marceau Pivert, que había llegado a México el 24 de julio y que convivía con Gorkin en casa de Diego Rivera, redactaron una nota en nombre del Centro Marxista Internacional y el Frente Internacional condenando el atentado. No era momento de recordar las discrepancias que habían mantenido. Stalin había liquidado un héroe de la Revolución de Octubre. Era una demostración, otra, de cómo estaba pervirtiendo la causa revolucionaria. Era hora de reaccionar. “*Following the murder of Leon Trotsky, the revolt of free consciences which have enough of Stalinist crimes must reflect itself in a powerful movement of an international united front to restore the human values of socialism*” (*Workers Age*, 31 de agosto). Gorkin había estado en lo cierto. Tal y como había contado a Lovestone al poco de llegar, la infiltración comunista en México era evidente y él podía ser una víctima. Durante sus primeros días en el país vivió un primer intento de agresión, cuando aún residía en la casa de Diego Rivera (la que compartiría por un tiempo con un Pivert que pronto se cansaría de él por “*égocentrisme et irresponsable*”) (Kerogal 1994, 181). En otra ocasión recibió un mensaje de Albert Goldman, el abogado de la mujer de Trotski, citándolo. Era falso. Al cabo de dos días, en una calle poco concurrida, intentaron atraparlo para meterlo en un automóvil desconocido. En noviembre asaltaron su casa dos veces en un mismo día. Vivía sintiéndose perseguido. Porque, si lo cierto era que aquel país era el único que había acogido a sus camaradas, también había acogido a sus principales enemigos.

Durante los primeros tiempos mexicanos Gorkin hizo diversas gestiones para lograr que camaradas pudiesen escapar de la Francia ya ocupada por el ejército nazi. Uno de ellos era *Gironella*. Tras pasar un tiempo en un campo de refugiados, al fin pudo embarcarse en dirección a Santo Domingo. El presidente Trujillo había aceptado la entrada de obreros y campesinos españoles, pero el barco que en principio los trasladaba, según recordarían *Gironella*, lo ocupaban intelectuales. No pudieron

desembarcar. “*Ens vam convertir en un barco fantasma navegant pel Carib esperant de trobar un port que ens acollís*”⁹. Prieto movió los hilos necesarios para que los refugiados españoles se exiliarán en México. En noviembre de 1940 otro militante del POUM llegaba a México. Era Bartomeu Costa-Amic, un exiliado más. No era la primera ocasión que estaba en el país.

Durante los primeros días de la guerra civil, desde el verano de 1936, Costa y otros dos poumistas pasaron allí unos días como integrantes de un fantasmal equipo de béisbol español. Su misión, en realidad, era política. Llevaban un mensaje de Andreu Nin dirigido al presidente Cárdenas solicitándole que Leon Trotsky fuera acogido en México. Ese grupo participó en la organización de la llegada a México y en la vigilancia de su primera residencia, la casa de Kahlo y Rivera en la Avenida Azul de Coyoacán. Se conservan, de hecho, varias fotos de aquel momento. Una la dedicó Trotsky a Costa: “Para el camarada Bartomeu Costa-Amic con un saludo revolucionaria”. Otra es ésta de grupo. Aparecen Trotsky y su mujer, Frida y su hermana, está Sylvia Agelof y aquellos tres militantes del POUM. Era el mes de enero de 1937.



Al cabo de tres años largos, cuando Costa volvió a México, esa imagen era imposible.

⁹ Jaume Fabre y Josep Maria Huertas, “Enric Adroher Gironella, vuitanta anys de lluita”, *Revista de Girona*, nº 126, p. 22

Entonces, junto a Gorkin y el apoyo de unos pocos amigos, crearon una editorial: Ediciones Libres. La dedicación de Costa al negocio de la edición y la impresión sería fundamental porque permitiría al grupo de revolucionarios contar una plataforma para la difusión de sus ideas y el combate por sus posiciones. Sería a través de esas plataformas que se imprimiría la reflexión una reflexión en marcha que el POUM se había autoimpuesto justo después de la Guerra: una reflexión a fondo sobre las causas del colapso del proyecto revolucionario. Pero aquel empeño ideológico encaminado a la transformación de la sociedad tras el fin de la Segunda Guerra Mundial sufriría infinidad de problemas. Porque al poco la editorial debería soportar una manifestación en su contra, acusándola de ser nazi (Kerogat 1994,191).

Los primeros libros que publicaron las efímeras Ediciones Libres, los dos en 1941, fueron *Caníbales políticos. Hitler y Stalin en España* de Gorkin y *Retrato de Stalin* de Victor Serge, traducido del francés por Gorkin. El libro de Gorkin, cuyo prólogo está firmado en junio del 41, no había tenido una vida fácil. Una primera versión, según sus palabras, la redactó en España y esa copia, que estaba copiando a máquina la viuda de Andreu Nin, se extravió. Luego, en Francia, lo escribió de nuevo, pero al marchar a América no había podido llevarse el original. La versión que publicó era la tercera y la idea central del ensayo era que Hitler y Stalin alimentaban sus propios liderazgos devorando a los suyos como caníbales. Por ello lo dedicaba al “Ejército de Víctimas de la GPU y la Gestapo y a mis camaradas Andrés Nin y Kurt Landau en particular, soldados eternos en la lucha contra el stalinismo y el fascismo”.

Parte del libro era autobiográfico y en ella Gorkin narraba el episodio central de su biografía: el encarcelamiento durante la guerra como miembro del POUM. En ese contexto se refería al libelo *Espionaje en España* y en especial a su prologuista José Bergamín, que también estaba exiliado en México. “Este nombre era todo un símbolo. Bergamín había sido uno de los colaboradores y amigos íntimos de Jiménez [sic] Caballero, teórico del falangismo. En la otra zona hubiera sido un personaje oficial. En la nuestra se había hecho *comunista*” (1941, 257). El retrato de Bergamín era implacable, difamador, escrito con la retórica panfletista que, en el otro campo, también se usaría para calumniarle. “Era un escritor católico. La GPU necesitaba un escritor católico. Y lo alquiló. El físico de Bergamín no podía engañar a nadie: flaco y larguirucho, como uno de esos productos salidos del convento donde han practicado todos los vicios inconfesables; rostro pálido y pegajoso, oliendo a cadaverina; perfil en

punta, como una nariz como el pico de un pajarraco de mal agüero. La primera impresión al mirarle era ésta: “Tipo de sacristán y alma de jesuita”. Y todo el trato posterior confirmaba que así era. Este señor, escapado al pelotón de ejecución gracias al carnet comunista, por un tanto alzado trataba de justificar el asesinato de Andrés Nin y pedía nuestra ejecución. Todo ello muy católico.” (1941, 257 y 258)

Las circunstancias bélicas jugaron en contra de aquel libro con el que Gorkin se estrenaba como ensayista. Cuando lo escribió Hitler y Stalin mantenían un pacto de no agresión (suscrito el 23 de agosto de 1939) cuyas cláusulas secretas detallaban un reparto entre los dos de la Europa del Este. Cuando se publicó, las circunstancias habían cambiado por completo. El 22 de junio de 1941 Alemania iniciaba la Operación Barbarroja contra la Unión Soviética, de modo que el Pacto Molotov-Ribbentrop dejaba de tener validez alguna. Stalin se convertía así en aliado de los países democráticos que combatían contra los fascismos alemán e italiano. Aquel cambio de tablero se solapaba a otro cambio radical que se había producido en el otro extremo del continente hacía un año. Desde el 14 de junio de 1940 la esvástica ondeaba en París. La ocupación nazi de Francia también había condicionado la suerte de la edición original del otro libro publicado por Ediciones Libres: la difusión del *Retrato de Stalin* de Victor Serge fue cancelada cuando el país era ocupado por el ejército alemán (Weissman 2001, 238-239).

Serge tuvo que marchar de París y no tardó en mandar un grito de socorro a Dwight McDonald, el editor de la revista *Partisan Review* de Nueva York donde había colaborado. “*This letter is a sort of SOS*” (Weisseman, 245). Serge se agarraba a uno de sus últimos asideros: “un muy pequeño grupo de trotskistas con sede en la ciudad de Nueva York y el pequeño grupo de escritores de New York influenciados originariamente por el trotskism¹⁰. La sintonía que estableció Serge con los McDonald’s fue inmediata. A través de su revista crearon una fundación para socorrer a artistas y escritores perseguidos por Hitler y Stalin. Serge fue el primero en beneficiarse de aquella fundación. Nancy McDonald escribió al cónsul americano en Marsella invitando a Serge y a su familia a instalarse en su casa y luego gestionaría ante el Departamento de Estado un visado de turista gracias al cual Serge, al fin, podría llegar a México, donde Gorkin había realizado las gestiones pertinentes para que pudiera instalarse.

¹⁰ Lo razonó Alan Wald en un artículo breve pero capital para el tema que nos ocupa. Publicado originariamente el año 1997 en el volumen *The ideas of Victor Serge. A life as a work of art*, “Victor Serge y la izquierda antiestalinista de Nueva York” se publicó en *Política de la Memoria* de los años 2008/2009.

La peripecia la sintetizó en demasiadas pocas líneas, como si el tiempo absorbiese una pesadilla de miedo, detenciones e incertidumbres. Porque salir de Francia en aquel momento no era nada fácil. Serge se incrustó en los círculos marseleses del progresista Varyan Fry, cuyas cuitas para socorrer a los refugiados la contaría en *La lista negra*. El intelectual formó parte de la colonia que por unas semanas se alojó en la residencia que Fry alquiló en las afueras de Marsella. Allí estaba también André Breton, por ejemplo. “Habla durante horas de sus vivencias en las cárceles rusas”, recordaría Fry a propósito de Serge, “evoca conversaciones con Trotski o discute las ramificaciones y las relaciones entre las policías secretas europeas” (2015, 197). Era una leyenda viva. Partió la última semana de marzo de 1941. No fue un viaje corto. Tuvo que pasar días en Martinica, Cuba o Santo Domingo, donde supo que el ejército nazi había iniciado su ataque contra la Unión Soviética. Gorkin, de inmediato, le pidió un texto. “Prepárame el texto de un libro a toda prisa”. En un mes redactó *Hitler contra Stalin. La fase decisiva de la Guerra Mundial*. El 9 de septiembre de 1941 Serge y su hijo Vlady, al fin, aterrizaron en el que sería su último país de acogida. El día 10 llegaban al DF. “El primer rostro que vio a la llegada de su avión al aeródromo de México fue el mío”, rememoraría Gorkin. Junto a Gorkin estaban el editor Costa-Amic y Gironella. Parece que lo primero que hizo fue visitar a la viuda de Leon Trotski. “*Très grands arbres, large avenue délaissée, tout est vert, nous arrivons dans la pluie, Gorkin, Vlady, moi*” (Serge 2012, 106).

1.6. Relación con Victor Serge y reubicación intelectual

Empezaba una época complicada, como escribirían al cabo de pocos meses. “La consigna del todopoderoso Secretario General es que se aproveche la justa popularidad que las admirables hazañas del Ejército Rojo le valen a la URRSS, y la alianza de este país con las democracias en guerra, para desacreditarnos, ahogar nuestra voz y suprimirnos. Algo semejante ocurrió con Trotsky” (Gorkin 1957). Porque lo cierto es que los restos de la izquierda antiautoritaria refugiada en México habían empezado a

sufrir una campaña de verdadero acoso¹¹. El 10 de octubre de 1941 Joan Comorera – secretario general del PSUC- escribió el artículo “Los trotskistas, agentes de Hitler” en *Nuestra Bandera* de México. Hacía más de un año que Comorera había llegado al DF, procedente de Moscú (viajó junto a Santiago Carrillo), con la misión de bolchevizar su partido: se trataba de imponer la línea dictada por Stalin y depurar a aquellos que no la compartieran. Pero Comorera, además, inició el ataque contra Gorkin y los suyos al cabo de tan sólo un mes de la llegada de Serge –tal vez el intelectual revolucionario y antiestalinista más potente por entonces-. “El trotskismo continúa su traición al servicio de Hitler”. Esa era la calumnia y Comorera señalaba a los responsables. “Luchan para contrarrestar el gran cariño de la clase obrera y los pueblos hacia la URSS, como el canalla de Gorkin al cantar las excelencias socialistas del régimen de Hitler”. El origen de aquel ataque, pensaba Gorkin, era que sus artículos en la revista *Así* denunciando el intento de evasión de Ramon Mercader organizado desde Moscú habían acabado por abortarlo. No se lo perdonarían. Al cabo de pocas semanas se celebró un pleno del Partido Comunista y el periódico *El Popular*, dando noticia del mismo, denunciaba a Serge, Gorkin y Pivert. Incluso ocho diputados les señalaron en el Parlamento, acusándolos de quintacolumnistas. Se les debía procesar.

El 18 de enero de 1942 *La Voz de México* publicó un dibujo titulado *El árbol de la traición*. Es impactante. El cráneo de Trotsky era la base de un árbol siniestro las ramas de cuyo tronco eran serpientes en las que, entre esvásticas, aparecían los nombres de Gorkin, Serge, Pivert, Regler y Munis. Los cuatro primeros tuvieron el coraje de defenderse publicando durante la primavera el folleto *La GPU prepara un nuevo crimen*, donde se recogían los documentos citados y sobre todo la carta de apoyo que intelectuales estadounidense de la izquierda no comunista –Sidney Hook, James Burham, Daniel Bell, John Dos Passos...- mandaron al presidente de la República Manuel Ávila Camacho pidiendo que garantizase la seguridad de aquellos hombres señalados desde la prensa comunista. Todo parece que la recogida de firmas debió impulsarla Bertam Wolfe (Glondys, 2010, 39). La presentación del folleto, firmada por los cuatro, no dejaba lugar a dudas: querían vivir “para seguir sirviendo al movimiento obrero internacional”. No habían tirado la toalla. “Fundamos nuestra confianza en el porvenir sobre la destrucción y el hundimiento de los Estados totalitarios y el

¹¹ Reconstruyo dicha campaña a partir de los documentos reproducidos en el folleto *La GPU prepara un nuevo crimen* que prepararon en México Gorkin, Pivert, Regler y Serge. La copia que he consultado se conserva en el Pavelló de la República de la Universitat de Barcelona

nacimiento en medio de las luchas presentes de una nueva Europa, en la que la palabra *democracia* encontrará al fin su significado integral para todos los pueblos sacrificados, para todas las minorías, para todos los hombres”. La batalla no era nada fácil.

Victor Serge era el referente para el grupo. Era, sin duda, la figura de mayor prestigio del núcleo político e intelectual revolucionario y antiautoritario que organizaba Gorkin. El testimonio de Octavio Paz, que lo trató por entonces, es clarificador. “Fue para mí el ejemplo de la fusión de dos cualidades contrapuestas: la intransigencia moral e intelectual con la tolerancia y la compasión” (Paz 1993, 74). Serge mantenía relación regular con ese grupo y al mismo tiempo con un reducido pero influyente grupo de intelectuales de Nueva York –los McDonald, pero también Sidney Hook o Max Eastman-. El debate ideológico entre unos y otros adquirió por entonces una densidad considerable. Entre enero y mayo de 1942 el grupo de México publicó tres números de una revista llamada *Análisis*. Su desaparición significaría, de facto, la entrada en definitiva hibernación del Centro Marxista Internacional creado en París hacía tres años. “*Le CMI, qui connaît?*”, escribió Pivert en sus dietarios (Kergoat 1994, 192). Pero la cancelación del Centro no supuso la ruptura del grupo.

La represión que sufrían era el mejor acicate para mantenerse unidos. El 1º de abril de 1943 organizaron en el Centro Cultural Íbero Mexicano un acto de homenaje al libertario italiano Carlo Tresca y a los socialistas Alter y Erlich, el primero asesinado en extrañas circunstancias y los segundos liquidados por el estalinismo. El homenaje estaba programado a las 9 de la tarde, pero desde las 7 grupos de agitadores reclutados en locales de bebidas merodeaban el Centro. Antes de iniciarse 100, a eso de las ocho de la tarde, comunistas armados asaltaron el local. “Destrozaron cuanto les vino en mano, cebándose incluso en los cuadros”. Mientras en la calle los boicoteadores gritaban a los transeúntes que se estaba celebrando un acto de la quinta columna. Los ponentes y los que fueron a escucharles lograron levantar una barricada en el local, pero en la refriega Gironella fue agredido con una barra de hierro y también Gorkin quedó malherido. Al fin, a las 10, pudo celebrarse y el homenaje concluyó con la intervención de Víctor Serge. Pero no cesarían los ataques, físicos y en la prensa. El 1 de agosto de 1943 el local del Orfeo Català fue asaltado para atacar al grupo de socialistas catalanes reunidos (Jordi Arquer fue herido en la cabeza y Gironella fue nuevamente agredido). “*L’agression commise, les communistes ont pris la fuite avant que l’on ait pu appeler la police*”, consignó Serge en su diario (2012, 374).

Parece que fue entonces cuando reactivaron la actividad colectiva. Constituyeron la sección mexicana del movimiento Socialismo y Libertad, que tenía cierta proyección en América Latina. Lo formaban diversos partidos y su primer objetivo era la redacción de una declaración de principios que debería servir como base para la edificación de una nueva Internacional. Es tiempo de reuniones y de redactar papeles. Entre julio de 1943 y julio de 1945 ellos mismos publicaron los trece números de otra revista titulada *Mundo*. Al parecer de Claudio Albertani *Mundo* “fue un intento ecuménico de plantear un nuevo comienzo a partir de un severo diagnóstico de las vicisitudes del movimiento obrero internacional y de una síntesis de las diferentes corrientes socialistas” (Albertani 2008/2009, 133). De las conversaciones entre ellos da fe el dietario de Serge. Hablaban de Stalin, del asesinato de Trotsky y reflexionaban sobre el futuro del socialismo revolucionario. El primer manifiesto de esa reflexión fue el volumen colectivo *Los problemas del socialismo en nuestro tiempo*, publicado a principios de 1944, en el que participaron Gorkin, Pivert, Paul Chevalier y Victor Serge. El artículo de Gorkin, redactado en julio de 1943 y en el que se definía como un socialista revolucionario, se titulaba “Situación del movimiento obrero y el socialismo” y era una defensa de una democracia socialista y obrera para la postguerra europea.

A Serge aquel artículo de Gorkin le pareció especialmente flojo –“*les faibles pages de J.G. sur le bolchevisme et le trotskisme qu’il ne saurait comprendre*” (Serge 2012, 445)– y no podía dejar de ser crítico con el optimismo de la voluntad que parecía guiar a unos políticos que, con la Segunda Guerra Mundial aún en marcha, ya se imaginaban liderando la próxima revolución en Europa. “*Les Espagnols pensent être en Espagne dans six mois et à la tête de grands mouvements*”. La discusión se produjo durante una reunión del grupo, en noviembre de 1944, para discutir la prometida declaración de principios. Gironella, al parecer de Serge, fabulaba al decir que se produciría una revolución en Europa que desembocaría en la creación de una Federación Socialista. Serge parece discutirles desde otra dimensión. “*Je dis que l’État change de nature et n’est plus la bande armée d’une classe pour la domination d’un autre, selon Engels, sauf dans les régimes totalitaires; l’État moderne c’est aussi l’organisation des communications, des écoles, de l’hygiène publique, etc.*” Se indignaban –Gorkin, Pivert, Gironella...- y al fin, cuando Serge les impugnaba, sólo sabían responderle que de ningún modo pondrían en duda sus convicciones. Pero él, menos optimismo, trazaba este plan.

Le socialisme doit renoncer aux idées de dictature et d'hégémonie ouvrière et se faire le représentant des grandes masses chez lesquels germe une conscience socialisante, obscure et sans terminologie doctrinale

L'essentiel pour l'avenir immédiatement prochain serait d'obtenir le rétablissement des libertés traditionnelles démocratiques, condition de la renaissance du mouvement ouvrier et du mouvement socialiste ; que nous devons tenter de sortir du néant où nous sommes, rechercher l'appui et la sympathie des masses démocratiques partout où il en a, nous faire comprendre d'elles, mettre nos idées à jour. (Serge 2012, 531)

Parece como si aquel día algo se hubiese roto en el grupo de socialistas revolucionarios exiliados en México. A partir de aquel día los nombres de Gorkin y Pivert desaparecen de los dietarios de Serge y tampoco habrá más colaboraciones conjuntas de Serge con ellos. Serge, según Wald, iba aproximándose a la socialdemocracia. “Aunque formalmente apoyaba a Lenin y defendía el legado de la Revolución bolchevique de Octubre del 1917, la política práctica de Serge en los años 1940 oscilaba entre las alas izquierda y derecha de la socialdemocracia” (Wald 2008/2009, 146). En esa línea de desradicalización se desarrollaba su diálogo con los intelectuales de Nueva York, que, bombeados por el antiestalinismo, estaban evolucionando “desde el apoyo cuasi trotskista al leninismo hacia la defensa de diversas formas de socialdemocracia” (Wald 2008 / 2009, 143).

Tal vez esa evolución fue la que distanció a Serge del grupo de socialistas revolucionarios con los que se había relacionado desde su llegada a México a finales de 1941. Un grupo cuya actividad también había empezado a deshincharse, consciente, tal vez, que sus esperanzas se habían ido diluyendo mientras la Segunda Guerra Mundial no tocaba a su fin y la intensidad de la alianza de Stalin con las potencias democráticas iba consolidándose. Durante sus últimos años en México Gorkin, gracias a Pivert (que la primavera de 1946 volvía a estar en París, ciudad a la que Gironella llegó en diciembre de ese año), trabajó en el Instituto Francés de América Latina. Fue en aquellos años que redactó *Europa ante el socialismo o ante la muerte*, su principal

ensayo (que se publicaría en México en 1946) al tema que había sido motivo de reflexión grupal durante más de un lustro: la refundación del socialismo para la Europa que surgiría tras la Segunda Guerra Mundial. Existía una profunda crisis y de esa crisis debería surgir la solución. “Una crisis como la actual no puede perdurar largo tiempo sin que tenga las más terribles consecuencias. Eso lo sienten todos. Se trata de una crisis de transición, negativa y progresiva a la vez, que, como todas las crisis de esa naturaleza, tiene que conducir, en un tiempo relativamente corto, a una solución” (). La solución para él era una democracia socialista que, descartada toda posible colaboración con los comunistas y descartada la dictadura del proletariado, deberían construir la unidad forjada por socialistas revolucionarios, libertarios y socialdemócratas.

CAPÍTULO 2. DIMENSIONES CULTURALES DE LA GUERRA FRÍA

Un mundo sumido en bancarrota. Tras años de infierno y antes de empezar a ver cierta luz al final del túnel, en buena parte de Europa se vivió un tiempo de sombrío silencio, represión y venganza mucho más peligroso de lo que deben ser los bajos fondos del purgatorio. Lo dominante fue una mezcla mortífera de violencias solapadas. Violencias vengativas, criminales y revolucionarias. Era necesario un cambio profundo porque apenas quedaban valores civiles en pie. Ya no se podría regresar al mundo del pasado. El ser humano difícilmente podía caer más bajo. Así se pensaba, así se (mal)vivía. Un continente salvaje (Lowe 2012).

2.1. Temores europeos y análisis estadounidenses

Durante los primeros compases de la primavera del año 1945, agotado física y mentalmente, el premier Winston Churchill vislumbró el final de la Segunda Guerra Mundial no como una victoria de la democracia sino como la prórroga de una tragedia. Un fantasma recorrería Europa. Tras un lustro dirigiendo la campaña bélica contra los ejércitos del Eje, el triunfo de los aliados podría suponer la instauración de una nueva dictadura en el continente. Ese era su temor. Uno de los principales responsables del Estado Mayor británico, por ejemplo, lo tenía perfectamente asumido y así lo registraba en su diario. “No cabe duda de que, en adelante, Rusia será todopoderosa en Europa” (Walker 2015, 139). Lo que estaba sucediendo en Polonia, donde Stalin maquinaba para imponer un gobierno títere contraviniendo lo acordado en Yalta, era para Churchill no sólo la demostración de la pérdida de hegemonía inglesa en la política internacional –la nostalgia del mundo de ayer- sino también la crisis definitiva de una democracia liberal que había empezado a desangrarse desde el estallido de la Primera Guerra Mundial.

El sacrificio del ejército soviético luchando contra los fascismos había sido colosal y la consideración de la Unión Soviética en la prensa aliada, ya fuese en el

Reino Unido o los Estados Unidos, venía siendo, por ello, más bien positiva. Y, además en el combate contra los países ocupados por los nazis, la familia más activa de la resistencia había sido, sin duda, la comunista. Ese crédito logrado durante la guerra había otorgado a Stalin una legitimidad indiscutida e indiscutible para participar de manera principal en el diseño del nuevo orden mundial. Una de sus prioridades fue la transformación de los países fronterizos con la URSS en un cordón sanitario con el objetivo de impedir un nuevo intento de ocupación de su país como el que se había propuesto el ejército nazi (y en el que colaboraron los españoles encuadrados en la División Azul). Esa prioridad geoestratégica y neoimperial le fue respetada sin discusión por los líderes aliados y así un conjunto de países –las mal llamadas democracias populares- que habían sido ya maltratados por el ocupante alemán empezaron a amoldarse a los propósitos del dictador comunista para transformarse en satélites soviéticos. El mapa del poder en Europa se estaba enrojeciendo.

Ese era el fantasma que recorría el continente. Era esa tesitura la que había obsesionado a Churchill que, antes incluso del fin de la guerra en el continente, fantaseaba con la posibilidad de iniciar una Tercera Guerra Mundial para meter a Stalin en cintura mediante el uso de la fuerza militar. Si el Ejército Rojo era derrotado, serían las potencias occidentales las que dictasen el mapa de la Europa de postguerra. Se debería sumar a esa operación al ejército alemán derrotado y era necesario evitar la desmovilización del ejército estadounidense del continente. Pero aquel proyecto militar, tan utópico, quedó archivado porque posibilidades de éxito eran escasísimas. La economía de su país estaba por los suelos y la potencia del ejército soviético parecía indestructible. El horror abismal que el mundo conoció al liberarse los campos de concentración, además, hacía prácticamente imposible rehabilitar el ejército alemán como potencial colaborador en una guerra en defensa de los valores de la democracia y Europa había dejado de ser una prioridad para el ejército norteamericano, decantado ya por entonces en el combate en el Pacífico.

Pocos días después de la caída de Berlín, se rompía la coalición gubernamental entre laboristas y conservadores en el Reino Unido. El 5 de julio de 1945 se celebrarían elecciones. A pesar de haber liderado la victoria del Reino Unido, en julio de 1945 Churchill perdió unas elecciones generales históricas que ganó el Partido Laborista. El 6 de agosto los Estados Unidos, que hasta aquel período, habían defendido una posición

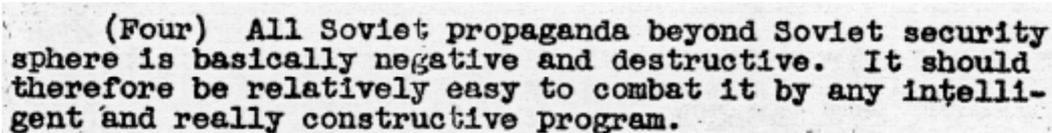
antimperialista fuera de su continente, lanzaron la bomba atómica sobre Hiroshima. Fundido en negro. El equilibrio mundial había cambiado. Todo sería distinto.

El proceso de satelización de los países del este estuvo dramáticamente condicionado por el desarrollo de la guerra mundial. Polonia, por ejemplo, había perdido el 20% de su población y 12 millones de alemanes tuvieron que abandonar Europa del Este... Pero no fue sólo la demografía. La soviétización se fundamentó no sólo en culpables acuerdos diplomáticos de los aliados, sino también en aquel marasmo moral, civil, territorial y económico producido durante la guerra misma y los meses siguientes. Miles de soldados soviéticos que debían liberar países invadidos por los nazis los ocuparon, para empezar, consumidos por un deseo de venganza que le tocó sufrir a unas gentes que acaban de padecer otra ocupación. “Aunque los saqueos, la violencia y las violaciones no formaban de un plan político, en la práctica tuvieron un impacto político profundo y duradero”. Miedo y silencio instalados en el corazón de la sociedad. En un primer momento la URSS, que nada más llegar organizaba una policía secreta que no se sabía si trabajaba para el estado o para el partido, mantuvo una cierta apariencia de convivencia democrática. Luego, muy pronto, cayeron las máscaras para que la ideología totalitaria se incrustase en todas las esferas –arte, radio, política, educación desde la guardería...- de una ciudadanía traumatizada, cuya sociedad civil iba siendo desarticulada (la iglesia, los scouts, los clubs de ajedrez...) y que se sabía poco a poco más empobrecida. Era “la bolchevización de la Europa Oriental” (Arendt 2015, 45), donde malviviría, controlado por el estado desde su nacimiento, el “homo sovieticus” (Applebaum 2014).

Durante los últimos meses de 1945 la inteligencia norteamericana empezó a tomar conciencia del peligro que representaba la amenaza comunista. Analizada la capacidad militar soviética, sus conclusiones eran rotundas: el ejército soviético, en apenas dos años, podría continuar su expansión. No sólo había logrado consolidar la estabilidad del cordón sanitario que representaban sus países satélites. La mancha soviética sobre el mapamundi podía extenderse a Europa del Este y el Oriente Próximo gracias a la potencia de su ejército. Pero no era sólo su peso militar. También contaba el peso electoral de los partidos comunistas en diversos países europeos. Más del 20% en Francia o Finlandia, casi en 20% en Italia o Islandia (Fontana 2015, 33). No defendían un programa revolucionario inmediato, pero, al situarse en el magma de influencia soviético afianzaban la tentación imperial de la Unión Soviética. Ante esa realidad

reaccionaron los Estados Unidos que, tras la tragedia de Hiroshima (suyo era el monopolio, por entonces, del armamento nuclear), había certificado su voluntad de actuar como líder mundial, que al tiempo le garantizaría su dominio económico. El único poder capaz de discutir su hegemonía –una hegemonía militar y económica entrelazada a un modelo de sociedad- sería aquel controlado bajo el yugo de Stalin. Y contra ese poder pronto empezarían a pensar y a actuar.

Lo certificaría, pronto, un documento clásico de la diplomacia del siglo XX. El 22 de febrero de 1946, cuando llevaba prácticamente dos años trabajando en la embajada de los Estados Unidos en Moscú, George Kennan mandó un telegrama a Washington defendiendo que el objetivo político de la URSS era impulsar una gran revolución mundial como paso previo a su dominio total sobre el mundo. Ese afán de dominio, según su razonamiento, exigía la destrucción de la pax americana. “*Problem of how to cope with this force is undoubtedly greatest task our diplomacy has ever faced and probably greatest it will ever have to face*¹²”. No se podían, por tanto, hacer más concesiones a los soviéticos. Se debía implementar una meditada estrategia de defensa en múltiples frentes y uno de los flancos que debía atacarse era el de la propaganda.



(Four) All Soviet propaganda beyond Soviet security sphere is basically negative and destructive. It should therefore be relatively easy to combat it by any intelligent and really constructive program.

La influencia de ese telegrama, y de un famoso artículo que Kennan publicó al cabo de un año con pseudónimo en *Foreign Affairs*, determinó en buena medida la doctrina Truman y la lógica estadounidense de la Guerra Fría.

Uno de sus primeros teóricos había sido, precisamente, Winston Churchill, profundizando en las reflexiones que venía notificando confidencialmente desde los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial. Porque desde los meses siguientes a su derrota electoral, el viejo premier conservador estaba convirtiéndose en uno de los faros que pretendían iluminar la Europa en ruinas y cenizas de la postguerra europea. El 5 de

¹² *Telegram, George Kennan to George Marshall February 22, 1946. Harry S. Truman Administration File, Elsey Papers. Pág. 16.*

marzo de 1946 leyó un resonante discurso en el Westminster College de la pequeña ciudad de Fulton en el estado de Missouri presentado por el presidente Truman. Allí sostuvo que la seguridad del nuevo mundo demandaba una nueva unidad europea: una unidad que fuera lo suficientemente sólida para frenar el expansionismo soviético que se había podido consolidar en virtud de los acuerdos suscritos por las potencias victoriosas de la guerra. Porque había sido gracias a esos acuerdos que ya se estaba consolidando la nueva realidad a la que Churchill denominó aquel día el telón de acero (una expresión que había aparecido ya en los cartas y telegramas que había escrito a mediados de 1945). “*From Stettin in the Baltic to Trieste in the Adriatic*”, proclamó Churchill en Fulton, “*an iron curtain has descended across the Continent. Behind that line lie all the capitals of the ancient states of Central and Eastern Europe. Warsaw, Berlin, Prague, Vienna, Budapest, Belgrade, Bucharest and Sofia, all these famous cities and the populations around them lie in what I must call the Soviet sphere*”. Durante años, décadas, buena parte de Europa olvidó u ignoró, tal vez temió, lo que ocurría en aquellos países, como si fuesen un oscuro cuarto de las ratas. En Fulton Churchill hizo una llamada a estructurar una unidad europea para oponerse a la amenaza soviética en todo el mundo: “*the safety of the world requires a new unity in Europe*” (Churchill 1946a). El 19 de septiembre de aquel 1946 retomaría la misma cuestión de la Europa unida en el discurso que pronunció en la Universidad de Zúrich (Churchill 1946b).

Churchill no sería el único en predicar la buena nueva del europeísmo. “A partir de 1945 se extendió un intenso deseo de construir una nueva Europa y surgieron por doquier agrupaciones proeuropeístas de carácter privado” (Arrieta 2007, 212). Se creó, por entonces el Movimiento para los Estados Unidos Socialistas de Europa, a cuya reunión fundacional asistió Enric Adroher Gironella. En esta entidad se refugiaría Julián Gorkin al volver de México a Europa y a ella se refería George Orwell. Pocas proclamas en favor de la unidad europea me parecen tan esperanzadas y clarividentes como la que planteó en *Partisan Review* el verano de 1947. Aunque la creyese utópica, consideraba que la única alternativa para neutralizar los peligros de una guerra nuclear que enfrentaría a los Estados Unidos con la Unión Soviética era la creación de una federación de países basada en los principios del socialismo democrático. «La manera de evitarlos, al menos que a mí se me ocurre, consiste en presentar de un modo u otro, a gran escala, el espectáculo de una comunidad en la que sus integrantes sean relativamente libres y felices, y en la que el objetivo primordial de la vida no sea la

búsqueda del dinero o del poder.» (Orwell 2006, 378). Ese espectáculo, creía, sólo podría intentarse en Europa Occidental.

El proyecto europeísta, que iba madurando a través de aquellas distintas plataformas, trataría de encarrilarse a través de la creación del Comité de Coordinación de los Movimientos para la Europa Unida que entre el 7 y el 10 de mayo de 1948 organizó una conferencia fundacional en La Haya a la que asistió otra vez Gironella y también el liberal exiliado Salvador de Madariaga. En aquella reunión se decidió crear el Consejo de Europa, cuya primera asamblea se celebraría en Estrasburgo el mes de agosto de 1949.

2.2. Hacia la institucionalización de la Guerra Fría cultural: origen del Congreso por la Libertad de la Cultura (1950)

El proceso de institucionalización del europeísmo avanzaba en paralelo a la redefinición de la política exterior estadounidense para asentar su liderazgo mundial. En un período relativamente breve, de no más de cinco años, se trazaron las líneas maestras que condicionarían el desarrollo político del mundo durante las siguientes décadas. El 12 de marzo de 1947 el presidente Truman leía en el Congreso un importante discurso pidiendo a los congresistas que apoyasen su decisión de apoyar económicamente a Grecia y a Turquía, toda vez que el Reino Unido no podía seguir haciéndolo. Esa decisión formaba parte de la política exterior de su país. *“One of the primary objectives of the foreign policy of the United States is the creation of conditions in which we and other nations will be able to work out a way of life free from coercion.”* Dicho con otras palabras, el apoyo a esos dos países significaría blindarlos de la amenaza comunista. No lo dijo con estas palabras, pero este era el sentido de su proyecto. *“The free peoples of the world look to us for support in maintaining their freedoms. If we falter in our leadership, we may endanger the peace of the world -- and we shall surely endanger the welfare of our own nation”* (Truman 1947). Pero la aplicación de esa doctrina en Europa no se limitaría a Turquía y Grecia. El 5 de junio el general George Marshall –el secretario de Estado- leía en la Universidad de Harvard el discurso en el que anunciaba

el compromiso de los Estados Unidos en la reconstrucción de Europa. Hacía pocos meses que William Donovan –diseñador de la Office of Strategic Services, creada durante la Segunda Guerra Mundial y precedente de la CIA- había realizado un viaje para estudiar la penetración sindical de grupos comunistas y Allan Dulles –miembro de una familia de la élite en las relaciones internacionales de su país y futuro director de la CIA, durante la guerra había trabajado con Donovan en la Oficina de Servicios Estratégicos- redactó por entonces un largo informe apoyando el Plan Marshall.

El 26 de julio de aquel 1947 Truman firmó la National Security Act cuyo propósito era “*promote the national security*” (NCA 1947, 1). Ese documento, que reestructuraba la defensa del país, fue la partida de nacimiento de la Central Intelligence Agency, la CIA. Nombrar la CIA, hoy y desde hace demasiados años, es referirse al lado más oscuro del imperialismo estadounidense, pero, para centrar parte del punto de vista de la reflexión que propongo, mi punto de arranque es éste: “*recordem qui era la CIA a principi de la dècada dels cinquanta. No era l’FBI, i encara no era la tosca, incompetent i servia CIA de l’era post Reagan. Encara hi havia molts dels joves intel·ligents que s’havien unit a la CIA a través de l’Oficina de Serveis Estratègics de la guerra: tenien una bona doi de discreció pel que a fa a les seves estratègies per treballar contra la subversió i la propaganda soviètica*” (Judt con Snyder 2012, 284). Al cabo de menos de un año, en junio de 1948, el Consejo de Seguridad Nacional, organismo que depende directamente del Presidente de los Estados Unidos, redactaba la directriz 10/2 en virtud de la cual se autorizaban las acciones encubiertas encaminadas a combatir el mismo tipo de acciones que, así se creía, estaba implementando la Unión Soviética contra los Estados Unidos. La Guerra Fría ya era una realidad. No se crearía un organismo especial para diseñar aquellas acciones encubiertas y llevarlas a la práctica, sino que la Central de Inteligencia asumiría esas tareas. Serían operaciones que abarcarían distintos ámbitos, incluyendo la propaganda, y podrían desplegarse por todo el mundo¹³.

También, por supuesto, en Europa. Cinco fueron las principales modalidades de los operaciones encubiertas de la CIA en el continente: la siniestra operación Gladio, el

¹³ Fragmento de la NCA: “*include any covert activities related to: propaganda, economic warfare; preventive direct action, including sabotage, anti-sabotage, demolition and evacuation measures; subversion against hostile states, including assistance to underground resistance movements, guerrillas and refugee liberation groups, and support of indigenous anti-communist elements in threatened countries of the free world*”.

apoyo a partidos políticos de centro o la izquierda no comunista, la influencia en grupos culturales e intelectuales, la creación de “dissonance” en los países satélites de la Unión Soviética (a través de Radio Free Europe, que empezó a emitir en 1950, o Radio Liberty, que lo hizo a partir de 1951) y el intento de control del movimiento sindical (Aldrich 1997, 188-189. Para actuar en este último ámbito se podía contar con los líderes de la American Federation of Labor, la federación de sindicatos comandada por internacionalistas anticomunistas (Morgan 1999, 152). Dentro de la AFL se había creado en 1944 el Free Trade Union Committee para apoyar sindicatos extranjeros para que pudiesen mantenerse independientes de la órbita comunista. Su principal responsable era Jay Lovestone. El 10 de julio de 1948 Matthew Woll –uno de los hombres fuertes del AFL- envió a Frank Wisner una carta presentándole a Lovestone. *“He is duly authorized to cooperate with you in behalf of our organizations and to arrange for close contact and reciprocal assistance in all matters”* (Morgan 1999, 197). Wisner y Lovestone se entendieron. Quien años atrás había sido líder del Partido Comunista en los Estados Unidos había pasado a ser un colaborador de la CIA. Lovestone *“saw himself as the mastermind of a worldwide assistant free labor and checking Soviet expansion”* (Morgan 1999, 198). Por sus manos y por las de sus colaboradores (por ejemplo Irving Brown, su hombre en Europa) pasarían millones de dólares durante años.

A aquellas operaciones encubiertas debe sumarse otra: el apoyo, desde el primer momento, a las organizaciones que trabajan, desde ideologías distintas, en favor de la unidad europea. El primer referente elegido era Churchill, en contacto con Donovan y Allan Dulles, y su concreción fue la creación del American Committee on United Europe en cuyo equipo de dirección, además de políticos y notables de la sociedad estadounidense, estaba el sindicalista Lovestone (Aldrich 1997, 193). Aquel Comité atendería la petición del Movimiento Europeo y Churchill concibió aquella conexión como una demostración que las caras no visibles del Plan Marshall podían servir para sufragar los trabajos en marcha para gestar la Unión; de hecho ya en 1949 el comité americano salvó al Movimiento Europeo del colapso financiero (Aldrich 1997, 196). Pero la estela de Churchill iba pronto a decaer. La gestión de su yerno fue cuestionada por irregularidades económicas y, al poco, se produjo un relevo en la dirección del Movimiento Europeo. El nuevo líder sería el belga Spaak, decisión avalada por los norteamericanos tras una visita de control a Europa. Que los dólares de Washington

apuntalaban plataformas europeístas debía ser un secreto a voces. A propósito del socialista Gironella, que desde el primer momento fue el secretario general del comité federal español del Movimiento Europeo, Josep Tarradellas diría que tenía una oficina en París “*que, sota l’aparença de preocupar-se de problemes federalistes i europeistes, del que es tractava era d’una oficina, com tantes n’hi ha arreu del món, subvencionada pels americans per fer una tasca anticomunista*” (Tarradellas 2012, 26). Europa unida como marco de la reconstrucción de las democracias occidentales y como dique de contención del expansionismo soviético. Esa era la apuesta de la inteligencia americana y para controlarla viajaron a Europa dos pesos pesados de la Agencia, Donovan y Tom Braden.

Braden encarna el paradigma de los primeros agentes de la CIA descritos por Tony Judt. Miembro del Office of Strategic Services durante la guerra, al terminar el conflicto Braden empezó a dar clases en la Universidad de Georgetown donde se relacionó, entre otros, con miembros influyentes de la diplomacia oculta como Kennan, Acheson o Angleton. En 1950 fue captado por la CIA y se integró en la Office of Policy Coordination ideada por Kennan y que dirigía Frank Wisner –otro veterano del Office of Strategic Services que tras la guerra trabajó en un bufete de prestigio y no tardó en dirigir una campaña gubernamental de infiltración en los medios de comunicación–. El activismo de Wisner y Braden partía del planteamiento siguiente: la Unión Soviética controlaba una serie de instituciones internacionales de prestigio a través de las cuales atacaba a los Estados Unidos. Instituciones como la International Association of Democratic Lawyers, el World Peace Council, la Women’s International Democratic Federation, la International Union of Students, la World Federation of Democratic Youth, la International Organization of Journalists o la World Federation of Trade Unions. Eran plataformas cuyo discurso, en la lectura que se hacía en Washington, estaba monopolizando conceptos positivos como Paz, la Libertad o la Justicia a favor de la Unión Soviética, vinculándolos sólo al comunismo.

Si alguien podía en la lucha por reconquistar las palabras y ponerlas al servicio del modelo de sociedad estadounidense tal como quería presentarlo Washington, si alguien podía, eran los intelectuales y los hombres de cultura. Pero un sector más que considerable de la intelectualidad occidental, especialmente la parisina, avalaba aquella vinculación de los grandes conceptos al comunismo al tiempo que creía defenderla denunciando a los Estados Unidos. Aquel frente cultural de compañeros de viaje

contaba con un pool de plataformas intelectuales: “sus diarios y sus semanarios, revistas culturales y políticas, sus reuniones de células, sus recepciones mundanas y sus mítines, sus congresos nacionales e internacionales” (Lottman 2006, 377). Para combatir aquel frente la Office of Policy Coordination usaría una plataforma que se había creado hacía pocos meses: el Congreso por la Libertad de la Cultura.

Uno de los mecanismos del frente soviético para mantener en activo su propia red era la organización de asambleas y certámenes. A finales de marzo de 1949 se organizó la Conferencia Cultural y Científica por la Paz Mundial en el Hotel Waldorf Astoria de Nueva York (Sounders 2001). Pero en aquella ocasión, a diferencia de otras conferencias internacionales, intelectuales norteamericanos trataron de boicotearla. Francis Stonor Saunders lo ha descrito mejor que nadie. El promotor fue el profesor Sidney Hook, editor de la socialdemócrata *The New Leader* y que diez años antes había creado la League for Cultural Freedom (se anunció, lo hemos visto, en *Workers Age*). Para su intervención en el Waldorf reactivó el comité. Lo denominó Americans for Intellectual Freedom e integró, entre otros, a Mary McCarthy y a algunos de los intelectuales habían mantenido un diálogo público o privado con Victor Serge (McDonald, Max Eastman o Hook mismo) durante buena parte de las décadas de los cuarenta. Sus interpelaciones en la Conferencia fueron sonadas y llegaron a oídos de Washington. Se consideró que aquel grupo podía colaborar en el intento de contrarrestar la influencia comunista en Europa. Al cabo de un mes debía celebrarse un sovietizante Congreso por la Paz en París y también se trabajó para hacerlo fracasar, contraprogramando en París el Día Internacional de Resistencia a la Dictadura y a la Guerra. Para su organización Frank Wisner contó con Carmell Offie, uno de sus hombres de confianza y a cuyo cargo estaban dos de las operaciones encubiertas en Europa: el Committee for Free Europe y al apoyo al sindicalismo anticomunista, cuyo responsable en Europa era Irving Brown –un hombre de Jay Lovestone-. A través de la Oficina del Plan Marshall en París Brown obtendría el dinero para organizar la reunión alternativa, pero no se consiguieron los objetivos previstos.

Pero la idea de impulsar una guerra fría en el plano cultural seguía en pie. Se trataba de replantear la estrategia. Y a la nueva idea se le estaba dando cuerpo en Europa. En agosto de 1949 se celebró una reunión en Frankfurt a la que asistieron antiguos excomunistas que habían participado del trust antifascista de los años 30 que ya había apuntalado la Unión Soviética bajo la dirección de Willi Munzenberg. Su

propósito era, ahora, diseñar una estructura estable cuyo objetivo había de ser el combate intelectual contra el comunismo. Uno de los cerebros de la operación era Melvin Lasky. No es la primera vez que nos topamos con él. Este alumno del City College –la misma universidad donde se licenció Hook- había sido en 1939 uno de los firmantes del manifiesto fundacional de la League for Cultural Freedom and Socialism. Desde 1942 trabajaba como editor de *The New Leader* y, tras participar en la guerra, se quedó en Berlín. Famosa fue su intervención de 1946 en un congreso cultural comunista, impugnando el discurso de sus organizadores. Fue por aquel motivo que se reunió con el general Lucius Clay, gobernador militar de los Estados Unidos en Alemania. Clay le animó a proseguir la batalla contra el comunismo y la primera concreción de esa batalla fue la creación de la revista cultural *Der Monat*, cuyo primer número se publicó en el mes de enero de 1948 financiada por el Gobierno Militar en Alemania.

A Lasky se dirigió por entonces Richard Crossman, que durante la guerra había trabajado en el británico Political Warfare Executive: un cuerpo cuya misión era producir y diseminar propaganda para minar la moral enemiga y reforzar la de los ciudadanos que vivían en países ocupados. Crossman había ideado un libro que sería fundacional de la guerra fría cultural: la edición en un solo volumen del testimonio de algunos conocidos anticomunistas. Se titularía *The god that failed* y se publicó a finales de 1949 recopilando el testimonio de conversos de primer nivel como Arthur Koestler, André Gide o Ignazio Silone entre otros. Crossman firmaba el prólogo de un libro redactado por algunos de los que serían eminencias grises del Congreso por la Libertad de la Cultura.

Lasky y otros diseñaron un plan para organizar una gran reunión intelectual en Berlín en 1950. A principios de ese año la propuesta llegó a la mesa de Frank Wisner. Quien se la hizo llegar era Michael Josselson. Nacido en Estonia e hijo de una familia exiliada a causa de la Revolución soviética, emigró a Nueva York en 1937. Cuando los Estados Unidos entraron en guerra, se alistó al ejército. Gracias a su dominio de idiomas, fue destinado a la Sección de Inteligencia de la División de Guerra Psicológica. Se le destinó a Berlín donde su cometido realizar interrogatorios para distinguir entre nazis y no nazis. Luego pasó en el Gobierno Militar americano en Alemania, concretamente en la Oficina de Asuntos Culturales. En 1948, cuando debía reintegrarse a la vida civil –reincorporarse a su lugar de trabajo como comerciante-, Lawrence de Neufville le

propuso incorporarse a la CIA. Tras superar entrevistas en Washington y salir limpio de un informe del FBI, se les destinó a Berlín donde trabajaría en las acciones encubiertas. Una de esas acciones era la que Lasky había trazado en Frankfurt. La que Josselsson hizo llegar a Wisner y la que Wisner aprobó en abril de 1950.

Fue en junio cuando se celebró en Berlín un Congreso por la Libertad de la Cultura. Aunque la organización se presentaba como desligada de cualquier vínculo oficial, es decir, como una entidad independiente, desde el primer momento algunos de los asistentes al coloquio sospecharon que la reunión había sido auspiciada por el gobierno de los Estados Unidos. Porque, indudablemente, la filosofía de las discusiones estaba planteada como una batalla en el marco de la Guerra Fría cultural para reforzar la posición norteamericana. Las sospechas eran fundadas: todo aquel montaje era una acción encubierta.

En *La Vanguardia* de Barcelona se dio una noticia del Congreso. El 17 de junio se anunció su celebración (“Próximo Congreso de Libertad Cultural en los sectores occidentales”) y luego se publicó una crónica redactada por el corresponsal del diario en Bonn. Introduce una variante en relación al relato habitual de la historiografía sobre aquella reunión. Como el encuentro berlinés supuso el bautismo de una organización que luego tendría una influencia más que notable, se tiende a historiar en relación a la propia organización pero se tiende a obviar cuál fueron los debates principales. En *La Vanguardia*, en cambio, se subrayó la intervención que hizo George Kennan –una de las principales eminencias grises de la Guerra Fría- centrada en la cuestión del europeísmo. “Hablando ante el *Congreso para la Libertad Cultural*, que está siendo celebrado en Berlín, el antiguo embajador norteamericano en Rusia y actualmente catedrático de Ciencias Políticas de Princeton, George Kennan, ha hecho un encendido llamamiento para que Europa, venciendo todas las resistencias, se fusione en una tercera fuerza capaz de hacer sentir su peso entre los grandes colosos que se disputan hoy la hegemonía en el mundo”. Unidad europea en el marco de la Guerra Fría. Ese debió el nudo de su conferencia.

Kennan, autor del famoso plan que lleva su nombre sobre el “disengagement”, dijo que Europa no puede abandonar la misión que le cumple ni un solo momento más sin exponerse a acarrear consecuencias graves y agregó que sólo

la Unión Europea puede ser suficiente a actuar de imán sobre la Europa Oriental en lo futuro. “La atomización de Europa sólo es susceptible de ayudar al *statu quo* comunista y quizá en su día a su triunfo”, alegó Kennan, al que el alemán hijo de catalana, Carlo Schimd, contestó que “la Federación de Europa tiene su mayor impulso en su imprescindibilidad, pero que no debe esperarse que la imprescindibilidad actué por si sola automáticamente. Hay que ayudarla”.

Aquella concepción de la unidad europea se planteaba como una estrategia de defensa para evitar “consecuencias graves” que, se sobreentiende, podían significar el despliegue territorial de la Unión Soviética. Sobre esa idea se debatió, como señala el corresponsal, pero no sólo eso. “En realidad el tema de Europa, unido al tema de la democracia como el sistema apto para conjugar los diversos intereses nacionales en una unidad superior, se ha convertido en el tema central del Congreso”. Lo significativo para nuestro argumento es detectar cuáles eran los vasos comunicantes entre personas, instituciones e ideas. Porque en aquel terreno maduraría, tiempos después (a partir de 1957), una alternativa democrática española que encajaba con algunos de los discursos ideológicos –como puede ser el europeísmo- que se propulsionarían a través del Congreso por la Libertad de la Cultura.

Pero si el núcleo duro de la discusión fue el europeísmo, lo más impactante del congreso fue una resonante llamada. La llamada al compromiso de los hombres de cultura a favor de la libertad y en contra del totalitarismo. Era la idea motriz de un manifiesto redactado por Arthur Koestler y que Koestler mismo leería ante un auditorio formado por más de 15.000 personas. ¿Cómo dar continuidad a aquella llamada formulada en Berlín? La respuesta, controlada por la inteligencia americana, fue la creación de un organismo cuyo propósito era sumar a la causa intelectuales de prestigio para que desactivaran la hegemonía comunista en el campo intelectual de la postguerra. El paso siguiente era su institucionalización.

Frank Wisner, según Francis Stonor Saunders, ofreció la dirección del CLC a Michael Joselsson, que seguiría las directrices de Lawrence de Neufville destacado por entonces a la sección de Actividades Sindicales que la CIA tenía en Francia. Uno de los hombres duros del sindicalismo anticomunista en Francia era Irving Brown, otro hombre conectado, como he comentado antes, con la inteligencia americana y que

también formaría parte del comité ejecutivo de la nueva organización. Habría otros hombres que conocían el origen de la institución y que, en un primer momento, se encargaron de darle cuerpo. A finales de 1950 se celebró una nueva reunión para seguir discutiendo el organigrama. Se nombrarían 25 miembros para integrar el Comité Internacional y a cinco presidentes honoríficos. Las actividades las dirigiría un Comité Ejecutivo formado por cinco personas –en un principio David Rousset, Ignazio Silone, Arthur Koestler, Carlo Schimdt e Irving Brown- coordinado por un secretario general.

La sede del CLC estaría en París. Además de los seminarios internacionales de alto nivel, la actividad regular se desplegaría a través de otros dos canales: la creación de comités nacionales y la publicación de revistas culturales de gran nivel. En 1951 ya se creó el comité italiano o el británico, por ejemplo, y ese mismo año empezó a publicarse la revista francesa *Preuves*, que dirigiría François Bondy. Desde mediados de 1952 empezó a sugerirse la necesidad de fundar comités nacionales del CLC en América Latina. El encargado de llevarlo a cabo, recomendado por sus amigos norteamericanos, fue un revolucionario profesional: Julián Gorkin.

CAPÍTULO 3. RECUERDOS DE CONVERSOS: USOS IDEOLÓGICOS DEL RELATO MEMORIALÍSTICO

3.1. La llegada de Jesús Hernández a México

En México la vida no es fácil. Para algunos puede ser, mejor dicho, peligrosa. Y Serge, Pivert y Gorkin lo saben, lo sienten y lo comentan. 25 de enero de 1944. Desde la instalación del embajador soviético las intrigas han ido a más. A Gorkin, que de los tres es el que parece que más les molesta, se lo han dicho funcionarios de la embajada rusa. Tomará medidas de seguridad. Porque los telegramas que periodistas han enviado a Moscú son casi una sentencia. Es otra campaña encubierta. Los argumentos que se usan para difamarlo no son nuevos. Es la retórica más burda del antitrotskyismo, el discurso legitimador de tantas purgas, de tantos revolucionarios muertos... Que si tiene fondos económicos a su disposición, que si desarrolla actividad clandestina, que si fue condenado durante la guerra civil como cómplice de Hitler... La campaña de prensa podría compararse a la previa al asesinato de Trotski.

Por entonces llegó al DF Jesús Hernández, histórico dirigente comunista que había sido diputado en las últimas cortes republicanas y ministro de instrucción pública durante la guerra civil. Exiliado en Moscú durante los primeros años de la postguerra, durante el verano de 1943 fue destinado a México donde el 9 de diciembre llegó acompañado de Francisco Antón, uno de los directores de la campaña contra el POUM durante la guerra civil. México, como describió Fernando Hernández Sánchez, no era un país cualquiera en la diáspora republicana. Era el país más destacado. Allí estaba la sede del precario gobierno y de las precarias cortes. Era el principal núcleo intelectual español. Y allí se diseñaban operaciones políticas que podrían tener mayor o menor éxito. Los comunistas decidían, por ejemplo, a quien podría destinarse a España para reconstituir el partido. Y para jugar un papel en esa tesitura llegaron Antón y Hernández, y tal vez para dirigir una posible fuga de Ramon Mercader, otra operación encubierta más. *“Ils s’étaient arrêtés à l’hôtel Hipódromo, d’où Jesús Hernández a disparu sans même régulariser ses papiers»* (Serge 2012, 456), anotaba Serge en sus

cuadernos y lo hacía en la misma entrada en la que consignaba el pánico que sobre todo Gorkin sufría en un clima de violencia política más que latente.

¿Por qué había desaparecido Hernández? Serge dudaba. ¿Dirigía un trabajo secreto? ¿Había partido a España con una identidad falsa? Pero existía otra posibilidad. « *On pense qu'il est lui-même en disgrâce et que les missions dangereuses qui lui sont confiées constituent une façon de se débarrasser de lui* » (Serge 2012, 456). Ya podía Hernández pensar que tendría capacidad para reconstituir la dinámica del partido, pero las tensiones con la dirección ya en Moscú –donde había explicitado sus dudas sobre demasiadas cosas- le habían anulado como reformador del PC. México era un alejamiento intencionado del núcleo decisorio. Si trató de incorporar a su proyecto a los responsables del partido en aquel país, fracasó. Empezaba su proceso. Se le exigió “autocrítica”, se le apartó del trabajo activo. Y él, ya en febrero, pudo comprobar que suerte estaba echada. Y lo que no pudo comprobar pero sucedió fueron las consignas que estaban llegando desde Moscú (Puigventós 2015, 471). El 20 de febrero se redactaban instrucciones para Anton: en vistas a su futuro encuentro con Hernández debía negar que estuviese en marcha operación alguna para liberar a Ramon Mercader. El día 22 era Beria quien pedía información sobre Hernández. Y aún hubo otra indicación: se le consideraba un bocazas y todo lo planeado debía hacerse sin que supiese nada.

Hernández había caído definitivamente en desgracia. No hacía ni un trimestre que la militancia le había recibido como un mito cuando se convocó una asamblea general –no se le informó- en la que se redactó una nota informando que podría ser expulsado del Partido. Y en mayo de 1944, en una reunión en Moscú, se persistió en aquella dirección. Se le condenaba porque, incluso durante la guerra, había iniciado ya tareas de fraccionalismo que atentaban contra el mando de la Komintern. Había sido señalado y también lo sería su colaborador Enrique Castro Delgado, que al fin lograría huir de la Unión Soviética. Pero su acelerado alejamiento del partido español no implicó, de entrada, su expulsión del espionaje soviético, que le mantuvo activo durante un año (Hernández 2008, 197). Y es probable que aquella actividad estuviese relacionada con el intento de liberar a Mercader. Porque él, a lo largo de sus años de exilio ruso, había gozado de la confianza de Caridad Mercader, la madre del asesino. Lo recordaba otro de sus hijos. “Habían estado invitados en nuestra casa muchas veces y mi madre, que era muy amiga de ellos [de Hernández y Castro], quizá en un exceso de

confianza, les fue contando lo que sabía” (Puigventós 2015, 461). En marzo de 1945 Caridad Mercader llegó a México para interceder con las autoridades del país para intentar conseguir un indulto. Obtuvo lo contrario de lo que pretendía. Aumentaron los controles penitenciarios sobre su hijo, desactivando cualquier posibilidad de llevar a cabo la operación que el espionaje soviético mantenía latente. Y con la cancelación de la operación Moscú cortó definitivamente su relación con Hernández, expulsado a mediados de 1945. Su intento de proseguir con una actividad política comunista pronto se disolvió.

3.2. La gestión de la memoria de Julián Gorkin

¿Iniciaron por entonces una cierta relación Gorkin con Jesús Hernández y/o con Enrique Castro? Con el segundo, más o menos tarde, seguro que sí. Castro, que había tratado a Caridad Mercader en la Unión Soviética, le pasó información a Gorkin para elaborar el reportaje pionero *Así mataron a Trotsky*, que escribiría a medias con el general Leandro Sánchez Salazar. Y Gorkin, por su parte, ayudaría a Castro a publicar su testimonio de converso: *Mi fe se perdió en Moscú*. Uno y otro manuscrito se encuadrarían en una campaña intelectual paradigmática de las luchas intelectuales de la Guerra Fría, a las que Gorkin se alistó desde el primer momento. Pero para él no era un activismo nuevo sino que la coyuntura le dio una operatividad distinta, en buena parte complementaria, a la que había tenido en su origen. Porque para un Gorkin, desde muy pronto, ya en 1939, la necesidad de reflexionar sobre por qué había fracasado la revolución en España se había solapado a la voluntad de escribir cuál había sido el papel nocivo que según él había tenido la Unión Soviética durante la Guerra Civil. Y esa revisión crítica y permanente sobre la dinámica de la Revolución de Octubre, fagocitada por el estalinismo, formaba parte del mecanismo de legitimación de los revolucionarios que habían sido apartados de la ortodoxia. Las pocas páginas que hemos consultado de *Workers Age* lo demuestran. Pocos casos habían sido tan significativos como el de Walter Krivinski.

“*Je ne ferai pas de révélations, je ne ferai rien qui puisse nuire à l'URSS. Il n'y a tout de même que la cause de l'URSS*», le confesó Walter Krivinski a Victor Serge paseando una noche de finales de noviembre de 1937 por las calles de París (Serge 2012, 19-20). En un momento del paseo Krivinski se puso la mano en el bolsillo. Serge observó el gesto con miedo. Simplemente buscaba cigarrillos. Pero podría haber sacado una pistola. Krivinski, nacido en 1899, era una figura histórica del espionaje soviético. Había participado en todo tipo de operaciones por varios países y había formado a varios espías. Pero había decidido romper. Aún no habían pasado tres meses desde el asesinato del espía y viejo amigo Ignace Reiss “Ludwig”.

Durante el tramo central de la década de los treinta Reiss había trabajado en París con un grupo de espías. La mayoría de ellos, a lo largo de 1936 y 1937, fueron reclamados por Stalin y desaparecieron o fueron liquidados durante la Gran Purga. A pesar de su afán por romper, su amigo Krivinski trató de impedirselo, pero al fin el 17 de julio de 1937 dirigió aquella carta al Comité Central. Un día habría un auténtico proceso que desvelaría la verdad y en él intervendrían aquellos “espías y provocadores, agentes de la Gestapo y sabotadores”. Intervendrían personas como Andreu Nin. Por ahora él retornaba a la libertad, invocaba a Lenin y proseguiría en el combate revolucionario. “¡No al Frente Popular, sí a la lucha de clases; no a los comités, sí a la intervención del proletariado para salvar la república española!; ese es ahora el trabajo para hoy”. Y se despedía anunciando su compromiso con la IV Internacional de Leon Trotsky (Reiss 1937). Se instaló con su mujer y su hijo en un pueblo recóndito de Suiza. El NKVD no tardó en localizarlo y a primeros de septiembre lo ametrallaba.

Fue entonces cuando Krivinski decidió romper definitivamente. “Había desertado a Occidente llevándose consigo un buen fajo de información de alto nivel, incluidas las identidades de al menos setenta empleados de la inteligencia soviética en el extranjero” (Macintyre 2015, 78). Fue durante los primeros días de aquella escapada, en noviembre, cuando caminó con Victor Serge por París, que ya había entrado en relación con otros disidentes. Krivinski se lo reconoció. Él sabía que iban a matar a Reiss. Y temía que también la matasen a él. El verano siguiente, el de 1938, Serge describe en su diario un nuevo encuentro. Le parece un hombre devastado. “*Démoralisé, égocentrique, accablé de petites déformations professionnelles, affreusement triste, W.K. ne croit qu'à la toute-puissance du service et le peur de l'assassinat le domine*” (Serge 2012, 35-36). En 1939 marchó de París y debió ser entonces cuando se citó en el

hotel St's Ermin's de Londres con una agente del MI5 británico. Y luego hizo el salto a los Estados Unidos, donde pasó información a la división de European Affairs de la Secretaría de Estado. Pero el espía tenía miedo y aún lo tuvo más tras el asesinato de Trotsky. Y no tardaría en llegar su final. El 10 de febrero de 1941 se encontró su cuerpo sin vida en un hotel de Washington. Lo más probable es que se hubiera suicidado.

El 15 de julio de 1939 *Workers Age* ya se refería a la información que sobre la actuación comunista durante la Guerra Civil española aportaban los textos de Araquistáin, Largo Caballero, pero también los de Krivtisky. Desde el mes de abril el desertor comunista estaba rememorando su experiencia en unos artículos que dictaba al periodista Isaac Don Levine y que publicaba el *Saturday Evening Post*. Fue en noviembre cuando se recopilaron en el volumen *In Stalin's Secret Service* y desde principios de enero de 1940 ya podía comprarse por tres dólares, entre otras *bookshops*, en el librería de la revista de Lovestone.

Aquella instrumentalización interesada de los recuerdos de Krivtisky fue equiparable a la que Julián Gorkin concibió para los de Enrique Castro (y luego para los de Jesús Hernández, para los Valentín González El Campesino), pero por entonces casi todo había cambiado y con aquella mutación profundísima también el marco de interpretación para memorias con dicho tema. Porque, en el tramo final de la década de los cuarenta, en el caso de los usos del pasado del Gorkin que estaba a punto de marchar de América para regresar a Europa, su operación propagandística e ideológica no formaba parte sólo de la que había sido y en parte seguiría siendo motor de su actividad intelectual de segunda madurez –la lucha fratricida de los revolucionarios contra Stalin– sino que la onda expansiva de su combate se había ensanchado para inscribirse de pleno en la lógica maniquea que estaba poniendo en marcha la Guerra Fría. A partir de 1947, al iniciarse la “caza de brujas”, la Guerra Civil española se había convertido en la “piedra angular” para historiar quien había sido o no comunista o no (Humphries, 36), como visualizó el documental *Hollywood contra Franco* de Oriol Porta. Aquel pasado no había sido amnistiado en los debates intelectuales de la postguerra mundial y en ese magma chapotearían los libros de recuerdos políticos que Gorkin ayudó a escribir o a divulgar.

No era, pues, nada fácil preservar la independencia intelectual. Tal vez era imposible para alguien de la biografía de Gorkin como revolucionario profesional

dedicado en cuerpo y alma a la batalla política, a la lucha antiestalinista. Así su comunismo revolucionario de partida, que lo había convertido en un antiestalinista auténtico en tiempos heroicos, se estaba transmutando de facto, casi inevitablemente, en un antibolchevismo obsesivo cuyo punto de llegada sería la vulgata anticomunista que asociaría todo movimiento de transformación radical a los crímenes del estalinismo (plagio unas palabras de Wald 2008/2009, 143) y que fue uno de líneas de fuerzas esenciales del discurso norteamericano de la Guerra Fría.

Pronto lo detectó, con su gigantesca clarividencia, Hannah Arendt. El otoño de 1949 Arendt concluía *Los orígenes del totalitarismo*. Lo compuso a lo largo de cuatro años y después de la gran tormenta, durante “el primer período de relativa calma tras décadas de desorden, confusión y horror” (2015, 43). El prólogo a la primera edición lo fechó en el verano de 1950 y el libro se publicó en 1951. Por entonces escribió un breve ensayo *–Los huevos rompen a hablar–* que no publicó y que conectaba su preocupación de aquellos años sobre el totalitarismo con el clima intelectual que se estaba instalando en la cultura y la vida política norteamericana, país en el que vivía desde 1941. Intuyo que el primer pretexto para escribir aquel artículo fue la publicación de *The God that failed*, el volumen colectivo de antiguos compañeros de viaje que denunciaban las maldades del estalinismo y que, por las fechas en las que se publicaron las reseñas comentándolo, debió llegar a las librerías a finales de 1949. En el texto, además de Silone –uno de los autores antologados en aquel libro colectivo, también citaba el libro de recuerdos de Krivinski de 1939. Pero no aquel artículo no era sólo un recuento. Arendt iba más allá.

“Desde la derrota de la Alemania nazi, la palabra *totalitarismo* se ha identificado cada vez más con el comunismo, y la lucha contra él ha cosechado una creciente popularidad. Esta popularidad es sospechosa, ya que se da en un país en el que no existe ningún peligro de movimientos totalitarios y para el que la amenaza totalitaria es casi exclusivamente un problema, el problema más grave, de la política exterior” (2012, 102-103). El texto arrancaba detectando la paradoja del “pánico rojo” que se había instalado en los Estados Unidos. Sin posibilidad que el comunismo se convirtiese en una fuerza política relevante en el país, blindarse contra ese peligro infundado era una prioridad del gobierno. En ese clima enfermizo habían adquirido un peso intelectual notable los antiguos excomunistas, “que recientemente se han unido a la lucha contra el totalitarismo y lo han transformado, a veces por excelentes razones políticas y otras por

motivos biográficos de igual peso, en una lucha contra Stalin” (2012, 105). Esa transformación afectaba también a Julián Gorkin, que la vehiculó dando voz a una serie de comunistas traumatizados convertidos en rotundos antiestalinistas.

3.3. Regreso a Europa: recuerdos de conversos antiestalinistas

La activación de dicha campaña la había puesto en marcha, definitivamente, en 1948, coincidiendo con su marcha a Europa tras los ocho años de exilio en México. El 23 de marzo Gorkin escribía a Bertram D. Wolfe para comunicarle que tenía entre manos “un sensacional manuscrito” (Southworth 2008, 595), que recibiría copia definitiva del texto en París, que su autor –Enrique Castro- se lo haría llegar también y que ya estaba en marcha la traducción al alemán de este original y el de su reportaje sobre Trotsky para que fuese difundido “en las zonas no soviéticas de Alemania”. El 3 de abril, ya en ruta hacia París, redactó una nueva carta informando de que su *Trotsky* se estaba traduciendo también al francés. El día 14 escribió otra misiva, desde un barco amarrado en un puerto de Texas (del que las autoridades no le dejaron descender), y al fin, en el mes de mayo de aquel 1948, llegó a París, la ciudad en la que había vivido durante años hacía ya un cuarto de siglo. Al llegar, según su megalómana autobiografía, fue recibido por el Director de la Seguridad Nacional. “La policía lo sabe todo sobre los famosos revolucionarios profesionales”. Con su dossier, le dijo a Gorkin, podría escribirse una novela (1975, 268).

Los primeros meses de Gorkin en París no son fáciles de documentar. Southworth planteó la siguiente hipótesis: “podemos suponer que, a su llegada a París, en mayo de 1948, Gorkin se puso en contacto inmediatamente con representantes de la AFL, de la CIA, o de ambas, o bien con alguien que representase a ambas instituciones a la vez”. Es probable, sí, pero no lo documenta. Glondys, en cambio, dio a conocer un documento especialmente valioso en esta dirección: una carta de Gorkin al socialista Luis Araquistain, fechada el 9 de enero de 1949, en la que queda claro que Gorkin había establecido contacto con nombres destacados de aquellas organizaciones –el beligerante sindicalista Irving Brown, por ejemplo- y les había solicitado ayuda financiera para

impulsar una agencia (2007, 162). No da más detalles. ¿A qué agencia podría referirse? Otra hipótesis. Hacía veinte años, al ser expulsado del Komintern, Gorkin había creado en París una agencia literaria para representar a editoriales española de “literatura avanzada” (1975, 272). Tal vez en 1949 podría reciclar aquella antigua experiencia como gestor. Y, de hecho, al cabo de tan sólo un mes de haber escrito aquella carta a Araquistáin, el 9 de febrero escribió esta carta a Juli Just –Ministro de Defensa e Interior del gobierno exiliado de la República.

Ya le hablé a usted incidentalmente del número especial y doble de *Le Temps Modernes* que los señores Sartre y Camus han decidido hacer consagrado a España y del cual me han confiado la dirección técnica. En carta que dirijo hoy mismo a don Álvaro de Albornoz le doy las líneas generales de lo que debe ser ese número y le hablo de la casi seguridad de que se hagan ediciones del mismo en Milán y en Nueva York. Un solo principio debe observarse en él: la máxima unidad posible contra el franquismo dentro de la variedad de los temas y de las diversas tendencias del antifascismo español¹⁴.

Aunque aquel número finalmente no llegó a publicarse, lo que pretendía subrayar ahora es que a finales de la década de los cuarenta Gorkin ya estaba desarrollando en París trabajos técnicos como publicista, coordinando y encargando artículos. Y lo hacía perfectamente sincronizado en el tiempo con su amigo y cómplice político Joaquín Maurín quien, tras vivir desde el inicio de la guerra civil un verdadero purgatorio, había puesto en marcha en Nueva York la agencia periodística American Literary Agency que distribuía artículos a prensa de América Latina (Caudet 1995, 73).

Pero entonces ocurrió algo que, creo, modificó los planes a corto plazo de Gorkin. En el mes de abril se identificó en Teherán a un huído del infierno: era Valentín González “El Campesino”, un mito en buena parte prefabricado por la dirección del PC como paradigma de la lucha popular y comunista durante la guerra civil. Pero desde antes del fin de la guerra ya se había constatado la insolvencia militar del personaje y

¹⁴ Carta de Julián Gorkin a Juli Just, 9 de febrero de 1949. Inédita. Conservada en Fons Juli Just del Arxiu Municipal de Alboraya.

durante su exilio en la Unión Soviética, a diferencia de otras figuras del partido, deambuló hasta prácticamente limitarse a sobrevivir en los bajos fondos de ciudades de repúblicas olvidadas hasta que al fin logró huir. Cuando fue identificado, Gorkin o la inteligencia americana intuyeron que tenían entre manos a un diamante en bruto que pulido adecuadamente podría usarse en el combate intelectual de la guerra fría, en el frente de los usos del pasado relacionados con la guerra civil, la denuncia del autoritarismo y el infierno del Gulag. Gorkin lo exprimiría a fondo. Consiguió que fuese rescatado y trasladado a Europa, cerca de Frankfurt concretamente (Southworth 2008, 590). Y allí empezaron las conversaciones, como el 11 de mayo contaba entusiasmado Gorkin a Maurín.

He pasado doce días encerrado con ese hombre. Trabando día y noche. ¡Qué estupendo bruto! En tiempos de los conquistadores hubiera sido un Pizarro. Éste apenas sabe leer y escribir –como el otro–, pero tiene un talento natural, un memorión, una audacia y una personalidad que asombran. [...] Respecto a todos los que han salido anteriormente del infierno puedo repetirte aquel título famoso: Dante no vio nada. Éste ha tenido ocasión de verlo casi todo y de realizar el casi increíble milagro de salir con vida y escapar [...] Yo te garantizo que lo que preparo será algo sensacional, sobre todo teniendo detrás los apoyos que tengo. Hay materiales, entre otros, que nos permitirán encausar y destruir a los elementos de esa tendencia de dentro de casa. En tal sentido es fundamental que a ese hombre no le pase nada. (Glondys 2010, 200)

De la misma manera que fue por entonces, a finales de 1949, cuando se empezaron a publicar por entregas los recuerdos de Enrique Castro en *Le Monde*, Gorkin, por interés y por convicción, supo que El Campesino era el producto perfecto para ser comercializado en aquel momento. Juntos harían una gira por Alemania, que incluyó visitas a políticos y actividad en los medios de comunicación (como los programas de radio grabados en Berlín para que se emitiesen en Alemania del Este). También viajaron a Italia. En 1950, tras la publicación a finales de año por entregas en el diario *Le Populaire* (Cervera 2014, 143), la editorial Plon de París publicó la primera edición de sus recuerdos: *La Vie et la mort en U.R.S.S. (1939-1949)*. Y en 1951 hicieron otra gira

propagangística, política y periodística, en Cuba, de la que incluso tuvo noticia el Departamento de Estado de los Estados Unidos. En un informe confidencial¹⁵, enviado desde La Habana a Washington, se incluía este punto:

Valentín GONZALEZ (El Campesino) (Week 8, August 24) was received by President Prío on August 27. Gonzalez was accompanied by Julian GORKIN, Eusebio MUJAL and other labor leaders. According to the press the conversation was confined almost exclusively to a discussion of the police system in Russia. On the following day Gonzalez was received by Minister of Labor TELLAHECHE. Press comment on Gonzalez' visit to Cuba continues severely critical.

Durante su estancia en Cuba, revelaría él mismo mucho después, Gorkin redactaba artículos que firmaba *El Campesino* y se publicaban en el diario *Tribuna Libre* (artículos que al cabo de pocos meses, ya en 1952, se recopilarían en el volumen *Comunista en España y antiestalinista en la URSS*). Ya en aquel momento circularon por La Habana rumores sobre si Gorkin y *El Campesino* eran agentes americanos. Ante ese rumor la respuesta de Gorkin fue contundente: no habían recibido ayuda económica alguna y, aún más, se les había negado el visado para poder entrar en los Estados Unidos (carta de Gorkin a Romualdi de 12 de septiembre de 1951, Iber 2013, 181).

La campaña publicística de Gorkin, que tuvo proyección en distintos puntos del globo y que instrumentalizaba a favor de sus posiciones una tipología concreta de relatos memorialísticos, se inscribió de pleno en uno de los frentes de la guerra fría intelectual del bando norteamericano y coincidió en el tiempo con la génesis y el primer despliegue del Congreso por la Libertad de la Cultura. Aquel activismo, nutrido en el uso intencionado de la historia, fue previo a la existencia del Congreso –cuando en mayo de 1948 llegó a París ya estaba gestionando la difusión del testimonio de Enrique Castro- e intuyo que él hubiera intentando desarrollarlo del mismo modo sin la complicidad de sus contactos con el sindicalismo norteamericano, pero, ciertamente, su profesionalización en esta batalla y su creciente protagonismo en los debates del exilio

¹⁵ El documento está reproducido entre centenares de memorándums enviados por la embajada estadounidense en La Habana al Departamento de Estado: <http://www.latinamericanstudies.org/embassy-1950-54.htm>.

republicano la catapultó su inserción en uno de los círculos que convergirían en la institucionalización del Congreso.

El revolucionario profesional mutó en alfil de la Guerra Fría. Lo singular del caso Gorkin es que su posibilidad de acceder a posiciones digamos de poder o de prestigio no se produjo por su obra ensayística, apenas conocida, ni por su consideración intelectual, escasísima o inexistente, sino gracias a los contactos que hacía más de una década había establecido con los círculos de Lovestone, que en la sombra iban ganando en influencia. Unos círculos que de entrada habían sido primordialmente políticos pero que se habían decantado hacía el activismo sindical anticomunista. Y había sido en virtud de esa decantación que empezaban a interrelacionarse con la CIA y fue la CIA la que, a la hora de institucionalizar el Congreso –una de sus operaciones encubiertas-, incorporó no como ideólogo sino como a gestor altamente resolutivo a Irving Brown. Brown: el hombre de Lovestone en Europa, con quien Gorkin contactó al poco de establecerse en París, a través de quien es altamente probable que Gorkin obtuviese financiación para su campaña, miembro del comité ejecutivo del Congreso y que con altísima seguridad fue quien posibilitó que Gorkin fuera contratado por aquella institución para dirigir su expansión por América Latina.

A mediados de 1952 Gorkin trabajaba en el diseño de dicha expansión (Glondys, 76; Nallim 2014, 3), que empezaría a concretarse a partir de 1953. Fueron trabajos solapados al tramo final de su campaña publicística de explotación ideológica de los recuerdos interesados o mixtificados de los antiguos dirigentes del Partido Comunista. Y es que a mediados de febrero de 1953 se publicó en México la primera edición de *Yo fui un ministro de Stalin* de Jesús Hernández. Si hemos de hacer caso a los recuerdos de Gorkin por lo que respecta al camino que culminó con la publicación de aquel libro, su papel, como siempre, fue determinante. En el mes de octubre de 1951 Hernández, que exiliado en México había empezado a colaborar con la embajada de la Yugoslavia titista, impartió una conferencia en Belgrado cuyo auditorio eran los alumnos de la Escuela Superior de Cuadros del Partido Comunista Yugoslavo (Hernández Sánchez 2008)¹⁶. Aquellas ideas las desarrolló en una serie de artículos publicados en la revista *Acción Socialista* de París a lo largo de 1952. ¿Fue aquel material el que Gorkin creyó

¹⁶ La conferencia de Hernández en Belgrado está reproducida en <https://www.marxists.org/espanol/hernandez/1951/oct15.htm>.

que podía servir para montar otro libro para su campaña? Fue José Bullejos, según Gorkin, quien le dijo que Hernández quería verse con él. Para que eso fuera posible Gorkin habría establecido esta condición. “Yo no puedo estrecharle la mano a Jesús Hernández mientras no refiera en un libro las fechorías cometidas por el estalinismo en España y, muy particularmente, los pormenores sobre el secuestro y el asesinato de Andrés Nin” (Gorkin 1974, 14). Lo que le pedía Gorkin, de hecho, era probar, desde el que había sido su bando contrario, el papel tóxico que él consideraba que la Unión Soviética había tenido en la Guerra Civil. Era su obsesión desde 1939. Y esa obsesión, al cabo de más de una década, se había injertado al discurso de los comunistas que habían perdido la fe en la Unión Soviética y al que la propaganda norteamericana estaba dando toda la visibilidad posible.

El esperado manuscrito, contando lo que Gorkin pretendía que narrase, llegó a sus manos por valija diplomática a la embajada yugoslava en París. “El título de la edición mexicana, *Yo fui un ministro de Stalin*, lo sugerí yo mismo. Intervine en la traducción francesa y en su publicación con este título: *La Grande Trahision*” (1974, 14). Camus, recordaría Gorkin, quedó conmovido por su lectura. La versión mexicana llegó a las librerías a mediados del mes de febrero de 1953. Joaquín Maurín lo leyó al cabo de pocas semanas. Literariamente le parecía flojo, pero políticamente devastador. “Las acusaciones contra los *chinos* [los comunistas] son tremendas. Es el golpe más tremendo que han recibido hasta ahora –me refiero a los *chinos* de España, naturalmente” (Sender / Maurín 1995, 88). Gorkin lo usó para proseguir en la campaña que había iniciado hacía como mínimo tres años. Dio en Roma una conferencia sobre el papel soviético durante la guerra civil y debió gestionar publicar la edición por entregas del libro de Hernández en las páginas del diario *Il Messaggero* (lo notificaba Julio Morones, corresponsal de *La Vanguardia* en Roma, el 25 de marzo de 1953).

CAPÍTULO 4. EL EXILIO LIBERAL BUSCA UNA ESPAÑA NUEVA

Justo un día antes de que se publicase aquella noticia en el diario barcelonés, Joaquín Maurín informaba a Sender de qué estaba haciendo Gorkin por aquellos días. “Está a punto de tomar el avión para una *turnée* por las Antillas, Centroamérica y Suramérica (y Méjico) con el propósito de organizar en todas esas partes comités para el Congreso por la Libertad de la Cultura. Un frente antichino. Piensa volver –si le dejan- por EEUU. Cree que ese viaje le llevará tres meses” (Sender / Maurín 1995, 90). Bajo el brazo podía llevar, tal vez, los primeros ejemplares de *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, la revista en castellano del Congreso, editada y dirigida desde París y destinada a la expansión de los propósitos de la institución por América Latina. Los podía llevar precisamente porque su número fundacional llevaba fecha de marzo de 1953 (en 1955 empezó a publicarse *Cadernos Brasileiros* (Vanden 1997)). Durante aquel 1953 se crearían los comités de Chile y Uruguay, en México el Congreso se estableció en 1954 y en 1955 le tocó el turno a Cuba y Argentina, donde el comité, que no pudo formalizarse hasta la caída de un peronismo al que combatió, fue denominado Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura y (Nallim 2014).

Al tiempo, durante los primeros tiempos de *Cuadernos*, la revista pretendía poner en circulación un discurso antitotalitario de calidad –fundamentalmente anticomunista- en los circuitos culturales del continente sudamericano. Buena parte de la revista la integraban traducciones de artículos publicados en otras grandes revistas del Congreso –*Preuves* o *Encounter*- y por norma general los colaboradores hispanos – Gorkin y Madariaga, Ignacio Iglesias o Francisco Ayala...- más bien escribían sobre América Latina o temas generales. Desde el primer momento, en sintonía con la operación encubierta por parte de la CIA de promoción del europeísmo, la revista reflexionó en positivo sobre la convergencia europeísta. Tres citas, tres artículos. El primero lleva por título “La crisis de los intelectuales y el masoquismo comunista”, se publicó en mayo de 1953 y su autor era Gorkin. «La realización de Europa forma hoy parte inmediata y principal de la misión del intelectual» En septiembre de 1954 Salvador de Madariga –uno de los presidentes honorarios del CLC- hacía una proclama europeísta planteando la integración como la única garantía con la que Europa contaba

para blindarse frente a la amenaza comunista. «Sólo la construcción de una Europa a la vez libre y una puede elevar el tono moral del occidente al nivel que le permite resistir la presión constante y tenaz del comunismo. » (1954b) En febrero de 1955, en “La unidad europea y la coexistencia”, Gorkin reincidía en el mismo planteamiento. Su tesis era que la consolidación de «un socialismo europeo vivo y eficiente» era un paso necesario para «constituir la vanguardia democrática de la unidad europea frente a los nacionalismos reaccionarios y a las especulaciones estalinianas »; la misma idea la desarrollaría en la revista, dos años después, un europeísta de pro, Enrique Adroher “Gironella”, que por entonces ya era secretario del Consejo Federal Español del Movimiento Europeo (también lo era del Movimiento Socialista de los Estados Unidos de Europa).

Se escribía sobre Europa y el europeísmo, pero apenas se escribía sobre España. Aunque desde los primeros números hubo intelectuales españoles –exiliados republicanos- colaborando en la revista, España no era asunto esencial de debate. No sería hasta mediados de 1955, creo, que el presente intelectual en la España franquista recibiría una atención cabal en la publicación. La misión de la publicación era influir en los círculos intelectuales latinoamericanos.

4.1. Victoria Kent: alternativa democrática propuesta desde *Ibérica*

Aquella ofensiva política e intelectual no era ni mucho menos la única que a principios de la década de los cincuenta se activó para apoyar la democracia en América Latina desde los Estados Unidos. El mes de mayo de 1950, convocada por la sección latinoamericana de la Liga por los Derechos del Hombre, se celebró en La Habana la Conferencia Interamericana para la Democracia y la Libertad y una de las decisiones que se tomaron fue crear una institución permanente –la Inter-American Association for Democracy and Freedom- cuyo propósito principal sería defender desde los Estados Unidos la democracia en América Latina frente a la amenaza del comunismo, el fascismo y los caudillos (Ron y Perrone 2000). El personaje clave de la institución fue la hispanoamericanista Frances Grant, bien relacionada con personajes de peso de los

círculos liberales de su Nueva York y conectada con figuras de prestigio político en diversos países¹⁷. El objetivo era consolidar un lobby –el que formaba su prestigioso comité americano- para presionar a congresistas norteamericanos con el fin de que apoyasen la democratización en los países del sur. No es irrelevante para nuestra historia consignar que durante sus primeros años de existencia la Asociación mantuviese contacto con el cubano Serafino Romualdi, el hombre de Lovestone en América Latina cuya misión –igual que Brown en Europa- era la creación de sindicatos anticomunistas.

Una de las herramientas que la Asociación usó fue la publicación del boletín *Hemispherica*, publicado simultáneamente en inglés y en español y cuya editora era Frances Grant. La Asociación, además, ampararía a partir de enero de 1953 la publicación de un boletín titulado *Ibérica* cuyos propósitos eran equivalentes a los de *Hemispherica* pero, en lugar de pretender influir sobre las elites norteamericanas en relación a América Latina, pretendía hacerlo sobre España. A lo largo de 1953 aparecieron 10 boletines, confeccionados casi exclusivamente por la exiliada Victoria Kent, política española que había sido Directora General de Prisiones durante el primer gobierno de la Segunda República y que desde 1951 era ministra sin cartera del gobierno republicano en el exilio. Había sido durante el verano de 1952, según relata Alicia Alted, cuando Kent proyectó la fundación en Nueva York de una oficina que recopilase información sobre las dictaduras existentes en Europa y América Latina; se dedicaría atención especial a la situación española (Alted 1998, 223 y 224).

Fue en ese entorno y con ese propósito que se creó el boletín *Ibérica*. Pero una decisión política de gran transcendencia forzaría una consolidación del proyecto inicial de Kent. El 23 de septiembre de 1953 se firmaban en Madrid una serie de pactos, económicos y militares, entre la dictadura de Franco y el gobierno presidido por Eisenhower. Para los círculos liberales de Nueva York que tenían un cierto interés por España la noticia era pésima. Y por ello el proyecto *Ibérica* aún se hizo más necesario. La persona clave para dar mayor entidad a la plataforma ideada por Kent fue Luise Crane, una de las integrantes del comité norteamericano de la Inter-American Association for Democracy and Freedom. Hija de los propietarios de una de las

¹⁷ José Figueres (Costa Rica), Luis Muñoz Marín (Puerto Rico), Carlos Andrés Pérez (Venezuela), Eduardo Frei (Chile), Salvador Allende (Chile), Juan Bosch (Dominican Republic), Germán Arciniegas (Colombia), y en especial Rómulo Betancourt

empresas que imprimía el papel de dólar, la adinerada Crane formaba parte de los círculos liberales de Nueva York y por entonces había iniciado una relación sentimental con Kent que duraría hasta su muerte. Durante lustros Crane mantendría una oficina para la revista en Manhattan, contrató a una secretaria y pagaba cien dólares por las colaboraciones que publicaba la revista de la que Kent constaba como editora (Villena 2007, 206-211). Y gracias a las relaciones de Crane se pudo construir rápidamente un comité de honor para la revista del que formaban parte cinco integrantes de la Asociación de Grant –Grant misma, Robert Alexander, Roger Baldwin, Serafino Romualdi y el socialista Norman Thomas. Thomas es en nuestra historia un secundario de lujo. Durante la guerra civil ejerció el cargo de “chairman national” del Partido Socialista de los Estados Unidos y entonces, además de proclamar su apoyo al gobierno legítimo y a la causa de los trabajadores, manifestó reiteradamente su indignación por el encarcelamiento del comité ejecutivo del POUM. Al poco había sido uno de los ponentes en el homenaje que en 1939 se tributó a Gorkin en Nueva York. Y no es casual, dados esos antecedentes, que él fuera uno de los presidentes de honor de la nueva etapa de *Ibérica* (en uno de cuyos primeros números publicó el severísimo “¿Cuál es el precio de las bases?”) El otro presidente de honor, no menos significativo, era otro nombre de prestigio: Salvador de Madariaga, figura de peso en la Internacional Liberal, el Movimiento Europeo y también en el Congreso por la Libertad de la Cultura.

El primer número de la nueva etapa de *Ibérica* se publicó el 15 de enero de 1954. Lo abrían dos artículos firmados respectivamente por Madariaga y por Thomas, y los dos se referían a los pactos suscritos entre Franco y Eisenhower. “Todavía es posible dar al pueblo español alguna prueba de que no le abandonamos en su lucha por la libertad”, deseaba Thomas (1954, 3). Y Madariaga afirmaba que “*Ibérica* se publica en este país de hombres libres para recordar a todos que la libertad es indivisible y que la tiranía es contagiosa” (1954a, 3). Pero tal vez el alegato más denso era el de Frances Grant incluido en un artículo que daba su bienvenida a la creación de ese comité ibérico que había tenido su asociación panamericanista como placenta. El pacto, postulaba Grant, había sido un mal momento para la libertad. “El momento más crítico en la lucha de un pueblo que trata de romper el cautiverio impuesto por una dictadura, es aquel en que otros gobiernos democráticos comienzan a aceptar la dictadura como inevitable. Se permite que descienda el telón de la respetabilidad sobre una *mise-en-scene* totalitaria; se abandona al pueblo subyugado a su amarga pena; y la colonia diplomática –cuyo

hastío se prolongaba demasiado sin cocktails ni banquetes en los palacios de gobiernos- se apresura a tender los brazos al enemigo de la libertad, y a gozar del champaña y los emparedados” (1945, 9-10). Tanto Madariaga como Thomas y como Grant se referían al pueblo español, al que vivía en España sin libertad y cuya esperanza de conseguirla la había pospuesto nuevamente aquel pacto contra natura. “Los desterrados de la libertad”, escribía Madariaga refiriéndose a los españoles que vivían bajo la Dictadura, “ansían volver a la libertad sin perder su España” (1954, 3). Reconstruir cómo se trabajó desde un punto de vista intelectual para dar forma a esa ansia, vinculando libertad a justicia y democracia en su contexto continental, es lo que me propongo.

Ibérica publicaba artículos de reflexión, breves flashes que daban cuenta del carácter dictatorial que se vivía en España y, cuando podía, informes algo más detallados sobre la situación de aquella España sin libertad. La revista era una plataforma política, fundamentada en el espíritu republicano (se dio noticia de los patriarcas que iban desapareciendo), donde convivieron tanto liberales como demócratacristianos, tanto escritores como políticos (de un Sender a Semprún Gurrea, de Martínez Barrio a un Antonio Espina). Al margen de la información sobre la relación de Estados Unidos con España (con artículos regulares sobre dicha relación desde la perspectiva de Washington), los colaboradores no españoles –periodistas, académicos o intelectuales occidentales– se caracterizaban por su interés, comprometido pero la mayoría de las veces más bien superficial, por la situación de España y sus repercusiones políticas y sociales, básicamente. La pretensión esencial de la revista era influir o, mejor dicho, sensibilizar a un sector sumamente minoritario pero influyente de la elite norteamericana. Aquel que podía sentirse interpelado por una reflexión como la que incluía el artículo “Estrategia de la libertad” de Fernando Valera, otro ministro (como Kent) del gobierno de la República en el exilio. “El argumento que pretende justificar la alianza con los pequeños despotismos de occidente para preservarse de la colosal tiranía oriental es, pues, un pretexto falaz, inmoral y contraproducente” (1955, 6). No es que un estado liberal –pensaba en los Estados Unidos- no debiese protegerse frente a los ataques de la conspiración –pensaba en la Unión Soviética-. Pero esa protección debía fundamentarse en una defensa de las libertades. “Los Estados tienen el derecho y el deber de concebir y organizar esa *estrategia de la libertad*”.

En ocasiones, aunque más bien pocas, se incluía también en *Ibérica* algún artículo de temática cultural. Por ejemplo “Silencio y literatura. Escritores de la España

actual” de Charles Walker (1954, 7-9 y 12). Reflexionaba sobre la obturación de una esperanza que se había esbozado a mediados de la década de los cuarenta. Con la publicación de *La familia de Pascual Duarte* y *Nada*, junto al éxito comercial de Agustí, Foxá y Zunzunegui, parecía que existían indicios de vitalidad de la narrativa y la sociedad literaria en España. Pero aquella esperanza, al cabo de una década, se había convertido en espejismo “El curso de los años ha marcado estancamiento más que en la obra de todos estos escritores”. Dominaba la degradación. “La promesa de los jóvenes se ha vuelto, pues, un fiasco y la vida literaria en España está otra vez dominada por la vieja guardia de la generación del 98”. No pretendo discutir si aquel juicio se correspondía o no a la realidad, sino subrayar su descripción desolada de un presente – “la censura es asfixiante”- que desde el punto de vista institucional estaba representado por José María Pemán –“es el Papa de las letras españolas, remunera a sus amigos y castiga a sus enemigos con pleno sentido de su infalibilidad”-. Frente a esa podredumbre colectiva, Walker veía algo de luz en la pervivencia de una tradición individualista que blindaba a los escritores de la tentación de regimentarse. “Carmen Laforet, representante de la generación ya crecida bajo el franquismo, me dijo: “el sol o gobierno que encontraría aceptable sería un gobierno que no impidiera el libre desarrollo del individuo”.

4.2. La llamada de José Luis L. Aranguren al exilio intelectual desde el interior

Identificar aquellas células vivas en España sería clave para la regeneración de la esperanza de los exiliados. Se trataba de determinar si existía o no y hasta qué punto la libertad intelectual en España. Y un artículo publicado en una revista oficial, según la óptica de algunos exiliados, estaba revelando la posibilidad de que desde dentro del franquismo mismo apareciesen testimonios de dignidad. El artículo se había titulado “La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración”, apareció en *Cuadernos Hispanoamericanos* –que era la principal plataforma del oficialísimo Instituto de Cultura Hispánica- y su autor era un filósofo militantemente católico llamado José Luis López Aranguren. A ese artículo se refirió George Dennis en mayo

de 1955 en las páginas de *Ibérica* (artículo que formaba parte de una serie en la que Dennis describía la realidad española a través de la actividad que había captado en las principales capitales del país). Dennis había leído aquella pieza de Aranguren como una llamada para que se establezca “el diálogo entre los intelectuales españoles residentes en España y los exiliados” (1955, 9). Es probable que Aranguren no se hubiese planteado aquella reflexión como al fin fue leída, es decir, como la invitación a un diálogo de los intelectuales del interior con los del exilio.

Lo más plausible es que su idea inicial, en marzo de 1952, fuese distinta. Lo atestigua la carta que dirigió a su amigo José María Valverde. “El punto de vista es el de hacer notar cómo la situación del emigrado, el quiero y no poder volver, influye, condiciona o incluso decide sobre la obra” (Valverde 2010, 56). Partiendo del caso español, sí, pretendía sustentar una teoría sobre los condicionantes a los que estaba sometido un escritor exiliado por el hecho de serlo. Creyó que tal vez el tema le daría para un libro, pero no era fácil acceder a los textos de los exiliados y tampoco los tenía muy leídos. Pero al fin, en su versión definitiva, aquel breve ensayo sí proponía, ciertamente, la fundamentación de un nuevo diálogo. No es una reconstrucción a posteriori de lo que podría haber sucedido. Porque los documentos atestiguan que así fue leído por figuras señeras del exilio cultural democrático –Max Aub, Jorge Guillén, Francisco Ayala...- a las que Aranguren mismo les hizo llegar la separata (Gracia 2010, 136). Era verdad que el artículo usaba códigos (lingüísticos y conceptuales) que no impugnaban de cuajo el modelo cultural del franquismo. Es verdad que Aranguren ofrecía diálogo sin que legitimase aquella posición a partir de la elaboración una rectificación sobre su papel como intelectual de la dictadura. Y también lo es que de facto establecía unas condiciones restrictivas para desarrollar ese diálogo (Larraz 2010). Pero esas condiciones no tenían tanto que ver con la posición de unos y otros en relación a la guerra y al hecho de ser unos vencedores y los otros vencidos, sino al nuevo marco creada por las circunstancias geopolíticas de la Guerra Fría. Dennis lo tuvo claro a la hora de escoger el párrafo más significativo del artículo: aquel que señalaba como nuevo marco de relación no el que estaba anclado en la guerra y la derrota sino el que surgía de la reubicación “del régimen político español” en “la órbita mundial de la pugna ruso-americana”.

El problema del diálogo con los intelectuales del interior estaba planteado. Sus dificultades eran evidentes y, en una dinámica paralela, era un desafío que hacía un par

de años se había planteada en el interior de España cuando los “poetas del silencio” catalanes fueron invitados a participar en unos Congresos de Poesía (Amat, 2007), un episodio que fue ampliamente criticado y comentado en la prensa del exilio. Carles Riba, tras negociar, aceptó la invitación primero y después el abrazo de Dionisio Ridruejo. ¿Aceptaría el exilio el que representaba aquel artículo de Aranguren? Sólo el planteamiento del problema ya era el mejor síntoma de un cambio de posiciones. Cambio aunque no necesariamente aceptación. El editorial de aquel número de *Ibérica* donde apareció el artículo de Dennis se tituló, significativamente, “El diálogo” y, sin explicitarlo, se refería a la posición sostenida por Aranguren. “Algún intelectual del interior ha propugnado el diálogo, pero ese deseo aislado no puede tener una significación colectiva” ([Victoria Kent] 1955, 14). El gesto de Aranguren era positivo, decían, pero era ingenuo. Para el editorialista el gesto auténtico había de consistir en una batalla por la libertad de prensa porque sin esa libertad de la voz del interior sólo podría ser distorsionada.

Pero algo parecía moverse en el interior. Tal vez, entre líneas y comprendiendo las limitaciones que imponía la dictada, sí pudieran detectarse manifestaciones de libertad intelectual. Ese era lo que identificó el crítico Jerónimo Mallo, residente en Estados Unidos, en un artículo publicado el verano de 1955 en *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*. Es quizás el primer artículo publicado en aquella revista sobre la aparición de una intelectualidad descontaminada de la ortodoxia intelectual franquista. Esa ortodoxia, al parecer de Mallo, implicaba estar encorsetado por una catolicidad pobre y cerrada. El problema de la libertad intelectual era sinónimo del problema de la libertad religiosa. Y frente al discurso congelado, Mallo destacaba dos artículos que podían actuar como rompehielos: uno de Julián Marías en *La Nación* de Buenos Aires y “La condición de la vida intelectual en la España de hoy” de Aranguren, que apareció en el último número de 1953 de la revista *La Torre* de Puerto Rico. Tanto Marías como Aranguren eran católicos, pero los dos eran críticos con el papel castrador que para la inteligencia jugaba el catolicismo oficial español. Mallo citaba los dos textos por extenso y yo transcribo tan solo uno de los párrafos del artículo del católico Aranguren, muy crítico con las alianzas del poder que secuestraban la conciencia de los ciudadanos.

El interés religioso y el materialista-burgués (la manera como se conjugan el uno con el otro es un problema que habría de ser estudiado en cada caso) son los motores de este encauzamiento político cultural. Lo esencial es mantener incontaminados a los españoles de los errores modernos. Aislarlos, si es posible –desde esta perspectiva es como cobra pleno sentido la censura- del exterior, sofocar en el silencio los problemas espirituales del hombre contemporáneo, tener callados a los disconformes de dentro, negar la obra y casi la existencia de los inquietos emigrados, conjurar los peligros de toda índole y lograr, en fin, una estable, una permanente *seguridad*.

Era un diagnóstico implacable sobre las condiciones que la dictadura había creado para perpetuar el envilecimiento de la vida civil (para decirlo con una expresión de Ridruejo que retomaré más adelante). A más envilecimiento fundamentado en la ortodoxia católica, menos posibilidad de restitución de una cierta vida intelectual o, lo que es lo mismo, imposibilidad de regeneración de células culturales vivas en el país. Ese atentado permanente que bloqueaba la aparición de conciencia crítica, relataba Mallo, había vivido un momento de cierta tensión a propósito de Ortega y Gasset. Ante la campaña que pretendía estigmatizar al individuo por ser un pensador ateo, un grupo de intelectuales católicos habían denunciado esa operación. Y su voz había sido escuchada. Lo demostraba el premio que Dionisio Ridruejo había recibido por su artículo dedicado a los 70 años del filósofo (publicado en su semanario, *Revista*) o la declaración conjunta que algunos intelectuales habían enviado a la revista *Arbor* –plataforma del CSIC controlada por el Opus Dei- sosteniendo que Ortega, aunque no tenía ideas religiosas, merecía “el más profundo respeto y la más rendida aspiración”. Para Mallo esos testimonios de dignidad intelectual debían ser subrayados. Como debían serlo también el renovado interés por algunos clásicos contemporáneos (de Unamuno a Gullén, de Machado a Salinas pasando por Juan Ramón Jiménez). Como debía serlo el famoso “La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración” de Aranguren. “Es posible que este artículo tenga, no tardando, importantes consecuencias”. No era un simulacro. Era una esperanza: “los deseos de muchos intelectuales que consideran necesario para el bien de la cultura hispánica establecer una comunicación a manera de puente por encima del Atlántico y de las discrepancias políticas”. Con esos intelectuales

del interior –los Aranguren & co.- sí podría empezarse a hablar porque su catolicidad no era restrictiva sino que su espíritu era equiparable, decía, al de los erasmistas.

4.3. Condiciones para el diálogo

¿Pero qué implicaba ese diálogo? Si dialogar es transaccionar al aceptar (o como mínimo atender) las razones del otro, ¿qué sacrificaban los exiliados legitimando a intelectuales que provenían del franquismo? A esas preguntas daría su particular respuesta el primer artículo que en *Ibérica* publicó Julián Gorkin (1955a, 3-5)¹⁸. Se titulaba “El español y el demócrata universal” y se imprimió en el número del 15 de septiembre de 1955 de la revista de Victoria Kent. Me parece una reflexión lúcida, valiente, importante. Por su clarividencia a la hora de analizar la actitud caduca de parte del exilio político y por el planteamiento ideológico que en consecuencia propone.

La presencia de Gorkin en aquella tribuna, y sobre todo su aparición más que recurrente en su propia revista –*Cuadernos del Congreso*-, le habían resituado en la comunidad del exilio intelectual español: había mutado de publicista revolucionario que desarrollaba su trayectoria en un córner radical–ese había su perfil histórico, forjado a finales de la década de los veinte- a figura influyente en una parte del exilio republicano que estaba repensando su estrategia de presente y de futuro tras la naturalización internacional de la dictadura (gracias a su entrada en la Unesco, la firma del concordato con el Vaticano y los pactos de Madrid con los Estados Unidos). Atendiendo a esas circunstancias, Gorkin, presentándose al mismo tiempo como un

¹⁸ Copio aquí la ficha biográfica con la que la revista presentaba a Gorkin. “Fue uno de los fundadores del Partido Comunista de España y funcionario del Komintern en el extranjero durante ocho años. Su crisis con el comunismo comenzó en el mismo Moscú en 1925 y en 1929 rompió públicamente con el Komintern. A la proclamación de la República española, en 1931, volvió a España. Fue uno de los fundadores del POUM (partido socialista e independiente de Cataluña). Al finalizar la guerra civil española se refugió en México donde fue víctima de cinco atentados organizados por la NKVD. Volvió a Europa en 1948 y ha sido uno de los fundadores del movimiento socialista por los Estados Unidos de Europa. Ha publicado gran número de obras, entre ellas *Así fue asesinado Gorki* [sic, debe ser Trotski] y está próxima a publicarse una novela sobre la España franquista titulada *La muerte en las manos* con un prólogo de John Dos Passos. Actualmente dirige en París la revista *Cuadernos* y representa al Congreso por la Libertad de la Cultura en sus relaciones con América Latina.”

español pero también “demócrata universal”, razonaba sobre el papel que el exilio político español debía desarrollar.

De entrada fijaba su posición de partida. “Yo me siento y me sentiré siempre solidario, en espíritu y en acción, de la emigración republicana española”. Pero su pertinencia a ese colectivo –el colectivo al que pertenecían todos los colaboradores españoles de *Ibérica*- no le impedía revisar críticamente su posición mayoritaria y por ello señalaba una de las taras que, según él, lo estaban desconectando del presente: “la repetición de una serie de lugares comunes sobre la legitimidad de nuestros derechos republicanos, sobre la justicia de nuestra causa y sobre la traición del mundo democrático a esos derechos y esas causa”. A copia de aquellas repeticiones, se obturaba la posibilidad de hacer una interpretación cabal y realista de las circunstancias para tratar de intervenir en ellas. Leído exclusivamente en clave española el pacto de 1953 entre España y los Estados Unidos era una derrota. “Este pacto ha constituido un serio golpe –ante todo moral- para nosotros y está poniendo a prueba muchas conciencias democráticas a través del mundo”. Eso era indiscutiblemente cierto, pero, una vez constatado, debía irse más allá porque, a diferencia de los exiliados republicanos, España era “para la opinión internacional [...] un problema secundario y, sea cual fuere su estado de conciencia, más de estrategia que de principio ideológico o moral”. Era en clave de estrategia geopolítica, en definitiva, como debía ser leído.

Así lo entendía Gorkin que, más allá de sentirse miembro de la emigración republicana, se pensaba a sí mismo como un demócrata universal. Era desde esa posición, entendiendo que el verdadero conflicto existente era aquel que “el totalitarismo estalinista” planteaba a “la civilización humana en su conjunto”, que descodificaba el pacto de las bases militares. ¿Qué ocurriría en caso de una nueva guerra, de la expansión soviética en Europa? Si caía Alemania ante los rusos, luego caería Francia y el Benelux y España adquiriría entonces “una importancia de primer orden en caso de guerra”. El diagnóstico de Gorkin, aunque le disgustase (porque así lo explicita y no dejaría de explicitarlo), era claro: “Desde el punto de vista estratégico, yo me explico perfectamente el interés que el Pentágono pone en poseer bases en España”. Pero la democracia no sólo vivía de estrategia militar. No era un planteamiento idealista. Surgía del convencimiento que aquella estrategia norteamericana sin más, al reforzar la estabilidad de la dictadura, podía decantar sectores crecientes de la población descontenta al comunismo. Ante esa realidad se debía operar. “Yo soy partidario del

realismo en política; pero el realismo sin moral y sin principios se vuelve contra la realidad que queremos alcanzar y le hace el juego al adversario. Que los totalitarismos se aprovechan de esa debilidad y esa crisis de las democracias, no cabe dudarlo”. Para contrarrestar esa dinámica, se debía intervenir. “Lo que necesitan las democracias, al lado de la potencia militar y de una buena estrategia, es una moral popular y universal y una verdadera política de la libertad humana”. Y era aquí donde Gorkin creía que podía actuar en y desde el exilio: en apoyar la causa de la libertad o hacerla renacer en la España del interior.

¿Dónde debería intervenir? Gorkin formulaba en este punto una teoría sobre la existencia de tres Españas distintas que iría utilizando durante los años siguientes para recabar apoyos a su programa de intervención política. La cita es larga, pero es medular para comprender cuál era el núcleo del programa que Gorkin tramaba para España y que a finales de la década de los cincuenta se pondría en marcha básicamente a través del Congreso por la Libertad de la Cultura:

¿Qué hacer? Va dirigida esta pregunta a los españoles. Ante todo renunciar a los lugares comunes y a las condenas sin discernimiento. España vive en la más anómala de las circunstancias. Hay, en realidad, tres Españas: la totalitaria y secuestradora que, con el nombre de nacional es la antinación, la anti-España; la emigrada o peregrina que, en cierta parte por su culpa, se ha convertido en una rama semimuerta del árbol español, y la España real. La España real está en España misma y la forman la aplastante mayoría de los españoles que quieren su salvación para integrarla al concierto libre y democrático de los pueblos. Entre la España franquista y la España real existe un abismo que la primera es incapaz de colmar. ¿Pero no existe asimismo un cierto abismo, abierto por nuestros errores pasados y nuestra incompreensión presente, entre esa España real y la emigrada? Este último abismo puede y debe ser colmado mediante un honesto reconocimiento de esos errores pasados, un profundo análisis de la realidad española tal cual es, una integración consciente y valerosa a esa realidad y una preparación del porvenir tratando de aunar todas las fuerzas vivas que tienen derecho a ese porvenir. De todo ello debe surgir una auténtica conciencia nacional no sobre el abismo del pasado, sino sobre las necesidades constructivas

y creadoras. Ya sé que la tarea no es fácil; pero si nos negamos a planteárnosla y a emprenderla con decisión, el abismo continuará y acabará devorando toda la substancia española.

Hacia 15 años, en *Workers Age*, Gorkin se había referido ya a la existencia de ese abismo (usando exactamente la misma imagen) entre la dictadura y la España de los campesinos y trabajadores. Sobre ese abismo había apuntalado la dictadura la sociedad de postguerra: una separación que parecía insalvable entre vencedores y vencidos y que hacía de la convivencia en España una disfuncional anomalía. Pero no era el único abismo existente. Pervivía también, razonaba Gorkin un hueco fatal entre la España del exilio republicano, que se estaba fosilizando porque estaba ligada a una realidad que había empezado a desaparecer en 1936 y había caducado trágicamente en 1945, y una parte de la España del interior que, más que nostalgias republicanas, ansiaba vivir en unas coordenadas equiparables a la de los países democráticos de la Europa Occidental. Y Gorkin concentraba en religar a esa España con la del exilio para dar forma así a una nueva y “auténtica conciencia nacional”. No sería, decía, tarea fácil. Pero nada era más necesario.

4.4. *La muerte en las manos*, novela prologada por John Dos Passos

De esa dificultad, que era la de refundar la convivencia en España sobre bases democráticas, hablaba una novela que Gorkin mismo citaba en el artículo y de cuya futura aparición se daba noticia en la ficha biográfica que presentaba aquel artículo publicado en el número del 15 de septiembre de 1955. “Está próxima a publicarse una novela sobre la España franquista titulada *La muerte en las manos* con un prólogo de John Dos Passos”. Aunque según su pie de imprenta se publicó en la editorial Claridad de Buenos Aires al cabo de casi un año –el 31 de agosto de 1956–, es probable que Gorkin ya hubiese terminado la novela cuando *Ibérica* la anunció. Mediados de 1955. La novela de Gorkin pretendía, entre demasiadas cosas, articular un anclaje moral para

aquella refundación. Era obvio al leerla y así lo señalaría Dos Passos en su prefacio. “Gorkin escarba las cenizas de la gran conflagración, en busca de algunas semillas de la España futura, que tanto ama” (1956, 9). Porque John Dos Passos, efectivamente, sí redactó aquel prólogo que anunciaban las páginas de *Ibérica*. Apenas tres páginas, sí, pero útiles para comprender el marco donde podría ensayarse aquella refundación.

No es la primera ocasión que John Dos Passos comparece en este relato. Había destacado la significación de la reseña de *Adventures of a Young man* que se publicó en *Workers Age* (una novela en la que la Guerra Civil española era determinante en la evolución del protagonista) y luego no faltó su firma cuando se organizó la campaña de apoyo internacional a los activistas revolucionarios amenazados en México por los comunistas. Dos Passos sabía perfectamente de lo que era capaz el espionaje ruso. Lo había visto durante la guerra civil en España y lo había visto después en Nueva York. El 11 de enero de 1943 comió con el anarquista Carlo Tresca, uno de los ponentes en el acto de homenaje a Gorkin que se celebró en la ciudad de los rascacielos en 1940. Terminada la comida Tresca volvió al despacho del periódico que dirigía en la Quinta Avenida y esa noche fue tiroteado por un desconocido. Al cabo de pocos meses Tresca sería uno de los hombres homenajeados en México en un acto organizado por los círculos de Gorkin, un acto saboteado por grupos comunistas españoles y mexicanos. Su “fiero anticomunismo”, ha escrito Ignacio Martínez de Pisón a propósito de Dos Passos, “no tardó en tomar una deriva claramente conservadora” (2005, 146). Apoyaría en sus inicios la campaña obsesiva del Comité de Actividades Norteamericanas del senador McCarthy y sería uno de los miembros del comité nacional norteamericano del Congreso por la Libertad de la Cultura.

Existía, pues, una evidente sintonía biográfica entre Gorkin y Dos Passos, que justifica la cordialidad del prólogo. Compartían traumas y fidelidades, y una de ellas era España. Aquel breve texto arrancaba rememorando sus vivencias españolas, empezando por la primera. “España pasaba entonces por una etapa de efervescencia intelectual. Todas las corrientes del liberalismo del siglo XIX parecían converger en el aire sutil de la meseta castellana” (1956, 7). En 1916, tras pasar por la Universidad de Harvard, Dos Passos viajó a España con las poesías de Jorge Manrique en el bolsillo. Luego, cuando terminó la Primera Guerra Mundial (en la que participó como conductor de ambulancias), Dos Passos publicó la pacifista *Tres soldados* (1921) y vivió en un París convertido en sala de máquinas de la modernidad y donde entabló una amistad cómplice

con Ernest Hemingway. Era un narrador comprometido, como demostraban sus novelas (su primera difusión en el sistema literario español, a principios de la década de los 30, estuvo ligada a editoriales revolucionarias más o menos orientadas por Gorkin), pero también su actividad como publicista. En 1927 escribió el panfleto *Ante la silla eléctrica*, inscrito en la campaña de defensa de los anarquistas italianos Sacco y Vanzetti. La movilización internacional, que no logró evitar que fuese aplicada la condena a muerte, fue más que considerable, pero, pasados los años, desengañado de la radicalidad, al escribir sus memorias, Dos Passos daba una nueva significación a esa campaña: “la protesta generalizada que empezó como una manifestación espontánea de los ideales y los odios anarquistas terminó casi completamente bajo el control del Partido Comunista” (2006, 253).

Aquel despertar de la decepción lo experimento como un trauma durante la guerra civil española, que trastocó convicciones y relaciones de amistad. A la guerra alude Dos Passos al final de aquel prólogo a *La muerte en las manos*. “La última vez que estuve en España –de eso hace ya dieciocho años- Madrid estaba asediado por las tropas de Franco”. Y, a partir de aquí, presentaba esquemáticamente el conflicto, describiéndolo como una pugna entre totalitarismos. “España, desgarrada por la lucha entre los partidarios de los diferentes sistemas para alcanzar el progreso, se vio doblemente invadida por la crueldad del siglo XX, que se presentaba, por una parte, bajo la forma del fanatismo fascista y de su tecnología, y por otra parte, bajo la del fanatismo más organizado y omnímodo y de la tecnología del partido comunista. Y los liberales se morían bajo ese fuego cruzado”. Y añade Dos Passos: “tanto los fascistas como los comunistas empezaron fusilando a sus mejores hombres” (1956, 9). Es más que probable que Dos Passos, al referirse a los fusilados, estuviese pensado en la desaparición de José Robles, como contó Ignacio Martínez de Pisón en *Enterrar a los muertos*.

Todo parece indicar que Robles, desaparecido a finales de 1937, fue una víctima más de una de las guerras de la guerra: la de la represión de la disidencia revolucionaria en la zona republicana por parte de los agentes de Stalin en España. El episodio más relevante de esa represión fue el asesinato de Andreu Nin y no menos significativa fue la detención, encarcelamiento y proceso de la dirección del POUM. Es la experiencia que George Orwell contó en parte de su *Homenaje a Cataluña* y es la misma experiencia que resultaría determinante en la evolución de Dos Passos. Sería desde la

nueva posición, madurada durante la Guerra Fría, que transformó la guerra española no en una batalla clave de la guerra civil europea sino en un conflicto prologal de la guerra fría. “Para los que querían ver con sus propios ojos y oír con sus propios oídos, la guerra civil española fue una valiosa enseñanza. Allí se reveló, por primera vez, la estructura del mundo en que nos sería dado vivir” (1956, 9). Uno de los publicistas que más a fondo había trabajado para imponer aquella interpretación ideologizada había sido, precisamente, Gorkin, el autor de la novela que prologaba.

Descrita en sus paratextos como «una novela simbólica en un cuadro realista», lo esencial del libro, cuyo planteamiento es tan parecido a *Doña Perfecta* de Galdós, es su mensaje en pro de la reconciliación como paso necesario para la futura edificación de una convivencia libre en España. Lo atisbó Dos Passos en el prólogo. «Cree que en alguna parte, bajo la corteza de la dictadura, debe estar germinando una nueva vida. En su novela, Gorkin escarba las cenizas de la gran conflagración, en busca de algunas semillas de la España futura, que tanto ama» (1956, 9). La acción se desarrolla en una pequeña localidad rural, Fuendetodos, un pueblo condicionado aún por las muertes de la guerra y espacio imaginario construido como metáfora de una España estereotipada. Lo esencial es la propuesta de Gorkin como autor implícito en tanto que defiende una determinada gestión de la herencia de la guerra civil transcurridas dos décadas desde el fin de la tragedia.

Se lo pregunta en las primeras páginas un personaje secundario, Fausto López, caracterizado como socialista madrileño y portavoz en la ficción de las ideas del mismo Gorkin. «¿Cuándo se cerrará el abismo? ¿No volveremos a matar? ¿No nos matarán a nosotros después?» La respuesta la da, retomando la imagen de abismo, el otro de los portavoces del pensamiento de Gorkin, Don Jorge, el protagonista que después de años viviendo a México ha vuelto a su pueblo natal.

-¡Qué espantoso abismo! –suspira abriendo los ojos y mirándolos a todos-. España no se rehará si no logra superar ese abismo y crear las bases de una reconciliación por encima de los combatientes de ayer y quizás de mañana. Estoy convencido de que es eso lo que quiere en el fondo la aplastante mayoría del pueblo.

Trabajar para la reconciliación es la misión que el socialista López predica antes de verse obligado a huir del pueblo. «Habrà ante todo que reconstruir, que reconstruir moral y materialmente. Procuraremos reunir para eso todas las energías creadoras del interior y todos los legítimos concursos que puedan venirnos de fuera. Serà nuestra gran obra de justicia: una tarea inmensa y magnífica.»

Segunda parte.

Nuevos fundamentos para la tradición liberal

Capítulo 1. La evolución de Dionisio Ridruejo y su círculo intelectual falangista

Ridruejo està agut, ple d'intel·ligència i de finesa mental.

Josep Pla, 19 de agosto de 1956

1955. La mismísima Hermandad de Combatientes de la División Azul era la que amparaba el ciclo de conferencias organizado, según parece, por jóvenes discrepantes o al menos así lo recordaría, pocos años después, Dionisio Ridruejo. El objetivo del ciclo, según anunciaban en la convocatoria divulgada por la prensa, era «contrarrestar la indiferencia y la falta de inquietud vital de las actuales generaciones ante la presente situación política del mundo.» (*La Vanguardia*, 10/IV/1955). Durante unas pocas semanas intervendrían en el Ateneo de Barcelona personalidades destacadas de la vida oficial que compartían, además y como mínimo, una misma experiencia biográfica traumática. Todos los ponentes eran españoles que durante la II Guerra Mundial lucharon en Rusia para consolidar la hegemonía de los fascismos y eliminar el comunismo del continente. Habían combatido como franquistas, pero tomaron las armas por algo que iba más allá. Se jugaron la vida, con mayor o menor convicción, por un proyecto político para Europa y creyeron que su victoria valdría como una redención definitiva en Occidente. Perdieron, por suerte.

Diez años después de 1945, borrado el fascismo del mapa continental, los antiguos divisionarios se reunían para debatir sobre un presente que habían soñado distinto. Porque su país, lo aceptarían o no, se hubieran acomodado mejor o peor, se había consolidado como una dictadura unipersonal, sustentada por la oligarquía económica, militar y católica. El 12 de abril de 1955 arrancó el ciclo de conferencias sobre el mundo contemporáneo. A las siete y media de la tarde Ridruejo dictaba la lección inaugural. Pidió a los organizadores que no constituyera una mesa presidida por las autoridades, que ocuparon los primeros bancos del salón. Más atrás se sentaba un joven estudiante de periodismo –Rafael Borràs–, preparado para transcribir las palabras de quien había sido eminencia gris del falangismo intelectual durante la guerra civil y la primera postguerra. La gente se apiñaba más allá de los pasillos. La escenificación

podría parecer la de una de aquellas sonadas intervenciones de Ortega, capaces de sacudir las élites políticas e intelectuales de su tiempo.

Pero en la España de 1955 y en un acto organizado por viejos divisionarios, difícilmente podía esperarse una descripción auténtica de la vieja y la nueva política. Claro que una de las primeras frases, gallarda, preludiaba lo que podía ocurrir. «Merece la pena tomar la palabra para decir la verdad.»¹⁹ Puede parecer una obviedad, porque lo esperable es que nadie tome la palabra para mentir, pero decir la verdad el año 1955 en España significaba atreverse a proclamar algo que sus antiguos compañeros de armas no podían esperar y tal vez no podían tolerar. Durante unas dos horas, según Borràs, Ridruejo desarrolló un tema que por su sola formulación –«la sensible inhibición que de los problemas de la vida social y de convivencia sufren los españoles»– implicaba ya una denuncia o, como mínimo, la constatación de un fracaso. De su fracaso personal también. De la conciencia de un fracaso que le había llevado, tras realizar un ejercicio sostenido de reflexión en múltiples órdenes (personal, grupal y literario, intelectual, político y patriótico), a formular la crítica más sagaz y desde dentro del mal que había paralizado la vida civil en España. Ese era el Ridruejo que tomó la palabra en el Ateneo.

Cuando ocupó aquella tribuna, era consciente que había concluido un ciclo de su actividad intelectual: el que recopilaría en un volumen que había propuesto al editor José Pardo el 17 de marzo de 1955, tres semanas antes de la celebración de la conferencia. En un primer momento lo concibió como un «volumen en el que recogerían trabajos ya publicados en periódicos, unos como lo fueron y otros ampliamente revisados e incluso alguno más original. Los ensayos serían, en algo más de un tercio, ensayos sobre temas españoles de carácter político. El resto ensayos de carácter intelectual y de teoría estética [...] No estoy demasiado seguro que la censura pudiera aceptar el material que preveo.» Así lo expuso por carta en marzo de 1955 al editor José Pardo de Noguera²⁰. Aquella recopilación que empieza elogiando la sensatez del tono menor como poética para vivir la postguerra, pasa después por el redescubrimiento de la vida en las estampas italianas, y culmina formulando la renovada alianza entre cultura y política, aquella recopilación es la crónica oblicua de esa

¹⁹ Lo cito por la transcripción conservada, que describo con posterioridad.

²⁰ Carta de Dionisio Ridruejo a José Pardo. Inédita. Fondo Dionisio Ridruejo del Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca. El proyecto debió ir modificándose porque no redactaría el prólogo hasta junio de 1958 y en 1959 todavía incorporó un nuevo texto sobre Pedro Laín que la censura había impedido imprimir en *Papeles de Son Armadans*. Finalmente lo publicó Aguilar en 1960.

evolución íntima. Era la radiografía de una cura espiritual que había activado un proceso capital de reconversión ideológica. Cuando Ridruejo acertó a formularlo para él y para los suyos, definitivamente, había cruzado ya la tierra media.

Este itinerario es de sobras conocido porque ha sido historiado y porque así lo rememoró él y los suyos. Durante la guerra y por la guerra Ridruejo cohesionó un equipo intelectual entorno al Servicio Nacional de Propaganda. El jefe de ese Servicio, dependiente del Ministro del Interior Ramón Serrano Suñer, había sido ya un Ridruejo veinteañero que se supo rodear de figuras que serían claves en la cultura española del franquismo y que incorporaría desde el minuto cero a la empresa de *Escorial*. Pienso en un Pedro Laín o en un Luís Rosales, los dos que más destacó en *Casi unas memorias* y que tendrían un papel de primer orden en la construcción de la *generación del 36*. Durante la guerra ellos lucharon con la palabra a favor de la insurrección franquista, es decir, contra la legitimidad republicana, pero su actuación conjunta no iba a terminar con la victoria del ejército del General Franco. Después del 1º de abril de 1939 siguieron unidos y, aparte de la amistad, compartieron un mismo objetivo que fundía, al mismo tiempo, lo cultural, lo intelectual y lo político: la conversión de la victoria en una revolución totalitaria. La revista *Escorial* se diseñó como plataforma para conseguirlo. «Hemos de declarar con sinceridad que nacemos con la voluntad de ofrecer a la Revolución española y a su misión en el mundo un arma y un vehículo más.» (1940). Actuarían como intelectuales orgánicos del régimen, con cuotas de poder notabilísimas, y con el propósito confesado de transformar España en un auténtico estado fascista. En un verdadero infierno. Los que quisieran colaborar en su empeño, viniesen de donde viniesen, en teoría, serían bienvenidos. No consta que hicieran esfuerzos costosos para ayudar a escritores republicanos represaliados que no se habían exiliado y que sufrían distintas formas de represión –el mejor y más triste ejemplo, Miguel Hernández, fallecido en el Penal de Ocaña el 28 de marzo de 1942.

El objetivo de fascistización del Estado compartido por Ridruejo y los suyos, como es sabido, fracasó. Fracasó por muchos motivos solapados, pero la puntilla final, en último término, sería la derrota total de los fascismos nazi e italiano en los campos de batalla europeos. Ridruejo, desengañado, había abandonado *Escorial*, pero la revista no dejó de estar controlada por miembros de su círculo, que estarían conectados durante años a las redes del Estado cultural franquista. Pero lo relevante para nosotros, ahora, es que ese fracaso no canceló a medio ni a largo plazo la actuación del grupo. En el caso

de Ridruejo, desde un punto de vista de producción literaria y reflexión ideológica, la digestión del fracaso fue nutritiva.

1.1. El “hombre entero” como metáfora de la transmutación moral

A finales de 1945, acusando recibo del ensayo de impacto *La generación del 98* que le estaba dedicado, Ridruejo, escribió una carta pública dirigida a Pedro Laín (la pudieron leer los lectores del diario *Arriba*) en la que se refería, sin explicitarlo, a su distanciamiento del Régimen y al proceso de maduración personal que había iniciado como consecuencia de ese distanciamiento. Ridruejo no se estaba distanciando de Falange (el matiz es clave) sino de la dictadura nacionalcatólica acaudillada por el General Franco. Y en esa fase de replanteamiento íntimo pretendió estar acompañado por los integrantes del grupo cohesionado para batir al enemigo republicano en la guerra y que él mismo había dirigido.

Ridruejo, entonces y siempre, quiso seguir llevando el estandarte del núcleo generacional que había impulsaba. Así se desprende del contenido de aquella carta a Laín, al confesarle que estaba «madurando la certidumbre –de la que a veces te he hablado- de que mi deber y el tuyo y el de los más de nosotros era revisar, ahondar, enriquecer y hacer fecunda nuestra personalidad, ya que no nos era posible servir de modo más directo a nuestros ideales.» (1960, 431) Como en política habían fracasado, venía a decir usando la primera del plural, debían trabajar su personalidad: examinarse a sí mismos como paso previo para poder llevar a cabo una auténtica refundación de su conciencia. No postulaba una rectificación de su pasado, ni mucho menos, sino una profundización en la que todos seguían creyendo que era su verdad esencial. Ese, creo, es el tema de su poema “Umbral de la madurez. Elegía después de los treinta años” que había escrito en 1944 y que la revista *Entregas de Poesía* publicó a principios de 1945. «Es tiempo de silencio y destreza piadosa», dice uno de los versos del tramo final del poema. El poeta, recordando los días de la guerra como una quimera de juventud, estaba resituándose, entre la resignación y el escepticismo, para conquistar un nuevo presente.

Esa profundización en uno mismo que Ridruejo postulaba como nueva fase en la evolución del grupo iba a tener su correlato en el campo de la estética literaria. Aunque no tuviera afán de prescriptor, Ridruejo, de algún modo, vino a sugerir que la poética implícita en un poema como “Umbral de la madurez” debería convertirse en dominante entre los poetas contemporáneos. Lo formuló en un valioso artículo que publicó en el diario *Arriba* el 29 de abril de 1945. Comparando el impacto de los centenarios de Góngora con los de Garcilaso y Quevedo, Ridruejo, propuso una comparación entre la generación de 1927 y la siguiente, la suya, que entre paréntesis asociaba al año 1936 y que aún la sabía atravesando un período de provisionalidad. Tras elaborar una apretadísima panorámica de lo escrito por los poetas de la antología de Gerardo Diego, Ridruejo detectaba el cambio que en la lírica española se habría producido antes del inicio de la guerra: habría comenzado a mostrarse entonces la «necesidad de fundar la poesía en el hombre entero y unido –contando con naturaleza y sobrenaturaleza, historia y libertad, o sea con su integridad viviente.» (1960, 112 y 113) La noción del “hombre entero”, cuya paternidad se debe a Pedro Laín, sería un elemento recurrente de la reflexión en marcha del grupo de Ridruejo. Por unos años también lo iba a ser la dialéctica entre el 27 y el 36 tal y como acabó de definirla.

Ridruejo, sin énfasis, había desplazado el origen temporal de una generación que estaba pasando de política a literaria. No había nacido con la guerra y para ganar una guerra sino que había nacido justo antes para alterar el rumbo estético de la lírica del 27. La guerra, así, dejaba de ser placenta generacional. El cambio podría parecer menor, pero sería determinante para el relato generacional porque, a diferencia de las primeras propuestas de definición, la implícita en el relato de Ridruejo sería la que empezaría a imponerse. A Ridruejo, más que la historia de la literatura, le interesaba intervenir en el presente y en este artículo de abril del 45 proponía que la poesía que él creía a la altura de los tiempos no debía seguir poniéndose bajo la advocación de Garcilaso o Quevedo sino que mejor sería que la apadrinase Fray Luis de León entre los viejos y Antonio Machado entre los modernos. Los dos –Fray Luis y Machado- los entendía «más cercanos a nuestra hambre de sencillez y también de nuestra humilde confianza en la obra de cada día.» (1960, 115). Los dos podían ser asideros para un poeta que, a través de la poesía y decididamente unido a su tiempo, lograra revelar aquel “hombre entero”. El hombre de un tiempo más de ceniza que de silencio y que, como si se tratase de un nuevo Lázaro, tras años de muerte, volvía a la vida en la hiberna postguerra mundial.

El poeta capaz de revelar el “hombre entero” Ridruejo creyó que sería Leopoldo Panero. Así lo puso por escrito en enero de 1946, cuando la revista *Escorial* acababa de reeditar, entonces como separata, la primera parte de *La estancia vacía* (extenso poema de Panero que finalmente no completaría). En noviembre de 1944 *Escorial* había publicado ya el mismo poema como una colaboración más de la revista. A esa primera salida es a la que Luis Felipe Vivanco se refirió en una carta de mayo de 1945 dirigida a un joven poeta que aún no conocía personalmente pero que ya había leído –José María Valverde– y que algunos años después se convertiría en su cuñado. «Yo les pondría a Vd. y a todos los jóvenes, como ejemplo de fortaleza», le decía Vivanco a Valverde, «más aún que el libro de Aleixandre [se refería a *Sombra del paraíso*] –cuya poesía y cuya actitud ante el mundo encuentro excesivamente panteístas– el poema que acaba de publicar Panero recientemente en *Escorial*.» (Valverde 2010, 46). Lo que ese poema postulaba, a diferencia del panteísmo de Aleixandre, era el enraizamiento del “hombre entero” a Dios. Tanto para Vivanco como para Ridruejo, Panero, con ese largo poema inconcluso, parecía consolidar la posibilidad que se escribiese una poesía católica sincera y exigente en la España franquista. Una poesía que, sobre las bases de la fe, se quiso convertir en el único refugio posible, en el refugio más puro en un tiempo de miseria, para abordar aquella refundación de la conciencia a la que antes me refería.

A ese empeño, desde la creación poética o la reflexión sobre la poesía, se estaban dedicando los poetas ligados a *Escorial* –Vivanco, Panero y Rosales–, Valverde se vincularía al intento, sumarían a Ridruejo y contarían, además, con un aval, digamos filosófico, de Laín y de José Luis López Aranguren. Aquel grupo poderoso, comprometido tras la guerra en el intento de hacer de España un estado fascista, había hallado la forma de reubicarse, olvidando la beligerancia ideológica para ensayar, sobre todo a través de la poesía, un profundo ejercicio de introspección en clave religiosa. Dejemos de lado, si nuestro estómago moral es capaz de digerirlo, la impostura entre su adscripción pública al franquismo y el tipo de literatura que practicaban. Dejémoslo a un lado, pero tampoco lo olvidemos. Y no caigamos tampoco en el error que sería, creo, circunscribir el interés de ese proyecto a lo confesional, aunque es innegable que el catolicismo fue la nueva placenta de aquella propuesta literaria.

En el mes de julio de 1948 Laín dictaba la conferencia “El espíritu de la poesía española contemporánea”, dedicada al análisis de versos de Panero, Ridruejo y Valverde (conferencia reproducida luego en el ensayo *Palabras menores*). La poesía de

esos poetas amigos, dijo usando una expresión que nos es conocida, era «una poesía del hombre entero» que contrastaba con la «poesía humanamente incompleta» de los poetas que les habían precedido. El razonamiento de fondo es el mismo que el de Ridruejo que mencionaba antes: la dialéctica entre los poetas del 27 y los del 36 se había resuelto en una humanización de la lírica y ese proceso de cambio se había originado ya antes de la guerra. El punto de inflexión, cifraba un Laín que barría hacia sus posiciones interpretativas, se había podido vislumbrar en el poema “Misericordia” de Luis Rosales, incluido en el poemario *Abril* publicado en 1935. «Luis Rosales, con su trascendente *Abril*, había señalado el camino de salvación», afirmaba por aquellos días de mediados de 1948 Gerardo Diego en *ABC* (2011, 137). «Desde entonces», afirmó Laín en la mencionada conferencia, desde ese poema de *Abril*, «todos los motivos de una existencia íntegramente humana –la religiosidad, el amor, las formas de convivencia entre los hombres, la pasión, la contemplación del mundo, la intelección de la vida y las cosas, la muerte, las gracias del vivir cotidiano, el contenido de la intimidad- reaparecen en la obra de los poetas españoles.» (1952, 59) El abanico temático diseminado por Laín es amplísimo, pero la síntesis no es mala. Porque esos serían los temas que iban a recolectarse en los cuatro poemarios publicados durante la primera mitad de 1949 y que pusieron definitivamente de largo la apuesta grupal por una poesía, podríamos decir, espiritualizada.

1.2. Poesía espiritual de 1949

Aquellos poemarios de 1949 fueron *La casa encendida* de Luis Rosales, *Escrito a cada instante* de Leopoldo Panero, *Continuación de la vida* de Luis Felipe Vivanco y *La espera* de José María Valverde. Libros de poesía enredados los unos a los otros, además de por una sintonía religiosa común, por una tupida red de dedicatorias que, a través de los versos, los unía los unos a los otros en una aventura común. Nada más significativo que el poema inicial de *La espera*, dedicado a Panero y en el que Valverde lo define como su hermano mayor; y es en este punto donde debería consignarse que Panero, además de dedicar su libro a Rosales, dedicó el espléndido “Canción para el recuerdo” a Manolo Gil. Poemarios, pues, entrelazados en la letra y el espíritu. Un espíritu que

Andrés Trapiello formuló, con claridad envidiable, en su modélico prólogo a *Escrito a cada instante*. «Ese es el Dios de Panero, acaso el mismo que Heidegger, tras la guerra mundial y el horror nazi, pone al frente de su metafísica: el que sustenta una esperanza sostenida a su vez en una creencia.» Poemas de espera –“nuestro ser sólo una espera”, escribió Valverde en el poema “Para el tiempo de Navidad” dedicado a Laín- y esperanza. Frente al embrutecimiento moral tremendista y la angustia existencialista que asediaba la postguerra europea, aquellos libros del 49, expiando un repertorio de culpas variadas, perseguían una redención personal y cotidiana, que se manifestaba en un tono confesional y se expresaba con una nueva palabra poética (para decirlo con el título de un ensayo de José María Valverde tan bien estudiado por el profesor Mainer en *La filología en el purgatorio*).

Quien mejor lo supo teorizar fue el rentista orsiano que por entonces era Aranguren, cómplice de todos ellos, y que acertó ligando el proyecto literario a una reflexión de carácter filosófico porque él entendía –con el Martín Heidegger que leía por entonces- que la meditación honda sobre la poesía estaba confluyendo con el giro ontológico que la filosofía de aquel momento proponía. Aranguren mismo haría suya (y le cito) la «profunda convicción heideggeriana de que la filosofía es insuficiente, no ya para la praxis de la vida, sino incluso para la revelación de la totalidad del Ser», y añadía, «Heidegger, pues, también “hace sitio” a la poesía.» (1950a, 253). Este “hacer sitio a la poesía” se concretó, en el caso de Aranguren, en el breve pero valioso ensayo “Poesía y existencia” publicado en la primera página de la revista *Ínsula* el mes de junio de 1949. Allí, con Machado al fondo y atendiendo a la poesía última de los Panero, Rosales, y compañía, Aranguren daba un paso interpretativo más en la hermenéutica de la nueva poesía.

La existencia concreta, vívida, poética, de cada uno de nosotros, sólo hay una manera de contarla: contándose el poeta a sí mismo, contando el tiempo concreto, lleno, vívido, que, desde la primera, oscura noticia del primer acontecimiento infantil, hasta el penúltimo toque a la pausada elaboración de una “buena muerte”, constituye el hombre (1949, 1 y 2)

Poesía, pues, como confesión, como elaboración intensa del recuerdo para anclar el yo en la realidad. Poesía de las cosas y de los hombres que religaba religar la existencia a Dios y a la historia. Poesía intimista pare refundar la conciencia individual después de un período de brutal hecatombe. Esa fue, creo, la médula de la poética del grupo.

La poesía, pues, podía convertirse en el ámbito para trabajar aquella refundación de una conciencia desgajada, para dar forma a un sujeto esperanzado capaz de sobrevivir al clima de miseria moral y material de la postguerra. No era una problemática que tuviese denominación de origen exclusivamente española. El vacío devastador en el que quedó sepultado el espíritu de Europa tras la Segunda Guerra Mundial fue el marco moral donde iría madurando, por ejemplo, un existencialismo que postulaba implacablemente lo absurdo del ser. Al mismo tiempo, como descubre *El pasado imperfecto* de Tony Judt, no fueron pocos ni de segunda fila los intelectuales que se dejaron tentar por el comunismo como una alternativa creíble de salvación colectiva. ¿Qué estaba ocurriendo? Fue en 1949 cuando Theodor W. Adorno, en el ensayo *Cultural Criticism and Society* (reproducido luego en el libro *Prisms* de 1955), lo sintetizó con un enunciado tan efectista como perturbador: “La crítica de la cultura se encuentra frente al último peldaño de la dialéctica de cultura y barbarie: escribir un poema después de Auschwitz es barbarie, y eso corroe también al conocimiento que dice por qué hoy es imposible escribir poemas” (2008, 25). La poesía –la poesía y la reflexión sobre poesía concebidas como una de las formas de comprensión más altas del individuo- estaba en un atolladero fatal porque el individuo había retrocedido al punto más bajo de la humanidad. La barbarie había fagocitado la cultura.

Un año después del dictum de Adorno, en 1950, Heidegger publicaba *Holzwege*, recopilación de ensayos donde marcaba distancias respecto a las lecturas de su obra que la presentaban como un eslabón fundamental del existencialismo. Él, con ese libro, pretendía reorientar su corpus de pensamiento hacía una ontología redoblada de metafísica. Uno de los asideros de su reflexión, como ya lo había sido Hölderlin, fue Rilke. La filosofía, para Heidegger, era insuficiente para hallar ese Ser en esperanzado diálogo con Dios que estaba en aquel libro. Para hallar esa totalidad no bastaba el pensamiento. También necesitaba la poesía. Es en este marco de renovado afán de comprensión del ser donde debe ubicarse la búsqueda del “hombre entero” que acometieron, de manera casi programática, los poetas españoles de 1949. Aquel año, por cierto, Juan Ramón Jiménez daba a la imprenta *Animal de fondo*, un libro que refundido

en *Dios deseado y deseante* incluiría un prólogo en el que afirmaba que su obra –su vida- no había sido otra cosa que “encontrar un dios posible por la poesía” (1999, 260). Este magma en donde lo ontológico confluía con la metafísica a través de la poesía es el ámbito en el que se ubicarían los poemarios de 1949 que establecen entre ellos tantos vasos comunicantes.

La búsqueda del “hombre entero” que hay en cada uno de esos libros tiene una singularidad con respecto a la cultura europea de su tiempo: el sujeto que postularon los cuatro estaba enraizado a Dios. Zubiri, digamos, fue su Heidegger. Un yo presente que se sustentaba en su mundo de recuerdos y en la seguridad de la fe. Esa era su integridad y, como había intuido Laín sobre ellos, la que establecía su dialéctica con los poetas del 27. Sobre ese legado de renovación formal con el que se estaba caracterizando a los poetas de los ismos, los Panero y compañía estaban dando una nueva trascendencia a la palabra poética subiéndose sobre los hombres de Machado y Unamuno. En una entrada de 1949 de su intenso dietario, Vivanco zigzagueaba en el mismo polen de ideas. «La plenitud de lo real, su secreto, es lo que busca la poesía, es decir, a Dios. Pero por otro camino que la religión o la filosofía; por el camino de las cosas, por el camino del instante, del vivir el instante, del paso y la queda del instante, de la eternidad del instante fugitivo.» (1983, 55) Son aspectos que algunos de los mejores y más veteranos lectores del momento –pienso en Juan Ramón Jiménez y en Pedro Salinas- detectaron en *La espera* de Valverde y así se lo hicieron saber, por carta, desde el exilio. «Por fortuna», le decía Juan Ramón a Valverde, «hace unos años los nuevos poetas españoles se están encontrando y logrando» (Valverde 2010, 47).

En los meses centrales del año 49 la percepción que se había producido un cambio en la poesía se había instalado en el sistema literario español. Un cambio profundo en el género no más popular pero sí de mayor prestigio²¹. La instalación de la percepción de cambio la reforzaba el poder que el grupo de poetas –poetas casi todos vinculados al régimen- ejercía en el sistema literario. Ignorarlo equivaldría a no querer

²¹ Así lo confirmaba un artículo como éste de Gerardo Diego, “Una nueva poesía”, publicado el 9 de julio en *ABC*. “Es precisamente la poesía de Luis Rosales y de Leopoldo Panero, dos admirables poetas con veinte años de historia y experiencia, la que, a juzgar por sus últimos libros, inicia una nueva época en la evolución de las musas españolas [...]. Al mismo tiempo, otros poetas, amigos entrañables de los poetas citados, como Luis Felipe Vivanco y José María Valverde, éste último uno de los más jóvenes de España, parecen alistarse en la nueva poética, y cada uno con su alma en su almarío y su rica personalidad aparte, contribuye con un mínimo de acuerdo tácito en gustos, criterio e intención, a constituir algo así como una escuela poética” (2011, 177).

entender el desarrollo anómalo que enjaulaba la vida cultural española. Esos escritores el poder los sentía como suyos y ellos, al mismo tiempo, ejercían su poder en el campo cultural. En el mismo número de la revista *Ínsula* donde apareció el artículo de Aranguren, por ejemplo, se daba noticia del ciclo de recitales que organizaba el Aula Poética del oficial y bien presupuestado Instituto de Cultura Hispánica. Todos los poetas del grupo, además de Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre, recitaron en ese ciclo. Y en la editorial del Instituto se publicaron algunos de aquellos libros. Y durante la primavera del 49, suma y sigue, colonizaron la revista *Espadaña*, que debería iniciar una nueva etapa gracias al patronazgo de algunos mecenas (parece que Aranguren fue el único que desembolsó las pesetas prometidas). Tenían una editorial y tenían un órgano de expresión consolidado, tenían la crítica a favor y también, insisto, un poder del que no dimitían. En el primer número de la nueva etapa de *Espadaña* se imprimió el manifiesto “Poesía total”, un texto concebido por alguien que sabe que su propuesta, gustase o no, era la hegemónica. Allí ellos mismos daban por caducado el ciclo de la poesía española iniciado hacía un cuarto de siglo –el 27- para promulgar lo que consideraban un imperativo para su momento: la poesía, más allá de ismos y técnicas, tenía la obligación de partir, de «arrancar del hombre entero». Una vez más, y no será la última, el mismo concepto.

Pero a partir de entonces, en el tramo central de 1949, la aventura lírica empezó un acelerado proceso de disolución. Y ese proceso significó, creo, el inicio de fosilización del 36 como grupo literario activo, por una parte y, en paralelo, por otra, el inicio de su conversión en pasado, en historia de la literatura. La buena nueva que venían predicando aquí y allá –la poética metafísica– pretendieron que traspasara las fronteras españolas para convertirla también en hegemónica en todas las literaturas de Hispanoamérica. Con este objetivo, además de estrenar una nueva diplomacia cultural, el Instituto de Cultura Hispánica, a mediados de año, empezó a organizar una gira de recitales por América Latina que arrancó a finales de aquel 1949 y de la que sus protagonistas regresarían en marzo de 1950. Aunque debían haber acudido todos, Valverde y Vivanco desestimaron la invitación y solo Panero y Rosales emprendieron el viaje, junto al poeta diplomático Agustín de Foxá –destinado a Hispanoamérica- y la joven promesa que era Antonio de Zubiarre. La gira fue un absoluto desastre, como puede redescubrirse leyendo el epistolario de Agustín de Foxá dirigido a su familia donde describe la trágica peripezia. El exilio y el Partido Comunista boicotearon

varios de los recitales con gritos y amenazas, lanzamientos de objetos y acusaciones a los poetas del régimen de estar comprometidos con el asesinato de Federico García Lorca. La poética del “hombre entero” nada tenía que ver con el franquismo, es indudable, pero aquella gira estigmatizaría a sus protagonistas como poetas franquistas. Una etiqueta de la que Panero ni quiso ni supo despegarse. El fracaso del viaje, en realidad, estaría en la base de su *Canto personal* (1953), libro que lo desincronizó de su circunstancia y que, al parecer del Valverde de Syracuse, «tal vez esto diera lugar a un nerviosismo interior que contribuyera a su muerte.»

La crisis de la propuesta poética del grupo, externa al valor literario de la poesía pero no ajena a la preocupación cívica que empezaban a tematizar algunos nuevos poetas, se encabalgó al fracaso de convertir *Espadaña* en plataforma del movimiento y, para socavarlo todavía más, Aranguren empezó a marcar distancias respecto a aquella poética espiritualista que había colaborado en legitimar. En junio de 1950, otra vez en *Ínsula*, publicó el artículo “Nuestro tiempo y la poesía”, dando por concluido aquel episodio. «El ciclo de la “poesía existencia”, y no digamos el de la poesía como “experiencia de la vida privada” toca a su fin» (Aranguren 1950b, 1 y 3). Sabemos por Valverde que Rosales y Vivanco, al leerlo, se indignaron: era la carta de defunción de su intento más ambicioso por intervenir en la tradición poética española. El ciclo de la poesía espiritualista, definitivamente, a principios de la década de los cincuenta, quedó clausurado. Cuando Ildefonso-Manuel Gil publicó *El tiempo recobrado*, el escritor José María Rodríguez Méndez, a mediados de 1951 en la revista de poesía *La Calandria*, lo juzgó con un libro caduco porque respondía a la estética de Panero y compañía. «Llega un poco tardíamente. Debió de publicarse hace dos años. Cuando J.M. Valverde nos dijo su *Espera*, Panero el *Escrito a cada instante* y Rosales su *Casa encendida*. Ahora nos sabe a cosa añeja.» (Amat 2005, 306 y 307). Las repercusiones de ese final acelerado afectaron al relato en construcción que estaba circulando ya sobre la *generación de 1936*.

1.3. Del “hombre entero” al “español entero”: el modelo comprensivo como evolución de lo poético a lo intelectual²²

Diría que fue el 12 de octubre de 1951 cuando se inauguró en Madrid la Primera Bienal Hispanoamericana de Arte. Aquella ambiciosa exposición la organizaba el Instituto de Cultura Hispánica (Panero entre bambalinas) y el día de su inauguración Joaquín Ruiz-Giménez, recién nombrado ministro de Educación, leyó un discurso sobre arte y política dirigido al General Franco, que presidía el acto. La Bienal iba a generar discusión en la prensa en tanto que una exposición organizada por el Estado exhibía arte de vanguardia. La apuesta oficial por lo experimental fue denunciada por la crítica más conservadora. En defensa de la modernidad estética salió Ridruejo, que volvía a residir en Madrid tras haber pasado una larga temporada en Roma ejerciendo como corresponsal para la prensa del Movimiento (período durante el que forjó una sólida amistad con José María Valverde, por cierto). Ridruejo instrumentalizó la defensa de la vanguardia –de Dalí, pongamos por caso- para defender también otros aspectos de la cultura española que venían siendo expulsados y condenados por las familias del nacionalcatolicismo más ultramontano. Concretamente defendió la necesidad de que la cultura española fuese capaz de integrar la literatura de un Miguel Hernández o la heterodoxia religiosa de un Miguel de Unamuno.

¿Qué pretendía Ridruejo con aquella toma de posición? Hacía más de un lustro que Ridruejo, en carta pública a Laín, había dicho que su grupo, toda vez que no podía intervenir en la vida política, debía cambiar de tercio y concentrarse en ahondar literariamente en ellos mismos para redescubrir así “hombre entero”. En aquel momento, entre finales del 51 y principios del 52, la purga de la conciencia individual había concluido su ciclo. Para el grupo se iniciaba una nueva etapa porque se estaban dando las circunstancias precisas para que volviesen a desempeñar un papel público, activo, activísimo, en la vida intelectual. ¿Con qué objetivo? Estoy convencido que el afán de fascistizar el Estado ya no estaba en el horizonte de aquellos burgueses bien instalados. Fascistas no, sin duda, y demócratas todavía tampoco. Lo que de entrada persiguieron fue una liberalización cultural para ensanchar así los cauces de una Dictadura que no querían sustituir sino reformar. Liberalización, insisto, y no absorción

²² En este epígrafe sintetizo algunas de las ideas e investigaciones desarrolladas en *Las voces del diálogo. Poesía y política en el medio siglo*, Península, 2007.

del otro para realimentar su juvenil aventura totalitaria. Su nueva apuesta, de entrada, consistió, para decirlo con la nueva palabra fetiche, en imponer una actitud *comprensiva* en el sistema cultural. Una actitud que no negaba la guerra civil sino que la superaba. Una actitud basada en una concordia leal. Una actitud moderada. Una actitud potencialmente reconciliadora.

El aliado mejor y más influyente que el grupo encontró fue el Ministro Ruiz Giménez, que nombró rectores de la Universidad de Madrid y Salamanca a Pedro Laín y Antonio Tovar y que facilitó la consecución de la cátedra a Aranguren y Valverde, el primero catedrático de ética en Madrid y el segundo de estética en Barcelona. El grupo, además, supo dotarse otra vez de un órgano a través del cual difundir el cambio de modelo cultural que proponía. Me refiero al demasiado olvidado semanario *Revista*, que empezó a publicarse el mes de abril de 1952 y en Barcelona que Ridruejo dirigía en la sombra desde Madrid. La visualización más clara de ese nuevo cambio que pretendieron impulsar fue el I Congreso de Poesía, celebrado el mes de junio de 1952 en Segovia bajo el patronazgo del Director General de Universidades Joaquín Pérez-Villanueva. No es un dato menor que el secretario organizativo del Congreso fuera el crítico de arte y poeta Rafael Santos Torroella, soldado del ejército republicano que había sido encarcelado y condenado a muerte tras la guerra. No es un dato menor tampoco que a Segovia acudiese otro republicano detenido durante los primeros días de la Guerra Civil como Ildefonso-Manuel Gil. Y aún lo es menos, de azaroso, que la apuesta más decidida del Congreso fuese la invitación de un grupo de poetas catalanes –los poetas del silencio, así me gusta denominarlos-, encabezados por la roca de dignidad democrática, catalanista y republicana que encarnaba el poeta Carles Riba. Incorporar la literatura catalana al proyecto de los comprensivos, comprometiéndose a intentar normalizar su precaria situación legal, me parece la prueba más evidente del cambio de talante que trataban de imponer Ridruejo y los suyos. Para muchos escritores aquellos días en Segovia marcaron el fin del clima de guerra civil que había enclaustrado el desarrollo del sistema cultural de postguerra.

No querría enredarme entre datos que, en apariencia, podría parecer que no tienen conexión directa con lo que he venido reconstruyendo hasta ahora. Mi hipótesis es que si durante la segunda mitad de los cuarenta algunos poetas constituidos en grupo propusieron con su poesía una refundación de conciencia individual, los mismos u otros miembros de aquel grupo, durante la primera mitad de los cincuenta, intentaron que

aquella refundación tuviera su proyección en la vida cultural con el objetivo último de reformar la sociedad española. Para decirlo con un eslogan, ensayaron la metamorfosis del “hombre entero” en el “español entero”. El paso de una actividad poético a una actividad intelectual.

La teorización más sólida del trasvase de lo personal a lo cívico (no a lo social), de lo literario a lo intelectual y, en definitiva, a lo político, la había formulado, para Ridruejo, otra vez, Pedro Laín, a lo largo del ciclo de conferencias privado que, con el título de “En torno a la espera y la esperanza”, dictó en el Colegio Mayor Jiménez de Cisneros de Madrid entre los meses de enero y marzo de 1953. Allí, consideraba Ridruejo, se había dado forma a la “conciencia integradora de una generación”, para decirlo con el título del artículo que abrió, a modo de nuevo manifiesto, el número del semanario *Revista* del primero de abril de (no es una fecha cualquiera) de 1953. Ridruejo lo sintetizó de manera modélica:

la generación de la guerra o del 36, pretendería ser la generación de la España integrada y completa. Pero es difícil tener una actitud histórica sin tener antes una visión ontológica, fundamentadora de ella. De aquí esa apelación al “hombre entero” a que apuntan siempre los trabajos de Pedro Laín y que él ha reconocido como intuición y conquista del grupo poético de la misma generación. Con lo cual queda dicho que no se trata de “buscar afinidades”, sino de reunir las partes del todo; comenzando con la propuesta de reunir al hombre español en su propia hombría y luego en su irreparable españolidad.

Solo tras la reconquista del “hombre entero”, había sido factible tratar de reconquistar una cultura española integral. Los intelectuales, para conseguir su objetivo, para actuar en la vida pública como verdaderos “españoles enteros”, deberían comprender discursos que les eran ajenos. Discursos distintos a los oficiales. Discursos que deslegitimaban los discursos del poder. Discursos que, en muchas ocasiones, se asociaban al mundo moral y cultural de los derrotados de la guerra.

No fue una operación banal. Postulaba, en el campo cultural, que el pasado, por conflictivo que fuese, pudiese reincorporarse al presente²³. El paradigma de aquel afán de comprensión, creo, lo fue el artículo que Ridruejo dedicó al maestro liberal José Ortega y Gasset con motivo de su setenta aniversario y aquel talante –una palabra que Aranguren puso por entonces en boga– lo conceptualizaría Laín, poniéndose docto y estupendo (como casi siempre), en “Teoría de la comprensión”, ensayo publicado en las entregas de *Revista* que siguieron al número en el que había aparecido el artículo programático de Ridruejo sobre el nuevo reto que debía afrontar la *generación del 36*. Ese reto era la comprensión. ¿Qué significaba, a la altura de 1953, “comprender”? Se trataba de aceptar con libertad «el riesgo de comprender todo lo ajeno», al decir de Laín, «para ir edificando con originalidad y entereza la obra propia». Esa obra propia, en el caso del proyecto liderado por Ridruejo, equivalía a ir limando la frontera que separaba a vencedores y vencidos, exiliados y no exiliados, y así, allanando el camino del encuentro, año tras año, fundamentar un nuevo orden moral sobre el que edificar la España del futuro. Lo digo con nuestro lenguaje y no con el suyo, acelerando en líneas demasiado apretadas lo que aún sería una etapa dominada por las conductas ambiguas, pero esos nuevos principios nuevos son los que los comprensivos activaron entre 1952 y 1953 y el exilio no tardó en reconocérselo. Porque quizá solo el exilio –el exilio democrático– mantenía la capacidad de otorgar legitimidades. Pienso en un Ferrater Mora, un Francisco Ayala o, tímidamente, en plataformas de liberalismo político e intelectual como las revistas *Ibérica* de Nueva York o los *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* de París.

Redefiniendo su papel había empezado a solidificar su propia redención, asumiendo un legado que durante años habían pretendido desactivar y que ahora incorporaban de nuevo para entregárselo a los jóvenes y suturar así el vacío en la tradición de la cultura liberal que ellos mismos habían provocado. Aquella operación de sutura establecía las bases de un cambio encarado al futuro y, simultáneamente, permitió a sus impulsores la rescritura de su propio pasado biográfico e ideológico: sostuvieron que el espíritu de la comprensión que ahora abanderaban había sido el mismo que habían intentado insuflar en la vida intelectual española desde 1939. Y no, descaradamente no había sido así. El reformismo burgués de *Revista* nada tenía que ver

²³ Diría que nadie lo ha contado con tanta perspicacia como el Jordi Gracia de “Proceso evolutivo o crisis y conversiones: los años cincuenta y el viejo falangismo” (incluido en el colectivo *Memoria de la guerra y del franquismo* de 2006).

(por suerte) con la utopía falangista del primer *Escorial*. Sólo estableciendo aquella falsa línea de continuidad, que como grupo generacional era coherente pero que no lo era desde una óptica ideológica, podía validarse una etiqueta imposible: el falangismo liberal, cuya forzada impostura ha diseccionado el profesor Santos Juliá. Pero esa invención del pasado tal vez fuera una exigencia del presente de 1953. En tiempos de consolidación de nuevas legitimidades, ellos se desenganchaban o intentaron desengancharse de su pecado original. No fue una operación banal, decía. En la medida que ese proyecto se consolidó, irían adoptando la actitud de opositores más o menos combativos contra el franquismo y estarían en condiciones de fundamentar una nueva fase de la tradición liberal.

1.4. La conferencia de 1955: una transcripción desconocida²⁴

Tal vez la primera manifestación pública de ese combate fue la conferencia de Ridruejo en el Ateneo. Ridruejo, que quería presentar en público su diagnóstico sobre el origen de la situación española, enmarcó su exposición en el contexto crítico de la guerra fría. La exposición se inició con un ejercicio de filosofía política, la comparación de los que consideraba fundamentos del proyecto social de los Estados Unidos y el de la Unión Soviética. Los dos modelos de civilización, atractivos y repulsivos al tiempo, postulaban la utopía de la felicidad para sus ciudadanos renunciando a la trascendencia de la vida espiritual. El motor de esa felicidad secularizada era la economía. Pero si una potencia y otra compartían objetivo final, las realidades a partir de los cuales debían construirlo eran antitéticas. Ridruejo desarrolló esta hipótesis apoyándose en la noción de intrahistoria de Unamuno (en la transcripción original, “infrahistoria”). Existían sociedades incapacitadas para el cambio porque un colectivo impermeable –«un monolito mayoritario»- las dominaba y las blindaba contra el progreso. Esta masa

²⁴ La versión más conocida de la conferencia que Dionisio Ridruejo dictó en el Ateneo de Barcelona el 12 de abril de 1955 es la que aparece en la primera edición de *Casi unas memorias*. Esa versión es la que Gracia reprodujo en *Materiales para una biografía* y yo en mi edición de las memorias de Ridruejo que publicó la editorial Península en 2008. Pero en el Fondo Ridruejo existe una copia más extensa, debida, también, a Rafael Borrás (lo que llevaría a pensar que, al editar por primera vez *Casi unas memorias*, se cortó parte de aquella transcripción). Se trata de 3 páginas mecanografiadas más unas pocas líneas que introducen variantes significativas respecto a la versión conocida y dan a conocer una parte especialmente valiosa de la argumentación desarrollada por Ridruejo.

infrahistórica era la que determinaba su historia. Así había ocurrido en Rusia. La implantación del comunismo sólo había servido para que el dominio sobre el campesinado tradicional –la gran masa- cambiase de manos, del zarismo a una minoritaria nomenclatura comunista. Un cambio que, en lo profundo, no había producido transformación alguna. «Hay aquí quienes han visto, en Rusia, lo que estoy diciendo», afirmó Ridruejo dirigiéndose al auditorio. En España, dijo, había ocurrido lo mismo y de esa constatación colegía una ley estable de organización social. «A mayor abundancia de material infrahumano, mayores posibilidades de cambio radical de dueño.» La sociedad norteamericana, en cambio, había podido construirse a partir de una situación opuesta. «Son la sociedad del mundo con menos intrahistoria, pues han nacido del Pacto Social que soñó Rousseau.»

Entre los dos polos de civilización dominantes, Europa, cansada, había atravesado una etapa de incertidumbre. El modelo comunista no servía y el norteamericano tampoco porque el influjo de la masa intrahistórica variaba en función de los países. La alternativa europea, además, así lo había demostrado la historia reciente, había sido un fracaso. Era el colapso de la dinámica postrevolucionaria. El acceso al poder de la clase burguesa se solapaba con el creciente protagonismo de un proletariado industrial que cuestionaba el nuevo statu quo. Esta dialéctica era la que había radicalizado la tensión entre libertad y seguridad a la hora de estructurar la sociedad. La respuesta europea a dicha situación había emergido con fuerza durante la década de los años veinte y su propuesta se inclinaba radicalmente hacia la seguridad como eje vertebral de la seguridad. Si nos ceñimos a la transcripción de Borràs, deberemos asumir que Ridruejo no puso nombre a ese proyecto, pero es improbable que el auditorio dudase de lo que el orador estaba denunciando: la emergencia de los fascismos. Y justo en este momento de la conferencia, Ridruejo introdujo una cuña que debió irritar definitivamente a muchos de los que los escuchaban y que ni a regañadientes podían aceptar que su compañero de armas estuviese denunciando el régimen franquista. «Señalemos, de paso, lo temerario que resulta siempre entregar el Poder a quien no responde ante nadie.» El origen de esa deriva antidemocrática era Lenin, así lo dijo, el inventor del Partido Único y el Estado Totalitario, pero por segunda vez sus referencias a la Unión Soviética, como las anteriores referidas a la masa intrahistórica, retrataban simultáneamente a la España franquista.

Tras el colapso de la II Guerra Mundial, Europa, frente al bloque comunista, había tenido que reinventar un proyecto para sí misma que diese solución a la dialéctica entre libertad y seguridad. Ridruejo, en clave geopolítica, lo definió con estas palabras. «Europa está haciendo un esfuerzo colosal por su propia independencia, procurando la reestructura de la vida social antepuesta a la histeria de formar un gran ejército.» Ahora sabemos que ese reestructura es la que deberíamos denominar “momento socialdemócrata”, siguiendo a Tony Judt, una etapa de «*exàmens de la consciència ètica de la comunitat*» que logró «*relligar les classes mitjanes a la democràcia.*» (2010, 54) Blindándose contra el comunismo, Europa, para Ridruejo, tampoco se sometía a la lógica mercantil estadounidense. «Para los Estados Unidos la lucha contra el comunismo es una aventura económica. Para Europa es una aventura decisiva.» Una aventura de la que España estaba descolgada. «Los españoles no estamos en lo que se celebra.» El país vivía en una excepción, atrapada entre la dictadura –«la solución de la seguridad»- y una oposición en bloque al comunismo que artificialmente la incluía en «la solución de la libertad.» Pero esa solución era paralizante. «Sólo tenemos una solución de urgencia, de ir tirando. Los hombres de la inteligencia se sienten humillados; los de la riqueza, dispensados de cualquier obligación, y la mayoría, prestos a la inacción pública y digestiva.» Ese era su diagnóstico sobre el presente español.

El mal, la incapacidad para construir España como un Estado a la altura de los tiempos, venía de lejos. Si Napoleón había convencido al pueblo para que adquiriera conciencia de sí, en España no había habido forma de que esa conciencia transformase al pueblo en ciudadanía adulta. Intentarlo, dijo, de algún modo había sido el propósito del movimiento catalanista y la restauración canovista podía explicarse como un intento desde arriba de cimentar las bases para transformar en sociedad moderna la masa intrahistórica. Un intento fracasado. Cargó luego contra la dictadura de Primo de Rivera –«es estéril y fracasa»- y su descripción de la II República debió caldear aún más el ambiente de la sala. «Resulta muy fácil decir que la República fue la conjura de los representantes de la anti-España. Todo esto son monsergas. Premeditar su destrucción fue inhumano. El pueblo español dijo sí, rotundamente, el 14 de Abril. Las derechas le declararon la guerra desde el primer momento. Las izquierdas, también.» Ese acelerado recorrido por la historia moderna española culminaba con la insurrección militar contra la República y aquí dio con el mejor eslogan de la velada, la afirmación que debía tensar definitivamente el ambiente. «El Alzamiento es la confirmación del fracaso de una libre

convivencia.» Incapaces de hacerse con un Estado, los españoles lo habían aceptado cediendo toda responsabilidad en una sola persona. Y así hasta el presente, hasta esa parálisis de la que sólo podría escaparse a través del compromiso. «Nadie puede hacer por nosotros una cosa que sólo a nosotros nos compete: salir de este atolladero. Si no salimos del modo de salir de esta situación, podemos augurar dos cosas: una tutela indefinida o una catástrofe inevitable.» La actividad política que iba a desarrollar Ridruejo parte, precisamente, de esa necesidad de trabajar para la construcción del estado, proceso que exigía insuflar conciencia de ciudadanía a un pueblo narcotizado por el miedo. El abotargamiento civil había devenido crónico, pero la dictadura y la iglesia servil lo reforzaba predicando dosis de abulia política y sometimiento acrítico a la autoridad.

Un grupo de jóvenes salió del Ateneo con Ridruejo camino al restaurante Las Siete Puertas. El joven Borràs se sentó a su lado y Ridruejo le dedicó su *Primer libro de amor*. «A Rafael Borràs, cuando tiene poco más de veinte años y cosas grandes en que creer. Con la desesperada esperanza de que “ellos” lleguen donde nosotros fuimos.» (Borràs 2003, 401). Un representante de la autoridad militar elevó un informe a sus responsables hablando de la conferencia. Se iniciaron diligencias para procesar a Ridruejo, pero el juez no quiso llevar el asunto más allá. No sólo se había quedado sin lugar donde escribir. A partir de aquel momento tampoco podría hablar en público.

Al margen de lo que el discurso revelaba de un proceso personal de reubicación, lo valioso fue la voluntad de Ridruejo para incardinar en la lógica de la guerra fría aquel diagnóstico sobre la consistencia hueca de la sociedad española. No se trata tanto de la consistencia del razonamiento. Sus ideas sobre Estados Unidos y la Unión Soviética pecaban de esencialistas y a la fuerza simplificaban realidades muy complejas y plurales, pero el interés de aquel parlamento de 1955 en Barcelona era su propósito de explicar el crónico problema de España en el renovado presente europeo. En su campo intelectual pocos, muy pocos, podían ser interlocutores de Ridruejo porque el intento de convertir discursos como aquel en actos era un desafío arriesgado. La crítica por elevación fue uno de los pocos subterfugios para apaciguar las conciencias.

Pero en el exilio democrático, teóricamente, ese diálogo sí podría establecerse. Allí existía el espacio para ejercer la libertad de pensamiento, pero tal vez no se daban aún las condiciones para que los ecos de una campaña liberalizadora como la

abanderada por Ridruejo pudiesen ser escuchados con una predisposición constructiva. El exilio seguía unido al cordón umbilical que lo conectaba con su origen: la república, la guerra y la derrota. Pero esa sucesión de trágicos momentos históricos pertenecía a un capítulo ya superado de la historia de Europa y de Occidente. A mediados de la década de 1950 no comprender que su tiempo había caducado, que la legitimidad republicana era sólo una digna antigualla, podía convertir a los exiliados en una especie de zombies. Porque en el presente real el esfuerzo de Europa por refundarse superando la devastación de la II Guerra Mundial convivía con la progresiva normalización diplomática de la España franquista. Situarse fuera de este mapa favorecía que uno se sintiese en una posición de superioridad moral, pero era una actitud dramáticamente estéril como posicionamiento político. Si descontamos la filiación comunista, viciada y sanguinaria, la apuesta más sensata quizá entonces fue el nuevo europeísmo.

1.5. Primera presencia en el exilio

Encartada dentro de la revista *Ibérica por la Libertad* de Nueva York se incluía una hoja azul donde se daba información sobre la represión de la dictadura y el activismo antifranquista en el interior y en el resto de Occidente. En el número del 15 de marzo de 1956 esta sección, titulada “Últimas Noticias”, divulgaba el contenido de una octavilla escrita y difundida por los estudiantes de Madrid en la que se denunciaba la explicación torticera que la prensa había divulgado sobre los sucesos universitarios recientes. Los estudiantes negaban que se hubiese tratado de un complot de inspiración comunista o influido por socialistas exiliados. Dicha afirmación era una farsa, se pudo leer en *Ibérica*, y la demostración del infundio era que los siete detenidos, cuyo nombre había hecho público la Dirección General de Seguridad, eran, en realidad, todos ellos falangistas. Aunque ya descubriremos que en este punto la revista dirigida por Victoria Kent iba algo desencaminada, aquella página informativa era y seguiría siendo una sección fiable para conocer la situación de la oposición.

En el reverso de aquella misma hoja informativa de marzo del 56, se extractaba un documento significativo. Estaba por uno de aquellos falangistas por entonces

encarcelado: la carta que a principios de año Dionisio Ridruejo había dirigido al ministro de exteriores Alberto Martín Artajo protestando por la suspensión de las revistas *Ínsula* e *Índice*. La carta había tenido cierta circulación en copias mecanografiadas y una de esas copias debió llegar a uno de los integrantes de la red del exilio liberal que tenía a *Ibérica* como una de sus plataformas principales. Quien hizo la selección de fragmentos de la carta sabía lo que se hacía porque uno de los reproducidos incidía en la misión de puente entre cultura del exilio y del interior que venía desarrollando la revista dirigida por Cano y Canito. “*Insula* era el puente entre una España intelectual no comprometida, pero respetuosa y respetada, con un mundo propenso a no creer en semejante posibilidad. Se ha negado en ese mundo la posibilidad de una vida intelectual en España, no ya libre sino ni siquiera en libertad vigilada. He aquí que llevaban razón” (1956, sin numerar). Aunque la página llevaba por título “Voces falangistas”, la reproducción de aquellas palabras de Ridruejo representó un primer reconocimiento en el exilio de su voz como referencia de una nueva oposición en el interior que nada tenía que ver con Falange sino con un proyecto político democrático. Una consideración que a partir de aquel momento no pararía de incrementarse.

Capítulo 2. Agitación poética e infiltración comunista

En el andén de Amara me esperaban Gabriel y Amparichu, asustándose un poco al ver que el mozo sacaba tanta maleta por la ventanilla. Aquella noche cenamos con Eugenio, y al ir llegando a los postres, a bocajarro, la pregunta dostoyevskiana de este siglo: ¿Tú eres...?

Blas de Otero

Durante las últimas semanas la protesta estudiantil se había ido intensificando y probablemente por ello la Dirección General de Seguridad aceleró la elaboración de un informe dirigido a las autoridades competentes²⁵. Porque entre los estudiantes, la policía lo sabía, había algún grupo de diabólicos comunistas. Entre los revoltosos, está claro, la policía tenía un topo. Aquel mismo jueves, el día 10 de noviembre de 1955, se anunciaba en un plafón de la Facultad de Letras un recital de poesías de Rafael Alberti y Pablo Neruda, las dos figuras de la poesía hispánica más descaradamente comprometidas con la Unión Soviética. Llegados a este punto y después del homenaje subversivo a Ortega y Gasset en el que habían participado algunos centenares de universitarios, ya era hora que la temida Dirección General facilitase información confidencial sobre lo que estaba ocurriendo.

Acertaron señalando a un estudiante de Derecho –Enrique Múgica- como inductor de algunos actos subversivos. Lo que no consignaron, porque no lo sabían, era que un tal Federico Sánchez era quien le había cooptado para el Partido Comunista. Ese tal Federico Sánchez –alias más conocido de Jorge Semprún- había viajado a España en

²⁵ El informe “Grupos activos de comunistas e institucionistas en la Universidad de Madrid” fechado el 10 de noviembre de 1955 y elaborado por la Dirección General de Seguridad del Ministerio de la Gobernación puede leerse en: <http://www.filosofia.org/his/h1955r10.htm>.

junio de 1953 para realizar una primera prospectiva sobre el clima intelectual del país²⁶. El Semprún que llegó a Barcelona con pasaporte falso y poco dinero en el bolsillo tenía tan sólo veintinueve años pero ya había vivido varias vidas. Adolescente exiliado de la guerra civil, estudiante luego en París, miembro de la resistencia, torturado por los ocupantes, superviviente del campo de concentración de Buchenwald, intelectual fanatizado del Partido Comunista francés... Era a ese joven, hijo de un católico progresista y nieto de una gran figura de la política española, a quien el Partido envió clandestinamente a España. Tenía tres semanas para estudiar la posibilidad de establecer contacto con intelectuales o equipos intelectuales con los que no se mantenía relación alguna. Llevaba cartas de presentación y direcciones de algunos pocos camaradas en los que podía confiar. A Vicente Aleixandre, el gran referente para los jóvenes poetas, lo visitó en su casa, presentándose como un hispanista francés interesado en su obra. Con Gabriel Celaya, en Donosti, las cosas fueron distintas. Le abrieron la puerta y al cabo de un rato ya reveló que no era francés sino español y que era militante del Partido Comunista.

El segundo día que estuvo en casa del poeta Celaya, cayó por allí un estudiante que despotricó sin miedo alguno sobre el régimen y el Sindicato Universitario. Federico Sánchez se quedó con la cara de Enrique Múgica y con su valentía (Semprún 1977, 59). Al volver a París, el Federico que escondía a Semprún en el armario redactó un informe sobre su viaje de retorno a España, centrado en las posibilidades de actuación del Partido en el terreno intelectual. Al inicio del curso académico siguiente, el 1953-1954, Múgica, de sólo veintiún años, se mudó de San Sebastián a Madrid para proseguir con sus estudios. Pronto conectó con Dionisio Ridruejo, referente para algunos jóvenes inconformistas despiertos. A Ridruejo le atraían aquellos estudiantes a los que había frecuentado en sus colegios mayores y que parecían no ser tan pasivos como la sociedad cautiva. Su renovado inconformismo latía en revistas estudiantiles que gozaban de una alta cuota de libertad y en sus páginas colaboraban unas decenas de jóvenes cansados de tanta mentira institucional y decepcionados de la retórica hueca de la revolución falangista.

²⁶ La versión fascinante que Jorge Semprún hizo de sus años de militancia clandestina está en su estilizada *Autobiografía de Federico Sánchez*, que ahora puede complementarse con el documentado estudio biográfico de Felipe Nieto.

2.1. Poesía y protesta en la Universidad de Madrid

El microcosmos del inconformismo universitario no puede perfilarse con pocas palabras. Es un territorio ambiguo, de liberalización de conciencias a través del debate de ideas y la lectura, del compromiso social en algunos casos de inspiración católica o falangista. Pero lo indiscutible es que es en aquel territorio, forzosamente oficial, podían gestarse y desarrollarse actividades caracterizadas por la defensa del substrato moral de los valores democráticos. Tal vez no oposición política explícita. Algo anterior. Tal vez una refundación desde la cultura de la tradición liberal. En uno de los espacios de aquel microcosmos empezó a actuar Enrique Múgica. Colaboraba con el primer responsable de la Sección Cultural del SEU de Derecho y fue designado director del Aula de Literatura de la Facultad. Desde esa posición impulsó los encuentros “Entre la poesía y la Universidad” que arrancaron el 10 de febrero de 1954 y fueron apadrinados por Ridruejo²⁷. Desconozco las fechas con la exactitud que desearía, pero yo diría que cuando Federico Sánchez captó a Múgica la organización de los encuentros “Entre la poesía y la Universidad” ya estaban en marcha. Una vez establecida su relación, Semprún, en la sombra, se transformaría en la eminencia gris del Aula de Literatura de un Múgica que dos días a la semana era adoctrinado por Federico Sánchez²⁸.

No puedo determinar con precisión ni las fechas, insisto, ni los mecanismos de socialización que acabarían aproximando Múgica a Federico Sánchez. Pesaba la relación con Celaya, sin duda, y es plausible que a su llegada a Madrid el universitario se vinculase rápidamente a los círculos del inconformismo, donde entabló amistad con Ridruejo. Entre finales del 53 y principios del 54, en cualquier caso, Múgica también frecuentaba a Eduardo Ducay, crítico cinematográfico que colaboraba en la combativa página sobre cine de la revista *Índice*. El dinamizador de la sección era Ricardo Muñoz Suay, veterano de las Juventudes Socialistas Unificadas, quien, tras haber pasado unos años encarcelado, había decidido enlazar de nuevo con el Partido. En julio de 1953, en París, durante un rodaje, se reencontró con Carrillo y éste le presentó a Semprún. Según

²⁷ Apoyó su iniciativa escribiendo una crónica sobre la primera sesión de los encuentros que tuvo a Gerardo Diego como protagonista. Tampoco es casual que colase un artículo de Múgica en *Revista*.

²⁸ Semprún, en informes a París, informaba que Celaya no había querido participar en los encuentros, pero Eugenio de Nora, en cambio, sí acudiría al Aula (Felipe Nieto, 2014, 195-248).

un informe de Semprún, Muñoz Suay compartía la estrategia de infiltración en organizaciones donde ya se había abierto alguna brecha de heterodoxia y que los militantes debían transformar en focos de disidencia.

El SEU, le contó Muñoz Suay a Semprún, era un espacio óptimo para ensayar esa operación. «Hoy se puede llegar a considerar como parte del movimiento antifranquista hasta elementos dirigentes del SEU que muestran una vehemencia tremenda, y a los que en ciertas condiciones sería necesario frenar.» Federico Sánchez vio en Múgica, tan activo y bien relacionado, al estudiante que podría implementar la infiltración en el Sindicato Universitario. Conectó con él a través del crítico Ducay, integrante ya de la célula comunista de Muñoz Suay. Fue Ducay quien en una ocasión acudió a la pensión de la calle Andrés Borrego donde vivía el estudiante Múgica para decirle que en un café de la plaza Manuel Becerra le esperaba un personaje importante. Aquel día Múgica y Federico Sánchez empezaron sus tratos políticos. Múgica sería uno de sus informadores. El 24 de febrero Semprún escribía a París y, entre otras cosas, fijaba la posición política en la que estaba Ridruejo (Nieto 2014, 206). El 2 de marzo, en otra carta, comentaba lo más destacado del recital poético de Ridruejo en los Encuentros. «Ridruejo hizo en el aula de literatura de la Facultad de Derecho una lectura comentada de poesías, defendiendo a ultranza sus posturas de “integración”», relataba Federico Sánchez en carta enviada al comité central del PC el 2 de marzo, «dijo que la poesía política de la “zona marxista” fue muy superior a la de la “zona nacional”».

Las impresiones de Ridruejo sobre el recital eran distintas, como se desprende de la carta que dirigió a otro poeta, el alambicado José García Nieto, que tenía dudas sobre si acudir o no a los Encuentros. Corría la voz de que en las sesiones algunos estudiantes se manifestaban de una forma cada vez más revoltosa. «Para mí ha sido una experiencia interesante. Me ha permitido conocer una Universidad que está más allá de lo que suponía mi imaginación pesimista, pero que, en definitiva, reserva zonas inciertas que valen como una acusación a la escasa seriedad y a la escasa veracidad con que el problema de la juventud se está llevando en estos momentos», escribía Ridruejo el 17 de marzo²⁹. Exactamente aquel mismo 17 de marzo del 54 la dirección del Partido

²⁹ Esta carta la cito en *Las voces del diálogo* (2007, 244-245). La consulté en la página web www.garcianieto.com hace prácticamente diez años. Dicha web se ha transformado y en su versión actual no incluye el apartado de correspondencia recibida por García Nieto.

Comunista validaba uno de los ejes de la actividad clandestina de Semprún: la captación y formación de un estudiante para empezar a introducirse en el Sindicato Español Universitario. Múgica fue el elegido.

El éxito de los Encuentros y la relación con Ridruejo facilitaron que Múgica entrara en contacto con Pedro Laín, el rector de la Universidad. El impacto de aquellos recitales poéticos, cada vez más politizados, hizo que Múgica conociese estudiantes que compartían inquietudes –un Jesús López Pacheco, por ejemplo- y luego él sería el encargado de ponerlos en relación con Semprún. Poesía y política, pues, en el medio siglo. Ridruejo, simultáneamente, a través de la poesía, batallaba en otro frente que también mezclaba lo literario con lo político. Ahondando en el diálogo con la cultura catalana de los Congresos de Poesía de Segovia y Salamanca, él, desde hacía algunos meses, trabajaba para conseguir la autorización oficial para que pudiese publicarse algo tan venenosamente subversivo como era una revista de poesía en catalán. Aquel compromiso, como le confesó a Carles Riba, se enmarcaba en su renovado compromiso patriótico cuyas posibilidades de éxito dependían de la hipotética voluntad evolucionista del régimen franquista.

Creí hace dos años que era posible introducir en la situación dada cierta virtud modificadora que la llevase a una mayor apertura, que replantease en ella el problema de nuestra convivencia –la de vencedores y vencidos, la de los castellanos y los catalanes, la de inquisitivos y creyentes y también la de los pobres y de los ricos– demasiado condenados todos a ser lo que les tocó ser en un momento dado. (Gracia 2007, 282)

Las maniobras para conseguir la autorización de la revista, desestimada finalmente, debieron ser tema de conversación durante el III Congreso de Poesía que se celebró en Santiago de Compostela el mes de julio de 1954. Los anteriores dos Congresos habían sido como un oasis donde se pudo ensayar en público la liberalización cultural dentro del franquismo, dando voz a los silenciados poetas catalanes como representantes de su propia cultura. Pero esta, en Santiago, iba a ser distinto. Ridruejo, el protagonista en Segovia y Salamanca junto a Riba, ya no acudiría. El camino iniciado en 1952 se

bifurcaba porque la discusión planteada por los jóvenes poetas no fue sobre la integración de la pluralidad cultural hispánica sino que el tema de los debates no resultó ser tan distinto del planteado en los encuentros madrileños entre poetas y universitarios: la reivindicación de una poesía concebida como herramienta de denuncia y concienciación³⁰.

Arte social, estética socialista. Arte que pretendía concienciar y encaminar a una acción de oposición y transformación social. Ahondar en esas discusiones, que pretendían consolidar un discurso crítico con el presente político en la sociedad literaria, era uno de los objetivos del Congreso Universitario de Escritores Jóvenes que debería celebrarse en Madrid y se proyectó a mediados del año 1954. Aquel Congreso fue, para abreviar y desde la perspectiva del PC, un «tinglado legal que nos permitió desembocar en acciones de masas» (Semprún 1977). No está claro de quién fue la paternidad de la idea, tal vez de López Pacheco, pero Múgica estuvo en la sala de máquinas, seguía las consignas de Semprún (aprobadas por el Partido) y consiguió el apoyo de Ridruejo («eres el hombre que nos da confianza a los jóvenes que nos preocupamos por nuestra España», le escribió Múgica) y, a través de Ridruejo, la ayuda logística y económica del rector Laín. Ridruejo escribiría a Riba para que, a través de él, asistiesen al Congreso jóvenes universitarios catalanes. «Si el proyecto va adelante según sus pretensiones puede alcanzar alguna autenticidad.» (Gracia 2007, 305). Riba lo delegó en su joven discípulo Albert Manent, que aceptó la invitación e inició relación postal con un Múgica que desde finales del curso 53-54, Múgica ya escribía cartas con el membrete del Congreso (Manent 2008 / Bonet 2015).

Además de una apuesta por una determinada estética, el Congreso fue concebido como un nuevo avance en la estrategia de infiltración de los estudiantes comunistas en el SEU. Que Laín y Ridruejo compartían su voluntad de democratizar el Sindicato es seguro, pero, confiados, ignoraban que simultáneamente estaban siendo instrumentalizados por unos jóvenes cuya actuación en el SEU pretendía, en último

³⁰ Aquella politización de la lírica la había descrito uno de los nuevos inconformistas –Marcelo Arroita-Jáuregui– en carta a Ridruejo en el contexto de los encuentros “Entre la poesía y la Universidad”. «El problema [del arte social] parece ser que preocupa a nuestros jóvenes más avanzados, más conocedores de la poética y el arte que ellos llaman social, y entre nosotros así se llama, y que viene a ser más o menos comunista, o por lo menos “compañero de viaje”.» Carta inédita de Ridruejo a Arroita-Jauregui fechada el 23 de febrero de 1954. Fondo Dionisio Ridruejo.

término, gangrenar el sistema para, en último término, poner en crisis la dictadura y desencadenar una revolución que culminase en la implantación de una democracia popular. Para Ridruejo, en cambio, respondiendo a una carta de Múgica, se trataba de seguir consolidando un espacio de encuentro entre discrepantes para proseguir con su pedagogía democrática. Por ello consideraba que el tono del Congreso de Escritores Jóvenes debería ser menos beligerante que el de los Encuentros. «Tengo esperanza de que un congreso», le escribía a Múgica en el mes de julio, «permita a los jóvenes expresarse con la misma libertad con que lo hicieron este año, pero con una seriedad más auténtica, es decir, menos preocupada por el efecto polémico, menos radicalizada por la necesidad de manifestarse.» (Gracia 2007, 297).

El Congreso lo organizaban jóvenes universitarios y ellos deberían ser sus protagonistas, pero se pretendía montar al margen del sindicato estudiantil, el único y oficial. Los organizadores, según contaba Ridruejo a Riba, se caracterizaban por ser «completamente independientes.» Una independencia relativa, sabemos nosotros pero no sabía Ridruejo, porque los orientaba Federico Sánchez. A lo largo del año 1955, si lo que pretendían era ir tensando la cuerda para hurgar en las contradicciones del sistema, lo fueron consiguiendo. Los dirigentes nacionales del SEU, viéndose ignorados por Laín, cuestionaron el proyectado Congreso e intentaron ligarlo al Sindicato. Todo iba según lo previsto. La tensión entre los organizadores, el SEU y el rectorado, que provocó el cambio de sede del comité organizador del Congreso, fue el acicate para que los organizadores, a través de su *Boletín*, radicalizaran sus planteamientos, un ejercicio de provocación que perseguía la supresión gubernativa.

En el verano del 55, en el contexto de organización paralela del Congreso, Federico Sánchez conoció a Javier Pradera (Juliá 2012). En el mes de octubre del 55 se imprimía el tercer y último *Boletín*, cada vez más descarado. «Durante muchos años se han hecho en España muchas cosas a la sombra», le decía por carta el 4 de octubre Múgica a Lorenzo Gomis –poeta y director de la revista católica y progresista *El Ciervo*- «ya es hora de que salgan a la luz. De todo ello hacemos eco en el tercer número del *Boletín*, ahora en prensa³¹» El Congreso, tal como explicita Múgica a Gomis, debía convertirse en punto de encuentro del inconformismo universitario. «Hay una común actitud no conformista, hay un deseo compartido de algo que cambia. Todo

³¹ Carta de Enrique Múgica a Lorenzo Gomis fechada el 4 de octubre de 1955. Inédita. Conservada en el archivo de la revista *El Ciervo* (Barcelona).

esto se irá concretando cuando nos reunamos aquí.» El mismo día 4 Múgica escribía a Manent, animándole a acudir. En el *Boletín*, le anunciaba, tomando como base un artículo emblemático del primer libro de Josep Maria Castellet –las espléndidas *Notas sobre literatura española contemporánea*, impresas y automáticamente secuestradas por la censura- se denunciaba la anomalía en la que se desarrollaba la literatura catalana. Programado para el mes de noviembre (del 21 al 28), el Congreso, finalmente, iba a ser suspendido.

Aquel mes de octubre, el día 18, José Ortega y Gasset fallecía en Madrid. La Dirección General de Prensa dio órdenes estrictas para que la noticia no se magnificase y se hizo correr el bulo de una hipotética conversión al catolicismo del filósofo poco antes de morir. Los estudiantes concienciados acordaron celebrar un homenaje que destacase la laicidad de Ortega sin proclamarla, publicitándolo con una esquila sin cruz en la que se le definía como lo que siempre fue: “Filósofo liberal español”. Aquel homenaje derivó en manifestación, encabezada por estudiantes más o menos comunistas y otros vinculados a plataformas liberales, y terminó en el cementerio. Al cabo de menos de un mes la Dirección General de Seguridad elaboraba un informe donde se explicaba con bastante pormenor la génesis de aquel movimiento contestatario y sus vías de desarrollo.

2.2. Los sucesos de febrero del 56 y una versión desconocida del informe de Dionisio Ridruejo

Abortado el Congreso de Escritores Jóvenes, unos pocos estudiantes comunistas, envalentonados, proyectaron un Congreso Nacional de Estudiantes prosiguiendo con su estrategia de tensionar la Universidad. La idea la gestaron a principios de 1956 Múgica, Ramón Tamames y Javier Pradera, todos ellos identificados ya por la policía. Aquellos chavales pensaron que la convocatoria debía ir precedida por la redacción de un manifiesto. Lo redactaron ellos mismos y lo dieron a leer a un Semprún que automáticamente contactó con Carrillo para informarle que la subversión estaba en marcha. El 29 de enero del 56 se dieron cita en el club Tiempo Nuevo. Además de los

sospechosos habituales, también estuvieron presentes Miguel Sánchez Mazas –hijo del escritor falangista Rafael Sánchez Mazas y hermano de Rafael Sánchez Ferlosio-, Fernando Baeza y Dionisio Ridruejo. Todos entendieron que se perseguía la politización definitiva de la universidad. Ridruejo, que hacía cinco días había escrito dos cartas atrevidas al Ministro del Movimiento y al de Asuntos Exteriores, les advirtió sobre lo que podía suceder si seguían por ese camino: el ministro de educación Ruiz Giménez caería y ellos –algunos de los cuales eran vencedores o hijos de vencedores de la guerra- serían detenidos y encarcelados.

Eso es lo que ocurrió a principios de febrero. A principios de mes circuló por la Facultad de Derecho una hoja clandestina pidiendo la constitución de un sindicato de estudiantes libre. El SEU respondió declarando que aquella petición era una provocación de liberales y comunistas. Los impulsores del manifiesto, a su vez, recogieron firmas y en la Facultad desaparecieron algunas flechas del logotipo falangista dejando al yugo solita en la vida. El miércoles día 8 se produjo un primer asalto en la Universidad organizado por grupos falangistas, que no tuvo un absoluto respaldo por parte del SEU. Dentro y fuera de la Universidad se produjo una verdadera batalla campal y al poco, a las tres menos cuarto exactamente, llegaba un tanque de agua a presión de la policía. El día después, a primera hora de la mañana, grupos de estudiantes se concentraron ante las puertas cerradas de la Universidad. Algunos quemaron ejemplares del diario falangista *Arriba*, otros hicieron pintadas contra el SEU y la Falange. Marcharon por la calle San Bernardo y no tardaron en ver a un grupo variopinto integrado por escuadristas de la Guardia de Franco, excombatientes, militantes del Frente de Juventudes y sobre todo estudiantes que residían en los Colegios Mayores del SEU. Hubo choques, varios disparos y apareció la policía. La Dirección General de Seguridad informó a la prensa de lo ocurrido y no olvidó señalar que «elementos de filiación comunista» habían participado en la agresión.

Aquel día, el 9 de febrero (fecha en la que se celebraba el día del estudiante caído), Dionisio Ridruejo fue detenido. El 10 la Dirección General de Seguridad enviaba una nota informativa a las redacciones de los periódicos con lo que presentaba públicamente a una pandilla de antifranquistas pertenecientes a familias reputadas. Además de Ridruejo, Miguel Sánchez Mazas Ferlosio, Ramón Tamames, José María Ruiz Gallardón, Enrique Múgica, Javier Pradera y Gabriel Elgorriaga. El día 11 hubo nuevas detenciones: María del Carmen Diago, Julián Marcos, Jesús López Pacheco,

Fernando Sánchez Dragó, Jaime Maestro y José Luis Abellán. El 16 de febrero el Boletín Oficial del Estado informaba de los relevos ministeriales de Fernández Cuesta y Ruiz Giménez. Era una crisis auténtica que tuvo repercusión internacional y en el exilio fue leída como la prueba de resurrección de una España libre, tal vez como un síntoma del fracaso de la dictadura.

Dionisio Ridruejo no saldría de la cárcel hasta el 17 de marzo. Las siguientes dos semanas, desde el punto de vista intelectual, debió dedicarlas íntegramente a escribir su primer gran ensayo político, al que puso el punto y final el simbólico 1º de abril: su *Declaración personal e informe sobre los sucesos universitarios de febrero dirigido a los miembros de la Junta Política de F.E.T. encargados de dictaminar sobre la situación*. La repercusión y el recorrido de este texto fundamental es interesante. Su circulación es difícil de calibrar porque de entrada sólo pudo leerse en copias mecanografiadas y no sabemos cuántas se tiraron y luego se reprodujo extractado en prensa extranjera (del exilio español o en especiales sobre España, como el publicado por la revista *Esprit*). La versión más divulgada y accesible, completa, es la que César Armando Gómez reprodujo en la primera edición de *Casi unas memorias* (y que yo también reproduje en mi edición de las memorias)

Pero dicha versión es, como mínimo, una segunda redacción. La anterior, que tiene sesenta y siete páginas mecanografiadas, diría que es prácticamente desconocida³². Ridruejo la escribió cuando aún estaba convencido de que aquellos jovencuelos revoltosos con los que había compartido semanas en la cárcel no integraban una célula del Partido Comunista. Fuera para blindarlos contra la persecución legal, fuera por auténtico desconocimiento, en el primer *Informe*, rotundamente, los defendía de la que consideraba era una campaña falsa, exagerada y torticera de los medios de comunicación y de la policía. La segunda versión, la que hemos leído, es más breve, incluye variantes, y no sé hasta qué punto maquillaba intencionadamente el trasfondo político de los sucesos universitarios de principios de febrero.

³² La copia que yo conservo me la facilitó, como tantas cosas, mi añorado amigo Albert Manent y la conservo en mi archivo personal. Poco antes de fallecer mi amigo Xavier Folch le hizo llegar a Jorge Semprún una copia de esa versión, ya que Semprún, en *Autobiografía de Federico Sánchez*, se había referido a la existencia de esas dos versiones. También le mandé una copia Santos Juliá mientras preparaba su fascinante libro sobre el Javier Pradera comunista (como el profesor Juliá hace constar en nota).

Doy algunos ejemplos que creo significativos. En el primer redactado, por ejemplo, Ridruejo criticaba que las autoridades atribuyesen lo que era una manifestación de inconformismo a una fantasmagórica infiltración comunista.

A los liberales y masones de otros tiempos siguen ahora –sin que los liberales dejen de tener su parte también- los comunistas. [Lo que sigue desaparecería en la segunda versión] Lo único desconcertante es que, después de todo, después de los muchos, fatigosos y honrados trabajos de la policía, y después de los trabajos más arduos, aunque menos probos, de algunos periodistas, por novelar el resultado de las investigaciones de aquélla, los comunistas siguen sin aparecer por ninguna parte.

Las siguientes líneas, que amplifican el contenido de las anteriores, tampoco están en el Informe tal como lo hemos podido conocer.

Primera versión

Pero la vía judicial desmentirá, según creo, tal hipótesis porque las investigaciones policiacas no han demostrado –y pienso que han descartado ya por completo- el menor contacto de los estudiantes con ninguna organización comunista ni con ninguna organización de carácter comunista ni con ninguna otra organización de carácter subversivo.

Segunda versión

La vía judicial desmentirá o atenuará en mucho, según creo, tal hipótesis porque las indagaciones policiacas no han demostrado el contacto de los estudiantes con ninguna organización de carácter subversivo.

Y a partir de aquí, en la primera versión, se leía lo siguiente:

La atenta lectura de los reportajes publicados con títulos triunfantes en *El Español* convencerá de todo esto al lector atento. Todo lo que allí no corre a cargo de la fantasía noveladora del periodista, todo lo que no es afirmación gratuita, resulta de una inocencia desconcertante. Si acaso queda algo es, como flotando en el ambiente, la vaga conjetura de alguna vaga simpatía platónica por alguna vaga tesis comunista por parte de algún estudiante... Si algunas cosas grotescas se han presentado a la opinión pública, ninguna llegará a serlo tanto como la lista del tremendo arsenal de propaganda recogido por la policía como prueba de una propaganda ilegal comunista, en las casas –sumadas- de seis u ocho conspiradores: dos libros de poesía lírica, dos o tres periódicos y revistas recibidas por correo; unos folletos de las juventudes europeístas de Estrasburgo, un libro de Koestler, el borrador de un poema algo subversivo escrito a los 17 años –esto no se dice pero yo lo sé- y jamás publicado y unas fotografías de “niños pobres y tristes” sacadas por un fotógrafo argentino –esto no se dice pero conozco la prueba que lo determina- no en España sino en Italia, Francia y la Argentina. Doy por seguro que si se examina el archivo y las bibliotecas de un español cualquiera, libre de toda sospecha pero un poco curioso, aparecerá un arsenal mucho más comprometedor que éste, tan fatigosamente reunido.

Siete páginas después, en el *Informe*, insistía en desacreditar lo que ingenuamente creía tan sólo infundios falsos e interesados de la prensa.

...estoy absolutamente seguro –con un grado de conocimiento que no tienen ni la policía ni los informadores de prensa que, por otra parte, no me contradicen con sus conclusiones de hecho-, de que *en este asunto no hay ni ha habido otra cosa que la espontaneidad de un disgusto, autónomo, interior y justificado*, que ha ido adquiriendo madurez, conciencia y perfiles de significación por sí mismos, *sin que en ello haya intervenido ni el aparato del comunismo internacional ni ninguna otra fuerza organizada y definida*. Niego

absolutamente que haya un solo comunista, ni de filiación ni convicción, entre los estudiantes detenidos y acusados. No hay ni siquiera filo-comunismo apreciable. No niego que en la ideología todavía informe y mal ajustada de alguno de ellos, algunas tesis comunistas, pero no privativas del comunismo, tesis redentoristas de carácter sentimental, ocupen un espacio. También lo ocupan de alguna manera en mi corazón y en cualquier corazón cristiano. Que el comunismo aparece aún ante muchos como el amparo de los humillados estará justificado y lo seguirá estando mientras no haya quien dé muestras de querer substituirle con seriedad en este terreno.

A partir de este punto Ridruejo narra su relación con aquellos jóvenes, ligada a la celebración de los “Encuentros entre la poesía y la universidad”. Y tras describir el polémico recital de Leopoldo Panero (párrafo conservado en la segunda versión), en el primer redactado introducía la figura de Enrique Múgica.

Debo consignar, por cierto, que el joven Múgica –el terrible personaje del que se nos ha hablado tanto- organizador, con otros, de aquellos encuentros, estaba no menos sorprendido que yo de la extremosidad de algunas reacciones y, por otra parte, ofendido de la falta de objetividad de algunas manifestaciones. Con él y con otros muchachos a los que conocí entonces, hablé mucho de la situación espiritual de los jóvenes universitarios. De los peligros de encono y exageración que había en su silencio forzoso, de la conveniencia de encontrar modos un poco más sosegados y regulares de dialogar con ellos para que las ideas se pusieran en claro y las cosas en su sitio. A estas preocupaciones y sugerencias más respondieron ellos con una buena fe, una claridad y un deseo de comprensión y hasta de dirección excepcionales y de cuya sinceridad no puedo tener duda alguna. Este joven Múgica –inventado ahora como un genial intrigante y un aplomado y sagacísimo agente secreto- es un muchacho espontáneo, acaso un poco atolondrado y decididamente incauto, un poco vanidoso, muy cordial y sensible, inteligente y de una transparencia, de una sinceridad, irreprimible. Al

cabo de dos o tres años de trato bastante frecuente no puedo engañarme sobre él. Lo conozco mejor que la policía que lo ha interrogado, que el folletinista que lo describe y que “sus enemigos políticos” de la universidad a los que ha dado guerra y que no son testigos imparciales en el juicio. Ni es comunista, ni simpatiza con ninguna tesis comunista ni ha visto en su vida –como ninguno de los demás- un comunista de carne y hueso. Por ser o creerse liberal es contrario a todo eso.

El segundo bloque argumental de este párrafo, también tachado en la versión divulgada y que a continuación sigo reproduciendo, me parece especialmente útil porque en él Ridruejo establece una distinción terminológica básica para la hipótesis que defiende en este libro.

Y no vale seguir diciendo que liberal y comunista son cosas equivalentes, porque tomar esa actitud nivelatoria sí es cosa de comunistas, los cuales han hecho de la palabra “fascista” un compendio que incluye a todos sus adversarios, desde el aristócrata liberal inglés o el popular demócrata americano al partido de Trotsky o de Tito. Cuando vivimos en el mundo en que vivimos, esa confusión es de mala fe. Cuando el liberal demócrata y el comunista están cada día a punto de ser los antagonistas de una guerra atómica, cuando en esa presunta guerra nosotros ya hemos tomado campo al lado del liberal, cuando todos los días se transcriben en nuestra prensa las objeciones que en nombre de la libertad se hacen a Rusia, no se está en condiciones morales de afirmar, para uso interior, que el liberal y el comunista son equivalentes. Nuestro cinismo político no puede llegar a tanto.

Al régimen le interesaba colgar la etiqueta de comunista a toda forma de oposición porque así la deslegitimaba de un plumazo, toda vez que la condena al comunismo, por motivos sobre todo pasados (el relato franquista de la guerra) y también presentes (la automitificación de Franco como centinela de Occidente), era y seguiría siendo una efectiva estrategia legitimadora de la propia dictadura. Pero hacer equivaler comunismo

y liberalismo, en plena Guerra Fría y cuando el gobierno español se había posicionado claramente, era una mistificación, como afirma Ridruejo, cínica. Aferrado a ese cinismo, el relato oficial de los sucesos universitarios de febrero quedaba simplificado porque explicado simplemente como un complot comunista, la represión gubernamental estaba justificada y la dictadura no debía cuestionarse porqué la juventud se había instalado en el lúcido territorio del inconformismo civil, cultural, político. Pero ese inconformismo comprometido e ideológicamente indefinido era el valor moral más destacado de sus jóvenes amigos y por ello Ridruejo, uno por uno, habiéndolos tratado en la cárcel, quiso defenderlos. La defensa personal de cada uno de ellos también desapareció en la segunda versión del *Informe*.

Yo ahora, después de un mes largo de convivencia carcelaria, conozco a todos los jóvenes detenidos con alguna profundidad. A algunos los conocía ya bien. Que no hay entre ellos un solo comunista lo saben bien, cuando menos, los que tienen que juzgarles. Que las ideas de todos, incluyan o no simpatías parciales por “valores” sentimentales comunistas, son sustancialmente opuestas al comunismo, lo sé yo ahora sin sombra de duda. Estos muchachos tienen, como corresponde, una mentalidad en formación, abierta a la curiosidad por todas las cosas. Sienten muy enérgicamente –como ya he dicho- el llamamiento de la justicia. Sienten amor por la libertad. Creen en la cultura. Creen en España críticamente como yo mismo. Están dispuestos para cualquier llamamiento noble y claro: generosamente disponibles. Dotados de espiritualidad elevada, aunque en algunos en crisis y dificultades.

Que cosas tan delicadas como unas almas juveniles bien dispuestas sean tratadas tan toscamente, porque eso conviene para componer el cuadro, es cosa que subleva.

Voy a narrar una pequeña anécdota que caracteriza el “tono” de estos chicos. Se trata del más joven de ellos: Fernando Sánchez Dragó. De él se ha dicho en la prensa que es un “ateo basfemo y rabioso”. Pues bien, estando en curso en la prisión unos ejercicios espirituales obligatorios –sobre cuyo estilo no quiero hablar- me sentí obligado, puesto que soy creyente y celoso de la conciencia ajena, a dar un giro a la cosa cambiando el mal efecto en panorama

de posibilidades. Y, formulando la hipótesis de una vida católica más pura e inteligente, les explicaba lo que podría ser la misión de un sacerdote en una prisión de criminales. Este muchacho de que hablo, siguió mi exposición imaginativa y en un momento y con un arrebató infantil, sincero, hondo, me dijo: “Eso sí que me gustaría a mí. Ser capellán de una prisión”.

Si a alguien le parece ñoña la anécdota, peor para él. Podría contar otras de López Pacheco, de Julián Marcos, de Maestro, Abellán, Alonso Novo o Diamante, unos más ingenuos, otros más formados y conscientes, algunos como los jóvenes Tamames y Pradera dotados de un equilibrio y una ponderación inteligente que para sí quisieran muchos “adolescentes de cuarenta años”, de los que parece que sólo en la perspectiva de una gresca se encuentran en su medio natural.

No sé cuántos ejemplares se imprimieron de la “princeps” del *Informe*. Ridruejo lo hizo llegar a personas de su confianza a las que pretendía sensibilizar³³. «Voy a abusar de nuestra amistad», le escribía el 3 de abril a José Antonio Girón de Velasco –Ministro de Trabajo–, «rogándote que leas el informe adjunto cuya única pretensión es invitar a todos a reflexionar sobre un tema delicado. Estoy seguro de que lo leerás con la misma lealtad con que está escrito.» También lo hizo llegar o, como mínimo, lo dejó leer a uno de los jóvenes con los que compartió semanas de prisión. A uno de los que destacaba por equilibrio e inteligencia. A Javier Pradera. Y fue Pradera, tras haberlo leído, quien le desveló a Ridruejo que, efectivamente, como explicaba la prensa usando retórica apocalíptica, varios de ellos militaban en el Partido Comunista de España. Ridruejo, sorprendido pero no indignado, descubrió que había topado con los rojos. La confesión de Pradera fue seguida por una propuesta: ¿querría entrevistarse con el responsable político de los jóvenes? ¿con un tal Federico Sánchez?

Ridruejo aceptó la invitación de Pradera y se reunió con Semprún. A posteriori, sabiendo en quien acabaría convirtiéndose Jorge Semprún, la tentación sería relativizar

³³ «Voy a abusar de nuestra amistad», le escribía el 3 de abril a José Antonio Girón de Velasco –Ministro de Trabajo–, «rogándote que leas el informe adjunto cuya única pretensión es invitar a todos a reflexionar sobre un tema delicado. Estoy seguro de que lo leerás con la misma lealtad con que está escrito.» En una de las dos copias de esta carta (inérita) que se conserva en el fondo Dionisio Ridruejo, se conserva grapado al acuse de recibo del Ministerio. Ridruejo lo mandó desde la Compañía de Radiodifusión Intercontinental.

lo arriesgado de aceptar aquella propuesta, pero lo cierto es que a mediados de 1956 y en Madrid entrevistarse con un dirigente clandestino del PC era un gesto de valentía considerable. «Primero se mostró nervioso y después, sorprendido», recordó Semprún, «seguramente esperaba toparse con un doctrinario estúpido, alguien que respondiera a sus prejuicios. Y resulta que se encontró con alguien que había leído sus poesías y que conversó con él de literatura.» (Augstein 2010, 297)

Capítulo 3. Primeros contactos de la joven oposición con el republicanismo exiliado

El 9 de febrero de 1956, el día que Ridruejo fue detenido, Camilo José Cela escribía por primera vez a Rafael Alberti para pedirle su colaboración para la revista que estaba gestando en Mallorca. En abril de 1956 se publicaba en Palma de Mallorca el primer número de *Papeles de Son Armadans*, quizás el cruce de caminos literario y cultural más brillante de la España franquista gracias, en buenísima parte, a la receptividad de lo mejor de la Edad de Plata exiliada (de Américo Castro a Luis Cernuda, de María Zambrano a Josep Ferrater Mora) (Cela 2009). Y es que cuando se inicia la segunda mitad de la década de los cincuenta, la mutación de la vida intelectual española es ya una realidad –se han ensanchado, con astucia y prudencia, mínimos espacios de libertad- y, con todas las anomalías que imponía la circunstancia dictatorial, se había logrado readaptar la tradición liberal al presente español y europeo probablemente también. El mundo oficial seguía actuando como una losa castradora, pero existía otra España que pensaba y, desde el pensamiento, actuaba de otra manera.

3.1. Un cambio de óptica desde el exterior

Los sucesos universitarios de 1956 supusieron la visualización de aquel proceso regenerador y, al mismo tiempo, acaparando titulares, la descarada emergencia de la juventud inconformista pasada ya a la actuación política. El exilio más sensato, el menos cautivo de un pasado fosilizado y monolítico que engullía toda razonada esperanza de futuro, así lo entendió. Pienso, otra vez, en Julián Gorkin. Si en septiembre de 1955 había apelado a la necesidad que el exilio conectase a una “España real” incógnita, ésta, por fin, a su parecer, al cabo de poco más de medio año, se había

manifestado. «El espíritu de Lorca, de Machado, de Unamuno, de Ortega sigue hoy más vivo que nunca. No se destruye el espíritu; es el espíritu el que acaba socavando y destruyendo a sus secuestradores.» Así pudo leerse en el esperanzado, aunque seguramente ingenuo, editorial con el que se abría el número de mayo/junio de 1956 de *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* ([Julián Gorkin 1956, 4]) En este editorial, anónimo aunque escrito por Gorkin con casi absoluta seguridad, se destacaban algunos hechos recientes y especialmente los sucesos universitarios.

También en mayo, al otro lado del Atlántico, *Ibérica* se abría con otro artículo de Gorkin. Se tituló, significativamente, “Nuestra España se rehace” (1956, 3-4 y 9-10), una afirmación de movimiento y de proceso en marcha. A Gorkin las manifestaciones de los estudiantes de Madrid le parecían «lo más horrible que podía ocurrirle al régimen» (Gorkin 1956). Las habían protagonizado hijos de franquistas que se alejaban de tanta mentira institucionalizada y se sentían movidos «por una rebeldía incontenible.» Ellos eran el mejor ejemplo de la España real y se debía contar con ellos para impulsar un objetivo político común: «rehacerle [a España] una conciencia nacional y de integrarla –o reintegrarla- a la conciencia europea y universal.» Condición previa para conseguirlo era «la superación del abismo abierto por la guerra civil.» Otra vez aquella imagen en la que Gorkin conceptualizaba el fracaso de España por la permanencia de esas dos Españas separadas por el vacío. La guerra había ensanchado el abismo hasta casi el infinito y por ello la guerra era la fuente de legitimidad vengativa de una dictadura cuyo propuesta de convivencia de podía ser más perversa: la que distinguía entre unos ciudadanos de primera y unos de segunda, entre vencedores y vencidos.

Para el franquismo la guerra era la clave y así supo detectarlo François Bondy, un escritor plurilingüe que ostentaba cargos de alta responsabilidad en el Congreso por la Libertad de la Cultura y que en Madrid como mínimo se había entrevistado ya con Julián Marías. Los capítulos más destacados de su biografía encajaban con el colaborador paradigmático de la institución. Hijo de un hombre de letras judío y checo, nació el año 1915 en Berlín y se formó en varios países europeos. Afiliado al Partido Comunista, lo abandonó como acto de repulsa al pacto de no agresión firmado por la Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin a finales de agosto de 1939. Fue encarcelado durante la segunda guerra mundial, con grave peligro por su vida (judío y comunista), pero tuvo que ser puesto en libertad gracias a su nacionalidad suiza. Sería

alma de *Preuves*, la revista francesa del Congreso. Y en *Preuves*, en mayo de 1956, y en *Encounter*, en julio de ese mismo año, publicó una notable crónica sobre la situación española. Desarrollaba la idea que en España se vivía como en el Antiguo Régimen y buscaba la causa principal para explicar su diagnóstico: “*the most remarkable thing about the Franco régime is its capacity for survival*”. El régimen sobre todo aguantaba por “*the terrible memoirs of the civil war*” (Bondy 1956). No había esperanza ni futuro. No había entusiasmo en parte alguna (lo había comprobado en Barcelona durante la última celebración del 14 de julio). Pero resistía.

La situación, a Bondy, le parecía comparable a la que él mismo había conocido en Polonia. “*Post-civil war Spain, like post-war Poland, appears to me to be marked by the priority given to work and the daily round of living over all questions principle*”. Por ello eran potencialmente significativos los recientes sucesos universitarios. Renacía una conciencia civil- Porque una nueva generación, desconectada de la guerra que era la base del sistema, se manifestaba defendiendo principios. ¿Podían ser instrumentalizados por el comunismo?, se preguntaba Bondy desde sus tribunas anticomunistas. “*There is today in Spain no significant organized Communist movement*”, afirmaba. En los sucesos universitarios solo uno de los implicados lo era, creía y así lo escribía. Pero el comunismo podía ser un peligro. Era la consecuencia de la despolitización programada por un régimen cuya descripción de ese fenómeno como algo diabólico podía ser incluso contraproducente en la medida que estaba transformándolo en algo atractivo. “*To confront young people avid for serious information with such a tissue of nonsensical rubbish is to make them feel the anti-Communism is synonymous with mediocrity and stupidity, and that Communism must consequently stand for the opposite qualities*”. Bondy había visto un panfleto recién publicado y estaba escandalizado: aquel 1956 el enloquecido anticomunista Mauricio Carlavilla demostraba en *Sodomitas* que el comunismo era sinónimo de pederastia (el mismo tipo, por cierto, había sido el responsable de la edición española de los gorkianos recuerdos de El Campesino).

1956 podía ser una esperanza de cambio, pero no estaba clara qué tipo de cambio podría ser. En aquel contexto, en un determinado campo y por diversos factores, Ridruejo vino a operar como un punto de convergencia magnético de lo que había sucedido y ocurriría después. Su encarcelamiento no provocó la aceleración de su personal evolución ideológica. La novedad se desarrollaba en un plano distinto. No en

el ideológico sino el del activismo. Carabanchel significó su decantamiento definitivo hacia el territorio de sombra en el que se desarrollaba la oposición.

3.2. Contactos clandestinos y entrevistas públicas.

Lo escribió él mismo, tan sólo cinco años después. Tras el mes y medio pasado en la cárcel «los contactos, difíciles un mes antes, eran ya coser y cantar». Su detención y encarcelamiento posibilitaron que la oposición clandestina en el interior lo reconociese no como un demócrata, que ya lo era, sino como algo más: uno de los suyos, uno que aceptaba el riesgo. Jorge Semprún no fue el único interlocutor de la oposición con el que contactó tras salir de Carabanchel. A lo largo de la segunda mitad de 1956, mientras seguía preocupándose por la suerte de los estudiantes represaliados (en noviembre impulsó un documento de petición de gracia, firmado, entre otros, por Ramón Menéndez Pidal), Ridruejo fue cohesionando entorno suyo a un reducido equipo de fieles –entre los que estaban Pablo Martí Zaro, Vicenç Ventura o Fernando Baeza- que a finales de año, gracias sobre todo a la insistencia de Baeza, desembocó en la creación de lo que pretendía ser un embrión de movimiento político –Acción Democrática– del que él sería líder e ideólogo. Acción Democrática no pretendió actuar tanto como un partido o un equipo sino como una plataforma de convergencia de las fuerzas democráticas de oposición al régimen. En palabras de Ridruejo, «no era un partido ni un seminario intelectual. Era –con algo de lo uno y de lo otro- un centro de promoción y gestión que no hipotecaba las decisiones futuras de sus participantes.» (Ridruejo 2008, 27). Pero el objetivo de crear un frente democrático, planteado desde diciembre de 1956, nunca se conseguiría. Acción Democrática, en realidad, fue percibido como partido y como grupo de los compañeros de viaje políticos de Dionisio Ridruejo.

Debió ser a lo largo del último trimestre del año cuando Antonio Menchaca se unió al grupo de contadas personas que estaban animando a Dionisio Ridruejo para que fundase una plataforma de acción política. Menchaca era hijo de la alta burguesía vasca, se había formado en Oxford, tenía vocación de escritor y era marino de guerra de profesión, pero en 1947 había sido expulsado de la Armada por haber firmado un

manifiesto que rechazaba la Ley de Sucesión franquista. A mediados de los cincuenta, su actuación como opositor, poco orgánica, se había ensamblado a la de Ridruejo. Aquel verano de 1956 Menchaca se había entrevistado en París con el mismísimo presidente del gobierno de la República en el exilio, Félix Gordón Ordas³⁴. Es fácil escribirlo, pero no debió ser nada fácil celebrar un encuentro de aquel tipo porque la visibilidad de aquel gobierno sólo simbólico en la España franquista era nula al cuadrado. El enlace de Menchaca con el presidente del gobierno exiliado había sido Valentín López Aparicio. Hacía un cuarto de siglo que López Aparicio se había afiliado a la CNT y durante la guerra civil había sido comandante del ejército republicano. En aquel momento vivía clandestinamente en Madrid, delegado por el gobierno exiliado para actuar en el interior de España. Su cargo era el de Ministro Consejero Residente del Gobierno de la República.³⁵

Es probable que fuera Menchaca, que había conocido a Ridruejo en Roma cuando éste ejercía allí de corresponsal de prensa de la agencia Pyresa, la persona que lo puso en relación a él y a su grupo con López Aparicio. Y lo más probable es que fuera López Aparicio quien allanase la senda para que entre finales de diciembre de 1956 y los primeros días de enero de 1957 dos integrantes de Acción Democrática –el propio Menchaca³⁶ y Fernando Baeza– se encontraran en París con dirigentes del gobierno de la República. Una nueva reunión que hoy parece casi estrambótica. La celebración de un encuentro como este invita, hoy, a pensar una narrativa alternativa al relato sobre el pasado franquista que exigió la transición política. En el relato consensuado desde el poder durante la transición, el exilio democrático no ocupó ni podía ocupar lugar alguno. Pero la reunión entre viejos y nuevos demócratas, de dentro y de fuera, sí se celebró, iniciando un camino esperanzado que ahora, a posteriori, sabemos que estaba condenado al fracaso, pero que no debió ser totalmente estéril en la medida que vivificaba la legitimidad democrática destrozada y derrotada por la guerra.

³⁴ La principal fuente para reconstruir la forja de estos lazos es la extraordinario cronología comentada “Los días y las obras de Dionisio Ridruejo” que elaboraron María Rubio y Fermín Solana para el volumen colectivo *Dionisio Ridruejo. De la Falange a la oposición* (1976, 279-429). Algunos datos los he obtenido también del Fondo Manuel de Irujo, un fascinante y caótico archivo digital (apenas explorado) que puede consultarse en: <http://www.euskomedia.org/PDFFondo/irujof/>.

³⁵ En el encuentro parisino también estuvieron presentes, además de Menchaca y López Aparicio, Francisco Herrera Oria por parte del interior y por parte del exilio el socialista Rodolfo Llopis y el miembro de la CNT. La principal fuente para reconstruir la forja de estos lazos es la extraordinario cronología comentada “Los días y las obras de Dionisio Ridruejo” que elaboraron María Rubio y Fermín Solana para el volumen colectivo *Dionisio Ridruejo. De la Falange a la oposición* (1976, 279-429).

³⁶ Durante aquellos días Menchaca aprovechó para encargar la impresión de su clandestino *Boletín de Información Nacional*

Aquella reunión de finales de 1956 París demostraba, por una parte, la consideración que la oposición del interior seguía otorgando al pasado republicano. Atestiguó, por otra parte, la predisposición del exilio para entablar un diálogo político con los nuevos agentes del interior que estaban emergiendo sin mantener conexión alguna con el pasado del que los republicanos procedían. Significaba también, tras los sucesos universitarios de hacía casi un año y a pesar de su antigua militancia falangista, el reconocimiento oficioso de Ridruejo como opositor legitimado por los derrotados de la guerra. Fue Fernando Valera, Ministro de Estado del Gobierno de la República, quien atendió a Baeza y a Menchaca. En ausencia de Gordón Ordás, de viaje político por América, era el responsable en funciones de las relaciones con el interior. Menchaca se presentó ante él con una carta de Ridruejo y otra del general Tella, con quien Valera mantenía relaciones familiares (dicho general estaba casado con una prima de Valera y los dos, Tella y Valera, además, habían participado en la sanjurjada). Baeza y Menchaca, además de exponerle su programa político y entregarle en mano una carta de Ridruejo fechada el 28 de diciembre, le ofrecieron la copresidencia del PSAD y le propusieron que fuera su representante en el exterior, cargos que declinó argumentando que se lo impedía su cargo como ministro del gobierno republicano.

La reunión con Valera no fue la única que los representantes del PSAD mantuvieron aquellos días en París. Tengo noticia de, como mínimo, otra. El 3 de enero de 1957 Fernando Baeza acudió a la delegación del gobierno vasco para presentar en nombre de Ridruejo su proyecto al lehendakari y otros dirigentes nacionalistas. Definió Acción Democrática como un partido ubicado en el centro izquierda, con voluntad de constituir un frente pluripartidista del que los comunistas estarían excluidos. Estaban por el restablecimiento de la monarquía, les dijo, porque entendían que era la única alternativa que el ejército aceptaría. Aceptado este axioma por pragmatismo («sentimentalmente son republicanos»), se habían marcado como objetivo influir a un Don Juan condicionado por un entorno exclusivamente de derechas. Ellos, para apoyar la restauración, le exigirían la representación de todas las fuerzas en un gobierno de transición que en dos o tres años debería garantizar libertades políticas y la convocatoria de unas elecciones constituyentes.

Aparte de esta exposición doctrinal, a los vascos Baeza les hizo un repaso rápido de la oposición en el interior. Se refirió a los contactos de su grupo con otros (incluido el de Tierno Galván) y sus relaciones con militares de segunda fila en la jerarquía.

Habló de la universidad y del peso más que relativo de los socialistas. «No sé sabe, en muchos grupos, donde empieza y donde termina lo socialista para dar paso a lo comunista. Múgica y Javier Pradera, son comunistas decididos. El primero pasa por ser el presidente de las Juventudes comunistas.» Su descripción de la receptividad del republicanismo histórico en España fue contundente: no tenían peso alguno. Destacó la representatividad de Giménez Fernández en el campo democratacristiano (aunque Gil Robles estuviese más organizado), les comentó su entrevista reciente con Valera y les dijo que habían establecido contacto con Rodolfo Llopis. Su descripción de Ridruejo fue sintética. «No tiene apetencias personales, huye de todo lo dictatorial y sólo quiere ser hombre de partido democrático.» Les notificó que Ridruejo «está muy vigilado» y que el verano anterior trató de cruzar la frontera pero no le habían concedido pasaporte. «Tal vez lo detengan cualquier día.» Los vascos, le solicitaron a Baeza, querían conocer la opinión de Ridruejo sobre tres asuntos: si se integraría en un comité revolucionario en el interior, si aceptaría un sistema federal como modelo territorial y si estaría dispuesto a asistir a un encuentro en el exilio de grupos clásicos y nuevos con representantes del exilio y del interior³⁷.

El último día de su estancia en París, el 6 de enero, Fernando Valera entregó a Baeza y Menchaca una extensa carta dirigida a Ridruejo³⁸. El punto de partida de la carta Valera es la síntesis de su *Diálogo de las Españas*, un folleto que también dio a los ridruejistas. «Me propuse hace cosa de dos años realzar la necesidad de que los españoles de las tres Españas entablen un diálogo que les permita superar el estado crónico de guerra civil, y conocerse mejor que se conocen, como antecedente obligado para la reconciliación nacional». A partir de aquí Valera iniciaba una emocionada confrontación de su ideario y estrategia con la de Ridruejo, tratando de subrayar las convergencias patrióticas que había detectado entre ellos. Él, como ahora planteaba Ridruejo, también había trabajado por consolidar una «alianza entre elementos afines, como primera etapa hacia la Unión Nacional, que puede desplazar el ominoso presente sin lanzarnos al abismo de un porvenir incierto». Pero algo esencial les distanciaba. El eje de su reflexión era la consideración de la soberanía popular como anterior y superior a cualquier forma de legitimidad institucional. «Nadie, a mi juicio, en nombre de una

³⁷ Informe redactado por Manuel de Irujo. Inédito. Consultado en el Fondo de Manuel de Irujo. Puede leerse en: <http://www.euskomedia.org/PDFFondo/iruj/8764.pdf>.

³⁸ Carta de Fernando Valera a Dionisio Ridruejo. Inédita. Consultado en el Fondo de Manuel de Irujo. Puede leerse en: <http://www.euskomedia.org/PDFFondo/iruj/3053.pdf>.

legitimidad histórica, sea republicana, sea monárquica, puede sustituir a la nación española en el ejercicio de la facultad constituyente que es sólo suya y emana inmediatamente del principio mismo de soberanía.» Por ello, a pesar de su republicanismo, el restablecimiento de la república no era una condición necesaria para dialogar pero, por el mismo motivo, tampoco le parecía útil desde un punto de vista cívico que la monarquía no fuese refrendada por la soberanía popular antes de su instauración. Era esta discrepancia la que justificaba su negativa a la propuesta de Baeza y Menchaca sobre una posible colaboración con el PSAD. Pero a pesar de no religarse al proyecto de Ridruejo, Valera quería seguir con aquel diálogo.

Pero las condiciones para que ese diálogo pudiera desarrollarse no se daban y, de hecho, eran imposibles. Los dirigentes del exilio, nostálgicos pero prudentes, no se planteaban volver a España. A Ridruejo, ahora y ya para siempre vigilado, le habían vetado toda posibilidad de expresarse en público y, por supuesto, tampoco podía salir legalmente del país. Pero la puerta del piso de la familia Ridruejo en la calle Ibiza estaba abierto a la conspiración. A finales del mes de enero de aquel 57 llamaron a su puerta dos políticos de la oposición catalanista –Josep Benet y Joan Reventós- que habían acudido a él para explicarle el desarrollo de la huelga de tranvías que estaba en marcha en Barcelona y para pedirle que usase sus contactos para expandir aquella huelga pacífica en cuya organización participaba un comité formado por varios partidos (incluidos, indirectamente, los comunistas).

La puerta de Ridruejo también estaba abierta a los periodistas. Días después de recibir a los catalanistas, Ridruejo debió entregar las respuestas mecanografiadas a un cuestionario que le había formulado Luís Ortega Sierra, corresponsal en Europa de la revista cubana *Bohemia*³⁹. Aunque fuese de manera indirecta, a través de aquellas palabras, dio con la fórmula para mantener vivo el diálogo con el exilio al tiempo que progresaba su caracterización como la figura de referencia de la oposición intelectual en su país. El 31 de marzo de 1957 *Bohemia* publicó aquella larga entrevista a Ridruejo. Ortega Sierra había estado buscando «un hombre dispuesto a levantar su voz contra Franco “dentro de España”» y, según escribió en un suelto sólo lo encontró a él. En el mismo suelto se informaba de que Ridruejo estaba amenazado. El impacto de aquella

³⁹ La mejor crónica de cómo se desarrolló aquella entrevista puede leerse en el excelente prólogo de Jordi Gracia a su edición de *Escrito en España*. La entrevista ha sido reproducida ampliamente. Puede leerse, por ejemplo, en los apéndices de mi edición de *Casi unas memorias*.

entrevista fue considerable. Ya no se trataba de un informe privado que sólo circularía en copias clandestinas. Ya no se trataba de una reunión secreta. Era papel impreso que podría leerse en todo el mundo. Con esta intervención en una revista de notable repercusión en América Latina, Ridruejo, a cara descubierta, se autorretrataba en público (y así estaba siendo reconocido) como el principal opositor del interior contra la dictadura.

La entrevista, más bien un monólogo de Ridruejo y ampliado con preguntas comprometidas por él mismo, la encabezaba un titular de emocionante impacto: “Los vencedores de ayer nos sentimos vencidos hoy”. Era la síntesis de una respuesta mucho más extensa, en buena parte autobiográfica, de la que copio las siguientes líneas.

Mi trabajo de oposición ha sido intenso entre 1951 y 1955, pero tan equívoco como intenso [...] ¿En qué se fundaba mi posición? ¿Qué pretendía conseguir? Ante todo unos y otros –el Régimen y sus enemigos francos, los excluidos por la guerra- seguían a mi juicio planteando el problema en torno a la guerra misma. Pero la guerra y el aplastamiento subsiguiente eran hechos consumados y, como tales hechos, irreversibles. La tesis franquista de que se debe sostener la victoria, con su peso coercitivo, hasta que ya no queden vencidos en España, hasta que las generaciones no participantes tengan cincuenta años y que todos los excombatientes hayan muerto, es, aparte de una brutalidad, una quimera. Porque resulta que los vencidos engendran vencidos y no sólo los engendran sino que los anexionan. Al cabo de tantos años, muchos de los que fuimos vencedores nos sentimos vencidos: queremos serlo. Sin embargo, no era menos absurda la tesis contraria, la de la “revancha”, la vuelta atrás: hacer vencedores a los vencidos de ayer y vencidos y represaliados a los antiguos vencedores. Era abrir nuevamente el proceso. Lo cual podía hasta ser justo, pero políticamente inaceptable. Porque también en tantos años los que están aquí –sea cual sea su ideología- se han acomodado a la postguerra, han ido dejando de ser la guerra.

El eje de su reflexión se fundamentaba en la necesidad de superar el pacto convivencial entre españoles, anómalo y vigente, que derivaba aún del resultado de la guerra civil.

Dicha superación no implicaba una revisión imposible del pasado porque victoria y derrota eran ya hechos irreversibles. La superación del clima de guerra en y para el presente exigía que la convivencia dejase de fundamentarse en la victoria, tal y como la naturaleza militar e insurreccional del franquismo seguía exigiendo. Pero esa pretensión, para decirlo con las exactas palabras de Ridruejo, no sólo era una brutalidad sino también una quimera. Algo, tal vez, también irreversible. Porque, transcurridos casi veinte años desde 1939, la dictadura no había logrado legar a las nuevas generaciones su fundacional maniqueísmo civil (más bien se estaba produciendo lo contrario) y además, como constataba en un fundamental apunte sociológico, el grueso de la población no politizada ya había cortado el cordón umbilical que la ligaba a la guerra para vivir plenamente como una sociedad de postguerra.

Son palabras podrían leerse como una pose o un acto de solidaridad o un eco lejano del integracionismo falangista, pero diría que su significación era muy otra, sin duda meditada, y más profunda. Desde aquella postura, ahijándose a los derrotados y separándose de quienes seguían sintiéndose como vencedores, Ridruejo estaba dando un paso más en la consecución de legitimidad para seguir desarrollando una empresa cívica que presuponía la reconciliación entre vencedores y vencidos para así poder edificar el futuro democrático. Para conquistar ese futuro, tal como reproducía la entrevista, debían cumplirse los siguientes ocho puntos:

1. Realización de las reformas sociales sustanciales por las cuales lucharon los enemigos de ayer.
2. Declarar un límite a la dictadura tanto en el tiempo como en los poderes.
3. Abrir el principio de representación por elección en todas las instituciones públicas: Cortes, municipios, sindicatos, organizaciones universitarias, etc.
4. Liquidar el partido único oficial y abrir paso a la formación de corrientes o tendencias de la opinión, aun sin admitir su inmediata formalización como partidos, admitir, mínimamente, el derecho de asociación y manifestación
5. Liberalizar a fondo la vida cultural.
6. Admitir el derecho a la huelga económica, aprobada por los sindicatos, previa democratización de estos.

7. Liquidar todos los modos de discriminación y admitir a todos los exiliados o antiguos adversarios del Régimen en la convivencia: amnistía política.
8. Abrir un período de información, con consulta de todas las opiniones articuladas, para a continuación abrir un período constituyente que permita al pueblo español –consultado a plazo fijo- opinar sobre su régimen futuro.

Los ocho puntos eran básicos, pero el primero es el único que contiene una referencia al pasado y es muy interesante por lo que supone de reconocimiento a los “enemigos de ayer”: la democratización del país exigía reformas sociales y habían sido dichas reformas por las que los derrotados de la guerra lucharon en su día. No creo exagerar la interpretación si intuyo en estas palabras de Ridruejo el reconocimiento de que la razón civil había sido patrimonio de los republicanos derrotados.

Sus palabras fueron celebradas y reproducidas en el exilio. «Han levantado aquí más comentarios, esperanzas e incluso adhesiones, que todo lo dicho y hecho en el destierro de muchos años a la fecha.» Así pudo leerse en la primera página del primer número de la revista *Diálogo de las Españas* de México, publicado en julio de 1957. El religamiento de Ridruejo a la derrota emocionó al redactor del artículo porque entendía que esa era la base para construir el futuro. «Son y quieren ser de los que fueron vencidos, es decir, no de los *nuestros* como pide la ceguedad, sino de España porque España y no un bando fue vencida. He aquí la más sólida base para asentar el necesario proceso de reintegración española.» Leída esta interpretación, no puede extrañar que las palabras de Ridruejo, por el contrario, provocaron la vengativa indignación del régimen: denunciar la pervivencia del clima de guerra civil socavaba la repugnante legitimidad del franquismo.

En Madrid se puso en marcha la máquina represiva. Como la revista donde se publicó la entrevista se imprimía en La Habana, Franco forzó al embajador español en Cuba para que hiciese una reclamación al gobierno por injurias y calumnias, pero la actitud del embajador –el marqués de Velisca- le pareció demasiado tibia. Menos tibia fue la actuación de la policía franquista. El 13 de abril Ridruejo volvía a ser detenido, acusado ahora de propaganda ilegal o, para decirlo con las palabras de la prensa de la época, «por haber vertido en un diálogo publicado en la revista *Bohemia*, de La Habana, en que intervienen exiliados políticos, conceptos injuriosos.» Sería encarcelado de

nuevo en Carabanchel. Estuvo algo más de un mes en prisión, una semana en libertad y otra vez prisión. Reingresaba el 26 de mayo porque Valentín López Aparicio, el hombre del gobierno de la República en el interior, había sido detenido en Madrid y la policía interceptó entonces su agenda, donde no costó demasiado descubrir fechas de reuniones y sus interlocutores con la oposición del interior: Menchaca, Francisco Herrera Oria, Ridruejo, Tierno... Todos eran acusados de mantener contactos con el exilio político para conseguir «la caída y sucesión del Régimen español.» (ABC, 2 de junio de 1957).

3.3. La voz de la oposición liberal en el exilio

Fue durante el verano de 1957, mientras Ridruejo seguía encarcelado, cuando se publicó con mayor intensidad aquella transformación pública en figura de referencia de la oposición interior, tanto en términos intelectuales como políticos. El impulsor de esta campaña fue François Bondy, que probablemente lo había conocido en 1956. Desde *Preuves* y otras publicaciones hermanas (*Encounter*, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, *The New Leader*) presentó a Ridruejo a la opinión culta internacional. Bondy y Ridruejo se volvieron a ver las caras en Madrid antes de la segunda detención, la provocada por sus declaraciones a *Bohemia*. La relación entre los dos, aunque crep que no muy intensa, iba a ser fecunda. Intuyo que fueron estos contactos los que actuaron como simiente de los lazos que unirían a Ridruejo con el Congreso por la Libertad de la Cultura y sin el Congreso Ridruejo se hubiese quedado sin una plataforma de actuación que a medio plazo le iba a resultar determinante. Pero un par de años antes de colaborar con la institución, la maquinaria del Congreso, a través del influyente Bondy, se prestó a internacionalizar su figura. Bondy hizo traducir para *Preuves* la entrevista, publicada en el número de junio, y en otras revistas del holding del Congreso publicó artículos sobre Ridruejo, comparándolo en algún caso con el húngaro Tibor Dery. El final del artículo que publicó en *Cuadernos*, donde se le definía como «el más significado de los intelectuales que combaten a Franco en el interior», aún resulta emocionante (Bondy 1957).

¿Cree Franco detener con la detención de Ridruejo la ineluctable marcha de los acontecimientos? España no es vecina de la Unión Soviética. La insurrección civil no podrá ser aplastada impunemente como lo fuera en Hungría. Y Ridruejo podrá seguir encarcelado, o ser asesinado por los exquisitos procedimientos de la Brigada Social o la Guardia de Franco, que su ejemplo, como el de todos los hombres que arriesgan su vida por la libertad de sus pueblos, tendrá fructuosa y victoriosa simiente.

Ridruejo salió de la cárcel a mediados de septiembre de 1957. De la cárcel se trajo algunos cuadros de interiores: su celda. A su llegada no sólo llevaba menos quilos, sus pertenencias y algunas pinturas. Volvía con compañía. Dos policías de civil iban a estar fijos en la puerta de su casa, controlando las entradas y salidas. Si Ridruejo paseaba, le seguían a corta distancia. Si se montaba en un coche, la furgoneta policial no le dejaba solo. Si iba a casa de unos conocidos, los policías se plantaban en la puerta de la casa en cuestión. «Lo que me queda», le dijo Ridruejo a un periodista, «es hablar con la gente, lo que en España todo el mundo hace con pocas restricciones.» Pero algunos no querían ni que charlase. El fiscal Jiménez Calvo presentó una apelación al auto por el que se había concedido la libertad condicional a Ridruejo. Parece que la apelación no prosperó. Para conseguir la condicional, por su parte, Valentín López Aparicio tuvo que depositar 30.000 pesetas que consiguió gracias a un crédito avalado por Ridruejo. A finales de 1960, antes de que se celebrase el juicio, López Aparicio, para quien el fiscal pedía 24 años de cárcel, huyó clandestinamente de España por Hendaya. Llevaba una carta de Tierno para Gironella y elogió tanto a Menchaca como a Ridruejo; «respecto a éste», escribía un informador del PNV, «dijo varias veces que no quería salir de ninguna manera de España.» Y es que la salida de España de los nuevos opositores, desde 1956, no era una rareza.

Uno de los inconformistas que se habían exiliado era Miguel Sánchez-Mazas, alguien que había preferido, «la persecución a la infamia» (la expresión es suya). Los apellidos de aquel estudioso de filosofía matemática no podían engañar a casi nadie. Hijo del ideólogo de Falange que estuvo a punto de morir disparado por un soldado de Salamina y hermano del escritor Rafael Sánchez Ferlosio, que acababa de publicar *El Jarama*. Miguel Sánchez-Mazas, un falangista universitario decepcionado del régimen,

había sido encarcelado en el 56 junto a Ridruejo, al salir de la prisión marchó del país y se instaló en Suiza. Sería uno de los jóvenes provenientes del interior a los que Gorkin trataría de ayuda, como haría al cabo de un año, cuando, a través de Vicente Girbau, conoció a Francesc Ferreras. Era otro inconformista exiliado, falangista decepcionado que como Ridruejo había mutado a socialdemócrata y que en 1957 había sido detenido y encarcelado en Barcelona. Desde 1958, tras cruzar la frontera clandestinamente por Andorra, se estableció en París y Gorkin lo empleó en su oficina del Congreso como secretario. Por entonces Sánchez-Mazas había atacado con radicalidad al régimen desde las plataformas del exilio democrático, convirtiéndose en beligerante abanderado de la nueva oposición.

En septiembre de 1957, en *Ibérica*, Miguel Sánchez-Mazas publicó el impetuoso alegato “Detrás de la cruz. Maniobras oscuras de la camarilla inquisitorial del Opus Dei para agravar y perpetuar la oposición de los españoles”. Escrito con salero combativo, culto y documentado, destacando las voces del catolicismo renovador (*El Ciervo*, Aranguren, Díez Algría, el Padre Llanos...), cargaba implacablemente contra el proyecto moral e intelectual del Opus que estaba ganando cada vez más parcelas de poder dentro del franquismo para imponer una política, digamos, poco evangélica. Sánchez-Mazas tenía un conocimiento privilegiado de los métodos de oculta infiltración de los hombres de Escrivá de Balaguer porque los había contemplado y padecido en la universidad. En la sombra, conspirando, conquistaban cátedras y arremetían contra quienes no se arrodillaban al tradicionalismo. Del antiliberalismo de su ideología no tenía duda ninguna porque por el órgano su residencia universitaria en Madrid – *Moncloa*- sabía que condenaban desde Sanz del Río hasta la moderada liberalización del Ministro Ruiz-Giménez. Su artículo acababa con una invitación a la jerarquía católica para que se comprometiese con la sociedad, con el dolor de los pobres y contra la tiranía.

El artículo de *Ibérica* puede leerse como complemento a otro que ese mismo mes de septiembre del 57 publicó en la parisina *Cuadernos del Congreso*: “La actual crisis española y las nuevas generaciones”, análisis extenso y durísimo contra la dictadura franquista, implacable denuncia articulada por un ensayista que hablaba en clave generacional –como uno de los estudiantes de febrero del 56 en Madrid. No es un artículo más. En carta fechada el 25 de noviembre, Gorkin contestaba al *president* Josep

Tarradellas, que le había pedido números atrasados de *Cuadernos*, comentándole lo siguiente:

Muchos de los números de *Cuadernos* están agotados. Por ejemplo, los 25 y 26, éste último conteniendo un artículo sensacional de Miguel Sánchez-Mazas, que se ha reproducido y comentado por todas partes y del cual se trató incluso en el Consejo de Ministros, en Madrid, se agotaron a los pocos días de salir a la calle⁴⁰.

Es probable que Gorkin, siempre exagerado, aquí no se pasase tanto. “La actual crisis española y las nuevas generaciones” es memorable. El texto incluye alguna nota autobiográfica: reflexiones que había escuchado a su padre o el recuerdo del interrogatorio posterior a su detención. Pero el andamiaje fundamental de la reflexión era el estudio sociológico del presente español. El análisis de Sánchez-Mazas se desarrollaba en dos dimensiones: la constatación con datos económicos de la injusticia instalada en todos los órdenes de la vida española y la descripción del colapso moral de la dictadura. De aquella confluencia fatal nacía su convicción que estaba a punto de producirse un cambio. «Una tiranía se acaba», afirmaba al principio del texto. «Yo creo que Franco está efectivamente perdido. Y España, ganada» apostaba en uno de los últimos párrafos. Su esperanza hoy sabemos que era excesiva y que serían los enemigos de Sánchez Mazas –los tecnócratas del Opus- quienes idearían y consolidarían una reforma sistemática de la dictadura, modernizando sus estructuras económicas para perpetuar así una sociedad caracterizada por la ausencia de los principios convivenciales básicos. Pero tal vez aquella esperanza excesiva era una estrategia retórica de combate. Porque Sánchez-Mazas, adoptando la postura del intelectual, se sabía en plena batalla. «Ahora Franco tendrá que luchar de firme, porque hemos decidido acabar con él, pura y simplemente».

Los sucesos universitarios de febrero de 1956, que provocaron una crisis de gobierno y vieron emerger a una nueva generación que se desentendía del

⁴⁰ Carta de Julián Gorkin a Josep Tarradellas fechada el 25 de noviembre de 1957. Inédita. Conservada en el Fons Julián Gorkin del Arxiu Montserrat Tarradellas i Macià (Monestir de Poblet).

adoctrinamiento del régimen para combatirlo, durante muchos meses fueron leídos por la oposición como un posible principio del fin. «Hay días, semanas o meses que se plantan en la historia de los pueblos como un mojón caracterizador de un año o una época. Febrero fue el momento caracterizador –y determinante- del año 1956 para España», había escrito Gorkin en el artículo “La transición española”. Aquella protesta estudiantil, tímida en sus resultados pero tan significativa por el estado de inquietud que revelaba, generó grandes esperanzas, demasiadas, en una oposición necesitada de golpes de efecto para tratar de emerger de un vacío agónico, ignorada por un pueblo abotargado y empobrecido que apenas tenía fuerzas para ir tirando.

En medio de esa abulia ciudadana Gorkin temía que el comunismo podía fecundar. Los intelectuales liberales del interior podían jugar un papel para impedirlo y desde París no podía abandonarse el combate por el futuro democrático. Esa era su fe y ese principio daba sentido a la institución donde venía trabajando desde hacía casi un lustro. Por ello, a finales de 1957, porque tal vez ya había llegado el momento, escribió un informe dirigido al Comité Ejecutivo del Congreso por la Libertad de la Cultura. Ya era hora que interviniese en España.

Capítulo 4. Diseño ideológico y primeras aproximaciones del Congreso por la Libertad de la Cultura en España

4.1. Análisis del informe “Les activites communistes en Espagne” de Julián Gorkin⁴¹

Sobre la mesa de los miembros del Comité Ejecutivo Internacional del Congreso por la Libertad de la Cultura está el informe que no hace ni un mes Julián Gorkin redactó en París. Se titula “Las actividades comunistas en España”, tiene siete páginas mecanografiadas y está fechado el 27 de diciembre de 1957. En la reflexión en marcha de Gorkin sobre España, puede leerse como una reelaboración de argumentos expuestos en el artículo “El español y el demócrata universal” de *Ibérica*. Porque su estratificación de la sociedad española en tres bloques es la misma: la Anti-Nación –la España franquista-, la exiliada –la define con la misma imagen, “ha llegado a ser –o poco menos– una rama semimuerta del árbol español”- y la tercera, “la más importante, la que cuenta básica y fundamentalmente”, que era la España real. Pero transcurridos dos años desde que publicará aquel artículo en la revista de Victoria Kent, algo había cambiado en aquel esquema. La relación entre la España peregrina y la real había empezado a tramarse. “Han empezado a encontrarse, a fusionarse espiritualmente, y aspiran cada día más a constituir una sola y, finalmente, a ser la España de hecho y de derecho”. Pero ese camino refundador de una conciencia estaba amenazado, según Gorkin, y la amenaza era el comunismo.

La parte central del texto es su descripción de cómo Moscú estaba penetrando en España, cómo Madrid lo facilitaba y cómo la implantación norteamericana en España

⁴¹ El siguiente epígrafe analiza el informe “Las actividades comunistas en España” firmado por Julián Gorkin el 27 de diciembre de 1957. Conozco dos versiones complementarias del mismo texto. La española puede leerse aquí: http://www.filosofia.org/mon/cul/clc_014.htm. Reproduce la copia conservada en el Fondo Julián Gorkin de la Fundación Pablo Iglesias. Pero trabajo también con el informe en francés, conservado en el Archivo de Denis de Rougemont y que conozco gracias a la generosidad de Roselyne Chenu.

creaba las condiciones para que el comunismo adquiriese un volumen que sólo había tenido durante la Guerra Civil. El grueso de su análisis afectaba a la relación entre política y sociedad, pero también señalaba un peligro intelectual. Unas declaraciones recientes de Pablo Neruda a *France Observateur* eran la mejor prueba de su argumentación. “Debemos reparar nuestros errores y acercarnos a los escritores españoles, con el fin de comprenderles mejor: ellos no son culpables de la guerra civil, sobre todo los jóvenes poetas”, habría dicho Neruda. Jóvenes poetas, jóvenes intelectuales que rompían con el sistema: ese eran los grupos con los que, al decir obsesivo de Gorkin, querían conectar las redes comunistas para decantarlos hacia sus posiciones. Así se explicaba las visitas a España de Miguel Ángel Asturias, Nicolás Guillén o de Jorge Amado –un escritor cuyo nombre y apellido no puedo dejar de escribirlos con simpatía, por cierto-. El peligro es que si las jóvenes generaciones que estaban fraguando una alternativa desde dentro al franquismo eran cooptadas por la estrategia del PC, a medio plazo, quedarían fagocitadas las opciones democráticas. Esa era el mecanismo que, como en Italia o Alemania Oriental, podía ponerse en marcha: “atraerse a los elementos más comprometidos –y a la vez a los elementos jóvenes que no han tenido ocasión de experimentar sus crímenes pasados– con el fin de neutralizar a los elementos que los conocen de sobra y que se oponen a sus maniobras: los liberales, los socialistas y los sindicalistas libres.” ¿Qué hacer para contrarrestar esa dinámica?

Igual que durante la guerra, las democracias occidentales, sostenía Gorkin, no estaban haciendo nada en favor de los demócratas españoles. Al contrario. Habían tolerado la entrada de la España franquista en la Unesco y la Onu, al tiempo que se despreocupaban de los ataques a la libertad intelectual que se estaban produciendo. A nadie parecía importarles que el gobierno, controlado ya por el Opus Dei, hubiese elaborado una nueva lista de libros prohibidos. A nadie le parecía preocupante que *Cuadernos del Congreso* tuviese su entrada vetada en el país. Y, por ejemplo, las emisiones en español que hacía la radio pública francesa habían sido canceladas. Ya no podría escucharse la voz de Madariaga ni el Padre Olaso, mientras sí había quien era capaz de sintonizar Radio Pirenaica. Con los gobiernos democráticos, pues, mejor no contar, pero no eso no significaba que no pudiese buscar el apoyo de organizaciones internacionales. Estaba pensando singularmente, en dos tipos de organizaciones: las sindicales, con las que mantenía una lejana relación, y las europeístas, que deberían ser la clave del futuro para España. De estas últimas aludía explícitamente al Movimiento

Europeo, que reconocía oficialmente al Consejo Federal Español que presidía Madariaga y cuyo secretario era su viejo amigo Gironella. Y en el europeísmo centraba su esperanza. “En España ha prendido –y se desarrolla cada día– una idea fuerza: es la idea europea. Son numerosos los españoles, de la mayoría de las capas sociales y de las tendencias democráticas, que consideran que la España de mañana sólo podrá salvarse mediante su integración a la comunidad europea.” La Europa unida debía ser el camino para distanciarse del franquismo y el comunismo.

Si hasta aquel momento los gobiernos demócratas occidentales no habían actuado en España (al contrario, incluso habían pactado con ella consolidando un régimen que atentaba diariamente contra la libertad de sus ciudadanos), tal vez ahora, detectada la amenaza comunista y sus intereses –“Para el Kremlin España no es un país más o un país cualquiera, sino un país de importancia política y estratégica fundamental”-, sí había llegado el momento del compromiso. ¿Cuál? La respuesta de Gorkin a esta pregunta sólo puede descubrirse en una de las dos versiones que he cotejado del informe. Porque la diferencia entre el párrafo final entre una y otra versión (el de la izquierda es el conservado en la Fundación Pablo Iglesias, mi copia del otro es la que Dennis de Rougemont tuvo entre sus manos) es significativa.

El problema español vuelve a ser –y lo será cada día más– un problema de auténtico interés internacional. ¿Qué hombre, qué agrupación o qué institución libres pueden mantenerse al margen de ese problema y de su solución? ¿Al margen de la reconquista española de las libertades culturales y de los derechos humanos? Siempre he considerado que era imposible oponerse –digna y legítimamente– al totalitarismo del Este europeo mientras se pactaba o *Le problème espagnol redevient un problème d'intérêt international réel*

croissant. Le Congrès pour la Liberté de la Culture ne peut rester à l'écart de ce problème et de sa solution éventuelle, c'est-à-dire en marge de la «reconquista» espagnole des libertés culturelles et des droits humains. Jusqu'à présent, Cuadernos au moins en partie et d'une façon permanente, a été en même temps qu'une tribune se

conviví-a con el totalitarismo del Oeste –o con cualquier forma de tiranía. La causa de la libertad es indivisible. Pero es que hoy el peligro totalitario del Este, que ha esclavizado ya a una docena de

países, empieza a constituir una amenaza –antes de que desaparezca el franquismo y como consecuencia de su agonía– para el porvenir del pueblo español y del mundo democrático occidental. ¿Permanecerá éste ciego y sordo una vez más?

latino-américaine et universelle une tribune espagnole ; peut-être est-ce pour cela –en dépit de l'interdiction de son entrée en Espagne- que notre revue jouit d'un grand prestige auprès des intellectuels espagnols de l'intérieurs et de l'extérieur. Un numéro extraordinaire actuellement en préparation doit contribuer à nous révéler –et à révéler à l'opinion internationale- ce qu'est et ce que veut être l'Espagne : sa situation réelle, ses sentiments, ses aspirations. Afin de pouvoir contribuer à donner la solution la meilleure sur le plan humain à ce problème qui constitue un cas de conscience pour l'Europe et le monde occidental, je f mais appel à la solidarité et à l'esprit d'entraide des membres du Congrès et de tous les hommes libres.

Ese, pues, era el objetivo del informe que el 18 o el 19 de febrero de 1958 fue discutido por los miembros del Comité Ejecutivo del Congreso por la Libertad de la Cultura: valorar si era el momento de iniciar una operación para reconquistar la libertad intelectual en España, una reconquista que debía implicar al mismo tiempo luchar contra el franquismo y contra el comunismo.

4.2. Bogdan Raditsa en la prensa progresista estadounidense

La gestación de la operación española del Congreso se desarrolló a lo largo de 1958. No es fácil reconstruirla con la precisión que desearía. Glondys es quien aporta las principales pistas. Afirma que el verano de 1958 Michael Joselsson –agente de la CIA, eminencia gris del Congreso- encargó a Bogdan Raditsa que viajase a España para realizar un informe sobre los intelectuales del interior (Glondys, 2012, 190). Raditsa es otro trotamundos de la tensa Europa que había acabado recalando en Estados Unidos. Croata nacido en Split el 1904, se formó como historiador en varios países europeos, a finales de los años veinte en París conoció a Unamuno (sobre el que publicaría algunos estudios) y tiempo después trabajó como diplomático yugoslavo en la Sociedad de Naciones de Ginebra. Luego, desde Nueva York, se comprometió durante la Segunda Guerra Mundial con el movimiento de partisanos de Tito y trabajó en la construcción del gobierno surgido tras el conflicto desde el departamento de prensa extranjera, pero no tardó en romper con Tito, volvió a los Estados Unidos y fue uno de los críticos principales del gobierno yugoeslavo. Desde 1950 era profesor de Historia Moderna de Europa en la Fairleigh Dickinson University y colaborar en prensa progresista escribiendo, especialmente, sobre temas europeos.

No es casual que Joselsson le pidiese a Raditsa un informe de aquellas características. El mes de febrero de 1958, por tanto pocos meses antes de recibir aquel encargo de Joselsson, Raditsa había publicado el artículo “After Franco and Tito” en la revista liberal *The New Leader*. El texto compara la situación de esas dos dictaduras e incluso el físico y las maneras de los dos dictadores. Pero lo más interesante es su percepción del cambio que se estaba produciendo en la mentalidad de muchos jóvenes. “*Twenty years after the Hitler-Stalin duel for Europe, youth has become antifascist in the land of national fascism, anti-Communist in the land of national Communism*”. Esa dinámica tenía un punto de encuentro que era el descontento con los Estados Unidos por el buen trato que daba tanto a Tito como a Franco. Y ese descontento condicionaba, según Raditsa, la óptica de los intelectuales españoles a la hora de situarse en el polarizado combate ideológico de la Guerra Fría. “*Spanish intellectuals look to Moscow with greater hope than to Washington. While the Hungarian events had cataclysmic effects on the Italian and even the French Communist intelligentsia, in Spain the Soviet*

myth lives on with the undiminished freshness of the 1920s. Spanish intellectuals see Washington and John Foster Dulles as the main obstacles of their freedom". Se ajustase o no a aquel diagnóstico, el mensaje parecía teledirigido para reforzar los objetivos de intervención en España que Gorkin demandaba al Congreso. *"Is it too late to reverse our policy of ideological non intervention and to attempt to assure both Spain and Yugoslavia future freedom from Moscow and peaceful progress?"*.

Su pregunta llevaba implícita la respuesta: no era demasiado tarde para revertir aquella ideología. Lo más plausible es que el informe que redactó durante su estancia española del verano del 58 animase a una intervención en el campo intelectual. Y lo más probable es que aquel informe, que desconozco, desarrollase argumentos similares a los de otro artículo –“Tension in Spain”- publicado en el número de marzo de 1959 de *The New Leader* e ilustrado con una fotografía en pose caudillista de Franco, otra de un Juan Carlos adolescente y otra de la embajada americana en Madrid. En la breve nota biográfica de Raditsa se especificaba que había pasado cuatro meses en España, investigando sobre Miguel de Unamuno. Queda claro que Raditsa se había relacionado con gentes de distintas familias de la oposición: demócratacristianos, anarquistas y una juventud inquieta que se sentía próxima al comunismo porque desconocía la toxicidad soviética. *"Franco's regime has done nothing to help the youth understand the real meaning of Communist action. The books that in the West have opened people's eyes about Communism are not obtainable in Spain"* (1959a) Raditsa, otra vez, invitaba a reforzar la causa de la libertad en España, toda vez que Franco perseguía a sus principales abanderados: socialistas y demócratacristianos. Usando una argumentación encuadrable en la neurosis ideológica de la Guerra Fría, el articulista concluía que, si no se daba esa ayuda, no era descartable una nueva guerra civil que podría beneficiar al comunismo.

Pero este no es el único texto escrito por entonces por Raditsa a partir de su estancia española. Al cabo de unos meses, concretamente en junio de 1959, publicó “Ferment in Franco Spain: The Prospects of the Opposition” en *Commentary*, una revista mensual de cultura y política, impulsada desde 1945 por el lobby judío de Nueva York, y que había sido otra de las plataformas de la izquierda antiestalinista de la ciudad (1959b). En este texto ya explicita el diálogo que había mantenido con algunos intelectuales. Se refería al intento de cambio de modelo cultural impulsado por el equipo comprensivo –cita a Ridruejo, Ruiz-Giménez y Laín- y formulaba una explicación

general que era fruto seguro de una conversación mantenida con Tierno Galván. ““*We have always been vague, abstract, mystical,*” *I was told by Professor Enrique Tierno Galvan, a sociologist who is one of the country’s few realistic political thinkers*”. Se refería a los Congresos de Poesía que se habían celebrado hacía un lustro –“*have served to draw dissident intellectuals together*”- y mencionaba la tertulia de la librería que publicaba la revista *Ínsula*. Eran moderados, según la taxonomía al uso en los países libres, pero en España eran considerados rebeldes ya que sus planteamientos, al fin, pretendían una ruptura en el fundamento moral de la sociedad: “*how to modernize this medieval authoritarian society*”. Y de todos los intelectuales con los que había hablado, al que más espacio dedicaba era a Ridruejo. Cuando mostró su disconformidad con el Sistema, Franco le había intentado comprar –“*told me that when he first became dissillusioned with Franco’s regime, he was offered a job as cultural attaché in the United States, at a salary of \$2,000 a month*”-, pero, al no venderse, había sido arrestado. Y reforzaba su imagen como referente de la oposición intelectual, reiterando, como ya se había hecho en las publicaciones del Congreso, la similitud de su caso con el de Djilas.

In 1958 he was arrested again and brought to trial. An overflow crowd of more than five hundred people packed the streets outside the court—a clear manifestation of solidarity with the “Spanish Djilas.” Inside, however, the state prosecutor, who had originally asked for an eighteen-year prison sentence, now recommended an eighteen-month term. Ridruejo then was granted the benefit of an amnesty proclaimed on the coronation of the new Pope. The emotional tension subsided.

Es más que plausible que durante su conversación con Ridruejo, Raditsa le hablase de la voluntad del Congreso de intervenir en España. Así puede deducirse de la carta de Julián Gorkin a Ridruejo que le entregó en mano un joven estudiante de Columbia y discípulo de Francisco García Lorca llamado Stanley Payne. Para la investigación de Payne, que en Nueva York había tratado a Joaquín Maurín, fue una carta determinante. “*Gorkin’s letter of presentation to Ridruejo would be fundamental in initiating the long series of contacts that I would develop for my research with current ex-Falangists*”

(Payne 2011 21) Pero para esta investigación la misiva de Gorkin a Ridruejo también es muy significativa porque documenta cuáles fueron los raíces de la actividad española del Congreso por la Libertad de la Cultura⁴².

4.3. Nuevos alfiles de la actividad española del Congreso

En su carta, inédita y fechada el 29 de septiembre del 58 (al poco de la publicación del primer artículo de Ridruejo en *Cuadernos*), Gorkin informaba a Ridruejo que “he recibido carta desde Nueva York, del amigo Bogdan Raditsa diciéndome que los proyectos van por buen camino y, además, ha hablado con mi viejo amigo Maurín que está dispuesto a través de su Agencia a llegar a un acuerdo con usted para la distribución de sus artículos en la América Latina”. Que Raditsa y Maurín habían hablado de España también puede documentarse, porque así se lo explicaba Maurín mismo a Sender a mediados de octubre de aquel 58. “Me dijo que en los medios españoles anti-régimen se cree que C.[alvo] S.[erer] –que te visitó a ti hace unos meses- es un agente personal de Franco, que viaja por todas partes para suministrar informes. Como me lo contaron te lo cuento” (Maurin / Sender 1995, 360). Que por aquellos días Gorkin y Maurín hablaban de Ridruejo también puede comprobarse. “Lo que escribe me parece a la vez un tanto pretencioso y confuso, pues parece que no es posible que los poetas escriban llanamente cuando se trata de la política”, le decía Gorkin a su amigo al tiempo que expresaba sus dudas sobre la persona de Ridruejo, “ha perdido sus enchufes, tiene deudas y necesita ganar dinero” (3 de octubre del 58, Glondys, 2010, 310).

Esta suma de datos perfilaría la hipótesis que fue, tras las vacaciones del verano del 58, cuando la posibilidad de actuación del Congreso en España se activó definitivamente. Transcurridos unos meses desde que Gorkin presentase aquel informe al comité ejecutivo del Congreso, la operación parecía desencallarse. “Creo que conseguí ese resultado, pues de no haber sido así no le oculto –y así lo dije casi brutalmente- que estaba dispuesto a abandonar los cargos que aquí tengo para

⁴² Carta de Julián Gorkin a Dionisio Ridruejo fechada el 29 de septiembre de 1958. Inédita. Fondo Dionisio Ridruejo.

dedicarme exclusivamente al problema español y a mis tareas literarias”, le confesaba Gorkin a Luis Araquistáin (Glondys 2007, 169). Raditsa ha vuelto a los Estados Unidos y comunica sus impresiones a gente con responsabilidad en la Secretaría de Estado. A finales de 1958 o principios de 1959 Joselsson hace llegar el informe de Gorkin a figuras de peso de la todopoderosa Fundación Ford, un monstruo de la filantropía que se había convertido en una de las fuentes de financiación principales del Congreso por la Libertad de la Cultura (un mecanismo de circulación del dinero que la vinculaba a la Inteligencia americana). Y Raditsa informaba a Joselsson de la lectura que había hecho de aquellos materiales Waldemar Nielsen, *officier* de los programas internacionales de la Fundación Ford (Anés / Gómez, 98). “Tal como intuías –y debo decir que eres el único realista en el Congreso- Nielsen cree que Franco y también la embajada americana en Madrid sería contrarios a cualquier acción en la propia España” (Glondys, 2012, 190). Porque no era la primera aproximación de Nielsen a la realidad española. Hacia pocas semanas que había una petición de la Sociedad de Estudios y Publicaciones –el centro de estudios e investigaciones liberalizante del Banco Urquijo- solicitando apoyo financiero para el orteguiano Instituto de Humanidades que quería relanzar Julián Marías (Anés / Gómez 2009, 99), un Marías que había establecido ya buena relación en Estados Unidos con Nielsen. Como la Ford no concedía ayudas a título personal, una institución intermedia era necesaria para recabar sus fondos. Y para ello podía servir la Sociedad del Urquijo cuyo secretario era el poeta José Antonio Muñoz Rojas. Pero de la misma manera, para apoyar a los intelectuales españoles, la Ford no les ayudaría directamente sino que podría hacerlo a través del Congreso por la Libertad de la Cultura. Así se lo transmitió Raditsa a Joselsson. “Sus intenciones son, por lo tanto, lograr una política desde Francia. Intentar lo máximo para que esta ayuda a los intelectuales de España sea hecha a través de ti, incluso bajo el nombre de instituciones francesas. La liberación intelectual de España debe ser trabajo del Congreso”.

La operación estaba en marcha y el encargado de ejecutarla, efectivamente desde Francia, sería el poeta Pierre Emmanuel. Bien relacionado desde la Guerra Civil con José Bergamín, que fue su padrino de boda, Emmanuel era un poeta católico que adquirió un cierto prestigio encuadrado en la Resistencia intelectual durante la Segunda Guerra Mundial. Encargado de las emisiones en inglés de la radio francesa, se vinculó a los círculos del Congreso cuando dichas emisiones (como las españolas) fueron canceladas. Por entonces entró en contacto con Joselsson, que fue el encargado de

presentarlo a Waldemar Nielsen. Y Nielsen le hizo una propuesta concreta: la organización de un coloquio de temática europeísta que debía posibilitar, por primera vez, la entrada de un grupo de intelectuales españoles del interior en la órbita del Congreso⁴³.

Pierre Emmanuel se había puesto manos a la obra durante aquel último trimestre de 1958. El 3 de diciembre dirigió una primera carta a cuatro intelectuales: el italiano G.B. Angioletti, el alemán Friedhelm Kemp, el francés Jean Duvignaud y Dionisio Ridruejo (Muñoz 2006, 124). La carta de Emmanuel era una invitación para asistir como ponente al “Rencontre de Lourmarin”, una reunión de intelectuales europeos que se celebraría en la Provenza francesa entre los días 8 a 13 de julio de 1959. Les pedía un texto, que luego se publicaría. El coordinador del encuentro era el propio Emmanuel, lo patrocinaba la Faculté des Lettres et Sciences Humaines d’Aix-en-Provence y la Fondation Laurent-Vibert, pero en las bambalinas del coloquio estaba la sombra del CLC y la financiación de la Fundación Ford. Ridruejo, que estaba previamente advertido de que recibiría aquella propuesta, respondió a Emmanuel el 29 de diciembre. «He recibido su carta, coincidente con el aviso que ya había tenido, en la que me da cuenta del proyecto de conversaciones para Lourmarin. Estoy enteramente de acuerdo con el proyecto», pero no podía dejar de advertirle que «estoy sometido a tres procesos por delito de opinión política y como consecuencia de ello mi situación es de libertad precaria, sin uso de pasaporte ni posibilidad legal de abandonar mi residencia⁴⁴». Menos de una semana después, Emmanuel contestaba a Ridruejo, comunicándole que «*votre lettre m’a causé une grande joie, et aussi de peine*» y le anunciaba que en breve pasaría unos días en Madrid. “*J’irai à Madrid dans le courant de janvier. Je me propose de vous rencontrer, et de faire la connaissance d’autres Espagnols. A cette occasion nous pourrons discuter de la représentation espagnole à la rencontre. Je souhaite que les participants appartiennent en majorité à la génération de la guerre ou à celle de l’après-guerre*⁴⁵ ». A finales del mes de enero, desde París, Emmanuel contestaba a

⁴³ Testimonio de Roselyne Chenu.

⁴⁴ Carta mecanografiada de Dionisio Ridruejo a Pierre Emmanuel fechada el 29 de diciembre de 1958, Fondo Dionisio Ridruejo (FDR), Centro Documental de la Memoria Histórica (CDMH), Salamanca.

⁴⁵ Carta mecanografiada de Pierre Emmanuel a Dionisio Ridruejo fechada el 5 de enero de 1959, FDR, CDMH.

Ridruejo diciéndole que «*je suis heureux que Pedro Laín et Aranguren souvint intéressés par l'idée de la rencontre*⁴⁶».

4.4. Entre el Colliure de Machado y el europeísmo de Lourmarin

Parece evidente que Lourmarin debía servir para iniciar una serie de tareas encaminadas a la liberación intelectual de España desde Francia y a través del Congreso. Pero no deja de ser casual que su organización se produjese simultáneamente con otra iniciativa puntual, también en el campo cultural y también gestada desde París, que debía modificar dinámicas intelectuales de los escritores españoles: un homenaje a Antonio Machado que se celebraría el 22 de febrero en Colliure para conmemorar los veinte años de la muerte del poeta y que se complementarían con un acto académico en La Sorbona tres días después⁴⁷. La convocatoria la firmaban un grupo de intelectuales franceses de primer nivel –con Sartre incluido– junto a una nómina de hispanistas memorable –Bataillon, Cassou, Sarrailh, Vilar– que constituía el Comité de Honor⁴⁸.

En la convocatoria pública se invitaba a participar a gentes de la cultura del interior, pero la intencionalidad política del encuentro se explicitaba sólo en la carta fechada el 1 de febrero y firmada por el hispanista Robert Ricard, el director del Institut Hispanique de la Sorbona (que era una de las entidades convocantes), a los escritores del interior. “En esta ocasión puede hacer coincidir en torno al nombre de nuestro gran poeta a los intelectuales españoles separados geográficamente por acontecimientos ya

⁴⁶ Carta manuscrita de Pierre Emmanuel a Dionisio Ridruejo fechada el 29 de enero de 1959, FDR, CDMH.

⁴⁷ Reconstruyo la organización del homenaje a Machado y alguno de los textos que se leyeron en su honor a través del folleto *Homenaje a Antonio Machado* que la revista *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* publicó como suplemento de su número de mayo/junio de 1959. Siempre que no indique lo contrario, las citas pertenecen a dicho folleto que conservo gracias a la generosidad, otra vez, de Albert Manent.

⁴⁸ Aquel gesto fue agradecido por un grupo de intelectuales del interior, conmovidos por lo que definieron como un “homenaje de hombres libres, reunidos en su memoria [la de Machado] y solidarizados en el duelo de trabajos y esperanzas que él desearía”. En paralelo al homenaje francés, al tiempo que organizaron otro homenaje que debía celebrarse en Segovia y que reuniría a aquellos que no pudieran trasladarse al sur de Francia, redactaron un manifiesto que suscribió la Academia, escritores como Cela, Sánchez Ferlosio, el cineasta Bardem y Ridruejo, intelectuales, profesores de universidad o artistas plásticos (y un pequeño grupo de los poetas catalanes del silencio: Foix, Manent y Espriu).

lejanos y cuyas consecuencias es de interés fundamental para España eliminar definitivamente” (Castellet 2009, 12). Lo significativo de esta dinámica es que fue articulada cómo un nuevo eslabón en la construcción del puente, pero en este caso, a diferencia de lo que ocurría con las iniciativas que orbitaban entorno al nuevo liberalismo que avalaba el Congreso, esta sí incorporaría a la intelectualidad comunista, que trataría de patrimonializarlo. Debe tener razón Castellet al referirse a la iniciativa parisiense como “una organización desorganizada” (2009, 17), pero no es menos cierto que Juan Goytisolo, establecido por entonces en París, recibió el encargo del PCE de recabar firmas entre prestigiosos escritores franceses cuya significación ideológica era más que evidente.

La significación del homenaje a Machado fue captada por distintas familias de la oposición política e intelectual el franquismo, familias emparentadas entre sí, que entendieron aquel encuentro como un testimonio de un compartido afán de reconciliación antifranquista. Las palabras pronunciadas por Pablo de Azcárate en Colliure eran claras. Dirigiéndose a los jóvenes que acudieron al homenaje –los jóvenes del interior, aquella célula de poetas que al cabo de un año se inscribiría en el relato de la literatura española a través de la comprometida antología *Veinte años de poesía española* de Castellet– y enraizando su discurso a la moral civil de la Institución Libre de Enseñanza, hizo una proclama en favor de la concordia. Se debía liquidar “ese ya intolerable *los de dentro y los de fuera* que los españoles arrastramos como un grillete al pie desde hace veinte años”. Se debía liquidar esa división para fundamentar sobre el encuentro “la concordia, la convivencia, la cooperación”. No me extraña que Jorge Semprún / Federico Sánchez interpretase aquel encuentro a la luz de la política de reconciliación nacional impulsada por el PCE (así lo argumentó en un artículo publicado en *Nuestras Ideas*) (Nieto 2014, 353) como tampoco me sorprende que *Cuadernos* tratase de patrimonializar en parte aquella escenificación del puente intelectual por el que venía trabajando. “En el cementerio de Colliure estuvo una delegación nuestra”, se puede leer en el opúsculo *Homenaje a Antonio Machado* publicado como suplemento del número de la revista de mayo-junio del 59, “y representantes nuestros concurren al magnífico acto de la Sorbona, en París”. Unos y otros entendían que el futuro pasaba por superar la división maniquea que la Guerra había impuesto desde hacía más de veinte años. En aquel folleto lo explicitó Luis Araquistain, por entonces director de *Cuadernos* y a quien quedaban contados meses de

vida (moriría en Ginebra ese mes de agosto). “Por debajo de esas dos Españas secularmente enemigas está naciendo una tercera España, la España de la reconciliación definitiva. Esta nueva España en vías de formación sería también la de Antonio Machado, como lo es la de la inmensa mayoría de los españoles expatriados. Las dos Españas hasta ahora irreconciliables están virtualmente muertas”.

¿Estaba en formación esa nueva España o se trataba tan sólo de una proyección voluntarista más del exilio? No era, sin duda, un tiempo muerto. Tampoco para la dictadura. A principios de aquel 1959 una comisión del Fondo Monetario Internacional había empezado a investigar las dificultades de la economía española y, tras algunas vacilaciones, Franco aceptó la apertura de conversaciones formales con el FMI (Preston 2006, 732). En el mes de marzo el gobierno adoptó el plan de estabilización, con lo que se activaba un plan de liberación económica que tendría profundísimas consecuencias: “la transición de una economía paternalista centralizada a una de libre mercado” (2006, 736) o, lo que es lo mismo, la transformación económica del país para convertirse en inequívocamente capitalista. Con la entrada de España en esa dinámica era más que probable que el gobierno de la dictadura, más pronto o más tarde, llamase a las puertas del Mercado Común europeo con la finalidad de establecer unas relaciones continentales de las que se había estado al margen. La posibilidad que esa llamada fuese atendida hubiera desbaratado una de los escasísimos refugios de esperanza en los que aún se sentía comfortable la oposición democrática: el asociacionismo europeísta que llevaba décadas trabajando en pos de la unidad europea. Una unidad que aquel 1959 daba un paso gigantesco. “Hasta ahora, en efecto, estas cuestiones del europeísmo se movían en un terreno digamos casi literario, filosófico e histórico. Terrenos importantísimos, desde luego, y en verdad previos y básicos, pero no efectivos. (Salvo los aspectos parciales y muy especializados, como la Comunidad Carbón Acero.) Pero, a partir de hoy, primero de enero, la integración europea entra en el campo de las realizaciones prácticas. El Mercado Común, o Comunidad Económica Europea, entra, en efecto, en vigor hoy”. Así lo afirmaba el monárquico Santiago Nadal, analista de política internacional en el diario *La Vanguardia* (1/I/1959).

Precisamente de esa unidad económica iba a hablarse en Lourmarin al cabo de pocos meses y precisamente esa integración había motivado la redacción por parte de

Gorkin del borrador de un valioso manifiesto que quedaría inédito⁴⁹. Lo firmó el 16 de febrero del 59. “El Mercado Común ha entrado en aplicación en Europa, con el año de 1959, y España queda al margen del mismo modo como quedó al margen del Plan Marshall que permitió la reconstrucción europea después de la guerra”. Europa se reconstruía y, hoy como ayer, España quedaba al margen y esa falta no sólo la pagaría el país sino también el continente. “El mundo occidental se encuentra colocado ante esta contradicción: no parece posible la construcción de una Europa auténticamente democrática –y otra no se concibe- sin España y no es posible construirla con España”. España no podía sumarse al proceso europeísta por motivos económicos (los motivos que había empezado a corregir), pero al mismo tiempo por motivos de otro orden: político, jurídico y moral. Para que el país pudiese entrar en el Mercado Común y, al mismo tiempo, para que la unión europea fuese operativa era condición necesario acabar con el franquismo, “el régimen secuestrador de la voluntad de España y paralizador de todas sus fuerzas vivas y creadoras”. Vivificar esas fuerzas es lo que Gorkin había solicitado a los responsables del Congreso.

Gorkin, como en otros de sus análisis políticos de finales de la década de los cincuenta, realizaba un planteamiento no fundado en la idea de legitimidad sino un análisis que destacaba el potencial geoestratégico de España; en esta caso, como frontera con África, con una América Latina que afirmaba había entrado en una nueva fase política (“la caída de Perón inició el proceso liquidador de las dictaduras oligárquico-militares y de democratización en Hispanoamerica”) y luego por su relación con los Estados Unidos, momento en el que reiteraba su denuncia de los acuerdos de 1953 (“en nombre de una estrategia obsesionalmente [sic] anticomunista, el Pentágono y la administración republicana norteamericana no vacilaron en firmar su espurio pacto de 1953 con el régimen dictatorial español”). En todo el mundo democrático, argumentaba, se estaban operando transformaciones constructivas mientras “sólo España permanece estancada”. Una España estancada y aislada que Gorkin describía con conceptos recurrentes en su publicística política de aquel momento pero que también era medular en la cosmovisión del país ficcionalizada en *La muerte en las manos*. “Este aislamiento es doble –y doblemente dramático- de España respecto al

⁴⁹ El documento “Notas para un manifiesto español (Febrero de 1959)”, inédito, se conserva en el Fondo Julián Gorkin del Archivo de la Fundación Pablo Iglesias. Se trata de un documento fechado el 16 de febrero de 1959 en París, consta de cuatro páginas mecanografiadas y lo que conozco gracias a la generosidad de Olga Glondys.

mundo actual y del régimen dictatorial respecto de la España viva y real”. Y ese aislamiento en el interior de España, consolidado por dos décadas de dictadura, creaba una situación peligrosa. “Van engordando y se van acumulando los descontentos y los rencores explosivos”. Lo ejemplificaba la publicación en el BOE de la larga lista de evasores de capitales al extranjero. Más millonarios y más miseria. Esa era la paradoja explosiva. La fractura de una sociedad dividida. “De un lado todos los aprovechados y corrompidos del régimen dictatorial, del otro todos los que sufren de esta corrupción. Una minoría apegada al poder y a sus prebendas y beneficios sin freno en medio de una aplastante mayoría sufrida y descontenta”. Y Gorkin reiteraba entonces la imagen que desde hacía años le obsesionaba: “¿No sé siente a qué terribles abismos puede conducir todo eso?”. Para cubrir ese abismo era necesario el cemento civil de la concordia que posibilitaría la convivencia. “¿Quiénes se oponen a ellas y se obstinan en prolongar el estado de guerra y el abismo abierta por ella? Sólo la minoría dictatorial. Es decir, la anti-España, la anti-Nación.” Se oponía con el único argumento de que ella y sólo ella era la salvaguarda ante la amenaza comunista, pero era precisamente esta dicotomía, razonaba Gorkin, la que más potencial daba a la subversión comunista en la medida que la alternativa democrática quedaba invisibilizada. Y contra esa dinámica, que afianzaba el franquismo y aumentaba las posibilidades del comunismo a medio plazo, debía actuarse. “Todos los españoles conscientes y todos los demócratas conscientes del mundo deben aunar sus voluntades y sus esfuerzos para superar el drama pasado de España y evitar el nuevo drama”.

Tal vez sí se había logrado crear un cierto movimiento de interés por España. El 16 de marzo Gorkin, que tendía más bien al *wishfull thinking*, escribía a Josep Carner para proponerle que acudiese de Bruselas a París para participar en un debate y lo justificaba con estas palabras. “Las cosas en España están evolucionando y con bastante rapidez y asimismo, a juzgar por la prensa internacional, la opinión condenatoria del régimen franquista” (Carner 2009, 269). Le contaba que una figura destacada del Congreso acababa de volver de España. Era el periodista suizo François Bondy, director desde 1953 de *Preuves* –la revista francesa del Congreso– y uno de los vectores esenciales en la divulgación de la obra de Witold Gombrowicz (junto a Konrad Jeleński, otro hombre del Congreso). Bondy acababa de volver de España, recabando información para escribir un informe que determinaría la actividad española de la institución (Glondys 2012, 188 y 189), y, entre otras problemáticas, había detectado la

de la cultura catalana. “Le han expuesto la necesidad de que dentro de los problemas peninsulares se plantee ante los intelectuales europeos este problema especial de abandono e incluso de persecución de la cultura catalana e incluso de la lengua” (Carner 2009, 269). Gorkin le pedía a Carner que acudiese para hablar de la cultura catalana a uno de los debates que cada quince días celebraba *Preuves*, una intervención, la de Carner, que formaría parte de una sesión dedicada monográficamente a España y en la que Miguel Sánchez Mazas, exiliado en Ginebra, hablaría sobre la universidad bajo el franquismo.

Mientras Gorkin organizaba aquella reunión parisiense, en Madrid Ridruejo, con retraso, debía estar ultimando la reflexión que se presentaría en el coloquio de Lourmarin del mes de julio. El 20 de marzo su texto aún no había llegado a París (lo sabemos por una carta que le mandó un secretario de Emmanuel) y ya empezaba a ser urgente porque la ponencia debía traducirse para enviarla después a los participantes que acudirían al encuentro europeísta en la Provenza francesa. Debió terminarla por entonces y la conocemos sólo en parte por el fragmento que se publicaría meses después en el número de marzo /abril de *Cuadernos del Congreso*. El artículo se tituló “La vida cultural española y la problemática europeísta” (2008, 425-432). El núcleo del argumentario es aquel que venía madurando como mínimo desde su conferencia en el Ateneo: tomada conciencia de la naturaleza del régimen y la despolitización de largo recorrido de la sociedad española, de qué modo podía vivificarse esa sociedad para que adquiriese la conciencia democrática necesaria para fundamentar un nuevo estado. En el caso concreto de este artículo Ridruejo lo planteaba desde el campo de la cultura.

Citando la distinción de Ortega entre la España oficial y la España real –la distinción formulada en la conferencia de 1914 “Vieja y nueva política”, la que Gorkin había adaptado también-, Ridruejo definía la directriz cultural de la España del poder y los fermentos culturales alternativos. La oficial había pretendido “arrancar de España toda sombra, residuo o recuerdo de pensamiento o institución que haya estado contaminada de modernidad”, pero dicho planteamiento no había generado un pensamiento substancial. Su hipótesis no la cuestionaba la “cúpula autoritaria” en el poder ni llegaba a invalidarla la sociedad, “sumida en una penosa atonía, en un inmovilismo que, explorado hasta su entraña, es pura dispersión”. Pero en paralelo a ese fracaso, incrustado en la mentalidad del poder, existía una vida cultural alternativa y viva que representaba esa España real. Una España, que más que nadie reclamaban

jóvenes concienciados, y que estaba llevando no tanto a una modernización del pensamiento en España sino a la exigencia de politización. “Para estos, en general, no hay empresa más urgente que la de la reforma de la sociedad española y, naturalmente, el cambio de sus condiciones políticas”. Y esa urgencia, nutrida en “la impaciencia y la insatisfacción”, condicionaba los derroteros de dicha cultura oficial. Sobre todo en el campo de la creación. “El arte puro vive en una crisis de descrédito. El intimismo, la literatura psicológica, la literatura de estilo no interesan. Interesa sólo el testimonio o el manifiesto. Testimonios de crítica social y manifiestos ideológicos son casi todas las novelas y poemas que se escriben hoy en España”.

Al contrario de lo que sucedía en el bloque occidental, donde después de largo tiempo la cultura estaba abandonando la ideologización para situar las ideas en su horizonte (una distinción, la de ideas e ideología, que Raymond Aron había puesto en circulación a través usando también los circuitos del Congreso por la Libertad de la Cultura), en España era la ideología el vector que mayor fuerza adquiriría en el debate intelectual. Esa falta de sincronía, explicable según Ridruejo por la anomalía política que sometía al pensamiento libre, sería un asunto recurrente en los encuentros que precisamente a partir de aquellos días empezarían a ser frecuentes entre intelectuales españoles e intelectuales europeos. Pero en su artículo, al margen de subrayar la decantación hacía la cultura del compromiso, Ridruejo detectaba focos de reflexión – “un movimiento de liberalización y actualización de los supuestos espirituales del propio catolicismo”, “la tradición liberal pura”, “la mentalidad neopositivista, antiideológica”, “el marxismo ortodoxo”- cuyo horizonte iba más allá de su circunstancia nacional y casticista para vivificarse a través del “intercambio, no por difícil menos vivo, con el pensamiento europeo contemporáneo”. Afirmaba Ridruejo el europeo y explicitaba que no el norteamericano para concluir que Europa era la esperanza. “La nueva moral de los pueblos de Europa –universalista y entregada- será la medicina que España –antiguo imperio disuelto- necesita para renacer”. De esa nueva moral, teóricamente, debería haberse hablado en Lourmarin. Al fin los españoles de Lourmarin, junto a Laín y Aranguren, fueron otros cuatro destacados hombres de letras del momento: Julián Marías, Camilo José Cela, José Luis Cano y José María Castellet (Lorenzo Gomis, a pesar de haber sido invitado a la reunión, no pudo concurrir al encuentro pero lo hizo al año siguiente en una reunión parecida en Copenhague).

“*L’Europe intéresse-t-elle les Européens?* ». Este había sido el tema, según glosó Pierre Emmanuel en septiembre en *Preuves*, de un encuentro al que concurrieron 35 escritores de Alemania, Italia, Portugal, Yugoslavia, Francia y España (Grémion 1989). La respuesta a la pregunta fue más bien pesimista. «*Ces pessimisme est une réaction salutaire contre la maladie des absolus à laquelle nous avons presque tous succombé* ». Europa parecía interesar poco a los congregados porque su proceso de construcción unificada estaba en manos de los técnicos y esa Europa no interpelaba a los intelectuales. Lo dijo Emmanuel, disconforme con esa posición, describiendo el tono de la reunión, señalando que los reunidos parecían no haber modificado la posición desde la que se pensaba el presente, es decir, “*nous voulons continuer de penser comme nous l’avons toujours fait: à hauteur de nuages*”. Esa era la posición, de algún modo, en la que Castellet se situaba en la más que notable crónica que escribió para *Papeles de Son Armadans*, la revista mallorquina de Cela que, entre otras muchas virtudes, tuvo la de contribuir a la consolidación del puente literario entre el exilio y el interior. El punto de inflexión del encuentro, según Castellet, había sido la ponencia sobre “la Europa de los técnicos” presentada por François Fontaine –antiguo jefe de gabinete de Jean Monnet («el hombre que levantó el *pool* carbón-acero», en definición de Josep Pla) (Porcel 2007, 31) y director de la oficina parisina de información de las comunidades europeas. el crítico hacía notar el malestar que los intelectuales habían manifestado por la idea de Europa y del europeísmo mercantil impuesta y monopolizada por los seis países que hacía dos años habían puesto en marcha la Comunidad Económica Europea (creada con la firma del Tratado de Roma el 25 de marzo de 1957). «La Europa de los Seis es una reacción atemorizada de defensa. No participa del gran impulso creador capaz de unir, por la base, a los pueblos» (1959, XL), afirmaba un Castellet que denunciaba la ausencia de un trabajo de construcción digamos moral de la Europa unida.

Si el primer tema discutido había sido el de la Europa de los técnicos, el segundo fue el de si el este y el oeste del continente constituían una sola Europa. Y Emmanuel volvía a evidenciar las limitaciones de punto de vista de los reunidos. Podían reclamar una fundamentación espiritual de la unidad en construcción, pero, cuando llegado el momento de inquirir por lo europeo de los países del este (más allá de lamentar, en un plano teórico, la situación de opresión en la que se vivía), el desinterés era clamoroso. “*En pratique, hélas! notre absence de curiosité est totale*”. Esa falta de interés

contrastaba con una explícita imagen peyorativa sobre la vida y la cultura en la sociedad norteamericana. Emmanuel, creo, volvía a acertar. “*A mon sens, elles expriment l’intolérance de l’esprit européen à la pensée pragmatiste dont l’Amérique est l’illustration*». Y era el prejuicio sobre el pragmatismo, concebido precisamente como el principal aval del tecnicismo deshumanizador, lo que al parecer de Emmanuel revelaba la desazón que había detectado durante aquellos días: la expresión del disgusto por el triunfo de la técnica y, con él, la progresiva disolución de la cultura del espíritu. La discusión de Lourmarin, en fin, había servido para constatar “*la décadence de nos divers systèmes de valeurs*” a partir de la cual, en el diálogo, se debería reelaborar un nuevo marco intelectual en el contexto del fin de las ideologías.

Pero Lourmarin no sólo debía servir para forjar ese diálogo. Existía, digamos, una agenda paralela. Varios asuntos estaban pendientes de resolución. “Aranguren y otros amigos del interior se disponen a asistir a un Coloquio bajo los auspicios de la Universidad de Aix-en-Provence y a él, a Julián Marías y otros, que seguramente asistirán, hablaremos de eso”⁵⁰. Lo escribía Julián Gorkin a Guillermo de Torre, el 8 de junio, y ese *eso* al que se refería era un tema con el que De Torre estaba trabajando desde hacía medio año: la creación de “una revista intelectual y literaria iberoamericana” que se editaría en Buenos Aires “que bajo un título significativo –*El Puente*– agrupase a todos los escritores, pensadores y hombres de ciencia de las dos riberas en quienes coincidiesen estas dos notas fundamentales: calidad en el cultivo de su respectivo oficio y decorosa conciencia de lo que para uno mismo y para el vecino es el derecho a la libertad” (Riba 1993, 487). La idea había surgido las Navidades de 1958, al mismo tiempo que Ridruejo estaba respondiendo a la invitación de Pierre Emmanuel, a lo largo de un encuentro en Madrid en el que De Torre y el editor Gonzalo Losada se reunieron “con Ridruejo, Aranguren, Tierno y los más calificados de la oposición intelectual”⁵¹). A De Torre le hicieron especial impresión Ridruejo y Tierno, por su “valentía e inteligencia” (se lo había contado a Victoria Kent en una carta de febrero) (De Torre 2013, 395). “La dirección sería de cuatro personas: dos del interior – Aranguren y Carles Riba, que lo aceptó el 7 de febrero (Riba 1993, 487)- y dos exiliados –Guillermo de Torre y otro que ya se deetrminaría-.

⁵⁰ Carta de Julián Gorkin a Guillermo de Torre fechada el 8 de junio de 1959. Inédita. Agradezco la generosidad del profesor Domingo de Ródenas al facilitarme la correspondencia de Julian Gorkin con Guillermo de Torre conservada en la Biblioteca Nacional de Madrid.

⁵¹ Carta de Guillermo de Torre a Julián Gorkin fechada el 30 de mayo de 1959. Inédita.

Pero la revista proyectada, que no se llegaría a concretar (pero que a partir de 1962 se transformaría en una valiosa colección de ensayo) (Mainer 408), no era el único tema pendiente que a los intelectuales españoles se les plantearía en Lourmarin. Otro de los españoles asistentes escribió una crónica del encuentro para *Cuadernos*: Julián Marías hizo una crítica pareja a la de Castellet y señaló que su grupo actuó «en persona y en función de su doble e irrenunciable condición de españoles y europeos». Pero además diseminó un dato institucional sobre la reunión, en apariencia menor, pero que revela aquella agenda oculta. El filósofo no dejó de consignar que la reunión se había podido celebrar gracias a la «silenciosa cooperación de la Ford Foundation.» (Marías 1959, 83 y 84) No es un detalle menor. Por entonces la Ford era legalmente la principal benefactora del CLC y por el tipo de mecenazgo que desarrolla aquella Fundación que «a veces parecía como si fuese sencillamente una prolongación del gobierno en temas relacionados con la propaganda cultural internacional» (Stonor 2001, 198) José Luis Cano, por su parte, resumió la reunión para los lectores de su revista, *Ínsula*. En sus diarios anotó el contenido de una entrevista importante para los intelectuales españoles. “Larga entrevista con Waldemar Nielsen, que ha asistido como delegado de la Fundación Ford. Hablamos de la situación española, de la censura y de las posibilidades de una ayuda cultural a España, principalmente con becas de ayuda a escritores jóvenes que tengan problemas para publicar en nuestro país” (Cano 1986, 126) La conversación con el filántropo Nielsen en el Coloquio de Lourmarin fueron la semilla que un año después fructificaría con la constitución de la delegación española del CLC, que tutelaría el poeta Emmanuel durante sus primeros años desde París.

Pero aquel no sería el único fruto que sembró Lourmarin. Ridruejo, ciertamente, no acudió, pero la reflexión que escribió para el encuentro (“*votre grand texte a-t-il servi de base à la préparation de la rencontre et à plus d’une discussion entre nous*”, le diría Emmanuel⁵²) sería un acicate óptimo para construir *Escrito en España*, la catedral del ensayo democrático de la segunda mitad del siglo XX. Otra vez se activaban las redes personales del nuevo sistema liberal e hispánico que estaba incrustado en la batalla cultural de la Guerra Fría. En aquella reunión con Losada y De Torre en las Navidades del 58 en Madrid Ridruejo se comprometió a elaborar un libro a partir de algunos textos políticos que había escrito. Pero el volumen se le encalló. “A ponerme a

⁵² Carta de Pierre Emmanuel a Dionisio Ridruejo fechada el 5 de octubre de 1959. Inédita. Conservada en el Fondo Dionisio Ridruejo.

revisar los materiales vi que eran sumamente incompletos y algunos demasiado superficiales”, le contaba a De Torre después del verano del 59, “me puse al trabajo y el trabajo ha ido arrastrándome, de modo que el libro se ha convertido en otra cosa —más interesante y oportuna a mi juicio— aunque sin perder por completo su carácter de recopilación⁵³”. El libro sería *Escrito en España*. La primera fase de redacción la tenía muy avanzada incluyendo “una revisión autocrítica de mi antigua ideología que sale ahora —si no me equivoco— a sus consecuencias lógicas”, y en una primera fase de elaboración pensaba cerrarlo con parte del texto redactado para el encuentro de Lourmarin. Pero la versión definitiva del libro aún se demoraría, como mínimo, un par de años.

⁵³ Carta de Dionisio Ridruejo a Guillermo de Torre fechada el 20 de septiembre de 1959. Agradezco la generosidad del profesor Domingo de Ródenas al facilitarme la correspondencia de Dionisio Ridruejo con Guillermo de Torre conservada en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Capítulo 5. Centro de Estudios y Documentación de París y la Comisión Española del Comité d'Ecrivains

5.1. Entre la cultura y la política

Dudo que fuera un día de enero de 1960, pero en sus memorias así lo recuerda Francesc Farreras. Había nacido el año 1920, había sido un activo universitario falangista, pero, en paralelo a una evolución casi generacional (la que Jordi Gracia estudió en *Estado y cultura*), a mediados de la década los cincuenta su militancia totalitaria evolucionó a posiciones de democracia avanzada junto a un pequeño grupo de cómplices con los que fundaron el grupo Nueva República (que estableció contacto con el exilio republicano de México y con figuras del gobierno republicano en París). Tras imprimir sus principios políticos, Farreras fue detenido en Barcelona. Era el 16 de junio de 1957. Al cabo de algo menos de un año emprendió junto a su mujer y su hijo el exilio parisino. Abril de 1958. Solo y sin horizonte profesional en París. Y un contacto político, otro exiliado de segunda generación cercano a sus posiciones, que le abre camino. Era Vicente Girbau, uno de los fundadores de la Asociación Socialista Universitaria junto a Miguel Sánchez Mazas y que como Sánchez Mazas se había visto forzado a exiliarse tras los hechos universitarios de febrero de 1956 en Madrid. Fue Girbau quien llevó a Farreras al despacho de Julián Gorkin. Aquel día solo le quedaban 10 francos en el bolsillo. Nada más. *“Tinguérem diverses entrevistes i vam congeniar de seguida; em va oferir de treballar amb ell i vaig estar, al seu costat, dia rere dia, prop de vuit anys”* (Farreras 1994, 44). Al cabo de un año y medio, según la memoria de Farreras, fue invitado a una comida importante en el comedor del primer piso del restaurante Le Sardalet. Escribió que fue enero de 1960. Podría ser. Pero me parece más probable que hubiese sido unos meses antes. Porque según Farreras aquel día se decidió poner en marcha el Centro de Estudios y Documentación. Y los primeros documentos que testimonian su planificación (los que, entre otros, recibieron Josep Carner o Josep Ferrater Mora) son de noviembre de 1959. Los veremos en un momento.

Pero vale la pena, fuese cuando fuese, acompañar a Farreras en aquella reunión. Asistían, además de él y de Gorkin, Michael Josselson –eminencia gris del Congreso desde su fundación- y algunos de los intelectuales que estaban en el núcleo ideológico de la institución: Raymond Aron, Bertrand de Jouvenel, Denis de Rougemont, Ignazio Silone y Salvador de Madariaga. El tema de la conversación sería España. “*El que semblava que més els interessava era la situació a les universitats, l’evolució dels nuclis intel·lectuals sota el franquisme i el grau d’implantació dels comunistes en el teixit cultural del país a través de les revistes, el cinema i el teatre, els congressos d’escriptors i les trobades de poetes, etc.*” (1994, 207). Preguntaron también sobre la agitación obrera y, en último término, pretendían hacerse una idea sobre cuál era la implantación comunista de España de cara a una transición política. Una discusión, pues, encuadrada en la lógica de la Guerra Fría y que tal vez pivotaba sobre el informe redactado por Gorkin a finales de 1957. Cuando Farreras tomó la palabra dio cuenta de su propia evolución y señaló algunos puntos en los que creía podría intervenir el Congreso. “*Per la mirada severa i aprovadora de Josselson vaig tenir la impressió que havia superat bé la prova*” (1994, 207). A tenor de las conversaciones, según Farreras, Josselson concluyó que había llegado el momento de poner definitivamente en marcha la operación España. Se actuaría en dos frentes: el cultural y el político. “*Les activitats pròpiament culturals serien dirigides i controlades dins del Congrés per l’escriptor i poeta francès Pierre Emmanuel, mentre que Gorkin s’encarregaria d’organitzar una entitat aparentment deslligada del Congrés i per a la que Josselson tractaria de trobar l’ajut econòmic necessari*” (1994, 209).

Por aquellos días Emmanuel, que ya estaba empleado *full time* en el Congreso, seguía trabajando en la institucionalización de la actividad cultural en Madrid. Igual que a finales de 1958, cuando puso en marcha a Lourmarin, a finales de 1959 empezó a organizar un nuevo encuentro: su título provisional era *L’écrivain et la société du bien-être* y se celebraría en septiembre de 1960 en un país escandinavo. La primera circular la mando el 10 de diciembre y uno de sus destinatarios, con anotación manuscrita incluida, fue Dionisio Ridruejo, que respondió al cabo de un mes aceptando la invitación pero haciendo notar que sus problemas con la justicia le impedían garantizar su presencia⁵⁴. Acudiese o no a Copenhagen, donde al fin se celebraría la reunión,

⁵⁴ “Le agradezco mucho su afectuosa carta de recuerdo y su bondadosa y cordial invitación para Estocolmo. Desde luego acepto en principio. Tengo señalada la vista de mi segundo proceso para el día 5 de junio. Si se soluciona de manera parecida a la anterior, acaso pudiera despejarse el obstáculo formal

Emmanuel le pedía un texto: retomando una conversación que habían mantenido en Segovia hacía pocos meses, le pedía una reflexión sobre las consecuencias de la transformación económica que estaba viviendo España. “*Je me demande s’il n’y aurait pas là un sujet pour vous: Quel attrait exerce sur la jeunesse espagnole, en particulier la jeunesse intellectuelle ayant une conscience politique, la société moderne de consommation du type scandinave ou américain, par exemple?*»⁵⁵. Le ofrecía ese tema a mediados de febrero de 1960, cuando la lista de posibles participantes empezaba a estar cerrada: el grupo español lo integrarían Ridruejo, Julián Marías, Llorenç Gomis, Carlos Barral, Enrique Boada, José María Castellet y Esteban Pinilla de las Heras.

Al tiempo que Emmanuel empezaba a organizar una nueva reunión, cuya temática forzaba a los escritores a pensar su sociedad más allá de las regiones del espíritu, el Centro de Estudios y Documentación daba sus primeras señales de vida constatables. El 22 de febrero, en carta al político nacionalista vasco Manuel de Irujo – miembro del consejo federal español del Movimiento Europeo-, Gorkin le daba la siguiente noticia: “Esta semana le mandaremos algunos ejemplares del número I del Boletín del Centro de Documentación y Estudios del que le hablé al Presidente Aguirre”⁵⁶. Fue en febrero, efectivamente, el primero de los 23 números que se publicarían del *Boletín Informativo*, “*la principal –i quasi única activitat– del Centre*”. (Farreras 1994, 210). Había sido en noviembre del 59 cuando algunas figuras señeras del exilio intelectual español (y algunas otras de la intelectualidad liberal del interior) habían sabido de su futura existencia. En aquel momento el Centro estaba en fase de legalización con el fin de obtener el máximo de autonomía, pero, por entonces, aún estaba ligado a *Cuadernos* aunque en breve *Cuadernos* sólo actuaría como receptáculo de los trabajos que se impulsasen desde aquella nueva institución. En sus documentos seminales se subrayaba la independencia del organismo, pero se afirmaba también que podría colaborar con organizaciones políticas y sindicales. El 18 de noviembre, desde

para tener pasaporte. No es seguro porque queda el tercer proceso pendiente, y porque la Policía puede negarme el pasaporte sin otro pretexto que el de su voluntad, pero formularé la petición de salida y para ello desearía recibir una carta muy escueta, en que alguna institución me invite, a fin de presentarla a la Policía y crear ante ella el compromiso necesario. Como desde aquí a septiembre hay mucho tiempo y el repertorio de posibilidades puede cambiar aun varias veces, no merece la pena hacer conjeturas”. Carta de Ridruejo a Emmanuel. Madrid fechada el 14 de enero de 1960. Inédita. Se conserva en el Fondo de Dionisio Ridruejo.

⁵⁵ Carta de Pierre Emmanuel a Dionisio Ridruejo fechada el 4 de febrero de 1960. Inédita. Se conserva en el Fondo de Dionisio Ridruejo.

⁵⁶ Carta de Julián Gorkin a Manuel de Irujo fechada el 22 de febrero de 1960. Inédita. Está escaneada en el Fondo Manuel de Irujo.

una dirección distinta a la de la sede del Congreso –en el membrete de las cartas constaba el número 18 de l’Avenue de l’Opéra, donde, por cierto, estaban domiciliadas tanto *Preuves* como *Cuadernos*-, se mandaron las cartas describiendo el proyecto y solicitando la incorporación de quienes la recibieron al Consejo de Honor de dicho Centro que presidía Salvador de Madariaga, cuyo vicepresidente era Gorkin y en el que también estuvo empleado Farreras.

Eran ellos y diría que ya está, pero en la carta se le daba a la institución un considerable empaque. “Forman el Centro personalidades de la vieja emigración española y otras, mayoritariamente de las emigraciones de estos últimos años, conocedoras de la actual realidad de nuestra Patria y en enlace constante con sus elementos más representativos. Vienen a sumar unas y otras las experiencias de valor internacional con las experiencias de valor interior”⁵⁷. Su objetivo, en último término, sería “dar respuesta a los diversos interrogantes españoles” o, dicho en otras palabras, obtener y transmitir información para pensar la alternativa política a la dictadura. “Sin este estudio no será posible restablecer el eje de pensamiento y de acción entre la España progresiva de ayer y la España de mañana, ni superar las dramáticas consecuencias de la guerra civil y de los largos años de anormalidad dictatorial, ni propiciar o determinar constructivamente lo que constituye hoy nuestro principal imperativo categórico: la reconciliación efectiva de los españoles, la normalización de su vida individual y de su convivencia pública y social y su consecuente integración en el concierto de los pueblos”. Para realizar este estudio se habían establecido varias líneas de trabajo: reunión de información que se pondría al servicio de las personas interesadas; divulgación en el interior de la obra intelectual elaborada en el exilio; la elaboración de informes elaborados por especialistas que se difundirían en el exilio, en el interior y que se harían llegar a personalidades y organismos internacionales; organización de seminarios y concesión de ayudas para que españoles pudiesen acudir a actividades relacionadas con sus objetivos; y, finalmente, la edición de un boletín informativo.

⁵⁷ Carta de Julián Gorkin a Josep Ferrater Mora fechada el 18 de noviembre de 1959. Las cartas de Gorkin a Ferrater están escaneadas y pueden consultarse en la página web de la Càtedra Josep Ferrater Mora de la Universitat de Girona. La carta citada en esta nota es la misma que se reproduce en el Epistolari de Josep Carner citado anteriormente, pero en la misiva a Ferrater se incluye además dos hojas con una descripción más precisa de la función del Centro de Estudios y Documentación.

“Respecto al Centro”, le confesaba Gorkin a Josep Ferrater Mora el 1 de diciembre de 1959, “todas las personalidades de dentro y de fuera que han tenido conocimiento de su constitución han aceptado colaborar con gran entusiasmo”. El Comité de Honor, al fin, quedaría constituido por las siguientes personalidades: Pere Bosch Gimpera, Pau Casals, Américo Castro, el mismo Ferrater Mora, Francisco García Lorca, Jorge Guillén, Federico de Onís, Ángel del Río, Claudio Sánchez Albornoz y Ramón J. Sender. Era el *star system* del exilio liberal y además, en la carta de petición, Gorkin había explicitado que el proyecto estaba avalado también por la nueva intelectualidad liberal española que, naturalmente, no podía constar públicamente. “Podríamos disponer de los más prestigiosos nombres de intelectuales residentes en España, que han aprobado la iniciativa, pero por razones que no dejará de comprender, consideramos que por lo menos en la primera etapa hay que prescindir de tales nombres”. Eran grandes nombres y grandes objetivos –el esencial, fundamentar la alternativa democrática al franquismo- que Gorkin, con la complicidad de Farreras y la financiación más que probable del sindicalismo norteamericano (la vieja conexión Lovestone), trataba de impulsar a través de una pequeña estructura. Lo indudable, en cualquier caso, es que el veterano revolucionario trabajaba a partir de una composición de lugar más que plausible. Así se la trazaba, a grandes rasgos, a Guillermo de Torre a mediados de enero de 1960.

¿Qué quiere que le diga sobre la realidad española? Los optimismos lo mismo que los pesimismos no sirven para nada. El régimen está perdido, pero mientras no seamos capaces de constituir una verdadera alternativa nacional e internacional constituir una verdadera alternativa nacional e internacional no habrá quien lo mueva. Por el momento nuestra experiencia de tipo dialéctico consiste precisamente en la entrada de España en la OECE y en la confrontación que se establece entre las viejas y podridas estructuras españolas y las europeas, comparación que no podrá resistir la economía española. Quizá atice ello los descontentos por parte de la burguesía industrial y financiera. Todos nuestros informes y nuestras deducciones nos llevan a eso. Pero, ¿cuánto tiempo tardará en aclararse el problema y en presentarse esa necesaria alternativa? Es lo que no se sabe.

Fue a finales de febrero de 1960, como se desprende de la carta de Gorkin a Irujo, cuando el Centro publicó el primer *Boletín Informativo*. El *Boletín* no fue concebido como una revista de alta cultura, como sí lo era *Cuadernos*, sino como una publicación más bien de información y combate en la medida que su vocación principal era la difusión de análisis y datos ocultados por el régimen. Por ello, por ejemplo, las referencias al europeísmo incidían específicamente no en el valor de la unión sino en el papel que entre la oposición democrática iba adquiriendo como bandera del combate por las libertades (en uno de los primeros números, por ejemplo, se publicó una crónica dando cuenta de “Cómo fue suspendida la Semana Europeísta” que debería haberse celebrado en Mallorca). Tal vez lo más valioso de los trabajos de ese *Boletín* fue su capacidad para crear la red informal que desde el interior y el exilio lo nutría de noticias. Farreras consigna el nombre del grupo de informadores: el corresponsal de *Le Monde* José Antonio Novais –una figura de la oposición periodística absolutamente determinante en la internacionalización de la oposición española-, el socialista Vicente Girbau, Sergio Vilar, Pedro Altares, José Luis Cano, Julio Aumente, Luciano Rincón Vicent Ventura, Josep Maria Castellet, Albert Manent o Esteban Pinilla de las Heras entre otros. Nombres que han salido y volverán a salir porque, en el núcleo o en sus márgenes, integrarán los equipos que operarían entorno del Congreso por la Libertad de la Cultura en y por España.

Al cabo de muy poco tiempo de ponerse en circulación, en cuestión de meses, el *Boletín* ya formaba parte de las exiguas plataformas que permitían visibilizar lo que la dictadura pretendía invisibilizar y el Centro parecía un lejano y pequeño asteroide pero con potencial suficiente como para convertirse en un auténtico irradiador de oposición. Apenas eran dos despachos con una pequeña sala de espera y una no menos pequeña sala de reuniones, pero era una institución legalizada cuyo propósito era combatir el franquismo y solidificar la alternativa democrática española y estaba vinculada de facto a un prestigioso organismo internacional. Como centro irradiador, por ejemplo, pensó en usarlo el activista catalanista Josep Benet a raíz de los Fets del Palau de mayo de 1960 y las torturas a los implicados (incluido Jordi Pujol). El 1 de junio, desde la clandestinidad, escribía a Farreras pidiéndole que orquestase la campaña de internacionalización del caso. Farreras, a través del Congreso, podía hacer llegar la protesta al Departamento de Estado cuando hacía apenas medio año de la visita oficial

del presidente Eisenhower al Madrid del general Franco. “*Estic segur que els amics del Congrés, i especialment Mr. Bondy ens ajudaran en aquesta ocasió*” (AMAT 2015, 225). No era casualidad que Benet se refiriese a François Bondy porque se había reunido con él durante su viaje de prospección a España de hacía unos meses. Como tampoco sería casualidad que el *Boletín* diese noticia de aquellos sucesos, a través de una crónica redactada, probablemente, por Albert Manent.

5.2. De Copenhague a Madrid: institucionalización del Comité d'Écrivains et d'Éditeurs

Durante la primera mitad de 1960, al cabo de unos dos años y medio desde que Julián Gorkin redactase su informe sobre “Las actividades comunistas en España”, la vida embrionaria de la actividad española del Congreso por la Libertad de la Cultura se había puesto en marcha. Parece que Gorkin hubiese logrado reducir al máximo su actividad latinoamericana para impulsar el Centro de Estudios y Documentación –sobre todo el *Boletín* y su red de informadores y lectores- y al mismo tiempo había iniciado los servicios del llamado Servicio de Prensa: una agencia de noticias que elaboraba “información básica y analítica sobre la libertad cultural en todo el mundo”. La dirigía Gorkin mismo, tenía a Farreras como redactor y enviaba sus modestas hojas de información a la prensa internacional en lengua española.

La rápida consolidación del Centro de Gorkin avanzaba en paralelo al proyecto cultural para España que desde París tutelaba Emmanuel. El 25 de marzo Emmanuel comió en casa de José Luis Cano. “Emmanuel nos expone sus planes de ayuda a la oposición liberal antifranquista, en el plano cultural y económico, no político (por ahora) (Cano 1986, 134). Se trataba de encauzar, por una parte, la ayuda de la Fundación Ford y, por la otra, organizar coloquios entre escritores franceses y españoles. Se estaban poniendo las bases para la constitución no de un comité nacional del Congreso por la Libertad de la Cultura (como los que Gorkin, pongamos por caso, había impulsado en América Latina durante los años centrales de la década de los cincuenta) sino de un comité español del Comité d'Écrivains et d'Éditeurs pour une Entr'aide Européenne, que era otro de los organismos creados en el sí del Congreso por

la Libertad de la Cultura. En parte podrían parecer los mismos perros con distintos collares, pero aquel comité de nombre interminable había surgido en una fase digamos avanzada de la Guerra Fría intelectual. Sigo, en este punto, al Pierre Grémion de *l'Intelligence de l'anticommunisme* (1995, 475 – 487). Explica Grémion que, fruto de profundos cambios políticos (la reunión entre los Estados Unidos y la Unión Soviética de 1955 en Ginebra, la difusión del “Discurso secreto” de Jruschov leído en febrero de 1956 en el Congreso del Partido Comunista Ruso), se crearon las circunstancias para establecer un diálogo intelectual entre el este y el oeste de Europa que durante los gélidos años anteriores había sido impensable. Desde el Congreso por la Libertad de la Cultura, en especial por iniciativa de Ignazio Silone, se quiso participar de este nuevo clima y el programa para conseguirlo se pactó en septiembre de 1956 durante una reunión de los directores de revistas del Congreso mismo celebrada en Zúrich.

En 1957 se crearía una institución –el Comité d'Écrivains et d'Éditeurs– cuyo objetivo sería “*servir de support à de nouveaux échanges Est-Ouest*” (1995, 478) y, como era prácticamente una costumbre se constituyó un comité de notables que avalaban la idea con el prestigio de su trayectoria (entre sus miembros destacaban Raymond Aron, Heinric Böll o Lionel Trilling entre otros). La dirección efectiva de dicho comité en París la asumiría Konrad Jelenski, la persona que tres años después contactaría con Ridruejo y otros intelectuales españoles. Para Jelenski el Comité debía estudiar las relaciones este-oeste; facilitar la libre circulación de hombres e ideas, unos intercambios que en el caso parisino debían cuestionar la hegemonía sartreana (entre existencialista y marxista); y el comité debía ayudar a los que denominaba creadores “no conformistas”, pensando en los escritores y artistas del este que no se plegaban a la estética oficial del realismo socialista. Dicha ayuda debía consistir también en hacerles llegar materiales de reflexión que no estaban a su alcance. Por ello elaboró listados bibliográficos listando las obras más importantes sobre distintas materias (sociología, economía, historia contemporánea, filosofía, psicología o literatura) publicadas a partir de 1939 en los países democráticos. A los intelectuales que apoyaba el Comité les hacía llegar los libros que ellos mismos elegían.

A finales de 1960 se oficializaría la constitución del comité español, cuyos integrantes en buena parte fueron elegidos por Pierre Emmanuel mismo a partir de las relaciones que había establecido en Madrid, Lourmarin y que establecería en septiembre en Copenhague. Iba paso a paso pero con paso definido. El 8 de marzo Emmanuel

escribía a Ridruejo anunciándole que al cabo de tres semanas estaría en Madrid. Le quería ver a él y quería ver a los amigos con las que ya se había reunido en otras ocasiones. Hablaron de Copenhague, de la posible difusión internacional de *Escrito en España* (“*j’attends avec beaucoup d’intérêt le livre de Buenos Aires. Je suis sûr de son importance*”, la diría aquel verano⁵⁸) y del apoyo a la intelectualidad liberal (asunto del que habló también con José Luis Cano, como éste consignaría en sus *Cuadernos de Velintonia*). También pasó Emmanuel unos días en Barcelona, de los que ha quedado constancia en la entrada del martes 29 de marzo de los diarios de un joven poeta de 30 años llamado Jaime Gil de Biedma. “El domingo por la tarde, visita de Emmanuel y Claude Vigée, en compañía de Castellet, Lorenzo Gomis y Jaime Salinas. Sigue el trabajo en la oficina, agravado, a las horas de salida, por diversas conferencias y comidas –coloquio ayer, en el Instituto Francés, lectura de Emmanuel, esta tarde, en Casa del Libro.” (2015, 396) Para Emmanuel fueron días de agenda intensa y vale la pena parar atención al debate que él coprotagonizó en el Instituto Francés. “*Sous les auspices de l’Institut Français de Barcelone*”, se podía leer en las páginas que recibieron los invitados al coloquio, “*les poètes français Pierre Emmanuel et Claude Vigée convient quelques écrivains catalans à une séance de discussions sur la situation de la poésie contemporaine*”⁵⁹. Aunque no constase como tal, el planteamiento de fondo se inscribía en una de las lógicas subyacentes al Comité d’Écrivains et d’Éditeurs: deslegitimar la estética del realismo socialista.

Plantearlo en aquel momento en Barcelona no podía ser más actual. Como es bien sabido, como prueban los dietarios de un Jaime Gil, el acto de afirmación grupal y generacional que representaría la antología *Veinte años de poesía española (1939-1959)* de Castellet –cuya necesidad se había vislumbrado en el homenaje a Machado en Colliure, que por aquellos días se estaba confeccionado a varias manos- implicaba una apuesta por decantar la lírica española hacia un compromiso digamos marxistoiide. Representaba la puesta de largo de aquello que Ridruejo había señalado en la reflexión que había escrito para Lourmarin: la función del arte era testimoniar un compromiso social que impulsase una toma de conciencia colectiva. Los dos poetas que el 28 de marzo debatieron en el Instituto Francés partían de otro planteamiento. Partiendo de una

⁵⁸ Carta de Pierre Emmanuel a Dionisio Ridruejo fechada el 8 de marzo de 1960. Inédita. Se conserva en el Fondo de Dionisio Ridruejo.

⁵⁹ La cita la extraigo de una de las 4 hojas mecanografiadas que debieron tener entre manos los asistentes al debate. La primera contenía un breve currículum de Emmanuel, la segunda de Vigée y la tercera y la cuarta planteaban el tema de discusión.

de las aparentes limitaciones de la poesía contemporánea –“*une des critiques souvent adressée à la poésie moderne porte sur sa prétendue obscurité*»-, invitaban a dialogar sobre la poesía como forma espiritual o forma de conocimiento. Uno de los poetas con quién Emmanuel estableció mayor sintonía –mayor comunión, se podría decir- era Marià Manent, católico como él y quien ya conocía parte de su obra. Y que además era el padre del activista Albert, que, aparte de las revistas del exilio catalán, también publicaba con pseudónimo textos de denuncia tanto en *Ibérica* de Kent como en el *Boletín Informativo* de Gorkin.

Tres días después, ya en París, Emmanuel volvía a sus tareas en el Congreso y escribía a Ridruejo. Le pedía otra vez el texto para preparar la reunión de Copenhagen y además le decía lo siguiente: “*j’espère aussi que les autres projets dont nous avons parlé se matérialiseront*”⁶⁰. Al cabo de pocas jornadas le enviaba ya la lista provisional de asistentes. Y como Ridruejo tardaba en responder, a finales de abril, Emmanuel manifestaba su inquietud. “*Vous savez à quel point ici nous vous aimons*”⁶¹. Esa estima iba a concretarse pocas semanas después. Porque el 11 de mayo Konrad Jelenski, por indicación de Emmanuel, escribía a Ridruejo ofreciéndole uno de los servicios del Comité d’Écrivains, otro de los organismos creados en el sí del Congreso por la Libertad de la Cultura. Aquella misma carta fechada al mismo día la recibiría como mínimo también Marià Manent. Ese fue el primer el primer servicio que el Comité de Jelenski ofreció a una selecta nómina de escritores españoles⁶².

Mientras tanto Emmanuel seguía trabajando en la coordinación del seminario internacional “The writer and the welfare state”. Fallaría Ridruejo, como estaba prevista, pero su nombre pudo escucharse en Copenhagen. El día de la inauguración, ante el primer ministro danés, se lamentó en público su ausencia (se lo comunicó

⁶⁰ Carta de Pierre Emmanuel a Dionisio Ridruejo fechada el 1 de abril de 1960. Inédita. Se conserva en el Fondo Dionisio Ridruejo.

⁶¹ Carta de Pierre Emmanuel a Dionisio Ridruejo fechada el 28 de abril de 1960. Inédita. Se conserva en el Fondo Dionisio Ridruejo.

⁶² Esta era el contenido de la carta que mandó el 11 de mayo. “*Notre ami Pierre Emmanuel nous dit que vous seriez intéressé à recevoir des livres publiés en France ou dans d’autres pays européens, ou être abonné à des revues paraissant ici. Le but de notre Comité est précisément de faciliter à des écrivains et intellectuels européens d’obtenir des livres d’autres pays qui peuvent les intéresser. Si vous voulez bien nous communiquer une première liste d’une dizaine de livres qui vous seraient utiles et de deux ou trois revues auxquelles vous aimeriez être abonné, nous ferons de notre mieux pour vous les faire parvenir*” No sé qué libros pudieron solicitar los intelectuales que recibieron la invitación. En su primer pedido Manent pidió nsayos de Albert Béguin, Jaques Maritain, Frank Kermode y Maurice Bowra entre otros. Me consta que el 7 de octubre de aquel 1960 Jelenski escribió a Joan Fuster ofreciéndole aquel servicio y que el 3 de noviembre Fuster ya escribía a Jelenski dándole las gracias por los primeros libros recibidos.

Emmanuel por telegrama el 10 de septiembre⁶³). Además del grupo que provenía de España –Castellet y su mujer, Carlos Barral, Esteban Pinilla de las Heras, Llorenç Gomis y Julián Marías-, se sumó también Francesc Ferreras desde París. El poeta y periodista Gomis, que escribió un buen balance del encuentro para *El Ciervo*, su revista, sintetizaba los cuatro tipos de sociedad sobre los que se había discutido: la Sociedad Tranquila –la de los países escandinavos o Gran Bretaña-, la Sociedad de la Opulencia –expresión de K. Galbraith aplicable a los Estados Unidos-, la Sociedad Intervenida de la Unión Soviética y sus satélites, y finalmente la Sociedad Agitada. Y en el coloquio se había discutido la vinculación de la figura del escritor con esos distintos modelos de sociedad. Julián Marías, uno de los ponentes, habría defendido que “el papel del escritor tiene que ser enseñar a ser ricos, es decir, enseñarle a ese hombre del goce a sacar partido de su goce” (Gomis, 1960, 13).

Frente a esa concepción habrían reaccionado el católico comprometido Gomis (“el trabajo del escritor tenía que consistir más bien en ayudar a los demás a adquirir, en medio del nuevo bienestar, la mirada lenta, contemplativa y crítica de lo que tradicionalmente se ha llamado espíritu de pobreza”) mientras que otro asistente habría reaccionado contra uno y otro sosteniendo que la función del escritor era la transformación de la sociedad en la línea de la Sociedad Intervenida. Gomis no da nombre de esa posición, pero es probable que estuviese pensando en Carlos Barral. En *Cuando las horas veloces* Barral recordaría su reacción agria ante ambos posicionamientos. “La izquierda española allí presente –Castellet, el sociólogo Pinilla de las Heras y yo- no podía pasarlo por alto”. Tras la sesión Castellet –“maestro de las transacciones”- intentó mediar, pero no hubo forma. Y tampoco se logró enfriar la tensión en una cena posterior, de la que Barral marchó indignado (Barral 2001, 555).

Pero, a pesar de aquella polémica, la apuesta española del Congreso ya estaba definitivamente madura. París había dado luz verde para crear el comité nacional español del CEEEEE. Ese podría el sentido de la correspondencia cruzada por aquellos días entre Aranguren y Gorkin, que escribía también en nombre de Emmanuel y que acababa de escuchar una versión de lo ocurrido en Copenhague de voz de su colaborador Francesc Ferreras. “Tengo informes de que los intelectuales españoles que

⁶³ Este es el texto del telegrama : “Conference ecrivains et welfare state ouverture a Copenhague par premier ministre danmark regrette les causes de votre absence et exprime affectueuse sympathie”. La copia que recibió Ridruejo se conserva en el Fondo Dionisio Ridruejo.

han ido a Copenhague han producido una extraordinaria impresión por su madurez y su altura de miras; han recibido, al mismo tiempo que la admiración de todos los otros asistentes, las mayores pruebas de afecto”, escribía Gorkin a Aranguren el 16 de septiembre de 1960 invitándole a viajar a París para concretar cómo funcionaría el comité⁶⁴. Al cabo de menos de un mes, en la casa de Aranguren en Madrid, se celebró una reunión en la que Aranguren leyó cuáles serían los principios de actuación. Allí estaban, además del anfitrión, José Luis Cano, Pedro Laín, Julián Marías, Dionisio Ridruejo, Fernando Chueca, Manuel Terán y Pablo Martí Zaro (había otras personas, pero Cano no las listó). Se habló de cómo podrían blindarse ante la probable represión del gobierno y se optó por no concretar que dependían del Congreso por la Libertad de la Cultura (Cano 1986, 139).

El 20 de octubre por la tarde se celebraría una nueva reunión, ahora en casa de Chueca, y en este caso se contaría con Emmanuel. El comité iniciaba su actuación. El dietario de Cano, a pesar de lo telegráfico de la entrada, permite intuir cómo se desarrolló la reunión y cuál debía ser la dinámica habitual (Cano 1986, 140). Se hablaba de política, se tramaban actuaciones de protesta (redacción de manifiestos, por ejemplo) y se realizaba la actividad propia del Comtié d’Ecrivains tal como la he descrito anteriormente. Sus primeros miembros fueron Pedro Laín, que ejercía de presidente, Aranguren, Cano, Chueca, Marías, Ridruejo y Josep Maria Castellet, que actuaba como el secretario. Concedían ayudas a literatos, académicos e intelectuales. Fue a partir de aquel momento, definitivamente, cuando la operación España del Congreso había empezado a funcionar. Tal vez podría alterarse la dinámica intelectual del país, es decir, la vida cultural y política. Tal vez. En cualquier caso ese grupo, más o menos clandestino, se había institucionalizado de manera informal y tenía financiación extranjera para desarrollar actividad antifranquista.

Dicha actividad, más que a una planificación intelectual sistemática, parece responder en una primera fase a la voluntad de reforzar redes de amistad ya existentes entre los propios miembros del comité⁶⁵. Las ayudas eran de dos tipos. Becas para escribir ensayos o investigaciones y ayudas para viajar al extranjero. Durante los

⁶⁴ La carta puede leerse en: http://www.filosofia.org/mon/cul/clc_012.htm.

⁶⁵ Esta información se desprende de las actas de las reuniones de la comisión española conservadas por Pablo Martí Zaro, que sería su secretario al cabo de dos años, y actualmente las custodia la Fundación Pablo Iglesias. Mi agradecimiento a los hijos de Pablo Martí Zaro por haberme facilitado dicha documentación es impagable. Sin su generosidad no habría podido escribir esta tesis.

primeros meses de existencia del comité se concedieron ayudas para la escritura de cuatro libros: a Enrique Tierno Galván y a Marra López, que redactaría su *Narrativa española fuera de España (1939-1961)* (era un candidato de Cano), Esteban Pinilla de las Heras y Luis Felipe Vivanco⁶⁶. Los primeros en recibir becas para viajar fueron, entre otros, Aumente, Fernández de Castro y Moreno Galván. Para ampliar el marco de influencia del comité en febrero de 1961 se creó una red de contactos por todo el país a través de la cual llegarían las propuestas de becas para libros y bolsas de viaje⁶⁷. Fue entonces cuando lo recibió, por ejemplo, Juan Marsé. “Se han empeñado, en la Seix (y eso también es un poco secreto, no sé por qué), en que vaya a Francia”, le contaba el 25 de abril Marsé a la escritora y mentora Paulina Crusat, “Castellet me hizo escribir una carta al poeta Pierre Emmanuel”. Dos días después Marsé recibía confirmación de la concesión por carta de Castellet. “Tal como te debía decir Carlos [Barral], te hemos otorgado una beca para el extranjero” (Cuenca 2015, 190-192). El 5 de junio, a través de la Unión de Banques Suisses Marsé recibía un giro de mil francos enviado por la sección francesa del Congreso por la Libertad de la Cultura.

El comité funcionaba. Se recibían libros de Francia, se podía becar escritores, apoyar la escritura de libros... Como uno de los objetivos de Jelenski era facilitar el movimiento de ideas y personas no sólo hubo españoles que pudieron viajar al extranjero gracias a las bolsas de viaje que concedían sino que sus miembros también recibían indicaciones desde París para acoger escritores y pensadores extranjeros que pasaban por España. Se trataba de incrustar la intelectualidad liberal española a una potente red transnacional

⁶⁶ En la segunda ronda de ayudas uno de los beneficiarios fue Joan Fuster. Su caso nos permite describir el procedimiento que se seguía: un proyecto de libro era aceptado o no por el comité, uno de sus miembros se lo comunicaba al tiempo que se informaba a París de la concesión y era Jelenski quien tramitaba los distintos pagos (incluido el último cuando la obra estaba terminada).

⁶⁷ Antonio Gómez Picazo (Albacete), V. Ramos (Alicante), Arturo Medina (Almería), Guillermo Sureda (Balears), Castellet (Barcelona), Javier de Bengoechea (Bilbao), Juan Ruiz Peña (Burgos), Sr. Arosena (Canarias), Carlos Castilla (Córdoba), Manuel Alvar (Granada), Victoriano Crémer (León), Bernabé F. Canivell (Málaga), Sr. Iranzo (Murcia), Luis García Sanmiguel y Emilio Alarcos (Oviedo), Emilio Salcedo (Salamanca), Luis Martín Santos (San Sebastián), Pablo Betrán de Heredia (Santander), Domingo García Sabell (Santiago de Compostela), F. López Estrada (Sevilla), Joan Fuster (Valencia), M. Delibes (Valladolid), Ildefonso Manuel Gil (Zaragoza).

Capítulo 6. El europeísmo democrático como alternativa de futuro

¿Cómo podía imaginar Konstantin Jelenski, al regresar a París, lo que al cabo de sólo una semana iba a suceder en Madrid? El 24 de enero de 1961, en su mesa de trabajo de la Rue de la Vrillière, Jelenski escribe una carta manuscrita a Dionisio Ridruejo. Rápida, pocas líneas. Buena educación. El recuerdo de los días que acaba de pasar en España. Le gustaría volver en mayo, dice, porque así se lo han pedido Aranguren y Castellet, para asistir al seminario internacional que entre Madrid y París están organizando y que será otra prueba más del arranque de las actividades del Congreso por la Libertad de la Cultura en España. Pero en su despacho, más que de trabajo, sólo quiere decirle en estas líneas manuscritas a Ridruejo “*quanto sono felice di averlo conosciuto*” y recordar un par de momentos especialmente emocionantes de su estancia: la visita a Segovia (un clásico al que Ridruejo llevaba siempre a sus invitados) y el reencuentro con José Bergamín⁶⁸. Se debían conocer de París. Tal vez los presentó Emmanuel. No era ideología. Era amistad. Como amistad era la que estaban empezando a trabar Ridruejo y Bergamín. Precisamente por ello, ¿cómo iba imaginar Ridruejo, que apenas hace un mes que ha saludado personalmente a Bergamín por primera vez, que se estaba afilando el cuchillo de una guerra que no acaba, de un pasado que no se supera porque ese pasado – la Guerra Civil- sigue siendo el origen del presente dictatorial que los oprime?

6.1. Los estrechos límites de la libertad de expresión: la polémica Bergamín, Ridruejo y Luca de Tena

Martes 31 de enero de 1961, página 33 de la edición madrileña del diario *ABC*. El artículo se titula “Contestación a Pepito Bergamin” y lo firma Juan Ignacio Luca de Tena, director del periódico, académico de la lengua y uno de los hombres de poder del

⁶⁸ Carta de K. A. Jelenski a Dionisio Ridruejo fechada el 24 de enero de 1961. Inédita. Conservada en el Fondo Dionisio Ridruejo.

franquismo. Por diversas fuentes había tenido noticia de la aparición de un artículo de José Bergamín en *El Siglo* de Santiago de Chile. Era la reproducción de “Si el tiempo no lo impide”, un artículo publicado hacía algo más de medio año en *El Nacional* de Caracas, donde Bergamín era crítico (usando la ironía) con la posibilidad y el apoyo que tendría una hipotética restauración monárquica como vía de salida de la dictadura. “Esta solución anacrónica, provisional o definitiva (solución disolvente) no parecen verla con buenos ojos más que aquellos que lacrimean al escuchar y ver la representación escénica de las cursis figuraciones nostálgicas que les sirve a su gusto el actual Marqués Luca de Tena”. Contra esa ironía y contra ese planteamiento político reaccionó Luca de Tena. Y reaccionó afirmándose desde la victoria franquista y el relato mistificado sobre el pasado que la Dictadura usaba aún para imponerse.

Bergamín estaba infectado por el pasado. Por la Segunda República y por la Guerra Civil. Porque el mal había empezado aquel 12 de abril de 1931 de elecciones municipales en toda España. Hasta aquel momento Bergamín y Luca de Tena, que se conocían, habían compartido buenos amigos. Pero a partir de aquel momento todo cambió. En apariencia se había podido convivir. Luego, ya no. “Al desaparecer esta apariencia de respeto, sobrevino la guerra civil”. El papel de Bergamín, entonces, no había sido precisamente menor. Fue, en palabras de Andrés Trapiello, “el escritor más influyente en el sesgo intelectual de la guerra, no solo por los importantes cargos que ocupó, sino por su prestigiada inteligencia” (2010, 120). Luca de Tena lo sabía y así se lo recordaba a sus lectores, caracterizándolo como “el del mono de miliciano y pistola al cinto en la Agrupación de Intelectuales Comunistas con Alberti, Cruz Salido, Álvarez del Vayo”. Luca de Tena no había olvidado aquel verano fatal del 36. No era una cuestión ideológica, decía, sino de dignidad humana. “Abandonó a sus mejores amigos, a aquellos que habían sido para él como hermanos, en cuyas casas compartido hasta el 18 de julio el yantar familiar; hombres que estaban perseguidos como alimañas por los analfabetos correligionarios que Bergamín tenía en los extramuros”. Lo había sabido y nada había hecho por ellos. “Cuando algún pariente o viejo amigo iban a implorarle protección para los perseguidos, el intelectual Pepito Bergamín, una de las personas que más influencia tenía en el Madrid rojo, se limitaba a alzar sus manos al Cielo, bien lavadas como las de Pilatos, chillando con su más equívoco acento del Perchel malagueño: *¡No me comprometái...! ¡No me comprometái...!*”. Había sido por aquel gesto, y no por si era comunista o no, que hacía un par de años se había negado a firmar

el aval que Bergamín le había pedido desde París. Era la condición que le había impuesto en el consulado español: tres firmas de españoles de prestigio que respondieran por él. Pemán firmó. Antonio Garrigues firmó. Luca de Tena no. De nada habían servido estas líneas: “no sé si he hecho bien acordándome de ti ahora tras tantos años de olvidos. Me gustaría saber que no te desagrada ni desapruebas este recuerdo”. El secretario del Marqués acusó recibo, contestó anunciando que se lo comunicaría y el diálogo quedó interrumpido. Bergamín buscó y encontró otro aval. A finales de 1958 volvió a Madrid y en Madrid estaba, remataba Luca de Tena, viviendo con la tranquilidad que no habían tenido sus amigos durante el verano de 1936. Pero que quedase claro. Él –Don Juan Ignacio Luca de Tena- no le había avalado. “Fue por pura repugnancia física; la que produce el contacto con algo blando y viscoso”.

Ese mismo día, ese 31 de enero, Dionisio Ridruejo salió en defensa de su nuevo amigo, redactó una carta dirigida a Luca de Tena y, como su réplica era impugnable (y escrita por él, además, proscrita ya que su firma estaba públicamente proscrita), hizo varias copias de aquellas dos apretadas páginas mecanografiadas y las hizo circular entre sus círculos de cómplices⁶⁹. La defensa de Bergamín era individual, pero también lo era del exilio derrotado que había optado por volver al interior. Era la defensa del puente llevada al punto en el que se produciría el verdadero choque: no entre exilio e interior sino entre vencedores y vencidos. Y, en la medida que esa distinción seguía demostrándose activa (como ejemplificaba el artículo), decía concluirse que la convivencia en España seguía fracasando. Ridruejo estaba sulfurado. “Es un artículo brutal, una agresión lanzada contra un hombre indefenso desde posiciones de seguridad y privilegio, una delación del peor estilo”. Necesitaba proclamarlo desde una determinada posición que trascendía lo intelectual para situarse en lo ético. “Antes de que mis amigos”, afirmaba al saber que rompía definitivamente también con el director de *ABC*, “he querido ser siempre amigo de la verdad”. Y desde su verdad denunciaba el abismo de sangre que reforzaba la consolidación de una sociedad roto. Desde el poder

⁶⁹ Aunque los textos de la polémica están reproducidos en la primera edición de *Casi unas memorias* (1976, pp. 369-385), los cito por su fuente original (los textos publicados en *ABC*), pero fundamentalmente por el dossier de 14 páginas mecanografiadas y ciclostiladas que circuló de manera privada o clandestina en su momento y que incluía las dos cartas de Ridruejo y la de Juan Ignacio Luca de Tena. También en este caso el ejemplar me lo facilitó Albert Manent. Es a partir de este documento que reconstruyo el episodio. El dossier se abría con una nota anónima de presentación de la que copio el siguiente fragmento: “Comoquiera que el trabajo de reproducir todo el dossier hubiera comportado un trabajo excesivo y otras dificultades materiales, ha parecido conveniente limitar el cuaderno presente a los documentos menos difundidos como la primera carta que sólo lo fue por un limitado número de copias mecanográficas y la última de la que no han circulado más que tres o cuatro copias”.

Luca de Tena reafirmaba su poder no en la verdad sino en la victoria de la guerra a la que había apelado una y otra vez en su “Contestación a Pepito Bergamín”. A la mínima había aparecido el agujero negro de la guerra. A la mínima discrepancia Luca de Tena había sentado al viejo republicano “en el banquillo en que se sustanciaron – unilateralmente- las responsabilidades de la Guerra Civil y sin apelar al hecho terminante de que tú eres uno de los vencedores y él uno de los vencidos”. La guerra continuaba. La guerra era el consenso de la Dictadura. Y sobre ese consenso no podría construirse nada sólido. “Veintidós años después de terminada la guerra aún siguen, pues, en pie, los desdichados encastamientos y discriminaciones producidas por ella”. Era una actitud fatal. Era necesario que esa actitud desapareciese no para olvidar sino para crear las condiciones que harían posible una reconstrucción perdurable. “Creo que sólo cuando los españoles hagamos historia más bien que leyenda y empleemos el humilde *nosotros* a la hora de recontar las culpas, este país tendrá ante sí algo que se parezca a un porvenir”. No era un brindis al sol voluntarioso. Esa era la medula de *Escrito en España*.

Podía haber sido una polémica sin más, pero también podía ser como una probeta para determinar cuál era el tono de la vida civil en España. De si era posible, para decirlo con Ridruejo y su formulación es la clave del intento de refundación de una cultura política democrática en nuestro país, convertir el adversario en interlocutor. Pero aquel experimento, como en el de *Tiempo de silencio* que se publicaba aquel año, se desarrollaba en un laboratorio pobre y sombrío. El día después de haberse publicado el artículo de Luca de Tena la Dirección General de Seguridad convocaba a Bergamín. Las cosas claras. Amonestación por una parte, prohibición por otra. No podría volver a tratar de temas españoles ni en la prensa del país, por supuesto, pero tampoco en el extranjero. Y las consecuencias de la polémica seguirían. Cuatro días después seguía el cruce de cartas. Bergamín mandó una carta a *ABC* aclarando su posición. Un texto breve, firme, pero escueto y nada combativo. Aclaraba algunos puntos, no para negar su filiación republicana, sino tratando de fijar su conducta al pedir los avales para regresar a España y, sin añadir ejemplo alguno, para establecer también cómo se había comportado el verano de 1936. “Nada más”. La carta la publicó el diario monárquico el 11 de febrero. Pero aquel día 4 que Bergamín redactó la suya, Luca de Tena contestó a Ridruejo. Es interesante, otra vez, por el uso del pasado –de una determinada posición del pasado– para reforzar una posición de poder impuesta por las armas. El señor marqués volvía,

como en su primera respuesta a Bergamín, a 1931. Ahora era mayo. Y era ante la redacción del periódico. Se estaba produciendo un intento de asalto y la guardia civil disparó. Disparó al aire para dispersar a los manifestantes. “Nunca podré olvidar, por grotescas y por injustas, las soflamas de los asaltantes”. Tampoco había olvidado la versión que se dio de aquellos hechos: se dijo, se repitió y se publicó que desde *ABC* se les había agredido. Esa inversión de lo ocurrido, al cabo de treinta años, era lo que contenía la carta pública –publicada en unas pocas copias mecanografiadas– que Ridruejo le había enviado. “Como para servir sus fines políticos falsificas la verdad, demuestras que ni eres amigo de tus amigos ni eres amigo de la verdad”. Que no lo olvidase Ridruejo. *ABC* también había defendido sus ideas en tiempos de indefensión para su causa. Hubo un tiempo en que defender la monarquía había tenido un precio. “La cárcel, la persecución y hasta la vida misma”. Y Bergamín, lo demostraba Luca de Tena citando pasajes del artículo que había provocado la polémica, seguía allí, defendiendo la República. “A mí no me sorprende que el señor Bergamín defienda la República: no ha hecho otra cosa en tu vida. Nadie puede sorprenderse de que yo la combata. No he hecho otra cosa en mi vida”. Para él era, también, una cuestión de conciencia.

Bergamín no estaba indefenso, sostenía el director de *ABC*. Podía dar conferencias (acaba de dictar una en Madrid mismo), podía escribir en la prensa del exilio e incluso tenía un defensor como Ridruejo (y tal vez sabía que el 2 de febrero en su casa se habían reunido un grupo de amigos para solidarizarse con él) (Cano 1986, 143). Y él, Luca, se había dirigido al Ministerio de Información para que le permitiesen publicar la réplica de Bergamín. Podía preguntárselo, porque así se lo había transmitido, a José María Gil Robles. No estaba indefenso Bergamín en el invierno de Madrid del 1951 franquista. Indefenso hubiera estado él “si en 1936 hubieran triunfado los milicianos comunistas que él alentaba”. ¿Dónde estabas tú en el 36? “Dices muy bien [...] que a la hora de hacer reproches al próximo adversario sería acaso muy grave no hacer examen de conciencia y preguntarse si acaso andábamos nosotros por las mismas fechas entre los Ángeles de la Guarda. Comprende que este punto te exaspere ahora particularmente”. Era, sí, el pecado original de Ridruejo. Porque, se lo recordaba en una discusión de registro privado pero difusión pública, el programa de convivencia que Ridruejo había articulado denunciando su ignominia le retrotraía de nuevo al pasado. Descubría “ideas y consideraciones que pudiste haberme oído a mí cuando tú mismo

las combatías”. Venía a decir que, frente al encendido totalitario de la guerra, él sí se había demostrado como un liberal. Como, de algún modo, seguía siéndolo ahora, tal como definía también su programa convivencial para el presente y para el futuro. “El regreso de los exiliados cuyas manos y cuyo corazón no estén manchados de sangre; el respeto a su retiro; los medios heroicos, si fuera preciso, para alcanzar fórmulas de convivencia; el mayor uso de la libertad dentro del derecho y de la responsabilidad; la desaparición histórica de la casta de los vencedores y vencidos, son bienes que yo anhelo desde el fin de la contienda”. Pero eso, en la lógica de Luca de Tena, volvería a implicar que en el caso de que alguien propugnase fórmulas políticas que desgarrasen otra vez a España –formas como la República, como la que defendía Bergamín, su voz se alzaría de nuevo. No había olvidado el inicio de la tragedia. No era 1936. Había sido 1931. No lo olvidada. Y tampoco había olvidado uno de aquellos eslóganes de los días del diluvio de sangre y odio. “Me dejé convencer por uno de los slogans que divulgó tu departamento cuando eras miembro de la Junta Política de la Falange; Consejero Nacional, Definidor de la Cruzado y Delegado Nacional de Propaganda. Aquel que decía: *Perdonar, pero no olvidar*”.

El pasado volvía. Volvía siempre. Lo sabía y lo asumía porque “sin duda podría espigarse la antología de opiniones incómodas de escuchar ahora”. El pasado de equivocaciones existía. Si Ridruejo, de cara al grueso del exilio liberal, había conseguido redimirlo, el establishment franquista lo conservaba en la recámara para cuando fuese necesario disparar contra él. Siempre sería así. Pero era precisamente la lucha contra esa dinámica –la de vencedores y vencidos, pero, en ultimísimo término, la que venía enfrentado secularmente las denominadas dos Españas- lo que caracterizaba el activismo político e intelectual de Ridruejo a la altura de su tiempo. El activismo que el 9 de febrero expuso en su nueva contrarréplica (8 apretadas páginas mecanografiadas y de nuevo difundidas a través de los sospechosos habituales) dirigida a Luca de Tena. “Ni los vencedores ni vencidos, en cuanto tales, tienen nada que decir que pueda ser útil para nuestro futuro sino en cuanto sepan reencarnar como hombres nuevos, ricos de su dolorosa experiencia y hasta de su traicionada esperanza, pero purgados en su rivalidad mortal. Esta es la acaso utópica convicción que hoy profeso”. Aquel “hombre nuevo”, que podría interpretarse como la maduración de aquel “hombre entero” que se gestó líricamente durante la segunda mitad de los cuarenta para ir derivando de ontología religiosa a ontología política, era el sujeto que podía encarar la reconciliación. ¿Podía

ser Ridruejo? Venía de donde venía, era cierto, y viniendo desde un pasado que asumía pretendía reconstruir el presente. Luca de Tena podría leerlo. “Sobre la coherencia o continuidad interna de mi proceso, leerás algún día páginas que quizá –al menos literariamente- te interesen”. Ese proceso, que más que una ruptura era una evolución (“creo que la idea del tipo de sociedad, del orden de justicia que apetezco para España no ha cambiado mucho para mí desde los años ilusionados y miméticos de mi juventud hasta ahora”), había desembocado en el siguiente posicionamiento. Es una toma de posición larga, larguísima, pero es central y por ello la copio por extenso:

Llegado al fin del camino –o si quieres al momento actual de mi parábola- no creo, por ejemplo, en la Dictadura militar y revolucionaria (y menos aún en la reaccionaria o congeladora) en que creí un día, porque me ha demostrado en todas partes su negatividad. Como quien descubre el Mediterráneo –no lo niego- he descubierto que el Estado de Derecho, la selección por vía electiva, la sinceración dialéctica de los conflictos y otros muchos aspectos de los que constituyen la práctica democrática son muy superiores al mesianismo de la violencia. Me sigue interesando lo que puede servir al proceso de transformación que nos lleve a la sociedad justa –hoy la llamaría Democracia Social- en que he creído siempre. He venido a ser, si te parece, un socialista liberal que considera la Democracia política, con todas sus fragilidades, perplejidades y peligros, el más progresivo y el menos corruptor de los cauces de evolución que al nivel de nuestro tiempo puede imaginarse.

La Monarquía, más que la República, le parecía a Ridruejo un instrumento más útil para consolidar en aquel momento la democracia en España. Pero aquella discusión, por entonces, él consideraba que no era la esencial. Lo esencial era lo que afectaba al presente y al trabajo para establecer las condiciones que hiciesen posible evolucionar hacia esa democracia. Y las condiciones, argumentaba, le parecían las siguientes:

A mi juicio y en primer término, reconvertir la comunidad convivencial de los españoles de modo que todos y cada uno de ellos se sientan responsables del

destino común, lo que excluye el mantenimiento de toda casta, pequeña o grande, de propietarios del país y es incompatible con el hecho de que la ostentación de tal o cuál título, la participación en tal o cual batalla, o la suscripción de tales o cuales ideas puedan alzaprimar –o por el contrario disminuir- la condición de los derechos de cada ciudadano. Esta igualdad de oportunidades –que luego habrá de verificar en el orden social y económico- hay que establecerlo, por de pronto y con urgencia, en el orden político y civil. Sin ello no daremos el menor paso hacia lo que viene después –nuestra segunda necesidad- que es el de dar franca apertura a un proceso que, si te parece, podemos llamar de modernización, por el cual España pueda incorporarse al proceso general de los otros pueblos desarrollados y la vida de los españoles no quede a la zaga –en el orden de las instituciones, los recursos, los niveles de vida, la plenitud de las relaciones- de la vida de los otros hombres de tradición equivalente.

No era un proyecto que la Monarquía como forma de estado imposibilitase. Pero Ridruejo creía que esa Monarquía, cuyo papel debía ser arbitrario, no era precisamente aquella por la que estaba trabajando Luca de Tena con sus intervenciones públicas y su papel en el Consejo Privado de Don Juan. Al contrario. Defendía “una fórmula de convivencia que sustancialmente significa el mantenimiento del estado social deducido de la guerra. Una Monarquía que significaría más bien la coronación de una amargura que la apertura de una vida nueva”. Ridruejo imaginaba una conversación con un Luca de Tena que sostendría que, de facto, un cambio de régimen –el paso de la dictadura a la monarquía- implicaría el inicio forzoso de una evolución. Pero discreparían de esa evolución en la medida que, si esa nueva monarquía nacía de un equívoco, no podrían hacerse muchas ilusiones sobre su capacidad para ser herramienta transformadora útil. “La Monarquía para la prórroga del poder de la casta de propietarios impuesta tras la guerra no serviría más que para tener que derribarla revolucionariamente, con todos los inconvenientes de la revolución por aquello de que el más valioso para combatir no es siempre el más prudente y el más certero para gobernar”.

Hasta aquí llegó aquel diálogo de formato público pero cuya dimensión era abierta. Reducida, sin duda, pero abierta al fin porque Ridruejo no contaba con otras

medios ya que su firma estaba proscrita desde hacía más de un lustro como lo estaba la libertad de expresión en España desde hacía más de dos décadas. “De haber tenido periódicos donde publicarla, no me hubiera tomado las molestias, para mí muy graves, de la reproducción mecanográfica ni me hubiera limitado a una difusión tan desproporcionadamente modesta”. Pero las cosas eran como eran y aquella discusión, al fin, se había convertido en otra cosa. La palabra la uso Ridruejo mismo. Su segunda carta a Juan Ignacio Luca de Tena era un auténtico manifiesto. Y como tal se difundió en prensa del exilio donde, entre otros, lo leyó Francisco Ayala. Su reacción fue instantánea. “Esa carta de usted revela, no sólo su limpieza de alma, sino algo que, en el fondo, va ligado a ella: una manera alta, noble, inteligente, generosa y digna de encarar (dándole a esta palabra todo su alcance) la situación de nuestro desdichado país” (Gracia 2008, 365).

6.2. El uso del pasado: *España, primer ensayo de democracia popular* de Julián Gorkin

El pivote de la dura discusión entre Luca de Tena y Ridruejo era el pasado: la necesidad o no de echarlo al olvido (para decirlo con la “antigua y preciosa locución” que usó Santos Juliá en un gran artículo) (2009, 309) para así consolidar una alternativa democrática al presente dictatorial. El pasado era la guerra y la guerra seguía vivísima en la memoria, no sólo a título individual, sino de una manera reiterada en la memoria colectiva que imponía el franquismo para consolidar su fuente de legitimidad. La reconciliación, concebida como condición necesaria para la fundamentación de una evolución política en España, pasaba, pues, no por extirpar de la historia unos determinados sucesos traumáticos (lo cual era y es imposible) sino por no hacer de esa historia un factor que pudiese condicionar las bases de esa necesaria evolución. Pero, en esa compleja relación entre presente y pasado (un pasado que podía interpretarse de tan diferentes modos), a la altura de 1960 demasiadas cosas seguían estando en juego como para que los tiempos del horror, efectivamente, pudieran redimirse.

Pongamos por caso la larga estancia del primer ministro soviético Nikita Krushev en Francia a finales del mes de abril de 1960. Según Carles Sentís,

corresponsal de *La Vanguardia* en París, aquella estancia pretendía distanciar Charles de Gaulle de Konrad Adenauer, alejar a Francia de la órbita alemana. “¿Era esta la idea que esta mañana trabajaba dentro el cráneo rapado de Nikita Krushev? Ni el París suburbial —el famoso cinturón rojo— ni el París monumental han desarrugado su frente” (LV, 24/III/1960). Desde el primer momento Krushev había usado una estrategia de persuasión basado en el pasado con el objetivo de reformar su misión de política diplomática. Nada más bajar del avión, en la sala de prensa del aeropuerto de Orly (improvisada y abarrotada), Krushev, para confraternizar con la Francia que le acogía, recordó las bombas nazis que seguían enterradas en el suelo de sus anfitriones y también en las de su propio país. Eran las mismas. Aquel concreto relato era un uso del pasado con una intencionalidad política determinada. Pero situar el foco ante la agresión nazi implicaba dirigir la mirada hacia unos hechos para obviar otros. Para obviar, por ejemplo, lo que simbolizaba aquella chica, la húngara de 26 años Elsa Silbernagel, que rompió el cordón de seguridad para arrodillarse ante la mujer de Krushev. Su gesto humillado visualizaba el drama de Budapest en 1956. Era una exiliada política en París que, al huir de su país con su marido, se había visto forzada a abandonar a su hija. La quería recuperar y se lo pedía de rodillas a la primera dama soviética. Aquel pasado tan reciente también seguía allí.

Era una herida del pasado sin cicatrizar como también lo era el que podía representar aquel Julián Gorkin exiliado que se iba acercando ya a los sesenta años. El nuevo episodio de sus choques con la historia se había producido hacía pocas semanas, motivado, precisamente, por la próxima visita de Krushev a París⁷⁰. A las seis de la mañana del 6 de marzo de aquel 1960 a Gorkin empezaron a volverle a la memoria los fantasmas que poblaban su memoria y que en buena parte eran los actores de una obra de teatro cuya existencia le permitían ocupar el centro del escenario. A esa hora el timbre de su casa sonó varias veces. Al entreabrir la puerta vio la placa de dos inspectores de policía. La orden era clara. Debía acompañarles. No es que estuviera detenido. Es que debía alejarse de París al menos por dos semanas. Tal vez tres. “Ya debe usted suponer de que se trata”, le dijeron. Era el viaje. ¿Podía ser un nuevo viaje suyo a Latinoamérica para seguir con su proselitismo? No. Él no era el viajante. Era Krushev y Gorkin podía ser un peligro. Entonces les dejó entrar y les invitó a un café

⁷⁰ Lo narró el mismo Julián Gorkin en el texto “Los corsos” que consta de tres páginas mecanografiadas, está fechado el 7 de marzo de 1960 y fue difundido por el Servicio de Prensa que Gorkin mismo dirigía. La copia con la que trabajo está conservada en el Pavelló de la República de la Universitat de Barcelona.

y, o al menos tuvo la gracia de contarlos así, también a un vodka. Los agentes le llevaron su maleta y partieron en dirección a la comisaría. “Había allí varios no detenidos como yo, entre ellos un viejo cristiano de Ucrania y dos chinos de Formosa”. A partir de allí empezaría su viaje.

Les hicieron subir a un autobús. Iba en dirección al sur. Paraba en cada comisaría. Cada vez estaba más lleno. Cada vez eran más numerosas las nacionalidades de los viajeros. Llegaron a un viejo hospital que se había reconvertido en cuartel y cárcel de tránsito. Autobuses, no detenidos y policías de paisano que se distinguían porque ellos sí lograban sonreír. De la una a las siete de la tarde estuvieron de pie en una capilla. No había ni bancos ni sillas, pero les dieron una notificación fechada el 27 de febrero y que subsistía a su carné de identidad. La prensa diría que eran unos mil. De edades y profesiones diversas, incluidos dos sacerdotes croatas y una decena de españoles. “¿Qué pintamos aquí? ¿Será menester que haya españoles donde se produce una calamidad humana?”, se preguntaba Gorkin. A grupo de no detenidos la policía no tardó en endilgarles un mote: los corsos. Ese sería su destino. Les iban a resguardar en Córcega durante un par o tres de semanas. Gorkin, al rememoralo, diría que, a pesar del engorro, había sentido orgullo. Su nombre formaba parte de una lista. Una lista validada por la embajada soviética en París y cuya ejecución ponía en contacto al general Zajarov y sus especialistas con la policía francesa. “Amantes de Francia, de su independencia y de su tradicional respecto al derecho de asilo, esta noticia nos hiere profundamente a todos. He de decirlo porque es verdad. La amargura es general”. El día 7 a primera hora de la mañana empezaron a salir los autobuses llenos en dirección a un par de aeropuertos. Siete horas después que empezasen a vaciarse las estancias, sólo quedaban un par de personas pendientes de ser evacuadas: un exministro georgiano y Gorkin. Les convocan. “Nos llevan a una oficina y el que parece el comisario principal nos anuncia una medida excepcional: vamos a quedar en libertad inmediatamente. Pero nos invita a suscribir un compromiso de honor: que abandonaremos el departamento del Sena durante los días que permanezca en él Nikita Kruschov”.

Lo que había salvado a Gorkin había sido, según él, a un movimiento de protesta en el que habían participado políticos y escritores. Se lo diría, al cabo de un mes, a Manuel de Irujo, respondiendo a una carta que el nacionalista vasco le había escrito manifestándole su solidaridad. “No tiene idea de la cantidad de personalidades literarias y políticas que se han ocupado de mi caso. Incluso algún Ministro, que no ha dejado de

ser amigo de nuestra Causa”. Y su caso pretendía convertirlo en categoría. Desearía haber estado deportado junto a aquella nómina de anticomunistas, “pero se trataba de algo más importante: impedir el triunfo de los totalitarios”, le confesaba a Irujo el 8 de marzo⁷¹. Su caso, otra vez, como arma ideológica en su combate obsesivo y permanente. Por ello redactó la crónica del suceso y la divulgó a través de su Servicio de Prensa. Porque su guerra personal, injertada a la Guerra Fría, tenía su sentido. “¡Qué me hablen a mí de coexistencia y de paz después de eso!”. Su biografía era un argumento político en ella misma. “Desde hace más de treinta, mi vida parece depender, por lo general a pesar mío, de lo que hacían o dejaban hacer Stalin y Trotski ayer, de lo que deja de hacer Kruschev hoy”. Hablaba por experiencia. Por los incidentes que había sufrido como conferenciante en La Habana, Santiago de Chile y Lima. Por los atentados sufridos en el México de la primera mitad de los cuarenta, cuando le abrieron la cabeza. Y, como siempre, por la guerra civil. “Interviene Stalin en la guerra de España y me pasean a mí de calabozo en calabozo en la piel de un condenado a muerte”. Era esa experiencia de la guerra, también para Ridruejo, lo que le había legitimado como actor en los debates intelectuales de la Guerra Fría. Lo sabía, así lo creía y lo exprimía. Y estaba prestigiada porque convenía a los intereses ideológicos de aquel momento. “Para cuando la Primera Guerra Fría culminaba a principios de los años sesenta, fue la visión más o menos trotskista (fijada por Munis en 1948 y retomada por Rama, Broué y Bolloten en 1960-1961) la que recodificó la contienda” (Veiga, Ucelay, Duarte 2014, 409). Era la visión de Gorkin. La del combate de la revolución contra el frente reaccionario y el frente comunista. La que venía madurando desde principios de 1939. La que había reforzado con los testimonios interesados de los conversos. A la que por entonces estaba dando forma definitiva.

Porque la reflexión de Gorkin, a diferencia de la de Ridruejo, quedaba, demasiadas veces, fagocitada por aquel abismo de la guerra civil. Su trauma de entonces, tan real, se había convertido en su principal código para interpretar la realidad. Lo mostraría en el volumen *España, ensayo de democracia popular*. Impreso por la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura durante el último tercio de 1961⁷², el libro básicamente reproducía el breve ensayo de Gorkin que daba título al libro y que

⁷¹ Carta de Julián Gorkin a Manuel de Irujo fechada el 8 de marzo de 1961. Inédita. Está escaneada y puede consultarse en el Fondo Manuel de Irujo.

⁷² “Acabo de recibir tu nuevo libro España, primer ensayo de democracia popular, que te agradezco mucho y que leeré con el interés y cariño que merecen todas tus cosas”. Carta de Juli Just a Julián Gorkin fechada el 8 de noviembre de 1961. Inédita. Conservada en el Fons Juli Just.

está firmado en enero de 1961 en París, es decir, durante las mismas fechas en las que se producía el debate Ridruejo – Luce de Tena. Un ensayo cuya tesis era que “la experiencia española tuvo y sigue teniendo, por ésta y por otras muchas razones, un valor histórico y universal”⁷³. Había sido el primer intento de imponer una democracia popular en Europa como tras la Segunda Guerra Mundial se haría en países del este del continente. Al margen del prólogo, que comentaré luego, el librito se complementaba con fragmentos de testimonios de la guerra que reforzaban aquella tesis.

Gorkin hacia historia y la mezclaba con su autobiografía. Porque, al hablar de los primeros tiempos del Partido Comunista en España, incluía su propia experiencia. Mencionaba el congreso extraordinario del PSOE de junio de 1920 que votó la adhesión del partido a la Internacional Comunista y se refería al viaje que, delegados por el congreso, harían Daniel Anguiano y Fernando de los Ríos a Moscú. Allí se reunieron con Lenin, según De los Ríos contaría en *Mi viaje a la Rusia soviética*, y el profesor español le habría preguntado al líder soviético por la libertad a lo que Lenin habría respondido con otra pregunta: “La libertad, ¿para qué?”. Como fundador de la Federación Comunista del Levante a principios de la década de los veinte, Gorkin había interpretado aquella contrapregunta cómo la afirmación de que no se debía conceder a los enemigos de la revolución la libertad para destruirla. Se había equivocado. Él mismo empezaría a vislumbrarlo cuando estuvo en Moscú en 1925 y ese sería el camino que en 1929 lo llevó a la ruptura. “El bolchevismo significaba, efectivamente, la negación de la libertad humana”. Pero sería la coyuntura fatal de la guerra la que, a pesar de todo ello, a pesar de la insignificancia que el Partido Comunista había tenido durante la Segunda República, que desembocaría en un verdadero terremoto en la correlación de fuerzas de los partidos: el Partido Comunista se convertía, afirmaba Gorkin, “en la primera fuerza política del país”.

Todo podría haber sido distinto. Incluso el mundo. Todo podría haber cambiado si los gobiernos democráticos no se hubiesen agazapado bajo la política de No Intervención. Fallaron. Y con aquel error se dejó campo libre al apoyo fascista a Franco y al control comunista de la zona controlada por el gobierno de la República. En plata, “a las cortas y a las largas, la guerra española fue la primera gran batalla por el dominio del mundo.” Y en la zona republicana el Kremlin pudo ensayar sus métodos para

⁷³ Este ensayo, reproducido en *Contra el estalinismo*, lo volcó la Fundación Andreu Nin en la red y en su página web puede leerse: <http://www.fundanin.org/gorkin5.htm>.

conseguir sus fines. Gorkin lo sabía porque lo había sufrido en su propia piel tanto como Secretario Internacional del POUM como miembro del Comité Central de Milicias Antifeixistas. Pero lo que sabía y más bien olvidaba era la responsabilidad del POUM en encender la mecha de un proceso revolucionario y alentar el fuego del caos en la retaguardia. Ese era un recuerdo que en 1940 pondría en valor. Eso tampoco convenía sacarlo a relucir en el momento socialdemócrata de 1961. Lo que pretendía demostrar era la intervención desestabilizadora, en múltiples órdenes, de Stalin. “La sangre y la suerte del pueblo español -y de todos los pueblos de la tierra- le importaban un comino; lo único que le interesaba era su juego de política exterior”. La estrategia, según Gorkin, era incluso anterior a la sublevación reaccionaria. Se había activado tras las elecciones de febrero del 36. Lo afirmaba Jesús Hernández, uno de los memorialistas cuyos recuerdos pasaron por el túnel de lavado de la Guerra Fría. Se había tratado de descomponer el bloque de las izquierdas. “Con una o con otra táctica -y sean cuales fueren las consignas circunstanciales- lo permanente en los comunistas es el debilitamiento y la destrucción de las fuerzas democrático-socialistas.” Con el estallido de la guerra civil, ante la pasividad de las potencias occidentales, esa tendencia destructiva se aceleró. Oficialmente el Kremlin era solidario de la No Intervención, pero desde el 26 de julio se habían tomado medidas de apoyo a la república cuyo objetivo era lograr la hegemonía soviética en España al precio de traicionar al pueblo español.

Durante los meses siguientes se desplegaron varias iniciativas para la conquista de esa hegemonía. Para empezar la entrada de dos ministros comunistas en el gobierno republicano, al que Stalin había decidido apoyar. Se consolidaba el centro de propaganda y reclutamiento de las Brigadas Internacionales en París y se establecía en España una ramificación del GPU, el espionaje soviético que controlaría la actividad española de la Komintern. Esa maniobra secreta la revelaría Krivitski en los recuerdos que dictó en Nueva York poco antes de morir en extrañas circunstancias. Fue entonces cuando la Unión Soviética se presentó como la única potencia que apoyaba la causa de los trabajadores, pero, al decir de Gorkin, aquella ayuda había tenido un alto precio. “Constituyó el más escandaloso de los negocios para el Kremlin y que éste no empezó realmente a enviar armamentos hasta tener en sus manos la mayor parte del Tesoro español.” Al tiempo el control de la situación bélica y política de la República por parte comunista se había disparado. “Con ese puñado de hombres se apoderó Moscú prácticamente de España y realizó en ella el primer ensayo de democracia popular”.

Miembros de las Brigadas Internacionales habían sido manipulados con este objetivo. “Lo criminal, lo monstruoso es que los agentes de Moscú se sirvieron de ellos para imponer su dominio y para cometer y encubrir las peores tropelías” (lo estaba rememorando, precisamente por aquellos días, Sygmunt Stein en París⁷⁴). Su táctica de entonces era la de hoy: la trampa de la coexistencia. Debilitando los partidos que le eran más o menos próximos, acababan por fagocitarlos. “Los comunistas invocan la coexistencia para encubrir la supresión de la existencia de todos sus adversarios y la unidad para llegar a realizar e imponer su unidad dictatorial”. Así liquidaron la revolución española. Controlaban todos los resortes del poder. Así trataron de imponer una contrarrevolución. Y por ello boicotearon la iniciativa de Largo Caballero para restablecer la paz a través de negociaciones. El primero en revelarlo fue Luis Araquistain –de esos artículos se dio noticia en *Workers Age*- y el testimonio de Jesús Hernández había sido definitivo. En una reunión del Buró Político, al decir de Gorkin, se decidió alejar a Largo Caballero del poder para situar a Negrín. Y en esa coyuntura se provocaron los Fets de Maig. Y luego los recuerdos del Campesino evidenciarían el tutelaje soviético de la estrategia militar republicana.

No había alternativa en España. La Unión Soviética, a través de la GPU, había impuesto su terror. La España republicana convertida en una democracia popular avant la lettre. Si alguien usaba denunciarlo, estaba sentenciado. Lo denunció el POUM, tan crítico con los Juicios de Moscú, y el partido fue ilegalizado, su líder asesinado y su dirección encarcelada. Se lo había advertido Serge al inicio de la guerra española tanto a Nin como a Gorkin. Ellos lo habían repetido. “Nadie o casi nadie nos hizo caso al comienzo, creyendo que nos dejábamos llevar por nuestro antiestalinismo inveterado; cuando empezaron a comprender, era ya demasiado tarde”. Habría detenciones, torturas y asesinatos. El caso más dramático era el de Nin. “Se quería obligarle a firmar una

⁷⁴ No es casual que fuese precisamente a finales de 1961 y en París cuando Sygmunt Stein puso punto final a sus memorias explicando su peripecia como brigadista durante la guerra civil. En el prólogo, el autor quiso subrayar que su libro había coincidido con la celebración en octubre de 1961 del XXII Congreso del PCUS, durante el cual Jruschov había reforzado la condena al estalinismo iniciada hacía cinco años. Aunque lo narrado en el libro sucede durante la guerra civil, no hay manera de entender *Brigades Internacionals. La fi d'un mite* fuera del marco de la Guerra Fría. “La práctica del comunismo me había enseñado a callar”. Al cabo de los años, cuando malvivía en París y trabajaba en el taller que les daba trabajo a él y a su mujer, se puso a hablar para desmontar el mito de las Brigadas. La jugada de Stein, como habían hecho tantos (lo hemos visto ya), fue convertir su memoria en un ataque contra el comunismo. Entonces, como aquí hace cuatro días, el relato de la guerra civil era un argumento político.

confesión reconociendo que éramos agentes de Franco, de Hitler, de Mussolini. Como los procesados de Moscú. De haber cedido a los tormentos, hubiéramos sido condenados a muerte y ejecutados en el acto. Pero Nin se negó. Y hubo que asesinarlo”. Pero Andreu Nin valía por todo un pueblo.

¿Por qué volverlo a contar tanto tiempo después? Porque para Gorkin, como analizaba en el prólogo del libro (que está firmado en París el mes de abril de 1961), ese peligro seguía vivo. Se había demostrado de nuevo la capacidad de la Unión Soviética para transformar una revolución popular en una “democracia popular”. Cuba.

Hacia pocos meses, en una reunión en las Naciones Unidas en noviembre de 1960, Krushev había abrazado a Fidel Castro. Representaba, entre otras muchas cosas, la certificación de un error profundo cometido por el Congreso por la Libertad de la Cultura, que no había visto con malos ojos el proceso revolucionario cubano. A mediados de diciembre 1960 en París se habían reunido los representantes de las Asociaciones Iberoamericanas del Congreso y fijaron una nueva posición: Cuba se había convertido en un satélite de China y la Unión Soviética. Que los demócratas no se equivocasen. “Lo que Cuba padece es, pura y simplemente, un nuevo despotismo de signo fanático que conculca todos los derechos individuales y que depaupera moral, económica e institucionalmente a la nación entera”⁷⁵. Los intelectuales debían actuar en consecuencia. Y Gorkin, en función de sus razonadas obsesiones, aplicó al caso la pauta de interpretación histórica que la guerra civil había demostrado como invariable. La imagen del abrazo era la reedición de una traición que se había ensayado en España durante la guerra civil. “Con una mezcla de inconsciencia y de cinismo que sólo puede explicar su enfermiza megalomanía, el joven dictador cubano se ha permitido identificar el concepto de revolución con el comunismo; parece no darse cuenta –y si se la da resulta mucho mayor su responsabilidad- de que su nombre simboliza ya para siempre la transformación de una magnífica revolución popular en una contrarrevolución totalitaria” (1961, 20-21).

La España de la guerra servía para comprender lo ocurrido en Cuba y lo que estaba ocurriendo en Cuba podía mostrar la peor senda que podría seguirse en España. Para evitarlo Gorkin había confeccionado aquel peculiar libro. Porque la estrategia del

⁷⁵ La “Declaración sobre Cuba” se publicó en un suplemento de Cuadernos publicado en marzo-abril de 1961. Puede leerse en <http://filosofia.org/hem/dep/clc/n47sup.htm>.

PCE centrada en la reconciliación nacional y en pos de la unidad de la oposición, en la que había profundizado en su VI Congreso celebrado en Praga (el que motivó la detención, entre otros, de los escritores Luis Goytisolo y Joaquín Marco), le sonaba a la artimaña del Frente Nacional de 1935. Se infiltraban en el cuerpo de la democracia y lo corroían para que fuese un esqueleto sin vida política, cuyos movimientos eran dictados por la pura autoridad. Esa era su mecánica de funcionamiento y contra ella debía actuarse sin medias tintas. A él no le engañaban.

6.3. Una nueva fase de la Guerra Fría: polémica entre Gorkin y Ferrater Mora.

Tal vez *España, primer ensayo de democracia popular* acabó siendo la consecuencia de una inflexibilidad. La derivada de un cambio de tempo vivida en la oposición española al franquismo. A mediados de los 50 el discurso de la reconciliación nacional era asumido por buena parte de las oposiciones al régimen, pero la capacidad para convertirlo en eje de su política y lograr una cierta proyección social había sabido capitalizarla el Partido Comunista. Esa estrategia estaba llevando al partido a crear las condiciones para actuar como marco de referencia desde el que debería rehabilitarse la reconstrucción integradora de la convivencia, lo cual no significa que su lectura interna de la sociedad española (y el programa político que se derivaba de dicha lectura tan ideologizada) fuera realista. Precisamente por aquellos días, en mayo de 1960, un chaval de nombre Javier Pradera, militante que aún no tenía 25 años, tras analizar las causas del fracaso de la Huelga Nacional Pacífica, hacía una impugnación en toda regla de la lectura sobre la que el PC fundaba su estrategia (lectura que fue severamente reprimida por su amigo Federico Sánchez/Jorge Semprún) (Juliá 2012, 255-302), intuía algunas de las claves sobre las que al cabo de tres lustros explicarían la Transición y entendía como factor determinante del cambio las consecuencias de la integración española en el Mercado Común. Aquella crítica lucidísima no emergería y el Partido, en realidad, trató de sepultarla (aunque al cabo de tres años reaparecería en la heterodoxia formulada por Claudín y apoyada por Semprún).

El discurso que el Partido Comunista trasladaba a través de sus canales de información públicos (en España) o clandestinos (en el exilio) tenían la reconciliación nacional como principal leitmotiv y contra esa estrategia estaba reaccionando, inflexible, Julián Gorkin porque entendía que era, otra vez, un mecanismo encaminado a la disolución para acabar imponiendo el autoritarismo en todas sus variantes. Digamos que tenían sus razones, pero que en parte se estaban fosilizando y él, en este punto, se revelaba incapaz de resituar sus planteamientos a las nuevas coordenadas. Digamos que los tiempos del anticomunismo clásico habían pasado. Digamos, con un chaval desgarrado del Mid West que empezaba a cantar en locales folkies de Nueva York, que los tiempos estaban cambiando.

El prólogo del librito se había firmado en París en abril de 1961. Lo he dicho ya. El ensayo histórico sobre la guerra civil, en el mes de enero de ese 1961. Aquellos cuatro meses no habían sido precisamente tranquilos en la actividad de agitación antifranquista de Gorkin que se solapaba a su activismo anticomunista. El nuevo frente a desactivar se había puesto en marcha a mediados de 1959 y su onda expansiva estaba a punto de llegar al corazón de París⁷⁶. Hacía un par de años se había iniciado una campaña pidiendo la amnistía de presos y exiliados políticos a través de una carta pública encabezada por Ramón Menéndez y Pidal y dirigida al Ministro de Justicia. Intelectuales, catedráticos, escritores y artistas la habían suscrito. Como en los actos de homenaje a Machado el tono de aquella carta pública podía ser leída en la lógica de la reconciliación nacional del PCE, pero eso no implicaba que la iniciativa hubiera sido comunista pero tampoco significaba que el Partido Comunista no aprovechara para capitalizarla. Similar parece ser lo que ocurrió con otra famosa carta dirigida a otro miembro del Consejo de Ministros franquista. En diciembre de 1960 el *Boletín Informativo* del Centro de Estudios y Documentación de Gorkin reprodujo una carta entregada ante notario el 26 de noviembre al Ministro de Educación con el título “El problema de la censura”⁷⁷. La acabarían firmando decenas de escritores e intelectuales, incluida una nómina considerable de miembros del PCE y múltiples compañeros de viaje. A finales de 1960, subidos a esa ola movilizadora, se convocaba la “Conference

⁷⁶ Lo ha contado, a partir de un buen análisis de documentación conservada en el Fons Ferrater Mora de la Universitat de Girona, Gustavo Bueno Sánchez en el artículo “José Ferrater Mora y el Congreso por la Libertad de la Cultura” que la revista *El Catoblemas* publicó en noviembre de 2012. Puede leerse en <http://www.nodulo.org/ec/2012/n129p08.htm>.

⁷⁷ Ese número del Boletín está volcado en la Red: http://ddd.uab.cat/pub/ppc/bolinfCDE/bolinfCDE_a1960m12n4.pdf. La carta y sus firmantes pueden leerse en las pp. 15-18.

d'Europe Occidentale pour l'Amnistie aux emprisonnés et exilés politiques espagnols”en el Hotel Continental de París. La lista de primeros firmantes –franceses, ingleses, italianos...- era espectacular. La suscribieron el 19 de diciembre.

Gorkin se tiraba de los pelos. Aquella era una más de las “habituales maniobras de propaganda” del comunismo. Se puso manos a la obra. Junto a Salvador de Madariaga impulsaría una campaña de deslegitimación de la estrategia comunista, pero el tiro les acabaría saliendo por la culata. A Gorkin le sulfuraba que fueran precisamente los comunistas quienes capitalizasen la reivindicación en defensa de los presos políticos. “¿Es admisible que puedan abogar sinceramente por la amnistía –término, por otra parte, inaceptable– en España quienes han aprobado a voz en grito todas las persecuciones del stalinismo, la condena y la ejecución de Imre Nagy y recientemente aun la inconcebible condena de la compañera de Pasternak y de la hija de esta?”. No se podía permitir que patrimonializasen aquella baza. Debía subrayarse la impostura de aquella campaña, debía explicarse que organizaciones democráticas se habían manifestado ya a favor de la amnistía –se refería a la Internacional Socialista y a la declaración conjunta de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres y la Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos– y se comprometía a organizar un comité de verdaderos demócratas y, a poder ser, una conferencia internacional con el mismo objetivo⁷⁸.

Esa propuesta, firmada por Gorkin y Madariaga y firmada el 23 de febrero de 1961, se dirigía a muchos de los integrantes de las redes de complicidad españolas del Congreso por la Libertad de la Cultura y el Centro de Estudios y Documentación. Se pedía una reacción favorable a su contenido. Y, instrumentalizando a su favor la reacción de los receptores de la carta, hicieron llegar a *Le Monde* y al *New York Times* ese documento anunciando que estaba suscrito por algunos de los principales intelectuales del nuevo liberalismo español (como Josep Ferrater Mora o Francisco Ayala). Al descubrir su firma impresa en aquellos periódicos de prestigio internacional, reaccionarían con acritud. “Manifestar una reacción favorable a un plan es cosa muy distinta que firmar un documento colectivo”, comentaba, disgustado, Ferrater Mora a

⁷⁸ Carta de Julián Gorkin a Josep Ferrater Mora fechada el 23 de febrero de 1961. Puede consultarse en la página web de la Càtedra Josep Ferrater Mora de la Universitat de Girona. La reproduce Bueno en el artículo citado.

Gorkin⁷⁹. No es que él estuviese a favor de una maniobra que sí, claramente, parecía de inspiración comunista. El problema era haber usado sin permiso su firma y también la falta de finura a la hora de diseñar la estrategia. “Una actitud puramente negativa revela en los anticomunistas una cierta debilidad”. Inflexibilidad, obcecación. Se debía ser sutil. “Contestar a la habilidad con la habilidad”. Porque, pronto lo supo Ferrater Mora por varios conductos (por Carlos Barral, por Jaime Salinas), su firma en la carta publicada de Madariaga estaba siendo instrumentalizada por el franquismo.

Tal vez, le pidieron a Gorkin, convendría una rectificación. Pero Gorkin creía que rectificar sería un error. Conocía mejor que nadie el monstruo comunista y su querencia caníbal. Nada substancial había cambiado. Desde los acontecimientos de la guerra no había duda posible. Desde el pacto contra natura de Stalin con Hitler, aún menos. La muerte de Stalin tampoco forzaba a amnistiar el pasado ni creer en la nueva estrategia del Kremlin. La distensión era un bulo. Allí estaba Budapest para demostrarlo. Allí estaba Cuba, en carne viva, para redescubrirlo de nuevo. Por eso había escrito ese libro al que puso punto y final mientras se estaba desarrollando la polémica. Por eso, sobre todo, las democracias occidentales debían actuar en España, y la primera de todas la norteamericana. ¿No habían aprendido la lección de lo ocurrido en Cuba? “Comprometieron éstos la causa popular de la democracia en Cuba sosteniendo hasta el último momento la dictadura de Batista, lo que ha contribuido a prepararles la tarea a los comunistas explotando a fondo el antiyanquismo” (1961 21-22). Lo mismo ocurriría en la España de Franco. ¿Era consciente de ello la administración de un Kennedy que había tomado posesión del cargo de presidente a principios de aquel 1961? “La nueva administración norteamericana, que tantas rectificaciones parece estar dispuesta a introducir en la política internacional –sin hablar de la nacional-, ¿dará a tiempo pruebas de comprensión y de audacia en este problema concreto?” (1961, 22).

El comunismo era un peligro. La situación política y moral creada por veinte años de franquismo, que había lanzado montañas de cal a la conciencia cívica de la ciudadanía, creaba las condiciones para temer por el peligro rojo. No se podía transigir. Claro que comprendía que la juventud española concienciada estuviera atraída por el castrismo. ¿Cómo no estarlo ante esa reacción de un David que ganaba la partida a un

⁷⁹ Carta de Josep Ferrater Mora a Julián Gorkin fechada el 28 de marzo de 1961. Puede consultarse en la página web de la Càtedra Josep Ferrater Mora de la Universitat de Girona. La reproduce Bueno en el artículo citado.

Goliat que había recibido el apoyo imperial norteamericano? ¿Cómo no sentirse moralmente próximo a países pobres y oprimidos, países a los que la Unión Soviética parecía que pretendían apadrinar? Era una mentalidad prepolítica que fácilmente podía calar en España. Llevaba media vida comprendiendo sus mecanismos y por ello Gorkin alertaba contra la interesada ignorancia en la que estaba sumida la juventud. “¿Qué saben, por otra parte, esas jóvenes generaciones de las malas artes de que se sirven los comunistas para imponer su dominio?” (1961, 24) Él había experimentado aquel mal. Temía su repetición porque hoy como ayer las democracias occidentales toleraban la dictadura con su pasividad. Para evitar esa tentación había escrito ese libro. Porque lo había diagnosticado Tierno Galván y lo repetía Gorkin. Todo en España era ambiguo. Peligrosamente ambiguo. España era un desierto civil. La imagen no era suya pero la había incorporado a su discurso. La había leído en un manuscrito que como mínimo conocía en parte. La imagen del desierto era clave en la articulación de la propuesta política de *Escrito en España*.

No era hora para la rectificación, les dijo a Ángel del Río, Francisco Ayala, Francisco García Lorca, Vicente Llorens, Ferrater Mora, Eugenio Granell (es decir el núcleo duro de la intelectualidad liberal académica exiliada en los Estados Unidos). Era hora de proseguir una estrategia que tenía clara desde hacía ya algunos años. “No dejamos de actuar en torno al problema español, no obstante los muchos obstáculos que encontramos en los propios medios españoles, pues, conviene decirlo, en los internacionales encontramos unas facilidades y un entusiasmo que traducen un excelente estado de conciencia por la solución del problema español”⁸⁰. El 18 de abril de 1961 habría una reunión en París del Comité Federal Español del Movimiento Europeo. Presidiría Madariaga. Se trataba de buscar una fórmula de consenso para algo que de veras podía ser trascendente.

Venimos preparando otro plan de envergadura mucho mayor desde hace varios meses, respondiendo asimismo a una iniciativa de don Salvador y mía y suscrita por los componentes del Centro de Documentación y de Estudios, cuya obra decidieron ustedes patrocinar hace un año. Se trata de la convocatoria en

⁸⁰ Carta de Julián Gorkin a diversos corresponsales fechada el 10 de abril de 1951. Trabajo a partir de la copia que puede leerse escaneada consultarse en la página web de la Càtedra Josep Ferrater Mora de la Universitat de Girona.

Estrasburgo y por el Movimiento Europeo que abarca a las tendencias liberal, demócrata-cristiana y socialista, de una Asamblea que reúna a personalidades españolas del interior y de la emigración según la base de acuerdo que también suscribimos en Oxford Madariaga y yo.

No sería en Estrasburgo, al fin, sino que la reunión se celebraría al cabo de algo más de un año. La ciudad sería Múnich y el resultado un sonado contubernio.

Tercera parte.

Planteamiento, discurso intelectual y acción de la oposición liberal

Capítulo 1. Orígenes intelectuales, estrategias políticas y consecuencias personales del Contubernio de Múnich

Pero aquel 1961 en Estrasburgo y en relación a España, sí habían sucedido algunas cosas que podían ser significativas. Lo sabía el europeísmo del exilio y lo sabía el europeísmo del interior. Y así pretendía hacérselo saber el joven Carlos María Bru, de la junta de la AECE, a Ridruejo el verano de 1961. Él y Fernando Álvarez de Miranda, otro europeísta de la asociación, se estaban moviendo. Había movimiento en la AECE, se había enviado un informe al Consejo de Europa... La Asociación había actuado, además, como pantalla para realizar el primer encuentro importante tutelado por el comité español del Congreso por la Libertad de la Cultura. Por ello Bru actuaba como buzón de cartas de François Bondy para Ridruejo y por lo mismo Bru sabía que las ponencias de ese encuentro iban a publicarse en un cuaderno: sería una selección de textos de “aquellos coloquios y entre los cuales el tuyo, no obstante su brevedad, fue considerado como básico”⁸¹. Era la intervención de Ridruejo en una de las sesiones del coloquio *Soluciones Occidentales a los problemas de nuestro tiempo* celebrado en la sede de la AECE a mediados del pasado mes de mayo (cuando la tormenta por el caso Bergamín debía amainar ya).

El notario Bru presentó la instancia para que el encuentro tuviese cobertura legal y fuera autorizado⁸². Detallaba el temario, el comité que lo dirigiría y consignaba que serían invitados escritores y publicistas extranjeros, cuya lista se incluía en un documento anexo a la solicitud (destacando, aparte de la nómina española, la presencia francesa de los sospechosos habituales como Jelensky, Bondy o Emmanuel más Jean Bloch, Edgar Morin o Georges Suffert más figuras como Hugh Thomas o Altiero Spinelli).

⁸¹ Carta de Carlos María Brú a Dionisio Ridruejo fechada el 10 de agosto de 1961. Inédita. Conservada en el Fondo Dionisio Ridruejo.

⁸² Dicha instancia, de dos páginas más otras tres que listan los posibles asistentes, se conserva en el Fondo Pablo Martí Zaro del Archivo de la Fundación Pablo Iglesias.

1.3. El Coloquio *Soluciones Occidentales a los problemas de nuestro tiempo*: una transcripción fragmentaria e inédita

Leyendo el escueto breve que sobre el Coloquio publicó *ABC* (27/5/1961) cuando ya se había celebrado, podría pensarse que aquel había sido un acto oficial y poco más. Porque lo que se subrayaba era precisamente la asistencia institucional: que si un embajador, que si el presidente y el vicepresidente de la AECE (todos ellos de apellidos indiscutiblemente pulcros y oficiales, de Yanguas Messía a García Valdecasas). Se subrayaban los nombres vacíos porque lo inasumible era el mensaje de fondo articulado en los debates: “en el curso de esta reunión, la primera que ha sido posible celebrar en España de esta naturaleza, los españoles han puesto de manifiesto su deseo de salir de la vieja retórica nacionalista para incorporarse a la vida europea” (lo decía el comunicado emitido por el Servicio de Prensa parisiense de Gorkin⁸³). Esta sí sería una verdadera maniobra de redención del pasado para dinamitar la dictadura: diluir el nacionalismo gobernante a copia de dosis de europeísmo democratizador⁸⁴. Era agua de mayo en la gris vida intelectual española. Porque durante aquellos días “algo parecía unir a los intelectuales de los varios países que intervinieron en los coloquios, y ese algo era la esperanza europeísta: la fe en una Europa unida sobre bases democráticas, aspiración que comparte también la Asociación Española de Cooperación Internacional” (Cano 1961).

¿Cómo lograrlo? No usando grandes palabras, pidió Aranguren –que presidía el Congreso-, en su acto de apertura-, sino fijando un marco de discusión concreto⁸⁵. Lo pretendió establecer Pedro Laín en una intervención que se lee como una presentación del marco de discusión planteado: una introducción a cada una de las tres ponencias

⁸³ “El Coloquio de Madrid”. Texto de dos páginas mecanografiadas difundido a través del Servicio de Prensa de Julián Gorkin en París, fechado el 22 de junio de 1961 y que, además de una entradilla de presentación, reproduce traducido al castellano el artículo que sobre el Coloquio había publicado François Bondy en *Gazette de Lausanne*. La copia con la que trabajo es la que conservaba Pablo Martí Zaro.

⁸⁴ Allí estuvieron para verlo y para articularlo, entre otros, los españoles Pedro Laín, Antonio Garriges, Fernando Chueca, Enrique Tierno Galván, Esteban Pinilla de las Heras, Carlos María Brú, Rodrigo Uría, Lorenzo Gomis, José Vidal Beneyto, Dionisio Ridruejo o Albert Manent, También debía estar José Luis Cano porque él debió escribir la crónica del coloquio en *Ínsula* (Cano 1961)

⁸⁵ En el Fondo Martí Zaro del Archivo de la Fundación Pablo Iglesias se conserva una muy fragmentaria transcripción de los coloquios: son 17 páginas mecanografiadas a través de las cuales puede conocerse lo dicho por Pedro Laín, Julián Marías, George Suffert y Fernando Chueca.

(“Soluciones occidentales a la tensión cultura de elites / cultura de masas”, “Soluciones occidentales a la tensión capitalismo / marxismo”, “Federalismo y nacionalismo como soluciones históricas de Occidente”). No empezó, precisamente, usando palabras menores. “Todos nosotros, los que aquí estamos [se refería a los intelectuales], creemos que el hombre alcanza su más alta dignidad terrena cuando libremente y por sí mismo decide acerca de su destino personal”. Pero decir libertad era casi no decir nada, podía ser un “latus vocis”, o podía ser un objetivo cuya consecución exigía la existencia de “unas cuantas condiciones pertenecientes todas ellas a la vida real”. Para ser libres, argumentaba Laín, el hombre debía poder elegir sus formas de vida: “si un hombre no tiene frente a sí propuestas, sería y responsablemente, unas cuantas formas de vida, a las cuales debe libremente adherirse, este hombre no podrá ser efectivamente libre”. El hombre debía poder elegir lo que significaba que debía conocer qué implicaba aquellas formas que posibilitarían su libertad. Este sería el tema de la primera ponencia, que conectaba con la segunda. No era sólo una cuestión de saber ser libre sino también de poder ser libre. “Un hombre no puede ser real y verdaderamente, no puede ser efectivamente libre, sino dispone con seguridad, a la vez jurídica y efectiva, de un estatus económico suficiente”. La consecución de ese estatus la proponían capitalismo y comunismo, y se debería discutir para determinar “la posible superación de la antítesis y de lo que en el orden de esta superación haya sido hecho y queda todavía por hacer”.

Y al fin, la tercera ponencia reflexionaría sobre política *strictu senso*: se trataría de responder a la pregunta de cuál era la mejor forma de organizar la sociedad para que el ciudadano pudiese ejercitar “esta libertad”. Tradicionalmente, sostenía Laín, el modelo había sido el del estado nación. “Bastaría, por tanto, conseguir que dentro de cada nación hubiese una convivencia pacífica y eficaz entre los que respecto de la vida de esa nación tienen actitudes diferentes”. Ese principio había empezado a entrar en crisis en 1914. Se había demostrado falso. “Esta ha sido nuestra gran experiencia como hombres del siglo XX”. La pregunta debía tener una respuesta más amplia. “Frente al nacionalismo ha surgido, cualquiera que sea el contenido de esta palabra que inmediatamente empleare, ha surgido el federalismo”. Era una fórmula compleja. “¿Cómo se evitará que el federalismo no sea otra utopía más, esto es, un cosmopolitismo nivelador y abstracto?”. De eso debían hablar unos y otros, de esa problemática en una circunstancia determinada tan particular como lo era la España concreta. “¿Qué podéis y debéis decirnos a nosotros y nosotros a vosotros acerca de esta

realidad social, política, histórica que llamamos y dentro de la cual tan graves problemas ofrecen estas tres condiciones para el ejercicio de la libertad?”. Aranguren, que escribió una crónica de aquel encuentro para *Cuadernos de París*, dijo que se había llevado hasta el límite la posibilidad de decir lo que en aquel Madrid estaba prohibido decirse: “sentimos físicamente, palpamos la solidaridad internacional entre los hombres que se sienten unidos en el amor a la libertad y a la democracia, y en unas mismas experiencias de lucha por ellas” (Aranguren 1961, 75-78). Se hablaba sobre Occidente, era verdad, más concretamente sobre Europa, también era cierto, pero, como contó Bondy, “era evidente que la situación particular de España estaba constantemente presente en la mente de todos” (Bondy, ver primera nota de este capítulo).

En su crónica, que publicó la *Gazette de Lausanne* (y tradujo al castellano el Servicio de Prensa de Gorkin en París para que tuviese difusión internacional), Bondy, además de destacar la presencia de Ridruejo y Tierno (que acababan de pasar por otro proceso legal), subrayó la significación de las palabras de un estudiante. Eran la voz de una nueva generación. “Están cansados de la oquedad de la retórica nacionalista, ávidos de respirar un aire menos enrarecido y de participar plenamente de la vida de Europa y del mundo entero, en lugar de permanecer confinados a la tradicional meditación sobre la hispanidad”. Por la crónica de José Luis Cano en *Ínsula* podría deducirse que ese estudiante era Rodrigo Uría (Cano 1961). Esa anquilosada meditación es la que los participantes en el coloquio habían padecido durante sus días en Madrid. La lectura de la prensa nacional durante cinco días había sido suficiente. “Retrata a un régimen temeroso de cualquier pensamiento o información relativa a los problemas del país”. El país estaba como Bondy lo había descrito hacía cinco años en *Preuves y Encounter*: atrapado al antiguo régimen. Lo que en el 56 era una intuición –la posible fascinación de la juventud por el comunismo- ahora se estaba convirtiendo, al menos en parte, en realidad. “Dos grandes corrientes se dibujan entre los jóvenes: la corriente comunista-castrista y la europeísta, que actúan a menudo sobre el espíritu y el alma de cada individuo al mismo tiempo”. Esa era la tensión que debía resolverse. Porque había un sector de la juventud que se estaba desconectando de “las exigencias de la democracia” mientras que aquellos maestros liberales que habían intervenido en el coloquio, ligados a la tradición de la que sentían continuadores –tal vez Bondy estuviese pensando en Marías, que reivindicó el legado de Ortega-, perdían de vista que a la hora de dar forma

al cambio de régimen no podían obviarse “las grandes transformaciones sociales” que estaba viviendo el país.

1.4. *Escrito en España*: el ensayo de referencia

La distinción que Bondy estableció en su crónica entre “los grandes intelectuales liberales” y la juventud es especialmente significativa: en el campo de la oposición (política, intelectual, naturalmente estudiantil) podía intuirse ya un relevo generacional. El posicionamiento respecto a Cuba (como por aquellos meses planteaba Gorkin) podía ser un buen escenario desde el que contemplar este cambio de óptica en relación a las posibilidades y los límites que una y otra generación concedían a la alternativa democrática para transformar el país y derrocar la dictadura. Dicho con otras palabras: la primera madurez de los juniors del 56 estaba desbordando el camino de democracia posibilista (un camino obturado por el régimen) al que, tras rectificaciones más o menos intensas, se habían atrevido a trazar sus maestros. Para esos intelectuales liberales Europa había sido y seguía siendo el espejo donde su reflejo les convertía en demócratas. No les sucedía lo mismo ya a los jóvenes, para quienes la dialéctica de la Guerra Fría era un viejo corsé.

Esa dinámica no era nada fácil que pudiera detectarla el exilio republicano clásico ni tampoco el exilio liberal que había encontrado en el europeísmo de la postguerra su plataforma clave de refundación. Precisamente por la tragedia de la condición del exiliado, que tiende a fosilizar la óptica de su análisis, era difícil captar la compleja transformación que se vivía en algunos núcleos comprometidos del interior (una transformación sintonizada con cambios que incluso trascendían la cultura política dominante en Europa a lo largo de la década de los cincuenta). Algunos sí podían intuirlo. Pienso, por ejemplo, en el veterano cenetista Eduardo Pons Prades, corresponsal de Ceta y de Ridruejo. “¡Pobre España si sus salvadores hubiesen de reclutarse en el exilio tradicional!”. Desconfiaba de tantos pactos que no pasaban del papel y que del papel se volvían humo. “La gente joven, si bien es poca, ya es otro

cantar”⁸⁶. Para esa gente nueva –y él mencionaba en su carta al magma que estaba concretándose en el Frente de Liberación Popular, tan fascinado por Cuba- el viejo exilio apenas contaba. Pero ese exilio, en una fase ya muy avanzada de su madurez, aún ansiaba desarrollar un papel relevante en la reflexión y acción sobre España. Su capacidad para regenerarse, en buena medida, estaba ligada a la sabia que seguía transfusionándole el europeísmo. Ese seguía siendo el esquema de trabajo en el que Julián Gorkin, labrando en el espacio de convergencia de lo intelectual con lo político, seguía trabajando.

A finales de agosto Gorkin empezó a solicitar adhesiones: el Consejo Federal Español del Movimiento Europeo había acordado organizar en París un homenaje a Salvador de Madariaga con motivo de su 75 aniversario. La idea la había planteado Gorkin mismo en una reunión del Consejo Federal⁸⁷. A ese homenaje se había sumado el Congreso por la Libertad de la Cultura, institución de la que Madariaga era uno de los Presidentes de Honor. No desaprovecharía la oportunidad: construir a Madariaga como símbolo de los demócratas españoles. Esa era la intención de Gorkin. En la circular que hizo llegar con membrete del Congreso pidiendo adhesiones (la copia que consultó es la que recibió Josep Ferrater Mora) incluía todos los ingredientes de ese posible mito intelectual pero sobre todo político: no era sólo su obra como historiador lo que debía homenajearse sino también su ejemplo como “consecuente liberal opuesto a todas las dictaduras y a todos los totalitarismos, el ilustre español que simboliza quizá como nadie la causa de la convivencia española en libertad”⁸⁸. Gorkin y Gironella estaban en la sala de máquinas. El 7 de septiembre se pusieron en contacto con el socialista Rodolfo Llopis, secretario del Comité Federal Español del Movimiento Europeo. Le dijeron que ellos, a través del Congreso, enviarían las invitaciones, designarían a los oradores...

La intencionalidad política del homenaje la demostraría “Madariaga y la integración española”, un artículo de Gorkin publicado en septiembre en *Cuadernos* (y por la brasileña *Cadernos brasileiros* en su último número del año) (Vander 1997, 261).

⁸⁶ Carta de Eduardo Pons Prades a Dionisio Ridruejo fechada el 4 de agosto de 1961. Inédita. Conservada en el Fondo Dionisio Ridruejo.

⁸⁷ Carta de Manuel de Irujo a Rodolfo Llopis fechada en Londres el 14 de septiembre de 1961. Inédita. Se conserva en el Fondo Manuel de Irujo.

⁸⁸ Carta de Julián Gorkin a Josep Ferrater Mora fechada el 22 de agosto de 1961. Trabajo a partir de la copia que puede leerse escaneada consultarse en la web de la Càtedra Josep Ferrater Mora de la Universitat de Girona.

“Por su antitotalitarismo fundamental, por su europeísmo constructivo, por su universalismo en la inspiración y en los fines. Madariaga simboliza –como ningún otro español vivo- esa gran causa” (Gorkin 1961*b*). Lo que Madariaga simbolizaba es lo que España necesitaría: una integración europea que situaba el país en el vértice de las familias humanas en construcción: Europa misma, Euráfrica, Euramérica. Pero la España del presente no podía serlo porque la viciaba “la peste totalitaria actual”, esa que la había convertido en un desierto “según un ensayo todavía inédito del citado Dionisio Ridruejo”. El ensayo, lo sabemos ya, era *Escrito en España*.

Después de casi dos años de empezar a escribirlo había sido en junio, al fin, cuando Ridruejo había empezado a mandar a Buenos Aires los capítulos del ensayo. “Anticipo este trozo, en vez de esperar a tener listas las copias de las otras partes del libro, ante todo por razones de seguridad y luego por razones de urgencia. Si el texto le parece bien a Losada creo que la publicación debería ser inmediata” (Gracia 2007, 367). En aquel momento sólo le faltaba por terminar el prólogo y las conclusiones, le anunciaba a Guillermo de Torre. En Buenos Aires, al leerlo, Torre no pudo reprimir su entusiasmo: “me parece un documento importantísimo. Era un testimonio que faltaba. Está escrito con gran altura y dignidad”⁸⁹. Por una carta algo posterior parece deducirse que, por razones de seguridad, el envío del libro de Europa a Argentina no debía hacerse desde España sino desde Francia. “Hace unos quince días envié —la carta llevaría correo francés— una carta a Losada con una nueva y última lista de correcciones, fruto de una última carda en la que he procurado quitar las páginas —pocas- que he podido”, escribía Ridruejo el 11 de noviembre⁹⁰. Así podría explicarse cómo Gorkin podía conocer un libro que antes de su publicación ya era percibido como una bomba. Le podía costar 20 años de cárcel, le dijo Pedro Laín a Albert Manent a mediados del mes de octubre (1986, 47). Tal vez le podía el miedo, pero aquel libro estaba concebido para sacudir los cimientos de la dictadura y formular una alternativa democrática viable. Por ello podría tener también repercusión internacional. Las gestiones de Emmanuel estaban

⁸⁹ Carta de Guillermo de Torre a Dionisio Ridruejo fechada el 27 de junio de 1961. Inédita. Se conserva en el Fondo de Dionisio Ridruejo.

⁹⁰ Carta de Dionisio Ridruejo a Guillermo de Torre fechada el 11 de noviembre de 1961. Inédita. Se conserva en la Biblioteca Nacional.

siendo claves⁹¹. Él había negociado su traducción para Seuil y Seuil estaba negociando aún otras ediciones más (alemana, inglesa y norteamericana).

Pero la edición no se concretaba. Se lo notificaba, lamentándolo, Guillermo de Torre unos meses después. “Lamentablemente, contra los propósitos de la editorial, me dice el señor Losada que *Escrito en España* aparecerá con cierto retraso respecto a la fecha prevista⁹²”. Al fin Ridruejo sabría que su libro se habría impreso en Buenos Aires al cabo de tres meses. Su circunstancia personal y política, por entonces, se había trastocado. Desde mediados del mes de junio de 1962 Dionisio Ridruejo vivía exiliado. Eran los ecos de Múnich. Y precisamente el libro abordaba la cuestión del europeísmo como vía de salida a la circunstancia española. Entre otras muchas cosas (incluyendo “Explicaciones”, el colosal prólogo autobiográfico), el libro contenía una reflexión en profundidad sobre la Guerra Civil y un análisis sobre las causas del marasmo que en todos los órdenes estaba atenazando al país desde el que se escribía. Pero además, también, en “Las alternativas” (el capítulo anterior a las conclusiones), Ridruejo planteaba una mirada hacia el futuro, un futuro indesligable para España de «la región a la que pertenece», es decir, por Europa. Tras describir que la integración operaba fundamentalmente en términos de mercado (el proceso de «unificación» era explicada, en este sentido, como una «necesidad») (2008, 391), Ridruejo señalaba que inevitablemente deberían participar en él «las instituciones políticas» para ejercer una labor de control y planificación. Toda vez que la integración hubiese ido madurando también a nivel político, se convertiría en salvaguarda para el día que España pudiese «salir de su laberinto.» (2008, 402)

Una Europa más avanzada en su proceso de integración de lo que está ahora y donde existiera la posibilidad de destinar políticamente las propias cuotas o excedentes de capitalización y los propios recursos culturales para homogeneizar el desarrollo en todas sus partes, garantizaría sin duda una España democrática porque substancialmente la gran mayoría de los españoles “siente” las formas de vida europeas, democrática y libre (2008, 403).

⁹¹ Carta de Pierre Emmanuel a Dionisio Ridruejo fechada el 25 de octubre de 1961. Inédita. Se conserva en el Fondo de Dionisio Ridruejo.

⁹² Carta de Guillermo de Torre a Dionisio Ridruejo fechada el 21 de marzo de 1962. Inédita. Se conserva en el Fondo de Dionisio Ridruejo.

El problema era que en el mes de febrero de 1962 la España dictatorial, que mudaba su piel gracias al Plan de Estabilización, estaba dando los primeros pasos diplomáticos para acercarse a la CEE⁹³. El argumento utilizado por parte española para justificar la aproximación era el mutuo interés de ambas partes, prescindiendo de todo posible replanteamiento por parte del gobierno español de su funcionamiento político. Se trataba, como declaró el Ministro de Comercio Alberto Ullastres, de «encontrar y elaborar en su caso una fórmula de una vinculación que sirviendo a los intereses de una Europa unida, sirva también a los nuestros como parte de ella» (lo publicó en primera página *La Vanguardia*, 11/III/1962). Una hipotética incorporación o asociación de España a la Comunidad trastocaría la concepción del europeísmo como arma del antifranquismo. Por ello el mismo mes de febrero, el *Boletín* reaccionaba con el artículo “El europeísmo franquista y sus circunstancias”. Frente a los intentos de integración del régimen, el articulista aclaraba que «la plena integración en el Mercado Común supone una integración no sólo económica sino también política de los países miembros.» (M.R. 1962, 16). Es decir, la integración económica debía implicar democratización política.

¿Cómo conseguir esa democratización? Primero analizando las causas de su desaparición en la convivencia española. La clave de bóveda de su reflexión era el concepto del “macizo de la raza”, una imagen que tomó de un verso de Antonio Machado –el poeta al que más quería- y que él llenó de significación. Explicó el “macizo de la raza”, más que como una ideología concreta, como una mentalidad retardataria que se había endosado a la conciencia de unas clases medias tradicionales invalidándolas como clase que, en el pasado reciente (sobre todo en el pasado republicano) y en el presente dictatorial, podría haberse comprometido en la transformación de un Estado despótico a fin de que fuera un Estado moderno. Por el contrario los partidos que se constituyeron como representantes de esta clase, avalados por las jerarquías militares y eclesiásticas, la politizaron negativamente, presentando los intentos de reforma del Estado como amenazas a la esencia nacional perpetua y, al mismo tiempo, aceptándolo de manera acrítica, salvaguardando los intereses de las clases privilegiadas que querían preservar así su statu quo. Fueron estos valores

⁹³ Sobre este punto, debe leerse *La política europea de Franco (1957-1962)* de María Teresa La Porte.

contrarrevolucionarios los que, sobre los escombros del miedo y la represión, dieron forma durante años y años a la mísera sociedad de posguerra. Este era el diagnóstico de Ridruejo y también tuvo claro cuál debía ser el tratamiento: la reedificación de una verdadera conciencia democrática que superara la mecánica de la confrontación a través del diálogo que posibilita la obtención sucesiva de puntos de encuentro y compromiso.

Con ese programa, que en parte él había trabajado en la comisión de la AECE de Madrid para condensar en una breve resolución, llegó a Barcelona el 1 de junio de 1962. Era la primera parada de un viaje cuyo destino podía cambiar su vida y la de su país. Pero al llegar a mi ciudad supo que los planes previstos para continuar también habían fracasado. Faltaba días para que en el Hotel Regina de Múnich se leyese 5 puntos que eran 5 minas democráticas adosadas al cuerpo de la dictadura. Pero aquella reflexión seminal, desoladoramente, cayó en un campo yermo. Porque, desde que Ridruejo envió las últimas partes a Buenos Aires hasta que el libro se imprimió, no había sido precisamente un período de calma. Desde mediados del mes de junio de 1962 Dionisio Ridruejo vivía exiliado. Había escrito el libro en España, el original lo había tenido que mandar desde Francia, se publicó en París y él hojeó sus primeros ejemplares en París. Son circunstancias que ayudan a comprender un descorazonador fracaso: el ensayo más perspicaz sobre el origen, el presente y el provenir español que se escribió durante el franquismo no lograría fecundar la publicación concienciada porque el libro difícilmente llegaría a sus manos. No se leería un solo comentario en la prensa. Algunos ejemplares enviados clandestinamente por correo postal fueron descubiertos. La semilla cayó en un campo yermo.

Pero quien pudo leerlo, en el interior y en el exilio, supo de su importancia capital. Nadie lo conceptualizó tan bien como Javier Pradera, en 2009, al releerlo en la edición que había preparado Jordi Gracia. Era la elaboración de un “doloroso trabajo de duelo dentro del bando de los vencedores con una lucidez intelectual y una altura moral ejemplares” (Pradera 2014, 150). Era, al mismo tiempo, la destrucción de “las versiones al uso del régimen franquista” sobre la guerra y sus orígenes. Era, simultáneamente, una superación “de los relatos canónicos del bando derrotado” sobre la Segunda República y su destrucción. Era y tal vez siga siendo, para decirlo rápido, el mejor libro sobre la gran tragedia española y para legitimar su versión se vio obligado a escribir una confesión autobiográfica sobre su propia evolución ideológica. No callaba lo que había sido. La asunción del error y la necesidad de purgarlo. No callaba tampoco el motor de su

compromiso. Y desde esa posición diseñaba la demolición del sistema con las armas de la democracia. La síntesis de Javier Cercas diría que es exacta: “Ridruejo sabía que el franquismo era una máquina mortífera y que pocos conocían su funcionamiento mejor que él, que había contribuido a construirla; así que se dedicó a desmontarla, a crear artefactos que mostrasen cómo funcionaba la máquina, para poder desactivarla” (Cercas 2015).

1.5. Múnich como hito y plenitud de Dionisio Ridruejo

A lo largo de 1961 habían empezado a circular noticias sobre una posible ampliación de la comunidad. «Varios países, con Gran Bretaña al frente, hacen cola para regatear, negociar, entrar», decía el economista Joaquín Muns en las páginas del semanario *Destino* (Muns 2003, 197). En este contexto la ciudad de Múnich acogería el IV Congreso del Movimiento Europeo en junio de 1962. La reunión tenía como tema marco la fijación de una postura de los integrantes del Movimiento en relación a la ampliación de la Europa unida. El 18 de mayo, Robert Van Schendel -secretario general- enviaba una invitación a Ridruejo para que asistiese a un Congreso en el que los españoles asistentes podrían «*confronter leurs vues sur le problème de l'intégration éventuelle de l'Espagne a l'Europe*». Igual que Ridruejo, otro miembro de la delegación española del CLC fue invitado a la reunión de Múnich.

Era el poeta Marià Manent, que recibió una invitación firmada por Maurice Fauré –presidente del Movimiento, uno de los firmantes en 1957 del Tratado de Roma- y que interpretó que había sido invitado gracias a una gestión de Pierre Emmanuel, con quien intercambiaba libros de versos desde hacía un par de años. Así se lo comentaba el 16 de mayo. «*Je viens de recevoir une invitation de M. Maurice Fauré pour Múnich et j'y devine aussi votre intervention. Est-ce que le Comité pourra aussi financer ce voyage ? J'espère m'y rendre comme observateur et je serai heureux de cette occasion de vous voir*⁹⁴». Cuatro días después, el 21, Emmanuel contestaba diciéndole que había

⁹⁴ Carta de Marià Manent a Pierre Emmanuel fechada el 16 de mayo de 1962. Inédita. Se conserva en la Biblioteca Archivo Manent.

iniciado las gestiones para conseguir que el viaje a Múnich de Manent le fuese costeadado. “*J’ai transmis au Comité qui s’occupe d’organiser la rencontre de Múnich votre désir de vous voir défrayé des frais de voyage. J’espère que ce Comité pourra prendre une décision favorable à votre égard, mais je sais qu’il a déjà un certain nombre de demandes dans ce sens*”⁹⁵.

¿A qué Comité se refería? Tal vez el Comité d’Écrivains et d’Éditeurs pour une Entraide Européenne o el Centro de Documentación y de Estudios, que sabemos que intervino como mínimo en la financiación de la reunión (si lo hizo en la promoción y asesoramiento, no podemos afirmarlo). El 24 de mayo, Emmanuel ya había conseguido gestionarlo. «*A propos de l’invitation de M. Maurice Fauré, on m’indique ici que les amis de la section européenne de l’Institut Français de Barcelone ont prévu les moyens financiers nécessaires*»⁹⁶ No creo que valga la pena resumir aquí lo que sucedió en Múnich durante aquellas míticas jornadas⁹⁷, pero sí vale la pena señalar alguna de sus consecuencias. En Madrid estaban informados y trinaban porque, como está documentado, hubo presencia del espionaje franquista en la reunión. El 9 de junio el gobierno suspendió el artículo 14 del Fuero de los Españoles y se le encomendó al Ministro de la Gobernación la toma de medidas oportunas para penar a los implicados en aquella campaña de descrédito del régimen. Ridruejo, como bastantes de sus compañeros de viaje, no pudo volver a España y optó por instalarse temporalmente acompañado de Jesús Prados Arrarte, Fernando Baeza, Pablo Martí Zaro, José Suárez Carreño, Vicente Ventura, Isidro Infante, Enrique Ruiz García e Ignacio Fernández de Castro. “Las perspectivas de acomodo no nos [son] difíciles ni obtusas pero planeo para corto plazo porque me horroriza la idea de convertirme en un exiliado. habrá que dejar pasar la ola de histerismo y mala fe y luego veremos”, le escribió a su mujer al poco de llegar (Ridruejo 2012b, 25) Allí podría hojear el primer ejemplar que tuvo en las manos de *Escrito en España*.

El 15 de julio de 1962 Camilo Alonso Vega –Ministro de la Gobernación- tomó la palabra en las cortes franquistas y su discurso lo reprodujeron íntegro los principales periódicos del país, incluida *La Vanguardia*. El Ministro detalló lo que el gobierno sabía

⁹⁵ Carta de Pierre Emmanuel a Marià Manent fechada el 21 de mayo de 1962. Inédita. Se conserva en la Biblioteca Archivo Manent.

⁹⁶ Carta de Pierre Emmanuel a Marià Manent fechada el 24 de mayo de 1962. Inédita. Se conserva en la Biblioteca Archivo Manent.

⁹⁷ El minuto a minuto de la reunión está documentado en *Cuando la Transición se hizo posible. El Contubernio de Múnich*.

de lo ocurrido en Múnich y cuáles habían sido los orígenes del “contubernio” dichoso. Entre otras cosas afirmó lo siguiente: “La Conferencia se venía organizando desde noviembre de 1961, en París. Julián Gorkin recibe el *encargo* de dedicarse íntegramente al *problema político español*, para lo cual se ponen a su disposición más de 75.000 dólares de diverso origen, e inicia los contactos con elementos del interior de España para asegurar su participación en la mencionada conferencia.” La información del Ministro podría haber sido algo más precisa, pero el papel del Centro de Estudios y Documentación y del Congreso por la Libertad de la Cultura había sido esencial en el antes y el después de Múnich. Los dos órganos de difusión españoles del Congreso por la Libertad de la Cultura pronto calibraron con precisión cuál había sido la importancia de la reunión europeísta. Vicente Ventura –colaborador de Ridruejo que se vería forzado a residir por unos meses en París- fue el encargado de contarlo para la revista ciclostilada del Centro y Madariaga en *Cuadernos*. “Múnich constituye el primer acto público de la oposición española que, como la clase obrera, *ha perdido el miedo* para aplicar una expresión utilizada por agudos comentaristas de la interpretación de las huelgas” (Ventura 1962, 22). En “El Congreso Europeo de Múnich”, publicado en la sección “Crónicas”, Madariaga relató con militante claridad pedagógica que los congresistas reunidos en la ciudad alemana habían logrado abortar el intento del régimen franquista por incorporarse a la CEE. «Cabe pues afirmar con la mayor confianza que la demanda de asociación presentada por el Gobierno de Franco en Bruselas el 9 de febrero, fue rechazada en Múnich el 8 de junio por la asamblea representativa de esa Europa que aspiraba a explotar política y económicamente.» (Madariaga 1962, 78).

Las revistas no fueron el único altavoz que el CLC puso al servicio del mensaje de Múnich. El Servicio de Prensa de Gorkin divulgó tres textos: los artículos “Franco o España-Europa” de Gorkin mismo, “Múnich, un hecho” de Dionisio Ridruejo y con algunas semanas de posterioridad “Múnich: un hito en la historia española” de César Armando Gómez. Los tres demuestran que aquella reunión había generado una esperanza inmensa entre la oposición democrática. “He conocido muchos momentos emocionantes en mis cuarenta y cuatro años de vida política”, escribió Gorkin, “quizá ninguno tan hondo y legítimo como el que he vivido hace unos días en Múnich. Se trata,

sin lugar a dudas, de un hito de histórica importancia⁹⁸”. Y la mejor descripción de lo que había representado también saldría de la factoría intelectual del Congreso. Aunque anónimo y con pie editorial del Consejo Federal Español del Movimiento Europeo, *Múnich, 1962. Explicación de un hecho histórico* es un folleto escrito por Gorkin, Ridruejo y Enrique “Gironella” (Farreras 1994, 223) que tenía exactamente el mismo formato y la misma tipografía que otras publicaciones del Centro. Aquel texto, que puede leerse como la versión canónica de lo que había representado el “Contubernio”, aclaraba, por si había alguna duda, que «una simple lectura del Tratado de Roma bastará para comprender que el régimen de Franco no tiene sentido en Europa⁹⁹.» Pero además de difusión de su mensaje, tras Múnich, el CLC multiplicó la financiación de actividades de oposición política vehiculada a través del Centro¹⁰⁰. “El Congreso por la Libertad de la Cultura nos ha acogido, nos da oficinas independientes y medios discretamente generosos. Están ya metidos en faena”, aclaraba Ridruejo a su mujer (Ridruejo 2012b, 31).

Desconozco la cifra del gasto que desembolsó el Centro tras el “Contubernio” y es improbable que pueda descubrirse, pero seguro que fue considerable. Por una parte, el Centro mantuvo a varios de los represaliados (a Ridruejo, como mínimo, durante sus casi dos años parisinos). Por otra, estaban los planes de actuación: libros, folletos, revistas. Incluso se pensó en la posibilidad de crear una radio para contrarrestar el monopolio informativo del Estado y la insuflación de discurso comunista a través de Radio Pirenaica. Diez días después de Múnich, Ridruejo y Gorkin idearon un ambicioso proyecto que cubría varios frentes y al que John Hunt dio el visto bueno. Uno de los acuerdos que suscribieron, entre otros, fue «preparar e imprimir asimismo una serie de folletos breves para su difusión en el interior». Algunas de las cuestiones a las que planificaron dedicar los “folletos” eran «“Qué es el Mercado Común”, “Qué es el Movimiento Europeo”, “Por qué ataca Kruschev el Mercado Común”¹⁰¹.» Se trataba, se

⁹⁸ En el documento que trabajo no consta la fecha en la que el Servicio de Prensa de Gorkin lo difundió. Son dos páginas mecanografiadas que consulté en el Pavelló de la República de la Universitat de Barcelona. Los otros dos, los de Ridruejo y César Armando Gómez, los consulté en el mismo archivo. “Múnich, un hecho” se publicó en francés en *Le Monde*, se recopiló en la primera edición de *Casi unas memorias* y lo integré en la recopilación *Ecos de Múnich* (Ridruejo 2012^a), pp 43-50.

⁹⁹ *Múnich, 1962* (1962): 11. Lo reproduce como apéndice en mi edición de *Ecos de Múnich*, pp. 167 – 233.

¹⁰⁰ Carta mecanografiada de Julián Gorkin a Dionisio Ridruejo fechada el 21 de septiembre de 1964. FDR, CDMH.

¹⁰¹ “Acuerdos Ridruejo-Gorkin con M. Hunt, secretario del Congreso por la Libertad de la Cultura (19 Junio 1962)”, FDR, CDMH.

seguía tratando, de divulgar los organismos económicos y políticos defensores de la causa del europeísmo al tiempo que se pretendía contraponer, en plena Guerra Fría, el proyecto de la Europa unida a la política exterior de la Unión Soviética.

Durante los meses posteriores al Contubernio Gorkin y Ridruejo desarrollaron una campaña de oposición política intensísima, organizando reuniones, estableciendo nuevos contactos, escribiendo panfletos, tratando que el espíritu de Múnich perviviera. “Mi plan, a grandes rasgos, consiste: A/ terminar las negociaciones “españolas” comenzadas en Múnich, B/ Montar una fabriquita de propaganda y, por de pronto, una revista intelectual; C/ Recorrer Italia y América en septiembre y octubre, d/acarrear hacia España cuantos medios sean posibles. H/ Volver a España –incluso clandestinamente- cuando el aparato esté montado en forma.”, describía Ridruejo a Gloria de Ros (Ridruejo 2012, 31). Se trataba de dar forma a lo esbozado en Múnich, pero eran pocos los que creían a fondo en ese proyecto que Gorkin tenía en mente desde hacía bastante tiempo: la creación de un frente de la oposición democrática. Con un laconismo revelador, y algo desencantado, se lo avanzaba Ridruejo a su mujer a mediados del mes de agosto. “De política, todo está en ciernes. Los socialistas y Gil Robles quieren pero no terminan de querer. Los grupos y grupitos que pululan. Los europeos que preferirían que España no fuese un lío y que desean retrasar el lío. Los americanos que están hechos un ídem. Etc. Me esfuerzo por crear un aparato que sirva de alimento a lo que ahí pueda hacerse. Y a sabiendas de que nadie tiene mucha prisa” (Ridruejo 2012b, 53).

Ridruejo y Gorkin Buena depositaron parte de sus esperanzas en un viaje que realizaron a los Estados Unidos en octubre de 1962. Franco, que supo de aquel viaje por la prensa exiliada, estaba indignado con Ridruejo. “Considero incomprensible el despecho de este hombre que obra por ambiciones políticas no alcanzadas”, le confesaba en conversación privada a su primo. Pero lo que Franco no supo puede descubrirse en un documento conservado en el archivo de Manuel de Irujo. En Washington Gorkin y Ridruejo, avalado por una carta de Gil Robles, hablaron con senadores demócratas y republicanos. Se reunieron con uno de los asesores del presidente Kennedy, el historiador Arthur Schlesinger, a quien Ridruejo envió un informe sobre la situación española y la necesidad de contar con el apoyo político y económico del gobierno norteamericano para democratizar el país y evitar así la

penetración comunista¹⁰². Miembros del ala oeste de la Casa Blanca les dijeron que las bases militares eran un tema de discusión recurrente y que los ecos de Múnich habían impactado a un Pentágono donde el franquismo seguía gozando de buena reputación.

En Nueva York, además de charlar con exiliados ilustres –Victoria Kent o Joaquín Maurín-, Ridruejo ofreció una concurrida rueda de prensa explicando el sentido de Múnich. Pero el encuentro clave lo mantuvieron con el líder del sindicalismo norteamericano. El todopoderoso Jay Lovestone, viejo amigo de Gorkin y figura clave del sindicalismo norteamericano (al tiempo que cerebro gris de la guerra fría y colaborador de la CIA), les trazó un ambicioso plan de actuación: Estados Unidos sólo se comprometería con los demócratas españoles si asociaban su causa a la portuguesa. Este sería el objetivo de un Múnich 2, que él se encargaría de financiar, y que debería celebrarse en Roma para impresionar al Vaticano y, de rebote, implicar al catolicismo norteamericano. Se vivían las horas previas a la crisis de los misiles en Cuba y Lovestone entendía que si Gorkin y Ridruejo era capaces de movilizar todos esos actores influirían también en América Latina, obsesión en aquel momento de la política exterior norteamericana.

El Ridruejo que volvió a París, tras haber hecho escala de unos días en Puerto Rico, acababa de cumplir cincuenta años, ya llevaba casi seis meses de exilio, y, políticamente, parecía un hombre esperanzado. Por lo que se desprende de una carta dirigida a uno de los republicanos que había tratado durante el viaje –el historiador de la jurisprudencia Javier Malagón, traductor al inglés del informe dirigido a la Administración Kennedy-, su idea era que el fin del franquismo tal vez no era tan lejano y el mejor trabajo que podía hacerse era fortalecer la unidad antifranquista que tenía como base la letra y el espíritu del acuerdo de Múnich. «Tengo la impresión de que en España se remueven las cosas, que la salud del número Uno produce inquietud y que las “fuerzas reales” buscan diálogo por todas partes. Quizá se vaya a una provisional, rápida y un tanto falsa, pero todo será mejor que la inmovilidad. En todo caso, sigo teniendo fe en que el buen desenlace dependerá de que nuestro proyecto de unificación pueda consensuarse y de que las personas que entran en el juego procedan con

¹⁰² Eduardo Martín de Pozuelo dio a conocer dicho informe el año 2005 en *La Vanguardia*. Lo reproduce en *Ecos de Múnich*, pp. 63-71.

sinceridad¹⁰³» Esa esperanza es la que, templada por la razón, se atisba en un texto de análisis político de gran nivel, *España, 1963. Examen de una situación*¹⁰⁴. Lo publicó el Centro de Gorkin y es una espléndida síntesis de sus ideas sobre el régimen, además de la crónica sosegada sobre los movimientos de oposición que se estaban desarrollando en el país.

Esa esperanza política, que se materializaba en constantes contactos y viajes (a Roma, a Ginebra...), reflexiones y proyectos (impulsar un comité internacional de demócratas españoles, organizar una jornada de reflexión sobre la capital encíclica “Pacem in Terris”), no le llenaba del todo, como confesaba a su mujer a finales de año, porque no conseguía la repercusión ansiada ni ampliaba el círculo de españoles comprometidos en el interior. «Al mismo tiempo que pongo todo lo que tengo en lograr lo que siempre he creído necesario, tengo una especie de desaliento y desgana íntimas, especialmente porque no “siento” que ahí haya correspondencia entre las gentes que debieran sentirla.» (Ridruejo 2012b, 65-66). La idea del retorno a casa ganaba fuerza, pero se cruzaba con el desconcierto por la falta de seguridades legales, la posibilidad de batallar libremente con la pluma y sobre todo su adicción a sacudir al régimen y los *afranquistas* de su letargo interior. Uno de esos momentos de magnética vibración política, cuando su razón encendía la bestia dictatorial, se produjo a finales de abril de 1963 a raíz del fusilamiento del dirigente comunista Julián Grimau en Madrid. Justificada por las responsabilidades de Grimau durante la guerra civil, el asesinato le indignó como a tantos porque era la descarnada demostración de que el franquismo vivía aún de la transfusión de sangre de los muertos de hacía un cuarto de siglo. El artículo que escribió para denunciarlo –“La guerra continuada”- es impresionante. Una parte la publicó *Le Monde e Ibérica* la versión completa¹⁰⁵. El diario falangista *Arriba* no tardó en calumniarlo con el clásico escupitajo facha.

Sospecho que esas fueron las últimas horas estelares del exilio de Ridruejo. El verano de 1963 decidió que volvería tan pronto como le fuera posible. Un juicio provisional sobre aquel período lo realizó, aún desde París, en carta a Vicente Ventura. «No tengo conciencia de haber perdido estos 18 o 20 meses. El exilio valdrá lo que valga –poco, sin duda- pero era un factor y no me arrepiento de haberlo tratado con

¹⁰³ Carta de Dionisio Ridruejo a Javier Malagón fechada el 13 de noviembre de 1962. Inédita. Conservada en el Fondo Dionisio Ridruejo.

¹⁰⁴ Lo reproduce en *Ecos de Múnich*, pp. 75-153.

¹⁰⁵ Lo reproduce en *Ecos de Múnich*, 157-166.

paciencia. De otra parte no me parece vana la pequeña labor cumplida en Roma, en Bruselas (Mercado Común), en el Norte (NATO), en México y en los mismos “Clubs” franceses con los que he tenido relación en los últimos tiempos. Me parece que se formaliza y define una oportunidad operacional para la izquierda democrática europea con la que –aunque sea humildemente- hay que estar en correspondencia» (Gracia 2007, 413) Ridruejo volvió clandestinamente a Madrid en abril de 1964. Su proyecto a corto plazo era dirigir desde Madrid una revista política que se imprimía en París, donde la controlaría Gorkin. Se titularía *Mañana*, empezó a publicarse en enero de 1965 y quiso ser la portavoz de todas las oposiciones democráticas al franquismo.

Capítulo 2. Después de Múnich: el Seminario Internacional sobre Realismo y Realidad en la Literatura Contemporánea.

10 de octubre de 1962. Han pasado tres meses desde Múnich y dos de los hombres de mayor peso en el staff del Congreso se desplazan expresamente a Madrid para reunirse con los miembros del comité español, cuya actividad hasta la fecha, al menos por lo que puede documentarse, no había sido especialmente relevante. El comité antifranquista, que seguía actuando bajo el paraguas del *Comité d'Ecrivains et d'Editeurs pour une Entraide Européenne*, llevaba un par de años de existencia. Se había organizado un seminario, se habían concedido algunas becas para libros (algunos autores han entregado sus manuscritos, otros no) y se habían otorgado bolsas de viaje. Pero difícilmente podría convenirse que el grupo como tal hubiese adquirido un peso relevante vida intelectual del país. Parece, más bien, que había servido como una plataforma a través de la cual sus integrantes habían reforzado sus propias redes de amistad. Claro que la anómala situación española condicionaba absolutamente su hipotética proyección ya que, como argumentaría Bru en un documento interno, “hoy por hoy parece que el Comité no puede pretender obtener personalidad jurídica alguna, ni debe [...] sujetar su actuación a normas que automáticamente pudieran dotarle de los efectos de dicha personalidad”. Si se constituyese legalmente, era obvio, su limitada actividad aún podía ser más punible. Pero podía ser distinto. Podía ampliarse el radio de actuación más allá de las ayudas puntuales. Tras Múnich se trataría de reforzar la actividad del comité.

2.1. Un nuevo secretario: Pablo Martí Zaro

En aquella reunión se intuía la esperanza de que las consecuencias del encuentro europeísta reforzasen la posición de sectores cualificados de la oposición democrática. No iba a ser, pues, una reunión como las otras. No era sólo la presencia de Pierre Emmanuel, a quien más o menos ya conocían todos los reunidos. Allí estaban

Aranguren, Marías, Chueca, Cano, Bru, Castellet y Llorenç Gomis, que el verano de 1962 había sido invitado a integrarse en el comité (lo propuso Emmanuel y Castellet fue el encargado de notificárselo). Pero lo que consagraba la importancia del encuentro era John Hunt, el secretario general del CLC. Hunt preside. Hunt les exhorta a seguir desarrollando su trabajo como intelectuales. Pero les da otras informaciones. Así consta en el primer párrafo del acta de la reunión, escueto, pero inequívoco. Hunt dio cuenta de la actividad realizada y detallo “la más reciente ayuda otorgada durante los últimos meses a algunos intelectuales españoles”¹⁰⁶. Se escuchaban los ecos de Múnich en Madrid. El CLC había asumido la protección de esos intelectuales y, al mismo tiempo, estaba dispuesto a reforzar la actividad del comité español para que se convirtiese en un actor destacado del sistema cultural cuya misión debía ser la forja de una alternativa al régimen. Ese era el objetivo de la reunión.

Luego Emmanuel tomó la palabra. Analizadas las actividades del comité español financiadas por el CLC, su conclusión era más bien crítica. No se había obtenido los resultados esperados. Los becarios que habían recibido becas para viajar al extranjero no habían establecido las relaciones esperadas. Algunas de las bolsas para libros apenas habían impulsado la creación. “El Comité debe precisar más en sus recomendaciones, debe mostrarse más riguroso en la elección de las personas y temas de trabajo y, quizás, orientar sus labores hacia nuevas actividades que puedan ser más efectivas”. Una solución podría ser la organización de reuniones sobre asuntos concretos, como aquella en la que ya estaba trabajando Konrad Jelenski: un seminario sobre los problemas del realismo en la estética contemporánea (sobre el que nos detendremos en este capítulo). Y Emmanuel anunciaba próximas visitas: François Perroux, Ricoeur, tal vez Aron... Hunt habló de otra actividad que otros comités habían puesto en práctica: invitar a una personalidad de primer nivel que debería escoger un tema de discusión concreto y dialogaría sobre él en público y con seis intelectuales españoles.

Para aquella nueva etapa de consolidación, Emmanuel propuso que se ampliase el comité. Los nombres de Enrique Tierno Galván y Marià Manent eran su apuesta. Y propuso también la incorporación de Pablo Martí Zaro, que, por pocas semanas, aún seguía exiliado en París. Miembro del pequeño partido de Ridruejo y funcionario depurado como consecuencia de su asistencia al Contubernio, desde finales de 1962

¹⁰⁶ Acta de la reunión del 10 de octubre de 1962. Fondo Pablo Martí Zaro.

trabajaría full time para el comité, siendo designado secretario en substitución de Josep Maria Castellet. Al cabo de pocas semanas, procedente de París, Martí Zaro llegaba a Madrid. “En lo que atañe a mis asuntos personales, todo marcha bien hasta la fecha. No creo, pues, que haya que temer grandes dificultades para lo sucesivo. Excuso añadir que en el poco probable supuesto de que fallasen mis previsiones, sería Vd. el primero en saberlo¹⁰⁷”. Era el 1 de diciembre y Martí Zaro, después de haberse entrevistado con Pedro Laín, escribía a Pierre Emmanuel para decirle entre otras cosas que, siguiendo su petición, había visitado ya a su amigo José Bergamín –“me rogo que le dijera que continúa *tan esqueleto*” y tan “*resistente como siempre*”- y poniéndolo al corriente de los primeros pasos que estaba efectuando como nuevo secretario del comité.

Al llegar a Madrid Martí Zaro debió encontrarse con una carta de Emmanuel en la que le daba algunas directrices sobre la reorganización. Ya se podía activar la incorporación de Manent; el encargado de hacerle la propuesta formal sería Laín. El caso de Tierno Galván iba a ser distinto¹⁰⁸. Porque su significación, además de intelectual, también era política y su personalidad partidista más controvertida. Aunque en la reunión anterior habían aceptado incorporarle, en París se había decidido posponerlo. Durante su próximo viaje a Madrid lo aclararía Konrad Jelenski, pero, por si había dudas, Martí Zaro podía decir lo siguiente. “*Si l’on fait quelques réflexions sur la candidature de Tierno, avancée au cours du dernier Comité, veuillez dire simplement que nous les avons constatées semblent impliquer qu’il vaut mieux la laisser en suspens pour le moment* ». Pero la cuestión Tierno no sería fácil de resolver. Paseando por Madrid Martí Zaro se cruzó con Raúl Morodo, que le preguntó directamente por el asunto. “Morodo puntualizó que la cosa reviste para ellos la mayor importancia, ya que en el caso de que el Sr. Tierno Galván no se incorporé al Comité, su grupo se verá en la necesidad de formar una estructura propia al margen de nuestras actividades”¹⁰⁹. Si no se incorporaba a Tierno, apuntó Morodo, una alternativa sería Fernando Morán, que formaba parte del mismo partido. Pero la idea disgustó tanto a Laín como Aranguren, ya que el comité era de personalidades y no de grupos, y Emmanuel tampoco la vio bien. “*Je crois prudent de ne pas l’introduire dans le Comité et de n’introduire aucun de ses*

¹⁰⁷ Carta de Pablo Martí Zaro a Pierre Emmanuel fechada el 1 de diciembre de 1962. Inédita. Se conserva en el Fondo Pablo Martí Zaro.

¹⁰⁸ Carta de Pierre Emmanuel a Pablo Martí Zaro fechada el 27 de noviembre de 1962. Inédita. Se conserva en el Fondo Pablo Martí Zaro.

¹⁰⁹ Carta de Pablo Martí Zaro a Pierre Emmanuel fechada el 4 de noviembre de 1962. Inédita. Se conserva en el Fondo Pablo Martí Zaro.

*amis. Ses activités ne sont pas très claires, et le Comité n'a pas, me semble-t-il, à leur servir de garant*¹¹⁰". Deberían pasar un año y medio para que Tierno, al fin, fuese aceptado. El asunto, en aquel momento, quedó en estado de hibernación.

La reunión de octubre del 62 puso las bases del período de mayor actividad del comité. La profesionalización de Pablo Martí Zaro estaba suponiendo, al parecer de Emmanuel, un punto de inflexión. Porque Martí Zaro se pone a trabajar. Se dedica exclusivamente a organizar la actividad del comité y contará para ello con una oficina. Para empezar indaga sobre el estado en el que están los ensayos que habían sido becados y trata de atar los cabos para que el comité español dispusiese de su propia plataforma, que se denominaría, en fase preparatoria, *Cuadernos Españoles*. Lo hablaron Aranguren y José Luis Cano y en otra reunión con el notario Bru. Su propósito sería distribuir el primer cuaderno en marzo de 1963. Ya habían establecido la primera lista de posibles colaboradores, que recibirían la carta oficial de invitación firmada por Aranguren. Era una nómina selecta de la publicística y la academia democratizadora del momento. Eran los Laín, Marías, Tierno, Pinilla de las Heras, Lázaro Carreter, los hermanos Gomis, y Julio Caro Baroja, más los exiliados Guillermo de Torre, Ferrater Mora, Ayala, Juan Marichal. Martí Zaro abriría una cuenta a su nombre donde ingresaría los 5.000 francos enviados desde París y los comprobantes y los estados estarían siempre a disposición de los miembros del comité.

Durante las últimas reuniones de 1962 y las primeras de 1963 pudo constatarse el renovado afán de profesionalización de la actividad del comité. Sobre las bolsas de viaje y las becas para libros, por ejemplo, se decidió reducir el número y sobre todo otorgarlas a personas que hubiesen presentado proyectos bien detallados. También se perfilaron los premios que pensaban conceder. Se pretendía que fuesen dos: el Premio de los Escritores Europeos (ideado para impulsar, según sus bases, "la labor creadora de los autores españoles que cultivan esta forma de expresión del pensamiento") y el Premio de los Ensayistas Españoles (que reconocería un ensayo escrito en castellano por un autor español durante el año anterior). El primer premio se planificó que estuviese dotado con 30.000 pesetas y constituiría un cuaderno especial de la serie del comité. El segundo estaba dotado con 15.000 pesetas. El notario Bru elaboró un breve informe en el que argumentaba que el comité no podía aparecer como único convocante y

¹¹⁰ Carta de Pierre Emmanuel a Pablo Martí Zaro fechada el 7 de diciembre de 1962. Inédita. Se conserva en el Fondo Pablo Martí Zaro.

recomendaba buscar persona jurídica que asumiese la convocatoria¹¹¹. La elegida, de entrada, era la empresa editora de la revista *Ínsula*.

Ínsula suministraría la estructura para encauzar el principal proyecto que el comité tenía en marcha: los cuadernos. Contaban con 180.000 pesetas de presupuesto para cuatro números (que les parecían insuficientes). La sala de máquinas del primero empezaba a funcionar ya que se habían recibido los primeros artículos: los de Francisco Ayala y José Ferrater Mora, que los habían titulado igual (“Libertad y Organización social”). Incluso se pactaron ya los temas para los siguientes: el segundo, que coordinarían los catalanes del comité –Gomis, Manent, Castellet-, sería sobre “El Amor o el erotismo”, el tercero recogería las ponencias y los coloquios que pudiese generar el coloquio sobre realidad y realismo y el cuarto podría dedicarse a la juventud, problemática sobre la que el Congreso estaba organizando una reunión internacional a la que se estaba implicando a Aranguren.

2.2. *Realismo y Realidad en la Literatura Contemporánea*: planteamiento estético y cuestionamiento político.

Los ve y no lo entiende. Ocurre durante el acto de inauguración del *Seminario Internacional sobre Realismo y Realidad en la Literatura Contemporánea*. Es el 14 de octubre de 1963 en el Instituto Francés de Madrid. “*La conversa va anar malament*”, recordaría Josep Maria Castellet, que es quien los ve. A Aranguren –el director del Seminario, como lo había sido hacía un par de años en el de las Soluciones Occidentales- y a Bergamín –que ha escrito una de las ponencias que van a discutirse-. “*Era sorprenent veure aquells dos catòlics esprimatxats discutint amb fúria continguda, amb una violència insòlita de fons*” (1995, 211). El tema de la discusión era si el seminario, organizado por el comité antifranquista del Congreso por la Libertad de la Cultura, se suspendía o no como acto de protesta. Durante su largo proceso de gestación ya se había suspendido en ocasión por motivos políticos: reaccionado a la ejecución de

¹¹¹ “Nota para el Comité”, 10 de enero de 1963. Informe de dos páginas conservado en el Fondo Pablo Martí Zaro.

Julián Grimau. Ahora también había motivos para la protesta. No hacía ni dos semanas, concretamente el 3 de octubre, que el combativo Manuel Fraga –el Ministro de Información y Turismo- había usado las armas del poder para señalar con soberbia coactiva a José Bergamín, uno de los 101 hombres de cultura que habían firmado un manifiesto para protestar por la salvaje represión de los mineros asturianos en huelga. El día antes de la inauguración escritores que militaban en el Partido Comunista se habían planteado abortar el Seminario. Castellet, compañero de viaje, se responsabilizó de planteárselo a su amigo Aranguren. Pero Aranguren, tenso, apostó por no suspenderlo y, tras la acalorada discusión, Bergamín se fue.

No había sido fácil organizar aquel Seminario. Casi desde la puesta en marcha del comité la voluntad de organizar debates sobre estética literaria había sido reiterada. En octubre de 1961, por ejemplo, ya consta en el orden del día la celebración de un coloquio literario en el Instituto Francés. En la reunión previa al Contubernio Emmanuel habló, otra vez, del interés en celebrar un coloquio de discusión entre poetas, en este caso catalanes y castellanos, pero no parecía que la idea generase especial interés entre los escritores de Madrid. Y en la capital reunión de octubre del 62, a la que además de Emmanuel también asistió Hunt, ya se perfiló el proyecto que aún tardaría un año en cuajar. “El Comité”, les dijo Emmanuel, debería “orientar sus labores hacia nuevas actividades que puedan ser más efectivas. Así por ejemplo, organizar más reuniones –a escala reducida- para tratar de asuntos concretos¹¹²”.

Como Emmanuel y Jelenski sabían cuál era la estética en boga entre los escritores concienciados –el realismo socialista algo descafeinado que Castellet había abanderado en *Veinte años de poesía española* (1960)- entendieron que una buena intervención en la vida intelectual española podía ser una discusión en profundidad sobre el realismo. Lo dijo Emmanuel durante aquella reunión. “A este propósito, y como ejemplo, expone el proyecto del Sr. Jelenski, que proyecta un Seminario para tratar de los problemas del *realismo* en la estética contemporánea”. Un seminario de aquellas características se ajustaba a la perfección con las bases ideológicas del Comité d’Ecrivains que Jelenski dirigía en París. Lo escribiría con todas sus letras el informe redactado con posterioridad por Manès Sperber y dirigido al Comité Ejecutivo del Congreso por la Libertad de la Cultura. “*Au cours de plusieurs séjours en Espagne,*

¹¹² Acta de la reunión del 10 de octubre de 1962. Fondo Pablo Martí Zaro.

Jelenski avait eu l'occasion de constater que le réalisme socialiste continué à être considéré par les écrivains de gauche et d'extrême gauche comme la seule esthétique qui soit éthiquement justifiée et politiquement efficace dans la lutte antifranquiste¹¹³». La biografía de Sperber respondía a los cánones de muchos de los colaboradores del CLC: tras haber sido militante comunista antes de la II Guerra Mundial (anduvo cerca del publicista Willi Münzenberg), a finales de los años treinta rompió con el estalinismo y luego se dedicó a combatirlo. Para impugnar principios como aquellos se había creado el Congreso por la Libertad de la Cultura –para impugnar una determinada hegemonía ideológica que tenía su correlato estético- y para desactivarlo se había ideado aquel encuentro en Madrid. Para mostrar a los escritores españoles antifranquistas qué existía un abanico de propuestas narrativas que posibilitaba elaborar una crítica política sin necesidad de quedarse encorsetado por el realismo socialista. “*Ils restent éloignés de la littérature expérimentale et d'autres manifestations néo-anti-réalistes, etc... -et ceci en dépit de l'intérêt qu'ils portent à tout ce qui se publie en France*”, argumentaba Sperber. «*Le thème semblait présenter le double avantage d'établir d'une part l'incontestable indigence et l'échec incontesté du réalisme socialiste, et de montrer d'autre part la richesse et la variété de la nouvelle littérature, esthétiquement révolutionnaire, du monde libre.*»

En la siguiente reunión del comité antifranquista de Madrid, la del 10 de diciembre, Martí Zaro leyó el memorándum sobre el Coloquio escrito por Jelenski y que le había mandado Emmanuel. “Se propone la celebración en España de un coloquio, encaminado a replantear en sus verdaderos términos los problemas suscitados por esta tendencia literaria”. La lista de escritores extranjeros invitados al coloquio era de primer nivel: Ignazio Silone, Nicola Chiaromonte, Pierre Emmanuel, Jean Bloch-Michael, François Bondy, K.A. Jelenski, Jean-François Revel, Jan Blonski, Mary Mcarthy, Maurice Nadeau. Además la organización estaba dispuesta a sufragar la invitación a 15 literatos españoles. El comité español hizo suyo aquel proyecto, que se organizaría entre Madrid y París. Para empezar, por ejemplo, en la siguiente reunión (celebrada el 10 de diciembre) se decidió que la tercera entrega de las monografías *Tiempo de España* (en aquel momento aún las denominaban *Cuadernos Españoles*) aprovechara los materiales

¹¹³ Manès Sperber, “Quelques remarques sommaires sur le Seminaire Litteraire de Madrid”, fin de octubre de 1963. Informe de 4 páginas conservado en el Fondo Dionisio Ridruejo. Lo di a conocer en el artículo “Grietas del realismo social: el coloquio sobre realidad y realismo en la literatura contemporánea (1963)” (2009). Le pase copia del documento a Gregorio Morán, que así lo hace constar en *El cura y los mandarines*.

generados por el coloquio que debía celebrarse, en principio, la primavera de 1963: se publicarían los trabajos presentados y las intervenciones que se hiciesen durante el coloquio (la dirección del número fue propuesta a Julián Marías, que la declinó). Al mismo tiempo Martí Zaro preparaba los encuentros que Jelenski debería establecer con escritores españoles durante su próxima visita de trabajo a Madrid. Por una parte una tertulia con artistas, cuya lista de participantes junto a Fernando Chueca, y por otra una con escritores¹¹⁴. En Barcelona, como sabía Martí Zaro por carta de Manent, él, Gomis y Castellet también preparaban el encuentro de Jelenski con escritores catalanes. Aunque la visita de Jelenski se pospuso, Emmanuel, a principios de enero del 63, esperaba que todo siguiese según lo previsto. “*Il faudrait que ce colloque se tînt au moins de mai ou de juin prochains*”, le escribía a Martí Zaro¹¹⁵. En Madrid ya pensaban en el local. Aranguren ofreció su Seminario de la Facultad de Filosofía y Letras, aunque prefería un ámbito no académico.

Jelenski, según se desprende de la correspondencia cruzada entre Martí Zaro y Manent, al fin hizo su viaje entre finales de febrero y principios de marzo de 1963. El 25 de febrero asistió a una reunión del Comité en Madrid. “Indica la conveniencia de que los asistentes no sean más de 25 en total. Dice que tres o cuatro ponencias, pedidas, por ejemplo, a Chiaromonte, Bouseño, Torrente Ballester y Castellet, podrían constituir la base o punto de partida del coloquio¹¹⁶”. Todo iba por buen camino hasta que la represión anticomunista se cruzó por el camino. El 20 de abril Julián Grimau era ejecutado. La noticia impactó fuertemente en todas las familias de la oposición, incluido el Riduejo de París y el think tank anticomunista que era el Centro de Estudios y Documentación (dedicaron un número del *Boletín Informativo* al caso). Pero también determinó, a corto plazo, la celebración del Coloquio sobre la Realidad y el Realismo. La realidad franquista se imponía al diálogo a copia de tiros. En aquel momento se había elegido las fechas (del 5 al 9 de junio), se había cerrado la lista de invitaciones de escritores españoles¹¹⁷ –mezcla de generaciones y con una nutrida presencia de

¹¹⁴ En la lista, tal como consta en su carta a Chantal Loiseau –secretaria de Emmanuel-, constaban los siguientes escritores: Ángel Crespo, J.R. Marra López, Ramón Barce, Carlos Bousoño, J.M. Caballero Bonald, Luis Felipe Vivanco, José Hierro, Ignacio Aldecoa, Jesús López Pacheco, Juan García Hortelano, Vicente Gaos, Jesús Fernández Santos, Alfonso Sastre, Antonio Buero Vallejo, Gonzalo Torrente Ballester y Fernando Baeza.

¹¹⁵ Carta de Pierre Emmanuel a Pablo Martí Zaro fechada el 10 de enero de 1963. Inédita. Se conserva en el Fondo Pablo Martí Zaro.

¹¹⁶ Acta de la reunión celebrada el 25 de febrero de 1963. Se conserva en el Fondo Pablo Martí Zaro.

¹¹⁷ Camilo José Cela, Vicente Aleixandre, José Luis Aranguren, Julián Marías, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Pedro Laín, Antonio Buero Vallejo, Alfonso Sastre, Enrique Llovet, Carlos Barral, Luis

escritores que militaban en el PC o eran compañeros de viaje- y extranjeros¹¹⁸. Se había designado a Aranguren como director y se habían elegido ya a los ponentes: Chiaromonte, Sarraute, Castellet y Bergamín. A petición de Laín y Aranguren se incluyó en esa nómina también a Gonzalo Torrente Ballester. Pero precisamente el día que estaban reunidos atando cabos, Jelenski dirigió un telegrama a Martí Zaro: “Parece preferible organizar el Coloquio en Francia o en Italia, en vez de hacerlo en España”. Era el impacto internacional de la muerte de Grimau. La noticia heló la reunión. “Si se celebrase fuera de España”, puede leerse en el acta, “ni el eco ni los efectos del coloquio serían los que se buscan¹¹⁹”. Pero sospecha que salieron de la reunión forzados a trasladar el coloquio y la nueva sede podía ser Niza, como se desprende de otra carta de Martí Zaro a Manent. El 1º de mayo escribía a Martí Zaro. Ni Goytisolo ni Oliver tenían pasaporte. Espriu decía que no. Solo Triadú, de los escritores catalanes, daba el sí¹²⁰.

Lo resolverían, al fin, en una nueva reunión celebrada en Madrid el 18 de junio a la que asistió Emmanuel. «*Sur l'insistance de tous nos amis espagnols, de ceux de l'intérieur comme de ceux de l'émigration, on décida finalement de repousser la date sans rien changer au projet initial*», se lee en el informe Sperber. Al fin se celebraría en Madrid entre el 14 y el 20 de octubre (con excursión incluida, el día 16, a Segovia, la Granja y Ávila, que motivaría, por cierto, unas páginas espléndidas del dietario de Joan Fuster). Se contaba con todas las ponencias previstas, excepto la de Castellet. También se había elegido quien comentaría cada una de ellas: la de Chiaromonte, Gil de Biedma; la de Castellet, McCarthy; la de Bergamín, Du Bouchet; la de Sarraute, García Hortelano; y la de Torrente, Starobinsky. Habría otras ponencias parciales y la sede sería el Instituto Francés. Todo volvía a ir según lo planeado. El 9 de agosto, con papel de carta del Seminario, Aranguren escribía a los asistentes españoles y exponía los motivos por los cuales se había decidido organizar aquel seminario. El marco conceptual del Coloquio era el siguiente: “Frente a los que conciben la realidad como

Goytisolo, Jaime Gil de Biedma, Joan Oliver, Joan Fuster, Jordi Carbonell, Rafael Santos Torroella, Luis Martín Santos, Lorenzo Gomis, José Luis Cano, Jesús López Pacheco, Armando López Salinas, García Hortelano, José Bergamín, José María Castellet, Carlos Bouseño, Gonzalo Torrente Ballester, Carme Laforet, Miguel Delibes, Gabriel Celaya, Bardem, Berlanga, Salvador Espriu, Rafael Sánchez Ferlosio, Blas de Otero, Dámaso Alonso, Ana María Matute, Marià Manent y Joan Triadú.

¹¹⁸ Habían aceptado André de Bouchet, François Bondy, Jean Bloch-Michel, Jan Kott, Aleksander Wat, Manès Sperber, Nathalie Sarraute, Nicola Chiaromonte, Thorkild Hansen, Jean Starobinsky y Pierre Emmanuel. Ni Adorno ni Silone podrían acudir. Y no habían respondido, entre otros, Vittorini, Grass o Gombrowicz.

¹¹⁹ Acta de la reunión del 22 de abril de 1963. Se conserva en el Fondo Pablo Martí Zaro.

¹²⁰ Carta de Marià Manent a Pablo Martí Zaro. Inédita. Se conserva en la Biblioteca Arxiu Manent.

algo siempre huidizo y cuestionable que el escritor ha de interpretar en función casi tan sólo de su personal relación con los seres y las cosas, vino el Realismo a proclamar la necesidad y el deber de amoldar el quehacer literario a la estructura objetiva de lo real¹²¹”. Estos dos posicionamientos, donde lo estético fagocitaba lo epistemológico, se habían petrificado. “En el curso de los últimos años las dos concepciones que aquí he tratado de sintetizar en términos sumarios, han provocado entre nosotros una viva tensión polémica que ha sido sin duda muy fecunda, pero que no ha rebasado en su conjunto el marco trazado por los planteamientos iniciales”. ¿Se podía ir más allá? “Mientras tanto la noción misma de la realidad parece haber entrado en honda crisis, y no es aventurado afirmar que ha llegado el momento de revisar a fondo los problemas suscitados por el Realismo, en una leal confrontación de opiniones y experiencias”. Para confrontar puntos de vista se había planteado el coloquio; para cuestionar, en último término, el monopolio del realismo como fórmula estética en la medida que no lograba captar de manera completa la pluralidad de lo real. El comentario de las ponencias debía impulsar los debates (debates a los que no asistiría Gil de Biedma, cuya posición, en el diálogo con Chiaromonte, ocuparía Joan Fuster). Pero la represión antifranquista y sus consecuencias volvieron a entrometerse en el Coloquio, otorgándole la singularidad que Gregorio Morán descubre en *El cura y los mandarines* (2014, 199-232).

Debió ser bien avanzado el mes de septiembre cuando Josep Maria Castellet viajó a Madrid. Como en otras ocasiones, tras dejar su maleta en el hotel, tomó un taxi para desplazarse a casa de sus amigos Alfonso Sastre y Eva Forest. “*Estaven més aviat abatuts per les notícies que arribaven d’Astúries*” (Castellet 1995, 185). Tras la huelga de los mineros del año anterior, que forzó al gobierno a negociar sus condiciones laborales y que generó un considerable movimiento de solidaridad (una solidaridad, por cierto, que llevó, entre otros, a Salvador Clotas y a Manuel Vázquez Montalbán a la cárcel), la protesta se había reactivado a principios del mes de julio de 1963. La represión fue brutal. Por eso estaban abatidos Sastre y Forest. Porque habían tenido noticia, a través de un documento clandestino que estaba circulando con notable intensidad, del terror impuesto por la dictadura: la muerte de un minero, torturas y humillaciones a mujeres de algunos huelguistas. Es probable que ese documento o la información que contenía llegase a oídos de un Ministro del Gobierno y lo expusiese en

¹²¹ Carta de José Luis L. Aranguren a Marià Manent fechada el 9 de agosto de 1963. Inédita. Se conserva en la Biblioteca Arxiu Manent.

el Consejo de Ministros, porque el capitán y el sargento a los que se les hacía principales responsables de tan salvaje represión sufrieron arresto domiciliario (Historial de la cuestión, *Boletín Informativo*, noviembre de 1963). Es probable, asimismo, que el documento fuese conocido por el PC en el exilio. Porque sobre su contenido basó Pasionaria la llamada a los intelectuales que hizo el 19 de septiembre a través de Radio Pirenaica. Porque se refería explícitamente a los obreros de Asturias y citaba dos de los nombres de las mujeres torturadas. “Cuando la lucha hierve y en cada casa arde como una hoguera fosca y hasta nuestros oídos llega, como un eco lejano, como un rumor de tormenta el grito de las mujeres bestialmente afrentadas, no calléis, intelectuales. Gritad vuestra protesta y que os oiga el mundo. Clamad por la injusticia y contra el crimen aleroso, contra el crimen nefando, decid vuestra palabra de coraje y de aliento, hermanos con los mineros por la lucha con España¹²²”. Lo escuchó Julián Gorkin en París (o al menos se hizo con una transcripción de la alocución, la que hizo llegar a Juli Just) y es probable que lo escuchase en Madrid el crítico José María Moreno Galván. Porque aquella tarde que Castellet estaba en casa de Sastre, Moreno Galván apareció con el texto de una carta de denuncia durísima de los hechos dirigida al Ministro Camilo Alonso Vega que, tras discutirlo con sus amigos, decidieron convertirla en una carta pública de protesta, dirigida a Manuel Fraga y para la que empezaron a recoger firmas entre los intelectuales de sus círculos. Le pedían una información pública y veraz sobre lo sucedido. El 30 de septiembre la enviaron al Ministro. La habían firmado 101 hombres de cultura, empezando por Vicente Aleixandre.

No fue el único documento de protesta que recibió el Ministro. El 2 de octubre, desde París, le fue dirigido un telegrama firmado por Salvador de Madariaga, Dionisio Ridruejo y Julián Gorkin. “Conocedores documento intelectuales solicitando esclarecimiento sobre violencias policiales contra mineros asturianos hacemos presente nuestra adhesión a dicho escrito¹²³”. Fraga, más que por el silencio administrativo, se decantó por la reacción viperina ya que, además de activar las represalias legales contra los firmantes, se dirigió exclusivamente a uno de los firmantes. No al primero sino al noveno. Al que estaba en una situación especialmente delicada. Otra vez al antiguo

¹²² “Llamamiento de Dolores Ibarruri a los intelectuales”, Radio España Independiente, 19/9/63. Una transcripción de esta llamada, de 4 páginas mecanografiadas, se conserva en el Fons Juli Just.

¹²³ Se consigna en el apartado “Adhesiones a la carta de los intelectuales” del *Boletín Informativo* que publicó el Centro de Estudios y Documentación en el número (excelente) de noviembre de 1963, p. 13. Puede leerse en: https://ddd.uab.cat/pub/ppc/bolinfCDE/bolinfCDE_a1963m11n19.pdf.

exiliado de pasado traumático. A José Bergamín. En una carta fechada el 3 de octubre y que constaba de seis páginas mecanografiadas (la primera, presidida por el águila imperial que era membrete del Ministerio ¹²⁴) Fraga desmentía una por una las acusaciones concretas de la carta que había recibido y desvelaba la intencionalidad política de la que consideraba una campaña de difamación. Era una operación de manual: los “intelectuales son utilizados al servicio de una campaña política, voluntaria o involuntariamente, con desprecio del prestigio de su condición y como meros peones en el tablero de un juego cuyos tácticos permanecen al margen o están infiltrados entre los mismos”. Lo sabía él y la sabía Bergamín. “Las orquestaciones propagandísticas, basadas en razones humanitarias, coreadas por prensa y radio de partido, con conciencia de su inexactitud pero sabiendo que arrojan un cierto saldo positivo en cuanto siembren inquietud o dudas, las estamos viendo realizar en todos los países donde el comunismo busca unos objetivos de agitación”. Bergamín, insistía Fraga, lo sabía de sobra desde hacía años. Desde la guerra civil. Otra vez su comportamiento durante la guerra se cruzaba en su camino. Porque Fraga le recordó su prólogo a *Espionaje en España* de Max Rieger, ese montaje propagandístico del estalinismo que buscaba la condena sin paliativos del POUM. El pasado no pasaba para Bergamín. Pero no sólo para él. La guerra, como había escrito Ridruejo en París a propósito del asesinato de Grimau, continuaba.

Como hizo tras el ataque público de Juan Ignacio Luca de Tena de hacía un par de años, Bergamín, el 6 de octubre, también respondió a Fraga. “La verdad es la verdad la diga quien la diga y sea cual sea la finalidad ajena a ella de quienes en otro sentido traten de utilizarla”. Poco importaba si la carta de los intelectuales había sido usada por prensa o radios del extranjero. Seguía pendiente lo esencial: “que el Gobierno facilite una pública información de lo sucedido”. No tenía sentido mezclar en el caso presente lo sucedido durante la guerra civil. “Estoy a su disposición para dialogar de todo; de lo pasado como de lo presente; aunque sin involucrar tendenciosamente lo uno con lo otro; lo que pasó en plena guerra civil, con lo que pasa ahora”. Hacerlo era una estrategia para desviar la atención. Era, en realidad, la estrategia de la que se servía el régimen para escamotear la realidad a los españoles y legitimar su régimen dictatorial como defensa contra la presunta amenaza comunista. “Espero y agradeceré que dé Vd. a esta

¹²⁴ Una copia de dicha carta se conserva en el Fons Juli Just. Puede leerse en varios libros y revistas, como por ejemplo en el número del *Boletín Informativo* citado en la nota anterior.

carta la misma publicidad que haya dado a la suya¹²⁵”. Porque, efectivamente, como haría al cabo de pocas semanas para desactivar la potentísima denuncia del régimen que el Abat Escarré de Montserrat hizo en la primera página de *Le Monde*, Fraga no desaprovecharía la oportunidad de hacer pública su estrategia tóxica. El viernes 11 de octubre hizo publicar en las páginas de *El Español* la carta de los intelectuales y su respuesta presentando la carta como una burda operación comunista. El mismo uso de los documentos lo hizo *ABC* el domingo 13 de octubre. En la entradilla naturalmente hacían constar que la protesta la encabezaba José Bergamín.

Aquel día 13 de octubre Josep Maria Castellet volvía a estar en Madrid porque a las 12.30 de la mañana del día después se inauguraba el Seminario Internacional Realismo y Realidad en la Literatura Contemporánea. Al llegar se citó con Sastre, Moreno Galván y Pablo Serrano, tres de los firmantes del documento. Sabían que Bergamín, indefenso, había decidido protestar negándose a participar en el Seminario. “*Deixava a les nostres mans el boicot a aquest acte*” (Castellet 1995, 209). Los amigos de Castellet querían boicotearlo e impulsaban una nueva carta de protesta. Castellet consideraba que la decisión debía tomarla Aranguren, firmante de la carta y director del seminario. Le llamó para plantárselo y quedaron citados a primera hora de la mañana en la Universidad. Pero aquella misma noche se celebró otra reunión clave. Se citaron Bergamín y Jelenski, a quienes hacía un par de años había presentado Dionisio Ridruejo. Fue un encuentro tenso. Bergamín le pidió a Jelenski que retirase a Aranguren de la dirección, argumentando que se había negado a firmar la segunda carta (simplemente, parece, había solicitado unas horas para tomar la decisión). Jelenski, según el relato de Sperber, le planteó los escenarios que Aranguren debería torear: seguir según lo previsto asumiendo que podían abstenerse “*communistes, communisants et quelques autres excités*”, que no se celebraría el debate a partir de la ponencia de Bergamín o que Aranguren hiciese público que motivos puramente personales habían forzado Bergamín a no asistir al coloquio. El lunes al mediodía Aranguren y Castellet llegaron juntos al Instituto Francés minutos antes del acto de inauguración. Castellet vio a Alfonso Sastre y optaron por forzar el encuentro entre Bergamín y Aranguren. “*La conversa va anar malament*”. El único que se solidarizó con Bergamín fue el poeta Joan Oliver. Sperber, al que aquella situación y el tono de los debates le recordaban el ambiente intelectual de la Francia de 1944, fue implacable: “*tous ceux qui avaient prévu*

¹²⁵ “Respuesta de don José Bergamín”, *Boletín informativo*, noviembre de 1963, pp. 13-14.

que cet épisode aurait pour conséquence de diminuer le nombre des participants espagnols se trompaient complètement. En vérité, personne ne s'est abstenu ; moins que tous les autres, les communistes qui avaient sans doute décidé de laisser tomber ce fellow-traveller avec son passé encombrant". El Seminario, al fin, se inauguró el mediodía del día 14, tal como estaba prevista, pero con cierta tensión.

2.3. Realismo socialista versus nouveau roman

"Chose surprenante : le séminaire devenait chaque jour davantage un événement intellectuel, significatif et extrêmement important pour toute l'intelligence espagnole. Tous découvrirent qu'il s'agissait là d'une phase encourageante de la lutte pour la liberté de l'esprit". Esa era la impresión de Sperber, lo que parece justificar a posteriori la mitificación por parte de algunos de sus participantes –de Castellet para empezar, con sus retratos de Aranguren y Mary McCarthy en su espléndido *Els escenaris de la memòria*-. Había tensión política como marco, alto voltaje intelectual entre los participantes y cierta conciencia de que el seminario planteaba la cuestión del realismo en un momento crítico del desarrollo de la narrativa española de postguerra. Así, al menos, lo conceptualizó uno de los espectadores más inteligentes al coloquio: Luis Martín Santos. Corresponsal en San Sebastián del comité antifranquista, hacía un par de años que el psiquiatra Martín Santos había publicado la gran novela de la postguerra española: *Tiempo de silencio*. Desde su posición renovadora de una narrativa con voluntad crítica, era consciente del impasse en el que se hallaba la prosa de ficción de su país. Lo escribió a propósito del seminario en una crónica que publicó la revista *Preuves*.

Mientras en los países comunistas el estado había forzado la aparición de escritores comunistas, en España, sostenía Martín Santos, el fascismo, como mucho, *"au pouvoir engendre, avant tout, d'habiles mystificateurs de la censure"* (Martín

Santos 1963¹²⁶). Pero las dos tendencias surgidas de esta anomalía estaban agotándose. Por una parte poco más parecía dar de sí la que representaban Cela y Delibes, observadores impávidos del devenir de la sociedad ibérica al margen de guerras y regímenes. “*De cette observation ils tirent une liqueur qui enivre à la fois par la finesse du langage et par l’aspect terrible du document humain qu’elle présente, laissant (peut-être) au lecteur le soin de tirer les conclusions*”. También estaba en crisis la propuesta del grupo de narradores –citaba a García Hortelano y los Goytisolo– que en sus novelas describían la realidad social condicionada por factores que la determinaban. Marxistas en parte, “*ils commencent grâce à leurs romans l’opération préalable de prise de conscience collective qu’ils supposent nécessaire à la transformation des conditions sociales* ». Ese colapso, que era técnico pero también ideológico, podía ser revitalizado por las discusiones planteadas.

Quien abrió fuego primero, determinando el desarrollo posterior (según Sperber), fue el crítico italiano Nicola Chiaromonte. Soldado voluntario durante la guerra civil (formó parte de la patrulla aérea comandada por André Malraux), Malraux marchó de España por desavenencias con los comunistas. Exiliado en Nueva York durante la Segunda Guerra Mundial, contactó con los circuitos de la izquierda antiestalinista intelectual. Luego, de vuelta a Italia, creó junto a Ignazio Silone *Tempo Novo*, revista italiana integrada en el pool de publicaciones periódicas del Congreso por la Libertad de la Cultura. La ponencia de Chiaromonte, titulada “Realismo y literatura”, planteaba la crisis de la novela, pero en unos términos que transcendían los debates sobre el realismo en la literatura española porque la inscribía no en el compromiso civil del escritor sino en la tensión entre estética, epistemología y ontología¹²⁷. “Cuanto más fuerte es la voluntad de realismo, más deformada y efectivamente abstracta es la imagen resultante”. Era una dinámica que se desprendía de la evolución novelesca desde el gran realismo del XIX hasta la crisis del sujeto planteado por Proust, Kafka, Joyce o Musil. Ellos habían puesto la psicología y la noción de realidad en crisis a través de su literatura. Ellos habían precipitado la decadencia actual de la novela. Proust había descubierto “que el universo *natural* no corresponde a nada [...] que la realidad del *tiempo perdido* sólo puede hallarse nuevamente fuera del tiempo, en la dimensión del

¹²⁶ Se trata de un documento formado por 4 páginas mecanografiadas. Se abre con una introducción que presente el texto de Martín Santos, su reflexión sobre el Seminario y la noticia de la publicación de la traducción francesa de *Tiempo de silencio*. Se conserva en la Biblioteca Arxiu Manent.

¹²⁷ La ponencia, que habían recibido los invitados, la forman 7 páginas mecanografiadas. La copia con la que trabajo se conserva en la Biblioteca Arxiu Manent.

Arte”. Tras el cortocircuito que habían implementado en la corriente de la novela realista, “se haga lo que se haga, la novela deja de ser eficaz como medio de representación de la verdad del destino del hombre, lo que suscita la necesidad de una forma diferente”. Formas que ya se estaban practicando, cautivas del nihilismo. “Hoy podemos comprobar en escritores como Beckett, o en los factores de la “nueva novela”, que una realidad carente de esperanza o de razón, reducida, por así decirlo, al puro esqueleto, llega a ser, realmente, una simple sucesión de hechos sin objeto y acaba por identificarse con la obsesión maniática”.

No era un discurso fácilmente asumible para tantos escritores españoles que le escuchaban y que ligaban su proyecto literario al afán de transformar la realidad opresiva en la que les había tocado vivir. Creían con esperanza que la poesía podía ser una arma cargada de futuro (Gabriel Celaya se sentaba al lado de Martín Santos) (Lázaro 2009, 282) porque no tenían más arma que las palabras (y unas palabras que debían medir para que los recortase la censura) y el primer ponente les decía que la literatura ya no podía establecer relación alguna con la realidad. “*Ces écrivains espagnols ont quelque peine à comprendre que Chiaromonte soit considéré un homme « de gauche »*”, señalaba Martín Santos. «*Les Espagnols étaient mal préparés à recevoir avec complaisance ce pessimisme anti-technique et anti-progrès. C’est pourquoi Chiaromonte aura été la victime de beaucoup de malentendus* », cosnignaba, por su parte, Sperber. Parece que uno de los ataques más duros fue el de Fernando Morán. Según el falangista Salvador Vallina, parcial cronista del seminario para el diario *Arriba* (que básicamente aprovechó las cinco columnas de su página para cargar otra vez contra Bergamín y “los Dálmatas”, es decir, los firmantes de la carta en solidaridad con los mineros asturianos), “Chiaromonte se levantó para advertir los peligros posibles de que una reunión como aquella se convirtiese en plataforma para el planteamiento no del realismo en la novela sino del realismo socialista” (*Arriba*, 23/10/1963. Lo reproduce Bonet 2011, en el artículo en el que edita la ponencia de Castellet). Un juicio similar, en privado, le hizo McCarthy a su amiga Hannah Arendt. “Los asistentes eran en su mayoría comunistas o simpatizantes de los comunistas”. Su diagnóstico sobre el alcance de sus ideas sobre literatura era tan simple como duro. “Para ellos la literatura moderna se resume en un combate entre el realismo socialismo y el nouveau roman. Lukács, aprendido a través de Lucien Goldmann, era su Tomás de Aquino, y sus discursos fueron sumamente escolásticos” (Lázaro 2009, 285 / Morán

2014, 214). McCarthy se estaba refiriendo, sin duda, a la ponencia que a ella le había tocado comentar, la de Castellet.

“Cuatro notas para un coloquio sobre realismo” es el título de la breve ponencia que Castellet leyó el martes día 15. Sperber no era menos duro que McCarthy. No hay duda posible sobre la posición en la que se situaba un Castellet que precedía sus notas con citas de Goethe pero también de Engels, Gramsci y Brecht. “Una estética realista salvaguarda, así, los valores culturales del arte e impide que, en plena exasperación esteticista, se busque en términos únicamente formales lo que es no sólo una exigencia sentida especialmente por los artistas desde el interior del proceso de creación de la obra de arte, sino una exigencia histórica reclamada por toda una sociedad en trance de transformación” (Bonet 2011). El realismo seguía siendo un antídoto contra la vanguardia, « tan superficial » en la medida que no pretendía captar la totalidad (tal como la había caracterizado Lúckacs) sino “aspectos marginales o parciales de la realidad”. Realmente todo un mundo distanciaba a Castellet del planteamiento de Chiaromonte. Se lo dijo o al menos así Castellet explicó que McCarthy se lo había dicho en privado: razonaba como un hombre del pasado, de debates ya superados. Sperber, en su informe, lo señaló también con otras palabras. *“Trois des rapports présentés au séminaire étaient espagnols [Bergamín, Castellet, Torrente], dont un seul (prétendument) marxiste-réaliste. En vérité, il s’agissait des thèses de Brecht et de Lukacs avec toutes leurs contradictions et avec les interprétations du lukasisme changeant, répandues per L. Goldmann en France. Le rapporteur, José Maria Castellet, sans doute un fellow-traveller, ne défendait d’ailleurs pas le jdanovisme ni ses produits littéraires ; il exprimait la confusion caractéristique de ces intellectuels qui ne connaissant guère les œuvres du marxisme, leur préfèrent les écrits de certains épigones”*.

Aunque lo fuera su propósito, el miércoles los planteamientos de Castellet fueron de nuevo impugnados. Esta vez fue la escritora Nathalie Sarraute, teórica del cambio del paradigma novelística y voz de referencia del nouveau roman al que se había referido Chiaromonte en su ponencia y a la que mencionó McCarthy en su carta a Arendt. La cuestión era cómo abordar literariamente la realidad. “No hay que vacilar en volver sobre ella para examinarla, ya que puede arrojar alguna luz sobre las mayores controversias de la literatura actual, particularmente sobre aquellas que provocan el enfrentamiento de tendencias tan irreductibles como el realismo socialista y la pura

investigación estética¹²⁸». La clave, para Sarraute, era distinguir entre dos tipos de realidades. “La realidad que todo el mundo ve a su alrededor [...] expresada en formas conocidas, mil veces repetidas e imitadas” y una realidad distinta, aquella que interpelaba al escritor, porque era desconocida y debía rebelarse a través de una forma que debía ser inventada. Ese era el desafío del escritor: desvelar una realidad invisible dando con una forma nueva, fruto de una investigación radical. Y era esa investigación lo estrictamente literario y lo que aún se valoraba de los clásicos que habían descubierto una realidad que a través de ellos se había convertido en realidad conocida.

El jueves 17, el día de la excursión, Joan Fuster anotó en su diario que «les sessions celebrades fins ara no han resultat gaire divertides» (2002, 718). Divertidas o no evidenciaban la existencia de un debate imposible entre los escritores que desarrollaban su obra en un contexto de libertad y los que lo hacían bajo un sistema dictatorial contra el que pocos armas tenían más allá de la literatura. «*La confrontation ne se produisit donc pas entre écrivains libres et dogmatiques (ou, en d'autres termes, entre une avant-garde et des réalistes socialistes) mais entre des écrivains libres et d'autres qui aspirent désespérément à la liberté.*» El imperativo era conquistar la libertad. Así lo dijo Aranguren en la sesión de clausura.

2.4. La venganza de Julián Gorkin

«*On peut supposer que la rencontre de Madrid n'aura pas eu lieu en vain*», concluía Luis Martín Santos en su crónica para *Preuves*. No lo sería por varios motivos. Porque precipitó la crisis de la hegemonía de la estética del realismo comprometido entre los círculos culturales de oposición y porque había multiplicado la tensión interna entre los circuitos intelectuales a raíz del caso Bergamín, “la vedette progressiste”, el hombre que en su día “*acquitté notoriété (relative) moins grâce à ses œuvres peu connues alors (en 1936) que grâce au fait que les communistes le mirent en vedette au titre de représentant des intellectuels catholiques dans le camp des Républicains*” (según el

¹²⁸ La ponencia, como la de los otros participantes, la recibieron los invitados al Seminario. Está la he podido consultar también en la Biblioteca Arxiu Manent.

juicio decantado de Sperber). Del caso se debía hablar la tarde noche del lunes 14 cuando se celebró reunión del comité antifranquista (durante la que se concedió a *El Ser y la Muerte* de José Ferrater Mora el Premio a los Escritores Europeos). Seguramente entonces ya conocían el rumor que circulaba desde aquel día. “Se confirman las amenazas de muerte a Bergamín, por parte de los falangistas, si no abandona el país” (Cano 1968, 162) La tensión debía seguir viva, altísima, porque el día 16 Jelenski optó por abandonar el coloquio. Y aún se intensificó más porque Bergamín, inseguro, busco refugio en la Embajada de Uruguay en Madrid, donde permaneció hasta que a finales de noviembre pudo iniciar su segundo exilio que, tras pasar por el país americano, a principios de 1964 lo llevó otra vez a París.

Lo ocurrido durante aquellas semanas apenas es conocido, pero el pasado de la Guerra Civil había vuelto a cruzarse por el camino de Bergamín y en la encrucijada se encontraba con Julián Gorkin. En París Gorkin, junto a Ridruejo y Madariaga, escribió un telegrama dirigido a Fraga solidarizándose con los 101 intelectuales que le habían enviado la carta de protesta. El telegrama lo mandaron el día 2 y el día 3 Fraga estampó su firma en su beligerante réplica dirigida únicamente a Bergamín. Aquel cruce de cartas, que sería público desde el 11 de octubre, debió haber sido conocido antes entre las redes de la oposición al franquismo. Porque, teóricamente, el 8 de octubre Gorkin había escrito carta a Pierre Emmanuel, tan amigo de Bergamín, recordándole el mismo episodio que Fraga había desenterrado del olvido: el prólogo que antepuso a *Espionaje en España*. No lo había olvidado. No podía olvidarlo. “Para ayudar a mi país a curar sus heridas y evitarle otras nuevas, estoy dispuesto por completo a ir muy lejos, todo lo lejos que haga falta. Sin embargo, en el caso de Bergamín, tengo el derecho a preguntarme: ¿qué obligó a este hombre a encubrir aquella infamia? ¿Puedo olvidar el martirio de mi amigo Nin? ¿Los rostros de tantos camaradas asesinados?” (ABC, 28/I/1964). Para Gorkin aquella era una cuestión esencial. Aquellos antecedentes que aducía, los mismos que la carta de Fraga, los repetía también Sperber en su informe sobre el Coloquio de Madrid. “*En 1937, Bergamín préface L’espionnage en Espagne, un pamphlet, infâme fabriqué par les services de la NKVD et destiné à préparer l’opinion publique à un procès de Moscou qu’elle allait monter à Barcelone* ». En aquel clima, con su antiguo amigo refugiado en una embajada y sin posibilidad de salir de ella para no ser detenido, Pierre Emmanuel tomo una decisión: el 29 de octubre escribía a

Pablo Martí informándole de que había decidido delegar sus trabajos relativos a la comisión española del Comité d'Écrivains a John Hunt¹²⁹.

No era España un marco de actuación sencillo para el Congreso. “*Le travail du Congrès en Espagne s’effectue dans des conditions insolites et particulièrement difficiles*», señalaba Sperber en aquel informe fechado el « fin octobre 1963 ». En el coloquio había identificado a varios escritores que se posicionaban en la extrema izquierda, ya fuesen comunistas o compañeros de viaje. Aranguren y Martí Zaro evitarían su infiltración en el comité español, pero se debía comprender la posición adoptada por Aranguren. “*Ne refuse pas systématiquement des actions communes avec des gens qu’il a raison de croire communistes ou communistes*”. No era censurable, es decir, era una estrategia comprensible. «*L’intellectuel espagnol d’aujourd’hui, très naturellement antifranquiste, voit dans le renversement du régime la tâche la plus urgente. Il subordonne tout à cet impératif préliminaire.*» En esa coyuntura debía actuar el comité antifranquista español y Sperber, toda vez que la había diseccionado, proponía al comité ejecutivo del Congreso que se apoyara a John Hunt para que destinase un presupuesto y una atención mayor a la actividad española de la institución. Esa nueva oportunidad empezaría a concretarse a mediados de diciembre de 1963, con la visita de Aranguren y Martí Zaro a París. No sólo lograron que Emmanuel volviese a vincularse a la operación española, sino que se decidió que la comisión de Madrid ganase en autonomía y se ampliase. Se pondrían sobre la mesa los siguientes nombres: Luis Martín Santos, Fernando Morán –dos de los que había destacado Sperber en su informe (también valoró las intervenciones de Pinilla de las Heras, García Hortelano, Torrente Ballester y López Pacheco)-, Miguel Delibes, mi Ramon Trias Fargas, y los dos que al fin serían elegidos, Antonio Buero Vallejo y José Luis Sampedro.

La conclusión, expuesta en Madrid el 20 de enero de 1964, no podía ser más optimista. “En opinión de los dirigentes del Comité d'Écrivains et Editeurs, la Comisión Española se ha consolidado en grado más que suficiente para permitir una acentuación y una ampliación progresiva de sus actividad. Por entenderlo así, el Comité d'Écrivains et Editeurs cree que la Comisión Española debe tener una autonomía y una capacidad de iniciativa cada vez mayores, con el objeto de que la concepción y la

¹²⁹ Acta de la reunión del 11 de noviembre de 1963. Fondo Pablo Martí Zaro.

dirección de las diferentes actividades vayan siendo ejercidas directamente por ella en forma progresiva¹³⁰”.

¹³⁰ Acta de la reunión del 20 de enero de 1964. Fondo Pablo Martí Zaro.

Capítulo 3. Los Coloquios Cataluña-Castilla de L'Ametlla y Toledo

Pocos meses después de la celebración del coloquio sobre el realismo se empezó a trabajar en otro de los encuentros valiosos que podían hacer del comité un referente clave de la oposición intelectual al franquismo. A lo largo de prácticamente todo 1964 Pablo Martí Zaro tuvo entre sus dedicaciones la organización del primero de los Coloquios Cataluña-Castilla, que más adelante se transformarían en Coloquios sobre Comunidades Diferenciadas.

3.1. Marià Manent como ideólogo en la sombra del proyecto¹³¹

La palabra Comunidades tal vez revele el origen de aquella idea. Había sido en la resolución de Múnich donde había sido incrustada. La democratización de España, para los europeístas del exilio y del interior, tenía como condición necesaria “el reconocimiento de las distintas comunidades naturales”. Como en el Contubernio todo debía ser lo suficientemente ambiguo para que fuese asumido por gentes que venían de culturas políticas, aquella fórmula tan neutra –“comunidades naturales”- había sido la escogida para evitar un bloqueo. Lo evidencia el dietario de Marià Manent (2000, 324) y tiendo a pensar que fue el silencioso Manent, veterano de los Congresos de Poesía de los cincuenta y miembro del comité antifranquista, quien lanzó la idea de dotar de contenido lo que en Múnich había quedado simplemente esbozado: analizar de manera sistemática la pluralidad española para formular, desde el plano intelectual pero a partir de la participación de expertos, propuestas a corto y medio plazo de estructuración política de la plurinacionalidad. Pero a diferencia de los Congresos de Poesía de la etapa “comprensiva” de Ruiz-Giménez, que habían contado con el aval ministerial, ahora se

¹³¹ Este epígrafe sintetiza mi introducción a *Els Coloquios Catalunya-Castilla (1964-1971). Debat sobre el model territorial de l'Espanya democràtica*, pp. 13-62.

trataba de llevar a cabo una reflexión prepolítica sostenida sin cobertura legal posible sino más bien en una clandestinidad semitolerada.

Se trataba de buscar fórmulas para minar el franquismo desde un determinado ángulo para proponer la mejor Espada de la libertad. El proyecto, tan ambicioso, se organizó de manera bastante más pedestre y con una infraestructura de mínimos. Cartas, reuniones del comité, alguna consulta a gentes que estaban en sus márgenes y podían reforzar el éxito de los Coloquios. La documentación para reseguir el making off puede reseguirse con cierto detalle. El primer documento preparatorio lleva fecha del 19 de febrero de 1964. Carta de Martí Zaro a Manent. Tras sus conversaciones previas, había redactado una nota que Manent y Laín podían empezar a desarrollar. “He entregado ejemplares del esquema adjunto al propio Laín Entralgo y a José Luis Aranguren. A los dos, y sobre todo al primero, les ha parecido que la idea era excelente y muy oportuna” (Amat 2010 24). El secretario del comité proponía que Manent contactase con Laín y le hiciese las sugerencias iniciales “a fin de que el mecanismo reflexivo de nuestro amigo se ponga en acción sin tardanza”. Podían contar con él para todo lo que fuese necesario.

El esbozo del proyecto fijaba cuál era el objetivo que se proponían. “En diversos medios de Madrid y Barcelona, e incluso en el seno del mismo Congreso por la Libertad de la Cultura, se viene pensando desde hace tiempo en la necesidad de celebrar un gran coloquio Cataluña – Castilla, con la participación de relevantes intelectuales de ambas regiones, a fin de examinar conjuntamente los diversos problemas de orden histórico, cultural, sociológico, económico, etc. planteados por las relaciones entre una y otra parte de España” (Amat 2010, 24-25). Se debía hacer un trabajo previo a la celebración del gran encuentro, que sería el primero de una serie. “Estas reuniones se celebrarían sin ningún aparato, sin especial publicidad, y con un programa de trabajo previamente establecido”. La inversión no era excesiva y el Congreso la asumiría. En Barcelona y en Madrid se creía en la utilidad futura de aquellos encuentros. “Todos piensan que un diálogo sistemático y continuo, así como los contactos personales que un trabajo de esta naturaleza permitiría, son los factores que más eficazmente pueden contribuir a crear el clima de comprensión mutua, de ponderación y de autenticidad que tanto necesita la cuestión Cataluña-Castilla”.

A Manent, acorde con su talante, le incomodaba el papel que se le atribuía. No ansiaba «la representatividad que se me atribuye» sino más bien al contrario, “cuando

llegue el momento del “gran coloquio” mi función será la de un simple espectador, ya que, como ustedes saben, tengo afición a escribir pero no poseo el menor don para hablar en público» (Amat 2010, 27). La representatividad del intelectual prefería que la ostentasen viejos maestros que representaban la continuidad de la Edad de Plata noucentista. Podían ser Jordi Rubió o Ferran Soldevila. Valía la pena organizar una reunión a la que asistiesen Laín, Martí Zaro y tres o cuatro intelectuales catalanes. Pero Laín no tenía tiempo y mejor sería proseguir por carta la organización. En ese caso Manent se ofrecía a pasar más días de lo habitual en Madrid «para poder hablar sin prisas con Laín sobre la organización de la reunión que se proyecta para junio. Se me han ocurrido algunas sugerencias que pienso exponerles». En Madrid, mientras, sí hubo una reunión de trabajo entre Laín y Martí Zaro. Establecieron una nómina provisional del núcleo castellano: Joaquín Ruiz Giménez, José Luis Sampedro, Miguel Artola, Pedro Laín Entralgo, José Luis Aranguren y Dionisio Ridruejo, que desde mediados del mes de abril volvía a estar en Madrid tras volver a España de manera clandestina.

Se iban perfilando los temas del Coloquio. Lo mejor sería empezar abordando la problemática de la lengua. “Dado que el tema del idioma está en la raíz de todas las cuestiones que han de ser tocadas en el curso de estos coloquios, parece lo más conveniente abordarlo desde el principio y tomarlo como materia de la primera sesión. En nuestra opinión cabría dividir el tema en tres grandes capítulos: 1º, Historia; 2º, Sociología; 3º, Propuestas de solución” (Amat 2010, 27-28). De todo ello se debería dialogar en la reunión del comité que se celebraría el 13 de abril. Manent llegó a Madrid el 10 y, como era habitual desde que asistía con puntual regularidad a las reuniones del comité, se estableció en el Hotel Conde Duque. Había llegado con margen suficiente para reforzar el esquema de trabajo. «Creo sería conveniente que concertara usted una entrevista con el Sr. Laín para el sábado, el domingo o el lunes, al objeto de que ustedes y yo podamos tener con él un primer cambio de impresiones sobre la organización del diálogo» (Amat 2010, 29). El día 13 los miembros del comité, entre otros temas, tenían el esquema de los Coloquios Cataluña-Castilla para discutirlo.

Durante las semanas siguientes Martí Zaro hizo uno de sus viajes regulares a París y se eligió una posible sede para el encuentro: el Hotel Terramar de Sitges. Manent elaboró una primera lista de asistentes catalanes. “Las personas que proponemos para las conversaciones de Sitges son las siguientes –además de los tres representantes del Comité en Barcelona [Manent, Josep Maria Castellet y Llorenç

Gomis]-: Dr. Jordi Rubió, Dr. A. Badia, Rafael Tasis y Jordi Carbonell” (Amat 2010, 29). En Madrid Ruiz-Giménez, que se pretendía que se integrase en el núcleo castellano, escribió a Martí Zaro tras haber analizado el proyecto. Le parecía necesario. “A nadie nos sería lícito empequeñecer o deformar algo tan esencial y decisivo como un diálogo a fondo entre gentes de uno y otro lado del Ebro, sobre la realidad cultural que nos es común, sobre nuestras diferencias y sobre las perspectivas del futuro.” Recomendaba ampliar el radio organizativo: se debía trascender la órbita del Congreso por la Libertad de la Cultura y se debía organizar de manera legal (“cosa no imposible si se gestiona adecuadamente”). Básicamente proponía más nombres a la primera lista, en especial si el tema era la lengua. “En la lista de nombres que tú me indicas faltan algunas figuras indispensables, como Don Ramón Menéndez Pidal, al que habría que invitar, vaya o no vaya; Rafael Lapesa, José M^a Valverde, Luis Rosales, José Antonio Maravall, Luis Díez del Corral y Antonio Truyol, entre otros de análoga altura y significación. Y por parte catalana yo añadiría a Félix Millet, a Martín de Riquer y algunos más del sector universitario de Barcelona” (Amat 2010, 30). Copia de esa carta la recibieron Laín, Ridruejo, Aranguren, Castellet y Manent. “Riquer no me parece persona adecuada para el tipo de diálogo que prevemos –cualquiera que sea su tema”, escribió el poeta catalán. Se hablaría del idioma, claro, pero siempre en clave política y la significación institucional de Riquer era clara: era un hombre del franquismo. No se trataba de una reunión de lingüistas. “En una de las últimas reuniones de Madrid, Julián Marías encontró demasiado académico nuestro proyecto de diálogo Cataluña – Castilla” (Amat 2010, 31-32). Era un diálogo entre intelectuales antifranquistas que estudiaban fórmulas para resolver el endémico problema territorial español. No había duda sobre eso.

El 30 de octubre se celebró una nueva reunión del comité español. Se ataron cabos. Se estableció la nómina de participantes, a la que se habían incorporado figuras de clara significación política: un Josep Benet o un Joan Reventós o Enrique Tierno Galván, cuyas relaciones con el comité, como veremos luego, pronto iban a desencallarse. “Cada una de las dos reuniones que tendrán lugar los días 5 y 6 de diciembre, se abrirá con una ponencia, la primera del Sr. Badía, la segunda del Sr. Ridruejo” (Amat 2010, 33). El 20 de noviembre Pablo Martí Zaro llegó a Barcelona. Al cabo de dos semanas se celebraría, sin publicidad alguna, el primer coloquio. Al llegar, junto a Manent y en la gran casa de campo en L’Ametlla del Vallès, reunión con Fèlix Millet, padre del saqueador confeso del Palau de la Música: Líder del catolicismo

juvenil durante la Segunda República y financiero burgués en la primera postguerra, Millet había sido mecenas y cómplice de una parte significativa del activismo cultural catalanista de la década negra de los cuarenta. Además había coqueteado con la resistencia política y ese compromiso, tiempo después, le había llevado a fundar una institución en defensa de la lengua y la cultura catalán –Òmnium Cultural, del que fue su primer presidente- junto a otros destacados empresarios catalanes. Por aquellos días era el rostro más activo de una campaña para solicitar al gobierno “*la plenitud de drets elementals*” de la lengua catalana. “Vamos a hablar claro” le había pedido el general Agustín Muñoz Grandes –vicepresidente del gobierno- en la reunión que mantuvieron para hablar de aquella campaña (Manent 2003, 188). La reunión apenas sirvió para nada y, además, al poco, Òmnium era clausurado.

Por ello, toda vez que estaba tan singularizado en la defensa del idioma, era significativo que Millet fuese el anfitrión. Un Millet que, después de mucho tiempo, había retomado el contacto con el abogado e historiador Josep Benet, cerebro del activismo catalán antifranquista y que se convertiría en una de las figuras de referencia de aquellos Coloquios. Para Benet aquella reunión debía servir, en primera instancia, para arrancar a los intelectuales que representaban la cultura española de oposición un compromiso para que suscribieran un manifiesto en defensa de la lengua catalana. Estas son las coordenadas para comprender la letra y el estilo que tendría una reunión a la que no asistieron todos los intelectuales castellanos invitados pero sí un grupo de peso: José Luis L. Aranguren, Julio Caro Baroja, José Antonio Maravall y Dionisio Ridruejo, además de Pablo Martí Zaro que actuó como secretario y el testimonio de Pedro Laín, que quiso estar mandando una carta.

3.2. El Coloquio de L’Ametlla: una transcripción inédita¹³²

“Necesitamos de Vds.”, les dijo Millet en su intervención inicial, “necesitamos que comprendan nuestros problemas”. Tras relatar cómo se había desarrollado su reunión con Muñoz Grandes, fue al grano. “creo interesante un manifiesto de la intelectualidad castellana”. Benet reforzó el planteamiento. Tenían que comprender el problema catalán. Debían intervenir en consecuencia. Recordó el manifiesto clásico en defensa de la lengua catalana que se elaboró en Madrid al poco de imponerse la Dictadura de Primo de Rivera (Pericay 2013). “Ahora, sin embargo, llevamos ya veinticinco años y aún no se ha hecho nada en este sentido”. Benet interpeló a sus interlocutores. “Figúrense Vds. la impresión que esto causará en Barcelona, donde los intelectuales firmamos casi todo lo que viene de Madrid casi sin leerlo, porque confiamos en Vds. y porque pensamos que es una manera de acercarnos a esa convivencia que a todos nos parece necesaria”. No era un momento cualquiera. “La situación es urgente; no somos sólo nosotros, detrás hay, no diré un pueblo, pero sí una juventud que espera, que se impacienta y que va tomando posturas cada vez más radicales y se va tornando más arisca”. Lo había advertido, antes, Millet. A más incompreensión, más separatismo. Y para que comprendiesen el alcance del problema, el filólogo Antoni Badia Margarit hizo una conferencia exponiendo cuáles eran las dificultades del uso del catalán y cuáles podían ser las consecuencias de esa situación sociolingüística.

Ridruejo, que fue de los primeros en intervenir en el debate, lo tenía claro: “la lengua nacional en Cataluña” sufría unas evidentes “limitaciones” y, en algunos casos como la universidad, los catalanes tenían sus razones al sentir “un cierto complejo de colonización”. Por eso estaban allí. Porque “el problema de la satisfacción de la vida catalana es un problema de la vida española”. ¿Cómo afrontarlo? Para Aranguren tenía poco sentido plantearlo en términos políticos. No se daban las circunstancias que lo

¹³² En el Fondo Pablo Martí Zaro se conservan 48 páginas en las que puede leerse la transcripción de algunas de las intervenciones de los asistentes castellanos al coloquio (Aranguren, Caro Baroja, Maravall y Ridruejo). Sorprendentemente en dicha transcripción no se conserva una sola intervención de la parte catalana. Pero esa transcripción debió existir ya que en el Fons de Josep Benet, cuando aún estaba depositado en su domicilio de la calle Calver de Barcelona, di con dos fragmentos de las intervenciones del propio Benet (Amat 2010, 201-205). Deduzco que Benet, siendo director del Centre d’Història Contemporània de la Generalitat de Catalunya, quiso comprar la parte de los Coloquios del archivo particular de Pablo Martí Zaro y sólo llegó a sus manos ese testimonio de su presencia en L’Ametlla. Mi edición del coloquio de 1971 pude hacerla gracias a la copia de una transcripción que conservaba Albert Manent y es la que publiqué en libro.

hacían posible por “esta situación de despolitización obligada”, pero esta situación permitía realizar un cierto trabajo de fundamentación. No era la primera que lo constataba. “La primera vez que yo tuve ocasión de tomar parte en una conversación de este tipo fue en casa de esa especie de mártir de la actitud catalana que fue Jordi Pujol”. Se estaba como se estaba y el planteamiento, sostenía Aranguren, debía ser intelectual, es decir, partiendo de la moral para tratar de incidir en la sociedad. Y lo que debía hacerse, para empezar, era reaccionar ante las medidas del gobierno. “No son una tontería. Debemos levantarnos contra ellas porque es una monstruosidad desde el punto de vista moral, pero no una imbecilidad”.

El profesor Maravall partió de la intervención de Aranguren. No podían dar una solución política al problema, pero tampoco debían obviar la naturaleza del problema: se trataba de “tomar conciencia del carácter político de la cuestión”. Pero aceptarlo implicaba reciprocidad. “Decía Benet, ¿cuántos años ha vivido Cataluña decentemente en la primera mitad de este siglo? Y yo digo, ¿cuántos España? Y creo que no son dos problemas coincidentes, sino un solo problema de fondo”. Millet había dicho que cuando un catalán iba a comprar un periódico, no lo encontraba en el kiosco y eso le provocaba irritación, pero Maravall decía que él, en castellano, tampoco encontraba el suyo. No se debía plantear el debate, afirmó en una intervención posterior, en términos nacionalistas. “Creo que es una palabra, hoy por hoy, en nuestro momento, más bien perturbadora en todos los órdenes”. Se debía ser más práctico. Su “fórmula de futuro” era “un Estado Federal”- Debía resolverse así ese desafío no porque la nación tuviese unos derechos sino porque “nunca un hombre contorsionado y oprimido produce y actúa y es eficaz como un hombre libre”. El problema era la libertad. “El problema catalán no es el único”. Porque si era el único podían normalizarse expresiones como “imperialismo español”, que se usaron en el debate, podían obturar una solución (a Martí Zaro le había resultado especialmente impropia). No era el único, el nacional que se derivaba de la existencia de la lengua, pero Caro Baroja había quedado conmovido por ese problema concreto. “La sesión de esta mañana me ha producido una sensación de gravedad muy honda y, al mismo tiempo, una conciencia, más honda todavía, de la propia impotencia ante unos problemas tan grandes”. Él estaba dispuesto a iniciar una campaña de información, a reflexionar sobre lengua e inmigración. Aquella tarde él aportó su experiencia en relación al vasco porque “es la única aportación mínima que una persona tan apartada como yo de todo puede hacer”.

¿Qué se podía hacer? El encargado de crear el ambiente para dar respuesta a esa pregunta fue Dionisio Ridruejo, trabajando en el espacio discursivo donde lo intelectual podía fecundar lo político. “En política todo lo imposible es inmoral. No es que lo imposible sea inmoral en cuanto a aspiración, pero sí en cuanto a tentativa. Cuando se gastan esfuerzos por lo imposible, está derrochándose energía necesaria para lo posible. Cuando se trata, pues, de hacer algo práctico, hay que medir las posibilidades”. Algo práctico era afrontar las posibilidades de hacer algo en favor de un problema concreto: “la pluralidad nacional del Estado español”. Un problema que, si no se sabía resolver cuando se iniciase la transformación del estado dictatorial en estado democrática, podía generar una “fuerza reactiva tremenda”. Lo diría Josep Benet al cabo de unos minutos. “La solución del idioma es una solución política, tanto si queremos como si no queremos. Solución política que tiene que garantizarnos a los catalanes que para ser españoles no tenemos que dejar catalanes. Ahora, si tenemos que dejar de ser catalanes, entonces, sinceramente, no podemos”. Era una variante de lo dicho por Millet a propósito de sus entrevistas con altos mandos del ejército. Ridruejo lo asumía. “Estamos en una situación de hecho y es que este país está ocupado por el ejército español. No Cataluña. Cataluña está ocupada como territorio enemigo, pero como territorio propio está ocupada la totalidad del país”. Era en función de esa situación dada que se debía intentar actuar, sin generar una crispación que podía provocar una nueva situación que aún fuese peor. Los intelectuales debían asumir el problema en toda su complejidad –la articulación política de la plurinacionalidad-, pero ese debate no podía trasladarse tal cual a la sociedad. Para actuar se debían tener presente las resistencias existentes. Y era en función de la conciencia del problema y de las resistencias frente a él, que ellos podían “buscar o seleccionar las formas menos dramáticas de presentación del problema y las que están más al alcance de nuestras formas reales”.

La posición en la que se situaban los intelectuales castellanos era nítida. “Nosotros somos aquí unos aliados para conquistar en España la mayor cantidad de libertad posible en cada momento”. Esa era su compromiso intelectual que tenía una derivada en la cuestión que los había congregado. “Aquí estamos hoy para tratar de conquistar la mayor cantidad posible de libertad en el terreno concreto del adecentamiento moral de la vida del pueblo catalán y de su idioma”. Para él, para Ridruejo, ese concreto afán de conquista venía de lejos. Desde su progresivo descubrimiento de la catalanidad durante el tramo central de la década de los cuarenta,

en plena purga de su fanatismo totalitario como había diseminado en aquel planiano diario de lecturas, naturaleza y amistad que era *Diario de una tregua*. “Desde ese mismo instante yo he sido, de un modo más o menos hábil, de un modo más o menos diestro, un simpatizante de las libertades del pueblo catalán”. Pero que no pensasen que esa conversión era obvia. Para un español cuya identidad nacional de partida era la española –la posición de un nacionalista español- ese contacto con otra identidad española era una incomodidad porque asumir la diferencia siempre lo es. “Es un obstáculo a su esquema mental”. Conocida la incomodidad, comprendida la existencia de “un conflicto de dos nacionalismos, debía superarse. Y superada, es decir, racionalizada, actuar. Actuar desnacionalizando la idea de o actuar España potenciando la propia parcela española (Castilla, en su caso). La segunda era absurda. “Todos creemos que eso del nacionalismo está en crisis. Llegamos tarde para eso”. Se debía intentar una atenuación del nacionalismo. “Sin relativizar el nacionalismo español, no hay solución alguna. Probablemente sin relativizar, más tarde, el catalán, tampoco la haya, pero eso viene después”. Para eso, pues, se habían reunido. Estaban hablando y discutiendo para relativizarse los unos a otros. Por ello esas reuniones debían proseguir. Crear una plataforma, modesta pero no necesariamente cautelosa, de discusión. “Vamos a tratar los supuestos morales para que haya donde tiene que haber una negociación política. El grupo intelectual tiene que preparar el terreno para que los políticos negocien”. Se trataría de consolidar un grupo ibérico de presión, organizar un sistema de relaciones, institucionalizar reuniones como aquella (con gallegos y vascos, también valencianos). Todo ello con el mismo objetivo compartido por todos: “luchar por la causa general de la libertad de nuestro país y de nuestros países”.

Podían empezar con el manifiesto. De acuerdo. Atendían la “escalofriante llamada de urgencia” de Benet, dijo Maravall “Con relación a la idea del manifiesto no creo que haya ningún inconveniente en que nos comprometamos muchos a firmarlo”, afirmó Caro Baroja. Que lo redactase una comisión mixta, sugirió, que luego se suscribiese en Madrid y desde allí en otras partes de España. Mejor no plantearlo en términos políticos de entrada. Se podría impulsar proponiendo una cierta descentralización administrativa, sugirió Aranguren. Esa podía ser una brecha a partir de la cual reconocer a las regiones su personalidad auténtica. A Ridruejo le pareció bien. “La España democrática futura no es posible en el centralismo y la única manera de restar dramatismo y desradicalizar los nacionalismos es generalizar, ir creando poco a

poca la descentralización”. El plan sería el siguiente: empezar por las firmas de personas de prestigio (Aleixandre, Laín, Menéndez Pidal), seguir con gentes del sistema solidarias de esa idea y luego pasar a ellos, la oposición de izquierda. Y a partir de aquí, obtenidos 20 grandes nombres, ir a buscar centenares de firmas. “Proceder al reclutamiento general de nuevas firmas que en el plazo máximo de un mes nos dieran el millar que todos hemos estimado como conveniente para un documento de esta naturaleza”. Dada la ambición de la propuesta, no lo dirigirían a uno u otro ministro. Llamarían a las mismísimas puertas del infierno. “Creemos que el documento debe de ser de tipo elevado y debe ir directamente al Jefe del Estado”.

Los catalanes se pusieron manos a la obra para redactar el documento (Amat 2010, 36-38)¹³³. La primera versión fue de Benet que se la pasó a Millet. «*Li retorno la nota per a la redacció de l'escrit dels intel·lectuals castellans, que em sembla molt bé*». La idea central era ésta: “Nosotros, escritores españoles en lengua castellana, sentimos también honda preocupación ante este problema cultural, no sólo por respeto que se debe al derecho natural, sino también porque consideramos la lengua y la cultura catalanas como riqueza integrante del patrimonio sagrado de España, que debemos salvaguardar y fomentar”. No se debía perder tiempo, le decía Millet a Benet. «*Com que això convé fer-ho ben fet i corre una certa pressa, potser el millor procediment fora traslladar-se a Madrid i parlar amb els uns i amb els altres per a deixar organitzada la cosa, amb algú responsable i d'una manera definitiva.*» El encargado de desplazarse fue el nacionalista Jordi Carbonell, historiador de la literatura, miembro del proscrito Institut d'Estudis Catalans y futuro presidente de Esquerra Republicana de Catalunya. Siguiendo lo previsto, la primera persona a la que acudieron fue a Menéndez Pidal. Firmó con dudas, me conto Carbonell. Les dijo que no habría dinero suficiente para sufragar lo que se pretendía. También firmo Aranguren y otros escritores jóvenes. Pero, sin que se sepa exactamente porqué, el proyecto embarrancó.

Con o sin manifiesto existía la voluntad de consolidar una plataforma intelectual sobre el debate territorial y se contaba con la financiación del Congreso por la Libertad de la Cultura. Por ello Manent escribió a Emmanuel, para convencerle. “*C'est une des rencontres les plus positives et pleins d'espoir auxquelles j'ai assisté*” (Amat 2010, 39). Se estaba construyendo futuro. No podía dejarse la casa a medias. “*À mon avis, il est*

¹³³ Lo reproduce en Els Coloquios Cataluña-Castilla y allí lo identificó Santos Juliá, que dio noticia de su existencia en su colosal *Nosotros, los abajo firmantes* (2014, 78-79).

très important que ces entretiens si pleins de promesses puissent continuer. Leur efficacité dépend, évidemment, de la répétition de ces rencontres, qui permettrait la systématisation d'un travail en commun qui est urgent, qui est très nécessaire."

Emmanuel agradeció la información e informó que la decisión, en último término, la debía tomar la comisión española, que la discutió en la siguiente reunión en Madrid y que optó por continuar con el proyecto. La comisión encargada de preparar el segundo coloquio la formarían Martí Zaro, Ridruejo y Fernando Chueca, que sería el anfitrión en su cigarral de Toledo. Ya se invitaría a gallegos y a vascos, y tres serían los temas de discusión. Otra vez la lengua, otra vez Badia, que expondría el resultado de una encuesta sobre el uso del catalán en Barcelona y su área metropolitana cuya elaboración contó con el apoyo económico del Congreso. Se hablaría de economía y se abordaría la evolución del concepto de nacionalidad en las distintas comunidades del estado.

3.5. El Coloquio de Toledo y la incorporación de Tierno Galván al Comité

Se celebró a finales de noviembre de 1965. El punto de encuentro era la Plaza de Oriente de Madrid. Allí la mayoría subieron en un autocar en dirección a Toledo. Se alojarían en el modesto hotel Carlos V. La nómina de participantes era de primerísimo nivel. Algunos repetían –Aranguren, a quien habían expulsado de su cátedra aquel verano, Ridruejo, Maravall, por supuesto Martí Zaro–, estaban Chueca y Carlos M. Bru y estaban representantes de la academia liberal –como Lapesa, Garagorri o Díez del Corral-. Estaba el ridruejista Vicent Ventura, como representante valenciano, y los galleguistas Ramón Piñeiro y Domingo García Sabell. El grupo catalán también era potente: Badia, Batllori, Benet, Castellet, Manent, Maurici Serrahima (que lo describió en su dietario), el colaborador de *Destino* Sergio Vilar, el viejo republicano Tasis o el exiliado Víctor Hurtado. Dos fueron los elementos más relevantes del encuentro. Por una parte la intervención de un joven profesor de economía al que pocos conocían: Ernest Lluch. A partir de estudios que había realizado con los economistas Joan Sardà y Ramon Trias Fargas, Lluch mostró la desproporción entre lo que los ciudadanos catalanes pagaban al estado a través de los impuestos y la inversión que el estado hacía

luego en aquel territorio. Un clásico. “*Simplificant, el qui s’enriqueix amb el nostre treball no és Catalunya, sinó l’Estat i, de retruc, Madrid i poc o molt la resta d’Espanya*”, escribió Serrahima en su diario (Serrahima 2005, 235-248). Pero Lluç, además del rigor de su exposición, había brillado por su talento para la dialéctica. “*Va estar realment magnífic: serè, sobri, intencionat, veient-los venir i responent sense perdre mai el nivell i, quan calia, amb un cert aire amablement irònic. De primera! La veritat és que, fins els que van oposar-se més a algunes de les afirmacions bàsiques – vull dir, històricopolítiques-, com ara en J.A. Maravall, van acabar per sentir-se convençuts per la traça amb què els va respondre...*”.

Junto a Lluç, por su significación política, brilló también Enrique Tierno Galván, otro catedrático expulsado y que ya era miembro del comité antifranquista tras haberse superado algunas tensiones. Fue la incorporación más discutida y tensa. La más reveladora de los límites y los personalismos que, poco o mucho, anidaban en el comité. Vale la pena contarlo antes de volver a Toledo.

Tras los sucesos universitarios de Madrid de febrero de 1956 tanto Dionisio Ridruejo como Enrique Tierno Galván, a través de miembros de sus respectivos grupos, entraron en contacto con gentes del exilio político republicano. Seguramente fueron aquellas relaciones las que explican por qué los suyos, los de Ridruejo y Tierno, fueron los nombres que Julián Gorkin, a finales de 1957, eligió para convencer al secretariado general del Congreso por la Libertad de la Cultura de que en España existía una oposición política de signo progresista que debía ser apoyada. Aunque Ridruejo, al fin, fue construido por las plataformas del Congreso como la figura de referencia de la oposición intelectual, Tierno no dejó de estar en la agenda de Gorkin. Buena prueba de ello es la publicación del artículo “España como futuro” en las páginas de *Cuadernos* del número de marzo/abril de 1959. Lo firmaba un tal “Julián Andía”, pseudónimo, en realidad (como me descubre Héctor Romero), de Tierno Galván. Tierno, de hecho, como veremos, formó parte desde el primer momento de la actividad española del CLC. En este texto proponía una transformación auténtica de la vida colectiva española, que deberían estar orientada por los intelectuales. «Tenemos ciertos españoles la obligación de ayudar a nuestros compatriotas a que *vean* el cambio» (Tierno 1959): un cambio de mentalidad profundo que exigía por una parte la destrucción de ciertos valores endémicos que corrompían la vida cívica del país y por otra la imposición de «nuevas

categorías rectoras» en la convivencia como pragmatismo, relativismo, cientifismo y sobre todo bienestar.

Por motivos que desconozco no se contó con Tierno en el proceso de gestación del comité. No se le invitó a Lourmarin ni a Copenhagen, pero, al formalizarse la actuación de la comisión española, sí fue uno de sus primeros beneficiarios: su *Costa y el regeneracionismo* fue uno de los primeros textos becados por el grupo. Y Tierno estuvo en el primer acto organizado formalmente por el comité, en el seminario *Soluciones occidentales a los problemas de nuestro tiempo*. El título era de por sí una provocación. Para los asistentes, pocos, la solución, y así lo dijeron, era la democracia. La ponencia de temática económico-social, centrada en el tema “soluciones occidentales a la tensión capitalismo-marxismo”, fue moderada por Tierno. En su citada crónica, como he dicho, Bondy subrayó la presencia tanto de Ridruejo como de Tierno, «conocidos por sus aspiraciones a un retorno de las libertades políticas» y que acababan de ser juzgados por un tribunal civil.

Tierno, cuyo afán de liderazgo en el campo de la izquierda socialdemócrata del interior era considerable, era una figura próxima a la forja de la alternativa democrática desde las plataformas del Congreso, pero no compartía del todo sus planteamientos. Múnich había sido un caso paradigmático. Ni asistió ni creyó en la virtualidad del Contubernio. Se lo dijo por carta a su discípulo Enrique Ruiz García y éste se lo hizo saber al ridruejista Fernando Baeza¹³⁴ (exiliado en París a consecuencia del “contubernio” como Ridruejo o Ruiz García mismo). Durante las semanas posteriores al “Contubernio”, se multiplicó la actividad política de oposición antifranquista amparada por el CLC. Con el regreso de Martí Zaro a Madrid y la reactivación del activismo en función de las nuevas coordenadas, se decidió ampliar el comité español. Se plantearon dos nombres: Marià Manent y Enrique Tierno Galván. No deja de ser significativo que en la primera carta que Martí Zaro recibió de Emmanuel, fechada el 27 de noviembre, la principal preocupación manifestada fuera la de la posible incorporación de Tierno al Comité. ¿Qué había sucedido entre la reunión de octubre en Madrid y esa carta de noviembre escrita en París? Discrepancias sobre la articulación de la oposición explican la compleja incorporación de Tierno al comité. Pero no fue sólo una cuestión táctica.

¹³⁴ «[Me dice Tierno] que nada en absoluto debe disminuir las fuerzas del interior y que, en este sentido, Múnich ha sido catastrófico. Me dice que Dionisio tenga todo esto en cuenta y, como te dijo prevalece la tesis de que nada tiene consistencia si sirve para disminuir o decrecer las fuerzas del interior»

Pesaban también afanes de liderazgo. Porque su entrada en el comité español no estaría exenta de dudas y suspicacias. El 10 de diciembre de 1962 el comité se reunió y en el orden del día se incluía el asunto de la incorporación de Tierno. El acta es clara. «En consideración a las circunstancias del momento, se acuerda aplazar este punto.» Se aplazó durante casi dos años.

Durante aquel largo período Ridruejo seguiría conspirando en París, donde residiría hasta la primavera de 1964. En octubre de 1963, en carta dirigida a Anton M. Sbert –republicano histórico y exiliado en México-, le expuso la estrategia de su partido encuadrada en el frente común esbozado tras Múnich. «Intentamos atraer hacia el grupo personas como Enrique Tierno, Enrique Gironella, Suárez Carreño, Prados Arrarte, etc... En unos casos con buen éxito y en otros, como el de Tierno, sin fortuna.» (Amat 2009b, 234). El objetivo era limar personalismos y cohesionar un único equipo de oposición. Tierno se resistía, pero Ridruejo, sabedor de la consideración de Tierno, quería incorporarlo a los proyectos y plataformas de los que formaba parte. Antes de regresar a España «trabajó sin cesar para lograr» que entrase en el comité español del CLC. Convenció a Pierre Emmanuel y al todopoderoso John Hunt. Luego, ya en Madrid y después de haber pasado una breve temporada en la cárcel, Ridruejo se entrevistó con Tierno. Hablaron del comité pero no solo del comité. En realidad buscaban fórmulas para articular al socialismo español en un solo equipo.

El 13 de julio de 1964 los miembros del comité se reunieron y acordaron que Laín, presidente saliente, escribiría a Tierno para invitarle formalmente a integrarse en el grupo. Era la primera reunión a la que Ridruejo asistía tras su exilio y expuso cómo se habían desarrollado sus conversaciones con Tierno. Para la siguiente reunión, que se celebraría en octubre y que ya presidiría Fernando Chueca, contaban con la nueva incorporación. Pero Tierno, antes de dar el sí, quiso recabar cierta información. «Mi decisión definitiva de formar parte del mismo se la daría en el mes de octubre cuando tuviera ocasión de hablar ampliamente con el sr. Martí Zaro sobre quienes formaban parte del Comité y sus actividades en el horizonte intelectual español.» Debía percibir una cierta ambigüedad sobre los propósitos del comité. Sabía de los vasos comunicantes entre cultura y política, y podía temer que su entrada fuese leída como la aceptación del proyecto de Ridruejo. Pero aunque dudaba, en la práctica debía sentirse integrante del grupo porque había pedido una ayuda al comité para desarrollar una encuesta sociológica y al Centro de Gorkin que le sufragase un viaje a París para dictar

conferencias en el Instituto de Estudios Hispánicos. El 23 de septiembre Gorkin le escribió para decirle que se le pagaría el viaje, pero pocas semanas después, el 12 de octubre, le escribía de nuevo para anunciarle que la ayuda no le sería concedida. «Ha sucedido algo ahí [en España] que ha vuelto influencias antes favorables en contra de la realización ahora del viaje.»

¿Qué había ocurrido? No lo sé determinar con exactitud, pero meses después, paseando por París, Gorkin le hizo una significativa confesión a Manuel de Irujo, que tomó nota. “Dice que Tierno Galván no es de fiar, hace una política doble, no merece confianza de sus propios compañeros¹³⁵”. Sabemos, al menos, de una fuente de información a la que Gorkin concedía la máxima credibilidad: Aranguren. “Lo desnuda poniéndole en cueros tal cómo es”. Políticamente, como había manifestado tas Múnich, iba a la suya. “Lo que a Tierno Galván le interesa, sobre todo, es deshacer al partido socialista (Toulouse) e inutilizar a Llopis. Quizá esta fuera la clave y, casi siempre, en sus cartas a Ridruejo, Llopis mostraría su desconfianza en relación a Tierno. Pero, a pesar de todo ello, para unificar en un bloque la oposición progresista, Ridruejo seguía queriendo incorporar a Tierno al comité. El embrollo lo resolvió Pierre Emmanuel que vino expresamente a Madrid para aclarar la situación.

Este fue el tema principal de la reunión del 28 de octubre de 1964 junto a otra importante noticia: Emmanuel les contó que había sido ascendido a Secretario General Adjunto del Congreso por la Libertad de la Cultura¹³⁶. Aprovecho para hacer un repaso a la historia de la institución y la ligazón que había establecido con España. Dijo que el Congreso había sido creado en 1949 por unos hombres que se agrupaban para luchar por la libertad de pensamiento y la comunicación entre intelectuales de todos los países. Desde su origen, subrayo, había sido independiente de cualquier tutela. Desde su origen, eso sí, había evolucionado, sincronizándose a las nuevas coordenadas intelectuales e ideológicas. “Nuestra organización que nació, como nadie ignora, con un definido espíritu anticomunista, ha evolucionado después en el mismo sentido y el mismo paso que toda la historia contemporánea, y hoy colabora con personas de convicciones muy diversas, hasta opuestas a menudo, pero unidas en el común empeño de trabajar para que no se frustré ni la más pequeña de las oportunidades que la libertad cultural, el libre

¹³⁵ Nota de Manuel de Irujo, “Gabriel Pradal”, 2 de junio de 1965. Inédita. Conservada en el Fondo Manuel de Irujo, está escaneada y puede consultarse en la Red.

¹³⁶ Acta de la reunión del 29 de octubre de 1964. Fondo Pablo Martí Zaro / Biblioteca Arxiu Manent.

intercambio de ideas y el libre encuentro entre los hombres, puedan hallar en cualquier país”. Así debía entenderse, según Emmanuel, el surgimiento de la comisión española tras Lourmarin y Copenhage. Lo que significa que Emmanuel tal vez desconocía que el origen de la comisión también era anticomunista, no tanto para luchar contra su hegemonía en el campo intelectual, sino para evitar que el franquismo, por pasiva, la consolidara (como habían argumentado, a lo largo de la segunda mitad de los cincuenta, Bondy, Gorkin y Raditsa). Porque España era una anomalía y, como dijo Ridruejo, era en función de esa anomalía que debía cifrarse su actividad. “No debe olvidarse que la lucha por la libertad cultural no puede revestir las mismas modalidades en un país donde esta libertad existe ya, que en otro, como sucede en el nuestro, donde no existe todavía”.

Un caso como el de la equívoca incorporación de Tierno Galván debía ubicarse en esta anomalía sistémica de la vida intelectual española contra la que batallaba aquella comisión de académicos y escritores liberales que, para los jóvenes, ya fuera por su pasado o por su edad, ya empezaban a parecer más referentes venerables que no actores potenciales del cambio en el sistema cultural e ideológico de la oposición. Pero esa dinámica tardaría bastantes meses en intensificarse. Lo cierto es que, por primera vez, fue el 13 de enero de 1965 cuando Enrique Tierno Galván asistió a la reunión del comité antifranquista. José Luis Cano, en su dietario, anotó que «la intervención de Tierno tiende a politizar el Comité.» (Cano 1994, 64) Faltaba poco más de un para que la protesta en la universidad forzara al gobierno a intervenir. Aquel verano Tierno sería expulsado de la cátedra. Como muestra el dietario de Cano, el comité sería una de las plataformas desde las que se orquestó la protesta. El CLC, además, se comprometió a apoyar económicamente a los catedráticos represaliados; a Tierno se le encargó la dirección de un seminario sobre la educación primaria en España.

Fue en ese momento cuando se celebró el coloquio de Toledo, donde brilló Lluch y donde Tierno matizó posiciones y tomó compromisos relevantes. De partida, en relación a la cuestión de las nacionalidades, afirmó que desde un plano teórico le parecían incompatible el sentimiento nacionalista con la internacionalista lucha de clases. Era imposible en la medida que esa pulsión nacional tendía a fagocitar la distancia socioeconómica entre un productor y un empresario situando sus objetivos políticos en una causa de otra naturaleza. Le rebatieron Lluch y Serrahima. Escuchados sus argumentos, Tierno tuvo que confesar que sus escrúpulos de partida no tenían base

real. El corolario de esa constatación tuvo especial significación. Convocó a los militantes socialistas catalanes –allí estaba Joan Reventós- o a sus compañeros de viaje presentes –allí estaba Josep Maria Castellet- y les hizo la siguiente propuesta. *«Els va proposar espontàniament allò mateix que sempre s’havia negat a admetre: un partit socialista espanyol que fos fet dels partits autònoms d’algunes zones, i en especial de Catalunya, en contacte amb el central, però sense confondre-s’hi»*. No era una reconstrucción elaborada años después. La puso por escrito Maurici Serrahima al regresar a Barcelona.

Para eso debían servir los Coloquios Cataluña-Castilla. En un cuaderno de notas Marià Manent copió una frase pronunciada por Ridruejo. «Hemos de intentar la construcción del Estado popular español (que no ha existido nunca) a partir de la plurinacionalidad española». En Barcelona, como el año anterior, Manent hizo un breve resumen de lo acontecido en carta a Emmanuel. *“De dangereux préjudices se son évanouis, et les contacts humains de ces trois jours ont apporté la promesse d’une entente qui s’averait de ce genre sont, hic et nunc, une des activités les plus utiles que l’on puisse rêver”* (Amat 2010, 47). En teoría se convino que la siguiente edición, la de 1966, se celebrase en el mes de octubre en Santiago de Compostela. Pero por entonces toda la actividad del Congreso ya estaría tambaleándose.

Capítulo 4. La revista *Mañana. Tribuna Democrática*: una plataforma intelectual

Hagamos memoria. A principios de la década de los sesenta, los más altos dirigentes del Congreso –Michael Joselsson y John Hunt- tenían claro que su estrategia en relación a América Latina debía cambiar. La revolución cubana era un nuevo reto cuyo potencial fascinador para los nuevos intelectuales latinoamericanos era indiscutible y la promoción de un espacio de liberalismo democrático que Gorkin había reforzado desde *Cuadernos* parecía ya claramente caduca. Eran otros tiempos. En principio la revista podía continuar, batallando contra el castrismo y el comunismo (como le pidió explícitamente Joselsson a Gorkin el verano de 1961) (St Clair Cobb 2007, 122), pero eso no maquillaba una de las carencias cada vez más vistosas de la publicación: la progresiva desconexión de las palpitaciones de su tiempo. *Cuadernos* seguramente nunca logró convertirse en una plataforma cultural y literaria con suficiente prestigio como para que los jóvenes latinoamericanos se sintiesen atraídos por sus páginas y por lo que sus páginas representaban. Y eran precisamente estos nuevos escritores, que seguían y seguirían siendo solidarios de la revolución castrista por unos años, los que los directivos del Congreso querían incorporar a su empresa.

4.1. La reubicación de Julián Gorkin

Para lograrlo la actuación del Congreso en América Latina se fue reformulando durante la primera mitad de la década de los sesenta. Julián Gorkin, que había sido el primer delegado del Congreso en el sur del continente americano, iría perdiendo responsabilidades. El problema no era la falta de confianza en su beligerancia. Era un problema de dedicación y sobre todo de edad y biografía. El tipo de ofensiva anticomunista que había abanderado ya que no encajaba con las nuevas directrices del Congreso y además, como hemos visto, desde finales de la década de los cincuenta se había ido centrando cada vez más en la promoción de una nueva política democrática

para España, una dedicación que había tenido su momento estelar en Múnich y su onda expansiva. Pero para los cambios en profundidad que era necesario implementar para alterar la situación del Congreso en América Latina, Gorkin ya no servía. A los sesenta años era un hombre del pasado y aquella década la iban a capitalizar los jóvenes y sus utopías.

Quien tomó su relevo en la orientación del Congreso en América Latina fue Luis Mercier Vega, cuya biografía era la de un auténtico personaje de novela de aventuras con final trágico incluido (se suicidó en París a finales de los setenta). Mercier Vega era, en realidad, uno más de los muchos pseudónimos que Charles Cortvrint había usado a lo largo de su vida. Nacido en Bruselas en 1914, estuvo ligado desde joven a círculos anarquistas y sería uno de los impulsores del grupo internacional que durante la guerra civil española combatió en la columna Durruti. Aunque en octubre de 1936 volvió a Francia (donde vivía exiliado con el nombre de Charles Ridel desde que había huido de Bélgica por haberse negado a cumplir el servicio militar), siguió luchando por la causa de la revolución española y fue muy crítico con la actitud de los comunistas durante la guerra. En 1939 marchó a América Latina y en el mes de octubre de 1940 pasó a llamarse Luis Mercier Vega, como atestiguaba su pasaporte. En julio de 1942 se enroló en las tropas de la Francia Libre en Brazaville y volvió a Francia en 1945, instalándose en Grenoble e implicándose de nuevo en los movimientos anarquistas. Colaborador de los Amis de la Liberté, uno de los tentáculos del Congreso en Francia (Stonor 2001, 149), llegó a ser secretario de redacción de la revista *Preuves*, pero desde 1962 básicamente se dedicó a trabajar en la refundación del Congreso en América Latina a través del Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales.

Dicha refundación pasaba por introducir cambios también de personas. Uno de los primeros relevos se hizo efectivo a principios de 1963. En el número del mes de febrero de *Cuadernos* se comunicaba a los lectores de la revista que Gorkin cedía la dirección al profesor Germán Arciniegas. Hacía tiempo que el motor de la actividad de Gorkin era la promoción del movimiento democrático español y seguramente él ya no era la persona adecuada para los nuevos planes del Congreso en América Latina. Arciniegas, de hecho, tampoco lo sería, como denunció repetidamente Gorkin en informes dirigidos a Hunt. Gorkin, pues, tuvo que dejar *Cuadernos* a principios de 1963 pero es que además, al cabo de un año y medio, como le explicaba a Ridruejo, también debería abandonar el servicio de prensa “El Mundo en Español” que él había creado.

“Se ha acordado ya en principio y por acuerdo mutuo, el abandono, por mi parte, de la dirección del Servicio de Prensa “El Mundo en Español”. No te oculto que después de la triste experiencia de *Cuadernos* no hago esto con ninguna alegría. Ese Servicio ha llegado a ser el más prestigioso del Congreso con una cincuentena de periódicos, su docena de radios y la selección de 2.000 periodistas e intelectuales que buscaban su información en esa fuente. Es un sacrificio más que ha habido que hacer a la Causa Española y lo he hecho sin vacilar, si bien con sentimiento e incluso con temor. Espero no tenerlo que deplorar como deploro en el alma el hundimiento de *Cuadernos*, al que creo que, bajo mis presiones, se le busca solución¹³⁷”. La progresiva desvinculación de Gorkin de su actividad relacionada con América Latina no implicó que dimitiese de su compromiso. En 1963 sería uno de los alfiles que el Congreso movió para desacreditar a Pablo Neruda como candidato al Premio Nobel. Y aquel mismo año, además de haber enviado informes críticos con la gestión de Arciniegas a la dirección del Congreso, quiso manifestar su solidaridad personal con Juan Bosch, el presidente de la República Dominicana depuesto por un golpe de estado militar¹³⁸.

Aquellos gestos de Gorkin, ya fuera la solidaridad con un presidente derrocado o su participación en la campaña contraria a Neruda, eran ecos de otro tiempo. Neruda acabaría ganando el Nobel años después y el presidente Bosch había sido derrocado con la complicidad de los Estados Unidos. La Guerra Fría mutaba y Gorkin funcionaba con parámetros de los años antiestalinistas. No era la línea que quería seguir el Congreso en América Latina. Uno de los síntomas secundarios de ese cambio, aparte de los ya comentados, podía ser el informe que sobre Carlos Fuentes y su evolución respecto al castrismo había llegado a las mesas de Hunt y Mercier Vega. Lo había escrito Darwin Flakoll (St Clair Cobb 2007, 138-139). El año 1962 el matrimonio de escritores

¹³⁷ Carta de Julián Gorkin a Dionisio Ridruejo fechada el 14 de octubre de 1964. a Gorkin, 14 de octubre de 1964. La solución para *Cuadernos* fue su cierre. Gorkin también lo comentó a Ridruejo en carta del 12 de enero de 1965. «Te anticiparé que como habíamos previsto, el profesor A[rciniegas]. Ha hundido Cuadernos, que quedarán suspendidos desde abril. Ha sido un hundimiento material completo, del que no se curará este buen señor.» La revista del Congreso que reemplazaría a *Cuadernos* sería *Mundo Nuevo*, cuyo director fue Emir Rodríguez Monegal.

¹³⁸ “Me pregunto si tiene remedio Latinoamérica, encerrada hoy en ese círculo vicioso de militarismo o comunismo y como si no hubiera lugar para ella en una solución democrática y social. Usted era para los demócratas latinoamericanos el símbolo íntegro y vivo de esta solución, la única, en fin de cuentas, y momentáneamente le ha sido arrebatado el poder. Digo momentáneamente porque ha salvado usted la dignidad y la bandera y estoy seguro de que no ha terminado su papel en Santo Domingo, en ese desgraciado Continente que pugna por encontrar su camino”. Carta de Gorkin a Bosch, 4 de octubre de 1963 conservada por la Fundación Juan Bosch. En la misma carta Gorkin, escrita en papel de carta del Centro de Estudios y Documentación, le adjuntaba al presidente depuesto «los renglones que a toda prisa hice para nuestro Servicio de Prensa “El Mundo en Español” sobre esta experiencia.» La carta no le llegó a Bosch hasta al cabo de un año y contestó a Gorkin dándole las gracias el 19 de noviembre de 1964.

formado por Claribel Alegría y Darwin Flakoll se instalaron en París. “Bud” Flakoll había nacido en 1923 en Dakota del Sur, combatió en la II Guerra Mundial y vivió los primeros años de la postguerra en América Latina. Durante los primeros cincuenta la pareja había residido en México, donde Augusto Monterroso recordaba a Flakoll trabajando como periodista, y después él estuvo destinado como diplomático del Departamento de Estado en a las embajadas norteamericanas de Buenos Aires y Montevideo. En 1962, el mismo año que se establecieron en París, los Flakoll Alegría vieron publicada *Voices of Hispanic America*, una antología pionera sobre la que habían hablado con Mario Benedetti entre otros. En París la pareja empezó a escribir a cuatro manos la novela *Cenizas de Izalco* y el proceso de escritura lo fueron comentando con sus amigos Carlos Fuentes y Julio Cortázar. En 1964 la presentarían al Premio Biblioteca Breve y quedaron finalistas (la novela ganadora de aquella convocatoria fue *Vista del amanecer en el trópico* de Guillermo Cabrera Infante).

4.2. Logística para una revista legal y clandestina

En París Darwin Flakoll mantuvo contactos con personas vinculadas al Congreso. Por entonces se reunió también con Julián Gorkin. Tal vez también hablaron de Cuba y del continente americano, pero aquello ya debía ser secundario para Gorkin. Porque lo importante de sus conversaciones es que estudiaron fórmulas de expansión del antifranquismo. Flakoll sería la persona a través de la cual se desencalló el problema de financiación de uno de los proyectos congelados que Gorkin y Ridruejo habían ideado después de Múnich: la creación de una revista que fuera auténtico punto de encuentro de la nueva oposición democrática a la dictadura. «Está favorablemente resuelto lo referente a mi larga y paciente solicitud: dispongo ya de los medios para la revista y para seis opúsculos¹³⁹». La revista se iba a llamar *Mañana*. Aunque se editaría e imprimiría en París, debía nutrirse sobre todo de artículos escritos en España. Por ello, desde el primer momento, había quedado claro que el grueso de contenido sería cosa de

¹³⁹ Carta de Julián Gorkin a Dionisio Ridruejo fechada el 27 de julio de 1964. Inédita. Se conserva en el Fondo Dionisio Ridruejo.

Ridruejo. «El buen éxito, de acuerdo con los planes establecidos, no depende tanto de aquí como de ahí. Me refiero a los materiales. La responsabilidad fundamental te incumbe a ti.» El 27 de julio Gorkin le daba estas primeras noticias a Ridruejo e incluso proponía una fecha de salida para el primer número: «opinamos todos que el primer número debe estar en la calle entre el 20 y el 30 de octubre.» Como tantas veces, Gorkin pecaba por un exceso de optimismo.

El circuito que posibilitaría la publicación de *Mañana* no es claro, como ocurría tantas veces en la cocina del Congreso. Gorkin tenía hechos sus cálculos. Con una subvención de entre 4.000 y 5.000 dólares se espabilaría para publicar diez números al año más seis folletos¹⁴⁰. Era un presupuesto ajustado, suficiente para pagar los colaboradores, el papel y la impresión¹⁴¹. Diría que el dinero provenía de una fundación dependiente del sindicalismo norteamericano. Flakoll sería el representante de un nuevo organismo que tenía entre sus consejeros a Charles S. Zimmerman –«uno de los principales jefes sindicales de Estados Unidos y amigo nuestro desde hace años¹⁴²». Durante el verano del 64 Gorkin hizo llegar el presupuesto a esa Fundación, cuya sede estaba en Nueva York, y su petición la reforzó un informe de Flakoll más el aval del todopoderoso sindicalista Irving Brown y del lehendakari exiliado José Antonio Aguirre, «que va a ser más que nunca nuestro representa en Nueva York¹⁴³». La nueva Fundación pagaría la revista. Su compromiso, de entrada, se limitaba a seis meses de financiación, de agosto a febrero. Gorkin, simultáneamente, contaba con que la infraestructura del Centro –el local en la rue Pasquier y el personal- la seguiría sustentado el Congreso, que también pagaría una beca para Ridruejo al menos hasta finales de 1964. Así debió pactarlo a principios de verano con Hunt. «Mis tareas revestirían desde el 1º de septiembre un carácter de absoluta independencia sin cuentas que darle a John o a sus colaboradores.» Pero las cosas no iban a ser tan sencillas.

¹⁴⁰ «Aun cuando Enrique [Gironella] le concede escasa importancia a este problema de la edición de folletos como los tres editados anteriormente, yo, por el contrario, se la concedo como complemento de la revista. Es indudable que en ésta no pueden darse textos largos y, sin embargo, hay problemas que exigen profundidad y extensión expositivas.» Dicha serie de folletos no llegaría a publicarse. Carta de Julian Gorkin a Dionisio Ridruejo fechada el 21 de septiembre de 1964. Inédita. Se conserva en el Fondo Dionisio Ridruejo.

¹⁴¹ Los envíos y la difusión en España se podrían costear con lo recaudado por la venta de la revista y las suscripciones, que esperaba conseguir sobre todo en América Latina.

¹⁴² A través de Zimmerman, al margen de la Fundación, Gorkin creía que podría recibirse ayudas puntuales para el Centro.

¹⁴³ Carta de Julián Gorkin a Dionisio Ridruejo fechada el 21 de septiembre de 1964. Inédita. Se conserva en el Fondo Dionisio Ridruejo.

Después de las vacaciones¹⁴⁴ Gorkin se reunió con el tesorero del Congreso. «Se me comunicó que desde Múnich el Congreso había gastado en tareas españolas a través de este centro, de becas y demás al margen de lo destinado a tareas intelectuales del interior, una suma extraordinaria cuyo volumen a mí mismo me sorprendió.» Al problema del gasto se añadía un asunto que, en lo referente a la actividad española, no había forma de resolver: la actividad desarrollada por el Centro era política y no podía detallarse en los presupuestos del Congreso porque su finalidad era teóricamente y exclusivamente cultural. Por tanto, si la nueva ofensiva de Gorkin todavía era más descaradamente política, el Congreso tendría incluso mayor necesidad de desvincularse del activismo del Centro. No había alternativa. La solución era crear otra entidad: una sociedad limitada, ajustada a la legalidad francesa desde un punto de vista administrativo y cuyos estatutos serían casi calcados a los del Congreso. Gorkin y Michel Collinet, compañero de viaje de Gorkin en los tiempos de persecución del POUM, fueron quienes suscribieron el capital fundacional. Gorkin y Flakoll, que ejercería como representante de la Fundación en la nueva entidad, serían las personas con firma en la nueva sociedad. Así, con la creación de esta sociedad, la ligazón de Gorkin al Congreso seguía desdibujándose, aunque él seguía pensando que la cobertura y su influencia seguían siendo las mismas de siempre.

Ridruejo fue informado de estos acuerdos por Flakoll mismo, que a finales del mes de septiembre le visitó en Madrid y le entregó una carta de nueve páginas dictada por Gorkin. Durante aquellos meses la correspondencia entre Ridruejo y París se multiplicó porque se trataba de ir concretando tan pronto como fuera posible la orientación de una revista concebida como fruto maduro del espíritu de Múnich. Digámoslo desde el primer momento para no perder la perspectiva. Los implicados en el proyecto de la revista seguramente depositaron esperanzas excesivas en aquel instrumento de oposición clandestino, pero lo cierto es que sus posibilidades de actuación seguían siendo muy limitadas y *Mañana* podía transformarse una recóndita ventana abierta tanto de denuncia como de defensa de firme una posición avanzadilla democratizadora. Gorkin concebía la revista como «la revista de la Democracia

¹⁴⁴ En los meses que transcurrieron hasta mediados de septiembre el presupuesto de Gorkin vino a reforzarlo un informe presentado por Flakoll y aquel proyecto lo avalaron también José Antonio Aguirre –«que va a ser más que nunca nuestro representante en Nueva York»- e Irving Brown. «Gracias a la concordancia de todas estas gestiones y garantías», escribía Gorkin a Ridruejo, en el Congreso se había asumido como propio aquel proyecto. «El Congreso sugirió la obtención de todos los [fondos] necesarios para el gasto general del Centro, añadiendo la revista y la edición de folletos.» En principio se podría contar con 2.500 dólares al mes.

española frente a todo lo que no es democrático» y, de entrada, no se oponía a la colaboración en sus páginas de gentes aún integradas o que pivotasen alrededor del régimen. La condición era que asumiesen que el futuro del país pasaba por «el restablecimiento de la convivencia civil española en un régimen de normalidad democrática que nos permita vivir e integrarnos al mundo occidental¹⁴⁵».

La orientación de la revista estaba clara, ya que los conjurados llevaban casi dos años dándole vueltas al mismo programa ideológico, pero había llegado el momento de vehicularlo en una publicación mensual y ahora se debían tomar decisiones concretas sobre tarifas, calendarios de entrega, consejo de redacción, tirada, colaboradores, logística... El equipo de París se iba definiendo. Además de Gorkin y Farreras, se incorporaba Víctor Hurtado y caía Francisco Fernández Santos. El problema era económico y sobre todo ideológico «Ha ido diciendo por ahí que en vista de que nos disponemos a hacer “una revista de derechas”, piensa dimitir, pues no puede ponerle a la empresa su valioso sello moral e intelectual. Sabemos, por otra parte, que todo lo que aquí se hace lo anda comunicando por un lado a los restos plumistas y, por otro, a los comunizantes¹⁴⁶.» En Madrid, Ridruejo planificaba más o menos a lo grande, creyendo que Gorkin iba sobrado de dinero. Montaría corresponsalías en Barcelona y Bilbao, más adelante en Sevilla, Valencia y Santiago y no descartaba contar con un colaborador en las Canarias. Manos amigas llevarían a París los textos, pero le parecía necesario pagar cada dos meses un viaje de «un portador solvente capaz de dar y recibir explicaciones.» Así lo expuso en la carta de respuesta a Gorkin que Flakoll llevó en mano a París. En un primer momento llegó a plantear incluso la posibilidad de montar una estructura de redacción estable. Aparte de alquilar un local, que se podría usar para otras tareas subversivas, su pretensión era formar un equipo integrado por él como director, un auxiliar y dos redactores.

Pero la principal discrepancia no iba a ser sobre el contenido, los posibles colaboradores ni sobre la financiación (que sería menor a la prevista por Ridruejo) sino sobre el verdadero liderazgo. En una de las primeras cartas planificando el número 0 de

¹⁴⁵ Carta de Julián Gorkin a Dionisio Ridruejo fechada el 21 de septiembre de 1964. Inédita. Se conserva en el Fondo Dionisio Ridruejo.

¹⁴⁶ Carta de Julián Gorkin a Dionisio Ridruejo fechada el 24 de septiembre de 1964. Inédita. Se conserva en el Fondo de Dionisio Ridruejo. En el texto “El exilio en París” que Fernández Santos escribió para el volumen de homenaje *Dionisio Ridruejo, de la Falange a la oposición*, aludía a su colaboración con el Centro y añadía que «no intervine en la nueva empresa político-periodística [*Mañana*], ya claramente marcada por una muy concreta tendencia política, que yo en modo alguno compartía.» [157].

Mañana, Gorkin explicaba que José Antonio Novais –el temido corresponsal de *Le Monde* en España- podía ser un colaborador regular. Subministraría información recogida en Madrid y que se elaboraría como artículo para la revista en el Centro¹⁴⁷. Pero si se procedía así, Ridruejo sentía que su dirección quedaría cuestionada de facto. «Hago hincapié, haciéndolo condición absoluta, en un principio: la revista no publicará una sola línea del interior (colaboración, información, correspondencia) que no haya sido enviada por nosotros [...] Solo con esta autoridad puedo cumplir la misión, y solo de ese modo puedo dar garantías a los que aquí deben comprometerse en la tarea¹⁴⁸.» No era falta de confianza con Novais, con quien contaba (pocas personas estaban mejor informadas que él en aquel momento). Lo que se estaba planteando era la decisión sobre quién del interior mandaba y, en consecuencia, quién mandaba en *Mañana*.

Ridruejo tenía asumido que la empresa en el interior era suya y todos estaban de acuerdo que la pauta debía marcarla el interior. Por ello, desde esa posición aceptada teóricamente por todos, propuso un descompensado reparto de papeles en lo relativo al encargo y supervisión de contenidos. A Gironella le adjudicaba el europeísmo y la oposición exiliada y a Gorkin los intelectuales exiliados e Hispanoamérica. Para él sería el resto, «la información nacional, movimiento interior de oposición y crítica de la política oficial.» En París discrepaban. Si recibían textos del interior que no pasasen por las manos de Ridruejo, ellos también podían decidir si valían la pena o no. «Aceptamos el principio de control general por tu parte, pero nos parece inadecuado por demasiado mecánico el procedimiento general¹⁴⁹.» Aún aportando argumentos sólidos para justificar su posición, acabaron por ceder.

Lo esencial era ir dando pasos para sacar la revista. Se había constituido la nueva sociedad, se había conseguido abrir una cuenta en dólares que permitía hacer transferencias a España, la imprenta estaba preparada y el equipo del Centro también.

¹⁴⁷ «Novais estuvo aquí hablando con Paco [Fernández Santos] y conmigo y ofreció, mediante una módica remuneración, que dependerá del presupuesto general que tengo que establecer al regreso del Secretario del Congreso, el envío mensual de la masa de información que no puede utilizar en los periódicos de que es corresponsal o aquellas que sólo utiliza muy sintéticamente. Se trata de seleccionar y sintetizar por medio de una redacción nueva todo lo que pueda tener un verdadero interés para el público lector. Esta parte informativa es de extraordinario interés y propongo que se destine a la misma entre dos y cuatro páginas, según su importancia y los textos de que dispongamos para las secciones».

¹⁴⁸ [Dionisio Ridruejo]: “Nota de respuesta”, 28 de septiembre de 1964. Conservada en el Fondo Dionisio Ridruejo.

¹⁴⁹ Carta de Julián Gorkin a Dionisio Ridruejo fechada el 13 de octubre de 1964. Inédita. Conservada en el Fondo Dionisio Ridruejo.

Pero faltaban los materiales del interior que debía hacer llegar Ridruejo. Gorkin, que había pactado una subvención de agosto a finales de febrero a modo de prueba, veía como pasaban las semanas, las cartas iban de Madrid a París y viceversa, pero no se avanzaba. Necesitaba la materia prima, los artículos. En más de una carta le manifestó a Ridruejo su preocupación y éste sólo podía reiterar su compromiso personal con Gorkin. «Yo, por supuesto, voy a ayudarte a hacer la revista con todo empeño y sean cuales fueran las condiciones. Te has embarcado con el ímpetu y la buena voluntad que te son característicos en esta empresa de interés común y en ninguna hipótesis te dejaría solo en ella mientras mi apoyo pueda representar alguna cosa¹⁵⁰.» La complicidad entre uno y otro era total, como Gorkin explicitaba en su carta de respuesta. «No dudes, querido Dionisio, que entre tú y yo sigue existiendo una confianza completa, que sigue constituyendo, a mi juicio, el eje de una colaboración con la máxima claridad, única base de dicha confianza¹⁵¹.» Pero los días pasaban y los artículos 0 no llegaban a París.

Si en un primer momento Gorkin pensó en la posibilidad de salir a la calle en septiembre, la fecha para el primer número se estaba posponiendo peligrosamente. Por suerte Flakoll –“el viajero”, como lo llama Gorkin en sus cartas- estaba viajando por África como periodista y aún no sabía que se estaban retrasando, pero no tardaría en volver a París y entonces debería decirsele que no había aún número alguno en marcha y al mismo tiempo se le pediría un aumento de la subvención. Los nervios de Gorkin iban en aumento cada día que pasaba, como evidencia esta carta escrita sólo dos días después de la anterior. «¿Cómo justificamos un segundo semestre con destino a una revista que no sale? ¿Cómo justifico, sobre todo, el sustancial aumento que está dispuesto a obtener Flakoll desde el 1º de febrero? Lo necesitamos absolutamente, pues sin él no hay manera de sostener el aparato aquí y de cubrir las necesidades ahí y aquí. Y si no podemos justificar ni lo uno ni lo otro, la alternativa es sencillísima: tengo que disolver mi equipo y, como no puedo dejarlo en la calle, tengo que colocarlo como sea [...] Ahí tienes la cuestión brutalmente planteada¹⁵².» Gorkin, para salir del paso, informó a Ridruejo que había decidido editar sacar un nuevo *Boletín Informativo*, que

¹⁵⁰ Carta de Dionisio Ridruejo a Julián Gorkin fechada el 23 de octubre de 1964. Inédita. Se conserva en el Fondo Dionisio Ridruejo.

¹⁵¹ Carta de Julián Gorkin a Dionisio Ridruejo fechada el 26 de octubre de 1964. Inédita. Se conserva en el Fondo Dionisio Ridruejo.

¹⁵² Carta de Julián Gorkin a Dionisio Ridruejo fechada el 28 de octubre de 1964. Inédita. Se conserva en el Fondo Dionisio Ridruejo.

sería el último, fechado en octubre, aprovechando materiales diversos y presentándolo en la página final como un número de traspaso¹⁵³.

Ridruejo recibió esta angustiada carta de Gorkin de manos de Pedro Altares (que también llevaba para Ridruejo como mínimo otra carta, de Víctor Hurtado). El secretario de redacción de *Cuadernos para el Diálogo* había propuesto al equipo de París su solución momentánea para que *Mañana* pudiese arrancar: ofrecer artículos que la censura había prohibido que se publicasen en la revista impulsada por Ruiz-Giménez. «En la situación en la que nos encontramos, y dispuesto a toda costa a salir para el 15 de diciembre, podemos echar mano a una selección de esos trabajos¹⁵⁴.» A Ridruejo, que ya había llegado a un acuerdo con Novais, no le pareció mal la idea de aprovechar los materiales censurados de *Cuadernos para el Diálogo*. Pero no quería dejar de señalar que las urgencias impuestas por Flakoll y los benefactores de *Mañana* eran excesivas porque «ni en España ni en ninguna parte puede –ni debe– ponerse a punto la máquina para hacer una revista con menos de tres meses de preparación.» El mismo día que escribió aquella carta, el 9 de noviembre, Gorkin volvía a escribir a Ridruejo.

A pesar de haber vivido una pequeña tragedia familiar (su cuñado, que hacía escala en París con dirección a México, murió de un infarto en el hotel donde estaba alojado), parecía más relajado. Estaba tomando decisiones concretas para poder publicar la revista. «He tomado ya algunas medidas para tener algunos buenos textos.» Se había entrevistado con Sergio Vilar y Josep Benet y habían hablado de la revista y los posibles redactores catalanes: Vilar mismo y Albert Manent. «Tú tienes una excelente amistad

¹⁵³ Esta era la nota de despedida y anuncia de la nueva revista. «El *Boletín Informativo* da paso a la revista mensual *Mañana. Tribuna Democrática Española*. Durante cerca de tres años, el Centro de Documentación y Estudios ha venido editando –en forma modesta y con la periodicidad que han permitido las circunstancias– este *Boletín Informativo*. Tenemos la satisfacción de decir que no ha cesado de acompañarnos un éxito creciente. Les correspondía el mérito principal a los que, desde España, nos han ido suministrando el grueso del material. Queremos expresarles –al pie de este último número– nuestra gratitud. El último número, en efecto. Pero no ciertamente como un abandono o un corte. Hoy más que nunca se necesita una tribuna democrática española; será ésta la revista mensual *Mañana*, que se editará en París porque no puede editarse todavía en Madrid. Aspira esta tribuna a informar objetivamente y a sincronizar el pensamiento y la voluntad de todos los que –dentro y fuera de España, españoles o amigos de la causa española– desean promover una solución democrática con miras al restablecimiento de la convivencia civil y a la integración de una patria digna al mundo civilizado y libre.»

¹⁵⁴ Carta de Julián Gorkin a Dionisio Ridruejo fechada el 28 de octubre de 1964. Es distinta a otra de la misma fecha y es inédita. Se conserva en el Fondo Dionisio Ridruejo.

con ellos, te son muy adictos y no debe haber dificultad en el arreglo¹⁵⁵.» Este optimismo lo transmitió aquel mismo día a Ferrater Mora, a quien escribía una carta reenviándole otra dirigida a él y que habían recibido en París (el filósofo era miembro del comité de honor del Centro.) «Aprovecho la circunstancia para mandarle un cordial saludo. Y para anunciarle la próxima publicación de la revista mensual *Mañana. Tribuna Democrática Española*, al servicio, de acuerdo con los de dentro, de un diálogo cohesionador de todos los que propugnan por una solución democrática del problema español. En suma, el instrumento que veníamos preparando desde Múnich y para el que, por fin, he encontrado unos medios independientes del Congreso¹⁵⁶.»

El 17 y el 20 de noviembre Ridruejo mandó originales para la revista. El miércoles 25 hubo una reunión del equipo del Centro en París, a la que se sumó Hurtado como miembro del consejo de redacción de *Mañana*. Todo, por fin, parecía marchar. Comentaron los artículos, decidieron que el número saldría a mediados de diciembre y Gorkin dijo que él y Farreras se encargarían de los detalles técnicos y la imprenta. Se resolvió también el tema pendiente del organigrama. Como no se había logrado que personalidades del interior figurasen como consejeros (el único decidido a estampar su nombre era Ridruejo), Gironella tampoco quiso figurar. Gorkin constaría como director, Farreras como secretario y el Centro como editor. En principio nada más. Al terminar la reunión Hurtado dijo que cuando fuera posible le gustaría leer los originales, que Farreras se llevó a su casa en una carpeta que le confió Gorkin.

Al día siguiente, mientras éste dictaba una nueva carta a Ridruejo comentándole las últimas novedades, Farreras entró en su despacho con la cara desencajada¹⁵⁷. La noche anterior había parado en una gasolinera para repostar, dejó su maleta encima del capó del coche, pagó y en esos segundos, sin saber cómo, desapareció la maleta donde guardaba la carpeta con los originales de la revista. Farreras, según propia confesión, estaba hundido. Fue a la comisaría, rehizo el camino que había hecho varias veces. No encontró nada esa noche ni el día siguiente ni nunca más. Gorkin, que no tenía copia incluso ni de sus propios artículos, optó por la paciencia, como se descubre en la carta que estaba escribiendo a Ridruejo en el preciso instante que Farreras le contaba lo

¹⁵⁵ Carta de Julián Gorkin a Dionisio Ridruejo fechada el 9 de noviembre de 1964. Inédita. Se conserva en el Fondo Dionisio Ridruejo.

¹⁵⁶ Carta de Julián Gorkin a Josep Ferrater Mora fechada el 9 de noviembre de 1964. Una copia escaneada la ha colgado la Càtedra Ferrater Mora de la Universitat de Girona en su página web.

¹⁵⁷ Carta de Julián Gorkin a Dionisio Ridruejo fechada el 26 de noviembre de 1964. Inédita. Se conserva en el Fondo Dionisio Ridruejo.

sucedido. «Contra esta fatalidad yo ya no puedo nada y tengo que tomarlo con filosofía. Si la cosa no se remedia de aquí al lunes, espero que lo tomen también con filosofía nuestros sostenedores.» Pero la situación pudo reconducirse. A mediados del mes de enero llegaban a Madrid los primeros ejemplares de *Mañana*. Fue el último proyecto de Julián Gorkin dedicado a forjar un frente democrático en España.

Capítulo 5. La crisis del Comité d'Écrivains y el escándalo de la CIA

Con la incorporación de Enrique Tierno Galván el comité se había convertido, definitivamente, en el núcleo generador de pensamiento democrático más potente en la España franquista. En la primera reunión a la que asistió el viejo profesor, aunque no se hizo el pleno (fallaron Laín y Ridruejo por enfermedad y Bru porque cuatro días antes había fallecido su padre), estaban casi todos. 13 de enero de 1965. Presidía Chueca, Martí Zaro era el secretario y entorno a una mesa se sentaban Aranguren, Buero Vallejo, Cano, Castellet, Manent, Marías, Gomis, José Luis Sampedro y Tierno. El coloquio de L'Ametlla, en casa de Millet, había sido un éxito y habían asumido una serie de compromisos que tratarían de cumplir. El comité antifranquista funcionaba a pleno rendimiento. Bolsas de viajes, ayudas para escribir libros, premios de ensayo, publicaciones en marcha, la voluntad de organizar un gran encuentro sobre ideologías contemporáneas que podría celebrarse en Barcelona... Además, en Madrid, estaba a punto, por fin, de aparecer *Mañana*, la revista que habían tramado Gorkin y Ridruejo hacía tanto tiempo. Tal vez por ello, siguiendo una petición de Emmanuel, Martí Zaro les preguntó a los presentes si tenían inconveniente alguno en informar (de una manera “constante y regular”) a Julián Gorkin de sus actividades. “Los reunidos responden que no ven inconveniente en ello, siempre que las informaciones no versen sobre proyectos o intenciones, sino únicamente sobre actos o actividades ya realizados¹⁵⁸”. Y, fuera del orden del día, se discutió otro asunto: la situación legal de la comisión que ellos constituían.

5.1. La creación de Seminarios y Ediciones

Tras la aprobación por parte de las Cortes de la Ley de Asociaciones, no se podía posponer la cuestión: forzoso era instituir una pantalla legal para desarrollar toda su actividad. “Tras debatir el tema en sus distintos aspectos, llegan a la conclusión de que

¹⁵⁸ Acta de la reunión del 13 de enero de 1965. Conservada en el Fondo Pablo Martí Zaro.

la fórmula más adecuada sería la constitución de una Sociedad Anónima de Ediciones en que se viene pensando desde hace tanto tiempo”. El período de gestación de la S.A. fue de 10 meses. Diez meses de notable intensidad notable para el comité antifranquista. Destacó, por una parte, la voluntad de París de reforzar los contactos entre la comisión española y la portuguesa. Manos a la obra. “A tal fin [a mediados de febrero de 1965] el Sr. Martí Zaro celebró conversaciones en Lisboa con todas las personas que de uno u otro modo pueden contribuir al logro de esos objetivos¹⁵⁹”. Una de las acciones previstas era organizar en Madrid un encuentro entre universitarios españoles y portugueses. Pero, dada la agitación que se vivía por entonces en la universidad, mejor sería aplazarlo. “Los reunidos estiman que en las actuales circunstancias no sería oportuno celebrar en el mes de abril la reunión dedicada a los *problemas de la universidad y la sociedad*”. La tensión en la universidad tendría consecuencias inmediatas que, además, estaba a punto de impactar en la vida del comité.

Durante la primavera de aquel año Tierno y Aranguren eran expulsados de la cátedra como consecuencia de su posicionamiento explícito a favor de los estudiantes concienciados que pretendían derrocar el sindicato oficial. Los dos profesores, si era necesario, podían contar con la cobertura económica del Congreso: la Fonds pour la Liberté Intellectuelle¹⁶⁰. Desde el mes de abril de 1965 podían cobrar 1000 francos mensuales a lo largo de ese año. Una oferta similar le hizo Ridruejo a José María Valverde cuando éste, en solidaridad con Aranguren, pidió la excedencia de su cátedra en Barcelona (Valverde 2010, 80). Aquella represión contra la disidencia intelectual y universitaria decapitaría en parte la capacidad de la oposición liberal para capilarizarse a través del aula.

En septiembre se habían redactado los estatutos de una sociedad denominada Seminarios y Ediciones¹⁶¹. El 25% de sus acciones lo subscribía Buëdo, otro 25% Chenu y Martí Zaro el 50% restante. La titularidad del capital social sería de funcionarios del Comité d’Ecrivains y se constituiría un Consejo Técnico Asesor, integrado por la totalidad de los miembros del comité antifranquista. La Escritura de Constitución de la Sociedad se formalizó el 11 de octubre. “La Existencia de Seminarios y Ediciones S.A.”, dijo Martí Zaro, “supone una nueva responsabilidad para

¹⁵⁹ Acta de la reunión del 17 de marzo de 1965. Se conserva en el Fondo Pablo Martí Zaro.

¹⁶⁰ Acta de la reunión del 21 de abril de 1965. Se conserva en el Fondo Pablo Martí Zaro.

¹⁶¹ Acta de la reunión del 15 de septiembre de 1965. Se conserva en el Fondo Pablo Martí Zaro.

la Comisión española del Comité d'Ecrivains et d'Editeurs, ya que el funcionamiento de dicha sociedad ha de depender esencialmente de la iniciativa y la cooperación de dicha Comisión¹⁶²”. Más España, pues, y menos París. Pensar en la edición de libros que encajasen con la línea de trabajo que venían desarrollando –Tierno propuso una serie de clásicos del pensamiento político contemporáneo, Castellet otra de ensayistas españoles desde el XVIII y Laín monografías de temas actuales- y buscar una editorial con la que llegar a un acuerdo para imprimirlos y distribuirlos –la primera opción era Guadarrama-. El 31 de enero de 1966, transcurrido un mes desde la celebración del coloquio en Toledo, SESA se inscribió en el Registro Mercantil. Lo comunicó Martí Zaro en una reunión posterior del comité, al que se sumaba un nuevo miembro –Domingo García Sabell-. Aquel día también participó un delegado del comité portugués, testimonio de los lazos que establecían una y otra comisión.

Aquel día Martí Zaro dio noticia de otra posible ramificación de la actividad del comité español en el seno del Congreso. El Comité d'Ecrivains estaba renovándose y uno de los primeros ejemplos era la creación en París del Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales (ILARI), que, entre otras actividades, publicaría la revista Mundo Nuevo dirigida por Emir Rodríguez Monegal. En París Martí Zaro informó que los españoles querían colaborar con aquella nueva entidad y se reunió con Rodríguez Monegal. Llegaron a acuerdos sobre la distribución de la revista, incluso podrían coeditar y, como casi siempre, idearon un gran seminario que debería estudiar la problemática social y cultural derivada de las relaciones entre el Viejo y el Nuevo Continente. No era la única novedad institucional que podía afectar a una comisión española, que, tras seis años de existencia, por fin se había dotado de una estructura legal propia. En París, al replantear el organismo por completo, se trabajaba en la creación de un Instituto de Culturas Mediterráneas. “Inicialmente se celebrarían en él las actividades actualmente en marcha de los diversos países de las dos orillas del Mediterráneo”. Me parecen cambios impulsados desde la sede del Congreso encaminados a recortar gasto. Cuando el comité español podía propulsarse como centro de referencia de la oposición intelectual, la casa madre pedía que se apagasen algunas luces. En la misma línea fue advertido Martí Zaro en París: el presupuesto de actividades planteado para aquel 1966 “rebasaba con creces” el presupuesto que se les asignaba. Lo discutió con Hunt, Emmanuel y Jelenski. Se tomaron medidas: suspender

¹⁶² Acta de la reunión del 29 de noviembre de 1965. Se conserva en el Fondo Pablo Martí Zaro.

el Coloquio Cataluña-Castilla y pasarlo al año siguiente, rebajar el presupuesto para el proyectado Coloquio sobre Ideologías Sociopolíticas actuales, suspender el programa de enviar conferenciantes al extranjero y a provincias...

En esta tesitura el 27 de abril *The New York Times* publicaba un largo artículo sobre las actividades de la CIA (*NYT*, 27/IV/66). Perdida entre columnas se colaba una información inquietante. “Entre las organizaciones y actividades culturales a las que dicha Agencia había prestado en algún momento apoyo indirecto por conducto de las Fundaciones norteamericanas, figuraba el Congreso por la Libertad de la Cultura”. Era una sospecha latente y, aunque no pudiesen intuirlo, era el principio del fin no tanto de la actividad (que en parte también) como el síntoma más claro de su progresiva pérdida de influencia de aquel grupo de viejos liberales que aún no llegaban a los sesenta años. Pero mientras tanto todo parecía seguir igual. Se seguía con el mismo plan de trabajo, buscando complicidades para organizar nuevos coloquios y formando parte de una red internacional.

El 28 de junio Manent recibía carta de Roselyne Chenu, anunciándole otra oficial de George Duby: le invitarían a un coloquio en Aix-en-Provence que se celebraría a finales de septiembre y cuyo propósito era doble¹⁶³. Por una parte reflexionar sobre cómo un pensamiento renovador y reformista podía transformar una sociedad estancada con el fin de convertirla en una sociedad dinámica. Por otra, conectada al caso ibérico –porque españoles y portugueses eran los principales asistentes (aparte del staff con intereses españoles del Congreso)-, estudiar cómo aquel pensamiento renovador podía insertarse de manera compartida en los dos países de la Península Ibérica. Manent, tras dudas, dijo que sí y por ello tenemos alguna constancia de lo que se dijo durante aquellos días. Por sus notas manuscritas más bien parece que fueron los portugueses quienes mejor aprovecharon el encuentro¹⁶⁴.

“*En el cas portuguès el règim produeix depressió*”, anotó Manent al escuchar a Alegro Baptista, “*no engega una energia com en el cas d’altres tiranies*”. Mi impresión es que los portugueses querían abrir una brecha en su sistema intelectual usando el cuerpo del comité antifranquista. Bernard da Costa, por ejemplo, apuntó la

¹⁶³ Carta de Roselyne Chenu a Marià Manent fechada el 28 de junio de 1966. Inédita. Se conserva en la Biblioteca Arxiu Manent.

¹⁶⁴ Se trata de 4 páginas en las que Manent anotó alguna de las ideas principales expuestas por cuatro de los ponentes, en especial las de Pierre Emmanuel. Se conservan en la Biblioteca Arxiu Manent.

posibilidad de publicar en España un periódico portugués y habló de otra posibilidad: “la difusión en España de noticias referentes a Portugal”. España podía ser una catapulta como para los españoles lo había sido París. Pero París, es decir, el Congreso y sus posibilidades, vivían una época de crisis. “El Congreso no abandonará en mitad del camino ninguna de las empresas importantes que ha emprendido”, dijo Emmanuel en la sesión final. Pero en sus palabras quedaba claro que el Congreso difícilmente impulsaría una nueva actividad potente. Se trataba de mancomunar esfuerzos entre las dos comisiones, además de constatar que algunas cosas no se habían hecho bien. “La ayuda a los escritores para escribir libros ha sido, en general, un fracaso; conviene transformar el programa para que dé mejores resultados”. Aquella intervención de Emmanuel parece el prólogo a la severa carta que mandó a todos los miembros del comité español el 15 de diciembre¹⁶⁵.

El presupuesto, siempre el presupuesto. La financiación del Congreso, ya lo sabían, había procedido de fundaciones norteamericanas, pero por entonces ya solo pagaba la Ford. Y el presupuesto total, en relación a ejercicios anteriores, era claramente inferior. Por todo el mundo se multiplicaban las peticiones de ayuda a actividad intelectual cuando menos dinero se contaba para poder sufragarla. En España, en consecuencia, pasaría lo mismo que en los otros países. “*Même dans les pays où depuis plusieurs années un effort continu se poursuit, à partir de plans élaborés par des Comités analogues au vôtre, il a fallu réduire considérablement le budget annuel affecté à ces réalisations*”. Su actividad continuaba, pero ajustada a unas nuevas circunstancias que exigían una explicación más clara de los resultados obtenidos. Así lo pedía la Fundación Ford, que había manifestado su descontento con la actividad española. ¿Dónde estaban los libros? ¿Dónde los informes de los seminarios organizados? Si no se mostraban resultados tangibles, el presupuesto adjudicado aún sería inferior.

Sugería acabar con los Coloquios Cataluña-Castilla porque no daban resultados evidentes. Sugería acabar con los premios a ensayistas. Y sugería cancelar las bolsas de viaje y las ayudas a libros. En este punto, era implacable. “*Les bourses de voyages n’ont jamais donné que des rapports extrêmement médiocres, souvent indignes de la confiance que le Congrès avait montrée à ses bénéficiaires*”. No había sido muy distinto

¹⁶⁵ Carta de Pierre Emmanuel a los miembros del comisión española fechada el 15 de diciembre de 1966. Yo he podido consultar la dirigida a Marià Manent en la Biblioteca Arxiu que custodia su documentación.

el resultado de la ayuda concedida para la escritura de libros. “*Vous avez constaté vous-mêmes que le résultat en avait été pauvre*”. Lo sabían en Madrid, lo sabían en París y lo sabía la Fundación Ford, que fiscalizaba los números. Existía un problema de fondo: la escasa importancia de la cultura en las tareas del comité. “*Je vois sans surprise, étant donné la pente générale de l’époque, mais avec une certaine gêne, parce que je n’arrive pas à identifier la culture avec la sociologie et l’économie, que vos préoccupations sont presque exclusivement de ce dernier type*”. Se podía apoyar las ciencias sociales, sin duda, pero lo prioritario para la institución madre eran los artistas y los escritores. Les pedía que lo tuvieran en cuenta. Y Martí Zaro tomó nota, con discrepancias, pero asumiendo que debían repensar su actuación. “Aunque no carecen de fundamento en su conjunto”, le confesaba a Marià Manent, “las observaciones de Emmanuel adolecen en algunos aspectos de una comprensible falta de ajuste a las exigencias y limitaciones que condicionan nuestra acción¹⁶⁶”.

Para Manent lo esencial era salvar los Coloquios. Difícilmente podían dar resultados tangibles, pero sus frutos eran evidentes. Lo revelaba una escena vivida en Toledo y que el 26 de diciembre de 1966 contó a Emmanuel. Él había visto, y creía que se había grabado, “*l’impressionnante volte-face (en faveur de la liberté de la culture catalane) d’un des plus éminents des assistants, un professeur et politicien qui aura sans doute une grande influence dans l’Espagne du futur* ». Se refería a Tierno Galván. Su transformación era significativa y revelaba el propósito profundo de aquellos coloquios: fundamentar la España del mañana democrático. Nara era más urgente que tramar el conocimiento entre las comunidades culturales e históricas que existían en España. Era, lo repetía y lo subrayaba otra vez, un problema de libertad de cultura al que estaba estrechamente ligado un desafío político. No sólo lo decía él. Lo afirmaba uno de sus amigos comunes, intuyo que debía ser Ridruejo. “*Si ce problème central n’est pas résolu de façon satisfaisante, tues les autres problèmes de l’Espagne s’en verront empoisonnés*”. Pero el Congreso ya no podría ser el ámbito para seguir desarrollando aquella reflexión intelectual de primer nivel. A lo largo de 1967 se encadenarían las noticias que evidenciarían lo que siempre se había sospechado. Sí, efectivamente, detrás de aquella institución, desde su origen, había estado la inteligencia americana. No era una sorpresa. Las mudanzas habían empezado durante el verano de 1966. Fue entonces

¹⁶⁶ Carta de Pablo Martí Zaro a Marià Manent fechada el 21 de diciembre de 1966. Inédita. Se conserva en la Biblioteca Arxiu Manent.

cuando la gran apuesta española del Congreso dirigida desde París –la revista mensual *Mañana. Tribuna Democrática*- tuvo que echar el cierre.

5.2. El impacto del escándalo en la comisión española

Toda aquella documentación la tenían fotocopiada y traducida al castellano los miembros del comité español del Congreso por la Libertad de la Cultura¹⁶⁷. Desde la noticia inicial. “Por canales paralelos, la CIA ha apoyado a grupos de exiliados en Cuba y de refugiados de los países comunistas europeos, o a organizaciones anticomunistas pero liberales de intelectuales, como el Congreso por la Libertad de la Cultura y alguno de sus diarios y revistas”. No lo afirmaba la prensa soviética. Era el mismísimo *The New York Times*. 28 de abril de 1966. Era el tercer artículo de una serie sobre la CIA. El artículo era interminable y el tema del Congreso ocupaba poco más 15 líneas de unas columnas en las que apenas cabían 4 palabras. Pero con aquellas líneas, que además señalaban directamente a *Encounter* –la revista inglesa del Congreso-, la historia del Congreso por la Libertad de la Cultura había empezado a terminar. Lo cierto es que estaba ya en una dinámica menguante, como si hubiera conseguido sus macroobjetivos iniciales y ya funcionase básicamente por inercia, pero aquello fue el principio del fin.

“La acusación es falsa, pero es grave”, consignó José Luis Cano en su cuaderno (1994, 68). La vinculación a la Inteligencia americana, a mediados de los sesenta, actuaba como un tóxico para el que no había cura. Porque, tras más de tres lustros, todo era distinto. Casi nada que ver con el mundo en blanco y negro de finales de la década de los cuarenta cuando se interpretó la lucha por el poder mundial con las coordenadas impuestas por el fin hecatómbico de la Segunda Guerra Mundial. Aquel tiempo había pasado. En presente la impugnación intelectual del comunismo podía seguir teniendo su sentido, pero, en la medida que aquella pretensión hubiera estado o estuviese interconectada a la actividad política de los Estados Unidos, implicaba, ni que fuera por

¹⁶⁷ Tenían traducido el fragmento de la noticia publicada en el NYT, las cartas de protesta de intelectuales norteamericanos, la de los directores de *Encounter*, la de los más altos responsables del Congreso, el informe de un bufete de abogados dirigida a Hunt y una larga carta de Chenu a Martí Zaro.

pasiva, haber participado en la legitimación moral e intelectual de un imperialismo puro y duro que quizá podría haberse sufrido poco en Europa, pero que, en diversas partes del globo, había resultado devastador. No se trataría tanto de indagar en la mente de los Kennan y compañía, preguntándose si hubo bases de perversidad en la fundamentación de las operaciones encubiertas (que iban desde una campaña de propaganda hasta organizar golpes de estado), sino de constatar que un análisis de la actividad desplegada por la CIA durante dos décadas llevaría a aceptar conclusiones sórdidas. No era un asunto menor, a mediados de los sesenta y en tiempos de esperanza, haber colaborado, a conciencia o no. Era, eso sí, un auténtico cargo de conciencia.

Para salvar la institución, quizá para salvar la operación, pero sobre todo para salvar sobre todo la propia honorabilidad, hubo rápidas reacciones. La primera, una primera carta remitida al periódico firmada por Denis de Rougemont –presidente del comité ejecutivo- y por Nicolás Nabokov –su secretario general- y redactada el 4 de mayo. “En ningún momento a lo largo de su actuación ha sucedido que algún donativo haya intentado inmiscuirse en sus actuaciones, planes o programas, ni imprimirle una orientación determinada”. Seguramente tenían razón, no se había actuado al dictado de nadie, pero lo más probable es que no fuera necesario: el Congreso no había surgido como un fruto aislado en un desierto de la Guerra Fría sino que se concibió y estructuró en un espacio de convergencia de actividades diversas donde cohabitaban personas, instituciones e ideas que compartían los mismos principios esenciales ideológicos y la voluntad de implementarlos. ¿Implementarlos para qué? Más que si sabía o no sabían (si sabían la prehistoria de la institución o cuáles eran sus fuentes de financiación) diría que la pregunta clave es ésta y su respuesta no puede ser taxativa. Hago mío, en este punto, el planteamiento digamos deontológico de Judt. *“Potser és que sóc insensible, però el meu de vista sobre aquest tema és més o menys: les guerres culturals dels anys cinquanta estaven en gran part organitzades en els dos bàndols per organitzacions capdavanteres. Tenint en compte les circumstàncies d’aquella època, qui som nosaltres per dir que els socialdemòcrates i els liberals s’haurien d’haver negat als recursos financers per lluitar contra la immensa màquina propagandística soviètica?”* (2012, 284). ¿Implementarlos para qué? Para combatir intelectualmente el comunismo como punta de partida y quizá también, ligado a ese principio rector, para afianzar la ideología sobre la que pudiese reforzarse una sociedad más libre porque sería más democrática. De acuerdo. Pero lo aceptarían o no, estuviesen de acuerdo o no con mi afirmación, no

dejaba de ser menos cierto que, a partir de un momento determinado (no en 1950, claro, pero a finales de la década ya sí) el capital que aportaron, desde un espacio a través del cual podían articular un discurso heterodoxo y crítico en relación a las manifestaciones despóticas del poder estadounidense, también podía ser instrumentalizado a favor de un imperialismo que en distintos puntos del mundo sub o medio desarrollado se impuso no precisamente para consolidar democracias de calidad. Es un contrasentido que afecta a la ambigua aportación que el intelectual puede acabar haciendo a la política real.

Por ello se debía reaccionar contra el artículo del *New York Times*. Así lo explicitaron Nabokov y Rougemont en su carta al director. “Lo que implica la insinuación del Times, según la cual el Congreso ha sido un instrumento de la CIA, resulta profundamente injusto para los intelectuales de todo el mundo que han encontrado en el Congreso y las actividades a él asociadas la posibilidad de escribir y hablar sin cortapisas sobre las graves cuestiones y esperanzas de nuestra época”. Era verdad, pero no era toda la verdad y se reaccionaba contra esa parte de la verdad que no se quería aceptar. Esa misma posición es la que un día después, el 5 de mayo, manifestaron por carta al periódico y desde Princeton cuatro figuras de primer nivel de la política liberal o, maticemos, grandes tipos cuya trayectoria había partido de esa adscripción. Esta era su defensa del Congreso: “ha sido un organismo enteramente libre que ha respondido solamente a los deseos de sus miembros y colaboradores y a las decisiones de su comité ejecutivo”. Salían en defensa de Nicolas Nabokov, el secretario general, y de la actividad desplegada por el Congreso a través de sus revistas y los centenares de actividades desplegadas por medio mundo. Lo suscribían J.K. Galbraith, Robert Oppenheimer, Arthur Schlesinger y también George Kennan. Se publicó el día 9. Aquel mismo 9 de mayo, desde Nueva York, Stephen Spender, Melvin Lasky e Irvong Kristol salían en defensa de *Encounter* y del Congreso. Centraban la réplica afirmando la independencia económica de la publicación y reivindicaban la independencia ideológica del Congreso, de la que la línea editorial de *Encounter* era buen ejemplo. Los artículos políticos, que eran sólo una parte de la temática de la revista, los habían escrito colaboradores de primer nivel, muchos de los cuales publicaban también en el *New York Times*. “En *Encounter* han criticado la aventura británica de Suez, la intervención soviética en Hungría, el papel americano en la Bahía de Cochinos y los bombardeos en Vietnam”. ¿No los habían leído?

Toda esta documentación –el texto del *Times*, las cartas replicando el artículo, las gestiones iniciadas ya con un prestigioso bufete de Nueva York (John Hunt se había desplazado a la ciudad)- la transmitió Roselyne Chenu a Pablo Martí Zaro el 9 de mayo. Era un éxito, decir ella, haber conseguido que se publicasen aquellas cartas en defensa de la institución. “*Dans le cadre de la tradition journalistique américaine, il est impossible d’obtenir une rétraction quelconque sujet d’articles précédemment publiés*”. Pero también era verdad, así se lo parecía a Raymond Aron que aquel artículo tenía un nivel mediocre y le faltaban fundamentos sólidos. Además, decía Chenu, era demasiado largo y mal escrito. Debía comprenderse, les había informado Hunt, a una determinada coyuntura norteamericana. Había malestar y contra ese malestar reaccionaba aquella prestigiosa tribuna. “*Il règne un grand malaise en ce qui concerne l’avenir de cette politique et cette situation confuse est particulièrement attribuée à l’activité des agences et des organismes secrets, ce qui explique les attaques générales contre toutes les manières d’agir secrètement et en particulier contre les activités de CIA*”. En esa clave debía leerse el artículo. No era un ataque al Congreso. Era la manifestación de un descontento con una sociedad, la sensación de parte de un país que estaba madurando con la sensación de haberse formado sobre grandes palabras vacías tal y como Vietnam iría mostrando un día y otro también. No tenía nada que ver, directamente, con la Guerra Fría sino que era una de sus consecuencias a escala interna (era el desencanto patriótico que por entonces, desentrañando su neurosis, empezaría a novelar, por cierto, Philip Roth).

Esas ideas y esos materiales eran los que el comité antifranquista –Fernando Chueca, Carlos María Bru, José Luis Cano, Pedro Laín, Marià Manent, Dionisio Ridruejo y José Luis Sampedro- tenían sobre la mesa aquel 13 de mayo de 1966. Debían hablar de los asuntos de siempre. De los coloquios en preparación y que parecía que nunca llegarían a celebrarse (me refiero al Seminario Internacional sobre Ideologías Sociopolíticas Actuales). De los libros pendientes de editar: se posponía, otra vez, la publicación del volumen *Realidad y Realismo en la Literatura Contemporánea*, que recogía las ponencias del coloquio del 63 (“la situación del tema ha evolucionado sensiblemente desde entonces”, razonó Martí Zaro). Pero sobre todo se habló de cómo actuar en función de aquella polémica que también les afectaba a ellos. Se decidió enviar una circular a todas las personas que a lo largo de su historia habían colaborado

con ellos y, en la hipótesis que el caso tuviese repercusión en la prensa española, se redactaría una carta de réplica.

Y se redactó una carta dirigida a Hunt¹⁶⁸. Hablaban de sorpresa y disgusto ante unas afirmaciones que creían infundadas. Lo creían porque, por propia experiencia, sabían que el Congreso gozaba de plena independencia. “Nunca hemos advertido que se tratase de desviar o utilizar esa actividad en beneficio de intereses ajenos a los propósitos que nos animan. De lo contrario, ninguno de nosotros hubiera permanecido un instante más en la Comisión”. Dicho esto, para evitar confusiones, le rogaban que “se desvaneciesen de modo suficiente las sospechas divulgadas”. En fin, gracias por la información recibida y esperaban seguir recibéndola. “El total esclarecimiento de este asunto revista para nosotros la mayor transcendencia”. Hunt respondió dando las gracias, dando nueva información y asegurando que el globo se deshinchaba. En España parecía que sí. *Arriba* había informado de la aparición de artículos sobre la CIA, pero no dijo nada del Congreso. Y tampoco lo hizo la revista SP, a pesar de que habló de esos artículos del *NYT*. Pero al cabo de menos de un año reventaría.

5.3. El principio del fin: la crisis de *Mañana*

Pero ese no era el exclusivo problema que debía afrontar el comité. Había empezado a circular por Madrid un libelo de vistosa cubierta roja titulado *Los nuevos liberales. Florilegio de un ideario político*. El libro, reproduciendo citas de los tiempos fascistas, estaba manufacturado para deslegitimar la evolución de seis intelectuales –Ridruejo, Laín, Montero Díaz, Maravall y Tovar- que en aquel momento, en algunos círculos, eran reconocidos como referentes de un nuevo liberalismo de oposición. “Hoy vemos cómo la picaresca española, que adoptaba ayer formas totalitarias para complacer a la tiranía, se apresuran a vestirse ahora con galas liberales para complacer la libertad que llega. Y que quienes fueron y los teóricos de aquélla, comienzan a ser los defensores e

¹⁶⁸ Carta de los miembros de la comisión española a John Hunt fechada el 13 de mayo de 1966. Inédita. Se conserva en el Fondo Pablo Martí Zaro.

ideólogos de ésta”, afirmaba un prologuista que se caracterizaba a él mismo como un viejo liberal.

Sin que constase nombre del editor ni de la imprenta ni la fecha de edición ni depósito legal, pocos dudaron de su anónima autoría: el Ministerio de Información y Turismo de Manuel Fraga. En aquel mes de marzo de 1966 el general Franco había firmado una Ley de Prensa e Imprenta en cuyo preámbulo se justificaba su aprobación por “el profundo y sustancial cambio que ha experimentado, en todos sus aspectos, la vida nacional, como consecuencia de un cuarto de siglo de paz fecunda”. La Ley fue vendida como muestra de la liberalización en marcha de la propia dictadura. Pero la pretendida liberalidad del Estado no perdonaba que antiguos intelectuales orgánicos fuesen voz de la disidencia. Ese recurso al pasado para estigmatizar en presente no era la primera vez que Fraga la aplicaba. Lo había hecho con José Bergamín en 1963. Implacable había sido también en 1962, como detalla Nicolás Sesma en su laureada tesis *La medula del régimen*. Siendo director del Instituto de Estudios Políticos, Fraga recibió una carta de protesta por las torturas a los mineros de Asturias. Entre los firmantes había miembros del Instituto. Los destituyó a todos. Siendo ya Ministro, al recibir una protesta multitudinaria a raíz de la expulsión de los catedráticos Aranguren, Tierno Galván y García Calvo, reaccionó orquestando aquel librito (Sesma 2009, 351).

De “aquel repugnante panfleto anónimo” –la descripción es de Cano (1994, 68)- también se habló en aquella reunión del comité durante la cual se escribió a John Hunt. ¿Cómo reaccionar? Se hablaba de organizar un banquete que sirviese como acto de reparación y protesta. Laín no lo veía claro. “Se acuerda entonces promover un escrito de doscientas firmas de adhesión a los cinco escritores, y de protesta enérgica contras el sucio ataque anónimo contra cinco escritores católicos”.

El ataque del Estado contra los intelectuales liberales era insidioso. No eran suficientes las multas y procesos legales abiertos contra Ridruejo. No había sido suficiente la expulsión de los catedráticos y su ola expansiva (las dimisiones de Tovar y Valverde). Se debía atacarles recordando aquel pasado que siempre volvía. Y fue ese ataque encadenado desde diversos frentes a mediados de los sesenta, al tiempo que la oposición seguía sin lograr arañar de manera significativa al cuerpo de la dictadura, cuando la alternativa intelectual al sistema empezó a desfundarse porque ya hacía demasiado tiempo que se peleaba sin prácticamente éxitos, porque la hegemonía

democrática empezaba a estar seriamente cuestionada no ya por el franquismo (que era incapaz de proponer algo que no fuera la represión) sino por una serie de posicionamientos de izquierda que acabarían por caducar aquella alternativa que había empezado a madurar hacía más o menos una década.

Además el apoyo exterior para sustentar aquella alternativa también se estaba desfibrando. *Mañana* estaba en crisis. Parte de su función, de manera implícita, tratarían de realizarla nuevas publicaciones –como *Triunfo* o *Cuadernos para el Diálogo*- que la Ley Fraga debía tolerar. Así lo constataría mucho después Francesc Ferreras. Pero lo que acabó de sentenciar la revista y la oficina parisina de Gorkin fueron las revelaciones del *New York Times*. “*Per sobre de tot, va influir en el seu tancament el ja esmentat escàndol de la intervenció de la CIA en el finançament del Congrés per la Llibertat de la Cultura, que va obligar aquesta institució a interrompre pràcticament totes les seves activitats*” (Ferreras 1994, 228-229). No puede ser más claro. El 28 de abril se habían publicado aquellas brevísimas líneas y al cabo de menos de un mes, el 18 de mayo y desde Madrid, se hacía llegar en mano un restringido S.O.S. pidiendo que se redactase una carta dirigida a Gorkin para reforzar la convicción de que *Mañana* era una revista clave. “La revista *Mañana*, que Vd. conoce, está según creo en una cierta crisis de incertidumbre ante el probable retraimiento de alguna de las fuentes de financiación que son esenciales para su vida, puesto que, como sabe, la tirada se reparte gratuitamente en su mayor parte”¹⁶⁹. Según se afirma la carta la hipótesis por la cual se dejaría de inyectar capital en la empresa era precisamente una que Ferreras daría por buena. “El retraimiento viene determinado principalmente por el crédito, hasta ahora injustificado, que se concede a la nueva situación de la prensa española”. Se estaba preparando un dossier de cartas defendiendo el interés de la revista –“sigue siendo necesaria, dadas las escasas oportunidades que la oposición va encontrar en la prensa interior”- que sería presentando a las fundaciones “completamente privadas” que la sufragaban.

La copia de la carta con la que trabajo es la que Dionisio Ridruejo hizo llegar a Antonio Espina, prosista de la vanguardia española y político republicano que al producirse la sublevación militar era gobernador civil en Mallorca, fue detenido, encarcelado y condenado a muerte (proceso durante el cual trató de suicidarse con una cuchilla de afeitar). Su caso me conmociona. Espina había malvivido durante buena

¹⁶⁹ Carta de [Dionisio Ridruejo] a Antonio Espina fechada el 18 de mayo de 1966. Inédita. Se conserva en el Fondo Dionisio Ridruejo.

parte de la postguerra como un enterrado en vida, cuando logró exiliarse sintió la necesidad de reintegrarse a España y era el testimonio olvidado de una tradición intelectual de izquierda democrática que seguía desamparada. Su firma había aparecido en Ibérica. Había aparecido también en *Mañana* con un artículo sumamente combativo: “La generación del 66”, una proclama en favor de la juventud que, a pesar de haberse socializado en el franquismo, había escapado de aquella prisión mental y quería destruirla (*Mañana*, I/1966, 14). Y al poco de recibir aquella carta respondió. El 26 de mayo respondió a Ridruejo (“sería, verdaderamente, una desgracia que desapareciese esa tribuna que cada día adquiere más autoridad y resonancia”) y escribió a Gorkin. Soy incapaz, por motivos estrictamente sentimentales, de resistir la tentación de no transcribirla completa¹⁷⁰.

Querido Julián,

llega a mis oídos la versión de que la revista que diriges tropieza con dificultades económicas que tal vez la hiriesen gravemente. Me consterna la idea. *Mañana* es la única publicación con que contamos los demócratas y liberales españoles para defender nuestra opción ideológica e informar, a toda clase de lectores, de los problemas que afectan a nuestro desgraciado país, en todos los órdenes, pero principalmente en los de ciudadanía, libertad, justicia, y en el de la cultura.

Mañana, acogida con entusiasmo y esperanza por la oposición al franquismo, es, por su calidad, veracidad informativa y documental y por su espíritu ponderado en la crítica y el comentario, el periódico orientador que todos necesitamos.

En el círculo intelectual en que yo me muevo existe un interés resuelto porque *Mañana* viva y continúe por el camino emprendido, y mucho más en estos momentos de la vida española en que tan próximo se halla el tránsito del régimen franquista al que viniere. “Flotan en la atmósfera oscuros presagios” como dice Macduff en *Machbeth*. Hay algunas revistas y periodiquitos en el “campo” de la emigración, propulsores de la gran causa de la democracia

¹⁷⁰ Carta de Antonio Espina a Julián Gorkin fechada el 26 de mayo de 1966. Inédita. Se conserva en el Fondo Dionisio Ridruejo.

española; pero del nivel y la solvencia moral, intelectual y política de *Mañana*, ninguno.

La prensa interior de España sigue absolutamente errada a las voces de la oposición, por tímidas que sean. La flamante ley de prensa es un fraude y una burla que sólo trata de embaucar a la opinión extranjera con una apariencia, sin realidad alguna.

En siniestra coyuntura comprenderás, querido Julián Gorkin, el negro humor que a todos nos acomete ante la simple posibilidad de que naufrague *Mañana*. Es preciso procurar por todos los medios que eso no ocurra! Por mi parte estoy siempre a tu disposición.

Un fuerte abrazo,

Antonio Espina

De acuerdo, Espina escribía para convencer a las “fundaciones” que pagaban *Mañana* para que no cortasen el suministro. Pero aquel tono era el de un demócrata que, jugándose toda su esperanza a pequeños gestos que la oposición lograba visibilizar, creía que tal vez sí el final del régimen podía estar cerca. Duele constatar que se equivocaba. Porque al franquismo le quedaba una década de vida –al dictador algo menos, a su sistema algo más- y a la revista apenas unos meses de subsistencia. Intuyo por anotaciones manuscritas en copias de la carta pidiendo apoyo que también las recibieron los sospechosos habituales. No sé quién más atendió a la demanda.

Pero el problema para *Mañana* ya no era sólo su viabilidad económica tras el descubrimiento opaco de su financiación. A parte del sistema que combatía, que era el franquismo, entre el exilio también tenía sus detractores. El socialista Rodolfo Llopis, pongamos por caso, que parecía compartir cierta crítica incluso con Ridruejo. “Me dice Sierra que les ha disgustado a Vds. el tono de los últimos números de *Mañana*. A mí también”, le escribía a Ridruejo el 8 de junio, “creo que *Mañana* está para expresar lo genérico y común de la oposición democrática y no para orientar desde fuera a las

familias que deben constituir¹⁷¹”. Era, de facto, una impugnación a una de las tesis con las que Gorkin había salido de Múnich: la necesidad de articular dos grandes partidos, uno de izquierda y otro de derecha, para formar la gran plataforma de oposición. “En nuestro caso, el pluralismo real es mucho más complejo y no se metería en tal corsé sin violencia”.

Había otros republicanos históricos que no veían clara la línea de trabajo entre intelectual y político de Gorkin. Por ejemplo Fernando Valera. Lo más probable es que el cruce de cartas que mantuvieron lo hubiese provocado también la noticia de que la CIA financiaba las revistas del Congreso, incluida la española. Gorkin le habría acusado de propalar la idea que desde *Mañana* se “prepara la transición española al servicio o bajo la dirección de la CIA”. El 12 de mayo Valera respondía una larga carta que servía casi como un examen de conciencia. Es impresionante. Era una carta privada, pero tenía una cierta dimensión pública¹⁷². Para Valera el problema no era una presunta financiación norteamericana, de la que tampoco se sorprendía. “Tenía, eso sí, de antiguo, el convencimiento de que las sociedades culturales o los sindicatos que financiaron o financian el Congreso por la Libertad de la Cultura, los coloquios de Múnich, *Mañana* y otras actividades político-culturales, son organismos más o menos vinculados a la Administración americana”. Y no le parecía mal que así fuera. “Un Estado con responsabilidades universales tiene no sólo el derecho sino el deber de fomentar instituciones y actividades encaminadas a orientar e ilustrar a la opinión mundial, en servicio de los altos fines políticos”. No había mala fe ni condena de partida por esa cuestión.

Para Valera el problema no eran esas plataformas sino la política que para España se había impulsado desde ellas. Lo decía porque en esa discusión patriótica estaba el meollo de su biografía. “Soy un liberal y demócrata militante, defensor e identificado de siempre con la civilización euramericana y, por lo tanto, moralmente obligado a opinar en una cuestión que atañe a mis más arraigadas convicciones”. Lo que Valera ponía en cuestión era la deriva de la oposición. El problema se había planteado ya hacía cuatro años al iniciarse la primavera de esperanza. “También yo lamento como tú que nos hayamos quedado estancados en 1962 en el camino que Múnich había

¹⁷¹ Carta de Rodolfo Llopis a Dionisio Ridruejo fechada el 8 de junio de 1966. Inédita. Se conserva en el Fondo Dionisio Ridruejo.

¹⁷² Copias, que yo sepa, se conservan en el archivo de Juli Just y de Manuel de Irujo. La cito a partir de la copia que me facilitaron en el archivo del político republicano valenciano.

abierto al europeísmo español; pero discrepo de tu parecer cuando descargas en el exilio la responsabilidad del atasco”. No. El exilio había cedido hasta el límite de lo que podía ceder. Lo había hecho incluso el gobierno de la república. “Sacrificamos en aras del patriotismo las limpias ejecutorias de la legitimidad republicana”. Más allá no podían avanzar. El límite era resignarse a aceptar la monarquía como única catapulta a través de la cual la sociedad española podría saltar e instalarse en el campo de la democracia. “Ese límite es el respeto a la voluntad nacional, sin lo cual todo intento de instauración o restauración democrática sería una farsa indecorosa en los inicios y necesariamente trágica en el desenlace”. En ese bucle habían quedado perdidos. Ya habían cedido mucho, casi toda su legitimidad originaria, pero los otros no lo hacían y les seguían exigiendo. Venía de lejos, esa dinámica, desde que, como consecuencia de los sucesos universitarios de 1956, habían iniciado los contactos con antifranquistas del interior. No habían dejado de vampirizar una legitimidad que ya estaba en el geriátrico pero que para Valera era la esencial. “Cuando, al cabo de los años se acercan a nosotros o consienten que nosotros nos acerquemos a ellos, lo hacen con la pretensión vana de que nos impliquemos en la instauración, restauración o institucionalización de éste o el otro régimen”. En eso no cederían. No acordarían que la consulta fuese escamoteada a la soberanía nacional. Sería mentir “al pueblo y a la historia”. No darían ese paso. La evolución podía ir por ese camino, pero no lo transitarían. “No puedo que no pueda ser ésa, a la postre, la transición que la historia nos reserva del franquismo a lo que suceda; lo que sí digo es que eso no se hará con nuestro consentimiento”. No era nostalgia. Era una determinada apuesta por cómo una sociedad consolidaba los valores a través de los cuales fundamentaba el sistema político que debía representarla. “La suplantación de la voluntad popular en el acto fundamental de ejercitar la facultad constituyente, sin la cual toda democracia es una mistificación, no sería tampoco el camino práctico de la paz, de la prosperidad y la convivencia”.

No es que no se hubiese trazado en la senda de Múnich. Es que lo nuclear de la reunión, celebrada hacía tan sólo cuatro años, fue la ambigüedad con la que se resolvió esta cuestión. Valera lo recordaba. La resolución redactada en el interior, sin explicitarlo, ya ocultaba el problema. El Parlamento sería de elección popular, les habían dicho, pero sólo esa cámara. “Lo que por la táctica equivalía a decir que las otras instituciones podrían no tener el mismo origen, ya fuera el Rey, ya la continuación del poder ejecutivo franquista”. Detectaron a tiempo el peligro: “que el exilio republicano

se avenía ante el Congreso del Movimiento Europeo a la restauración de la Monarquía o a la democratización de Franco”. Trabajaron por impedir que aquella reunión capital acabase en ruptura, una circunstancia que aún habría reforzado más la dictadura. Él esbozó la fórmula de la salida. “Venturosamente yo apunté, Madariaga recogió y entre todos perfilamos la fórmula conciliadora de *un Gobierno que cuente con el asentimiento del pueblo*”. Así se desactivó la explosión de una bomba que había sido adosada en el corazón de su legitimidad. Pero la bomba seguía ahí. Seguía, incluso, en las tensiones que se vivían en el consejo real de Don Juan, donde al proclamarse que la restauración monárquica exigía la previa aquiescencia del pueblo, el sector más reaccionario eliminaba “previo” de la publicación de ese documentos. Su estrategia era evidente. “Los Consejeros de abolengo franquista privan en la antecámara regia y aspiran al no confesado propósito de preparar *luego* unas elecciones amañadas para legitimar la restauración, adulterando la voluntad nacional que es una manera cínica y cobarde de suplantarla”. Era este el punto clave. Para fundamentar un país sobre “la prosperidad, la libertad y la justicia” no podía suplantarse la voluntad popular en ese punto. Pero se suplantó. Sería, aceptémoslo, el precio de la Transición.

5.4. Análisis del último número de *Mañana*

Parece como si el siguiente número que se publicó de *Mañana* pretendiese dar respuesta a la honda inquietud expresado per Fernando Valera. Fue el número 16, correspondiente a los meses de junio y julio de aquel 1966. La monarquía fue motivo de diversas reflexiones de algunos de los intelectuales de referencia de la oposición liberal.

Las dos páginas centrales las ocupaba un largo análisis escrito por Antonio Tovar sobre *España a la fecha* de Francisco Ayala (Tovar 1966, 12-13). Valoración histórica de la reciente España que había colapsado en 1936, el libro de Ayala le permitía a Tovar usar la historia contemporánea, más allá del saber, para pensar claves de comprensión útiles desde las que pensar una alternativa política. “Si hemos de tener la esperanza de que algún día el pueblo español va a ser capaz de gobernarse por sí mismo y ser dueño de su destino sin exorcismos ni secretos, la historia contemporánea,

el conocimiento de la historia reciente, ha de ser el primer ingrediente de una conciencia cívica”. Ayala, y con él Tovar, arrancaban su análisis en la reconsideración de la Restauración. Había sido un régimen liberal a través del cual “España estaba convirtiéndose en una nación moderna” en lo cultural, económico y en su progreso civil. La interrupción del ciclo liberal, con el golpe de estado de Primo de Rivera, la habría coronado el Rey, ya que, al promover la dictadura militar, había abortado el despliegue de ese proceso de modernización.

¿Qué había ocurrido? La gestación, durante años, de una progresiva diferenciación y alejamiento en el núcleo de la convivencia española. “La Monarquía, con verdadera falta de discreción, se había convertido no en una pieza de política nacional, sino en un instrumento de parcialidad”. Parcialidad a favor de una clases altas, conservadoras y tradicionales, convencidas de que sus privilegios eran hereditarios, una convicción que chocaba con la dinámica inherente a la revolución liberal que se había puesto en marcha. La neutralización reaccionaria de esa revolución –el régimen liberal instaurado con la Constitución de 1876- era lo que estaba ahuecando la sociedad. “Ahí está la raíz última de la guerra civil”. En el miedo a la pérdida de privilegios. “Pretendieron utilizar el poder político, por las buenas o por las malas, para detener el movimiento de la sociedad hacia las formas que inevitablemente a tomado en Occidente”. La casta del poder había condenado la sociedad para salvaguardar sus intereses. También parte de la nueva burguesía liberal, que había conquistado privilegios, sin pensar en la necesidad de extenderlos. Les valía, para decirlo con Ayala, una democracia de la abundancia. Y por ello presionaron a Alfonso XIII, para que parase la dinámica liberalizadora. “La crisis del régimen ocurre entre 1909 y 1917”, afirmaba un Tovar que había leído con rendida fascinación *Maragall i la Setmana Tràgica* de Josep Benet (libro, por cierto, que recibieron todos los miembros del Comité español del Congreso). Un medio de comunicación articuló el discurso de la contrarrevolución: *ABC*. “Un órgano de opinión de las clases que rodean a la Monarquía y quieren hacerla su abogada, mantenedora de su mentalidad de privilegio, enemiga de la igualdad ante la ley”. Son palabras, las de Tovar, que podrían haber formado parte de las cartas de Ridruejo a Luca de Tena. En 1917, con las Juntas de Defensa y la huelga revolucionaria, seguiría creciendo las raíces de la guerra civil.

La Dictadura de Primo de Rivera, surgida de la decantación del poder fruto de esa tensión, destruyó las bases de la democrática institucionalización de la convivencia.

“La Dictadura había destruido aquellos partidos que, con todos sus defectos, bien patentes en las despiadadas críticas del *ABC*, habían servido para implantar en España en régimen civilizado, y desacreditados, desarticulados, en vano intentaron resucitar nuevas formas o acudieron a engrosar los anquilosados republicanos históricos”. Franco era una prolongación de esa desviación histórica. Las fuerzas que arrastraron a Alfonso XIII eran las mismas que le mantenían a él para poder mantener sus privilegios. Esas fuerzas se decían monárquicas pero no era la monarquía lo que las definía sino su fidelidad no a una dinastía sino al poder y a sus intereses. Esos monárquicos franquistas pretendían seguir bloqueando el avance de la historia, con Franco o con el Rey que pretendían institucionalizar porque “lo que muchos llaman institucionalización sería una especie de embalsamamiento general”.

Desde otra perspectiva, menos histórica y más sociológica, acababa de abordar el problema José Luis L. Aranguren en una conferencia dictada en el Centro Republicano Español de México. La crónica publicada por *El Heraldo* la reprodujo *Mañana* (Aranguren 1966, 6). El punto de partida del catedrático de ética enlazaba con el momento en el que se intentó reconstituir un diálogo para forjar una nueva moral civil a través del puente entre el exilio y el interior. Aranguren se refería a su viejo artículo de *Cuadernos Hispanoamericanos*, el que hacía más de una década fue leído con tanta atención por los liberales expatriados. Y a ellos les decía que la república no sería un aspecto determinante de la evolución política pero tampoco lo más importante parecía que iba a ser la monarquía. No le parecía que el factor relevante fuese la forma de la democracia sino la capacidad para una reforma estructural del país. “A los españoles de hoy la forma de gobierno les interesa meramente como medio, no como fin”. Pero es que además Aranguren, ante los republicanos exiliados que le escuchaban, no calló lo que parecía evidente. “El país no va a ser consultado para esta decisión en favor de la monarquía o a la república”. Más valía aceptarlo, dijo en México pero parece que lo estuviera diciendo a Fernando Valera, para no perderse en discusiones bizantinas. Lo necesario era pensar si la monarquía podría vehicular las reformas estructurales. Era pesimista. Los monárquicos activos eran grupos oligárquicos que “no están interesados sino al contrario en una reforma socioeconómica de España”. Eran grupos que, al hilo de la reflexión de Tovar, pretendían impedir la socialización de los privilegios. Y eran una amenaza –“un peligro real”- porque ellos eran los que estaban diseñando la restrictiva alternativa de futuro desde el poder: “estos modelos son los de la tecnocracia

y la desideologización, la privatización de la existencia, el desarrollo sin redistribución y un materialismo práctico del bienestar”. Combatir esa tendencia debía ser el objetivo más que luchar por una forma u otra de organización del Estado. Combatir la despolitización que implicaba abdicar de “la dignidad de la libertad”. Porque existían fermentos inarticulados de libertad en España. Lo vio Aranguren mismo cuando regresó a España y la contó en “Ingenuamente”, el artículo que cerraba el número de *Mañana* de junio y julio (Aranguren 1966b, 24). Actuaban como espasmos –el clero disconforme, la protesta universitaria, la opinión crítica que buscaba mecanismos de infiltrarse en el cuerpo social- que agitaban por un instante un régimen de naturaleza cada vez más frankinsteniana. Lo había visto clarísimo ahora que había regresado. “¿Será menester abandonar el juego y salir de España para, desde lejos, espiritualmente en Ispahan, advertir lo grotesco, lo tragicómico de la situación?” Porque el régimen no cambiaba mientras la sociedad sí se transformaba.

De esa transformación hablaba Julián Gorkin en “Monarquía o República. Derechas o izquierdas”, el primer artículo del número que establecía un diálogo implícito con la impugnación de la carta de Valera (Gorkin 1966, . Hechos eran hechos. “El 65% de la población española actual tiene menos de treinta y cinco años”. La transformación económica del país determinaba el análisis sociopolítico: el marco mental de buena parte de esa juventud mayoritaria no podía dejar de pensar en parámetros más o menos europeizantes. “La nueva Europa democrático-federativa, a la que ha tratado de integrarse inútilmente el franquismo, ha venido trabajando estos últimos años por la nueva España. En todos los aspectos y en sus modos más diversos”. Lo que se planteaba era cómo iba a transformarse la gobernabilidad del país para sincronizarse con esta mutación social. No parecía que el franquismo en presente pudiese proceder a esa reforma que implicaría su disolución. Por ello actuaba de forma tan caótica, arbitraria, violenta. “El régimen franquista ha entrado, en efecto, en el período de los palos de ciego como única política”. Pero no era menos cierto, y lo habían dicho con palabras similares tanto Tovar como Aranguren, que se estaba ideando una salida que posibilitase su continuación. Gorkin lo denominaba “zurcido continuista”. Se había impuesto como necesidad tras Múnich. Era, otra vez, la despolitización. “Reunidos en una penumbra más o menos opusdeísta, unos cuantos expertos dícese que preparan un parto de los montes con una de cal y otra de arena, a la

vez institucionalizador y continuista y entre el bordado y el zurcido”. No arreglarían así el problema español.

El problema planteado era el de que régimen podría asegurar una transición pacífica y efectiva a la democracia. Él estaba donde siempre había estado. O, mejor dicho, donde había llegado tras la purga revolucionaria que vivió durante los años mexicanos. Era un “socialista de signo republicano”. Pero no la creía viable. Lo más probable era el régimen monárquico liberal. Contaba con los más poderosos avales. “En primer lugar el capitalismo inversionista, enlazado con el nacional, muy inquieto al ver que el franquismo no es capaz ya de ninguna de estas cosas: de garantizar o asegurar el consenso general y el orden público, de preparar una salida o sucesión viable, de dar solución a los problemas vivos que tiene planteados la sociedad española, de abrirle a España las puertas de la Europa comunitaria”. El poder creía que la monarquía podía resolver todos aquellos problemas pendientes. Lo veían así sectores inquietos de la sociedad. Lo veían igual las democracias occidentales como fórmula más viable para que “España resuelva sus problemas sin convertirse en centro de conflictos y disturbios”. Como hacía 10 años al analizar desde el pragmatismo político lo que representaba España en la geopolítica de la guerra fría, ahora Gorkin volvía a plantear el problema fundamental desde el realismo y señalaba el nudo que al cabo de diez años más trataría de deshacer la tensa Transición.

No fue, pues, un mal número, el 16 de *Mañana*. No sé si existía otra plataforma de discusión intelectual desde la cual se reflexionase, de manera tan explícita y con tanta clarividencia, sobre cómo podía ser el proceso de cambio político y la necesidad de intervenir en la vida de las ideas y la sociedad del desarrollismo para encauzarla por la senda de la democracia. No fue un mal número, insisto, de aquella revista que se publicaba en París porque no se podía publicar en Madrid. Pero por desgracia fue el último número que pudo publicar. Se cortó la financiación del Centro de Estudios y Documentación. Se tuvo que cerrar la oficina de la rue Pasquier. “*L’equip que formàvem Gorkin, Alvajar, Lola Sánchez i jo ens vam trobar al carrer, sense cap indemnització*” (Farreras 1994, 229). Casi sirve como epitafio uno de los textos que se leía como editorial: “Armas indignas”. Era la denuncia del libelo *Los nuevos liberales*. No lo había concebido el “liberal de siempre” que firmaba el prólogo. No había engaño posible. “¿Qué particular puede tener la liberalidad de gastar un dineral reuniendo, imprimiendo y expidiendo –se sabe que con gran profusión- semejante libelo?”. Eran

las cloacas del Estado. No podía soportar el franquismo que los suyos, los que había amantado con generosidad, revelasen su ignominia. Era un duro golpe contra el que, otra vez, reaccionaban. No eran suficientes multas, cárceles y expulsiones. Se debía intentar destruir su honor, conquistado a copia de exponerse, aunque fuera “con toda premeditación, nocturnidad y alevosía”. Pero el tiro les había salido por la culata. “La verdad verdadera —e irreversible— es que una nueva conciencia anima y mueve a las fuerzas vivas y decisivas del país. Y que esa conciencia —española, universal, constructiva— se confunde con la de esos *nuevos liberales* tan arteramente combativos”. El editorial tenía razón, pero no era menos cierto que el *momentum* de los nuevos liberales empezaba a terminar.

También su tiempo estaba pasando. Tal vez debía ser así. Tal vez su misión no podía ir mucho más allá de la fundamentación de una nueva conciencia democrática en España. Ellos habían sido parte activa en la destrucción de aquella conciencia —cuando la democracia occidental había entrado en una crisis severísima— y algunos de ellos, los mejores, habían dedicado lo mejor de su vida adulta a la restitución de aquella conciencia, a suturar el gran abismo. Pero su biografía colectiva tenía un origen que era casi como un pecado original del que debían redimirse. Para redimirse a ellos y, así, para tratar de redimir a su país. Por ello aquel editorial no fue su epitafio sino un relato posible para el fin de su biografía de madurez. El verdadero epitafio era otro y también se reprodujo en aquel número colosal con el que *Mañana* tuvo que despedirse esperando que llegara hoy. Era éste:

Hace ahora treinta años

El 18 de julio de 1936 se desencadenó la guerra civil más sangrienta de la Historia de España. ¿Qué decir sobre aquel hecho que no se haya dicho ya? La mayoría de las fuerzas creadas por el propio régimen vencedor —y toda la opinión viva del país— reclaman ahora el restablecimiento de las libertades democráticas de que ya gozábamos. ¿No hay que ver ahí la mejor prueba de la trágica inutilidad de la guerra?

En este treinta aniversario *Mañana* manifiesta una sola aspiración, española y humana: que un hecho semejante no vuelva a ser posible. Y que se restablezca en consecuencia la necesaria convivencia civil que le dé a España el lugar que le corresponde en el concierto de los pueblos libres y civilizados.

5.5. Epílogo y memorias de Julián Gorkin

“A menos de un milagro, creo que será –por el momento al menos- el último número”. Se lo anunciaba Julián Gorkin a Dionisio Ridruejo el 1 de julio de 1966¹⁷³. La había buscado y no lo había encontrado. No había solución. “Realmente ha sido ésta una verdadera aventura –por qué no decir un heroísmo- del que no me arrepiento ni poco ni mucho, sobre todo en vista de los resultados”. Lo que le preocupaba era la situación en la que iba a quedar su secretaria, con el marido enfermo desde hacía meses. Ridruejo, por ahora, seguiría recibiendo la ayuda económica. “Yo no he dejado nunca a nadie en la estacada”. Lazaría el anzuelo en una reunión de los socialdemócratas alemanes en Bonn a la que estaba invitado. Tal vez podría comentarlo con Madariaga, al que vería en Oxford con motivo de la concesión del *Honoris Causa*. Pero, en relación a la revista, no era optimista. Durante el verano retomaría un proyecto pendiente. “Me retiraré durante un mes o mes y medio a la casa de campo de Rita a trabajar en el segundo tomo de mi *Testimonio*. Poco he avanzado en estos últimos tiempos”. Se sentía joven, tenía proyectos, estaba genéticamente incapacitado (decía) para el “cómodo ostracismo”. Esperaba que Ridruejo sintiese igual. “Toma tú las cosas de la misma manera, que por algo nos hemos descubierto una completa hermandad por encima de los abismos históricos”. Tenía 65 años, sí, y quería seguir en la brecha, pero su tiempo como hombre de acción, tras medio siglo de actividad, estaba terminando.

Un tiro en la sien destrozó sus esperanzas de futuro. El último día de aquel 1966 Raoul Levy se suicidaba en Saint Tropez. Con aquel cineasta francés Gorkin estaba trabajando en la adaptación a la gran pantalla de su libro sobre el asesinato de Trotski. Los motivos amorosos fueron la causa del disparo fatal. “Se me viene abajo la película y se vienen abajo las ediciones de bolsillo en los diferentes países”, le contaba a Juli Just, “un tiro que me cuesta la friolera de una docena de millones. Y los proyectos que teníamos de cara a España. ¡Una ruina¹⁷⁴”. Empezaba una temporada difícilísima. Su bienio negro. Tenía la sensación que había ayudado a mucha gentes, que había cosido la red de la intelectualidad liberal, pero que era expulsado de esa red sin darse cuenta de que se estaba desfibrando definitivamente. Contactó con los viejos amigos americanos,

¹⁷³ Carta de Julián Gorkin a Dionisio Ridruejo fechada el 1 de julio de 1966. Inédita. Se conserva en el Fondo Dionisio Ridruejo.

¹⁷⁴ Carta de Julián Gorkin a Juli Just. Inédita. Se conserva en el Fondo Juli Just.

con Joselsson –al que pidió dinero para editar una nueva revista política- o los Wolfe (Glondys 2012, 272 y 273). Pero nada salía ni saldría bien porque lo que él había sido estaba y está estigmatizado. La coexistencia, creía, le había marginado. Con Ridruejo retomó el contacto a finales de 1968. Tres cartas que casi son un grito pidiendo ayuda. “Por la fuerza de las cosas he vivido bastante encerrado en mí mismo¹⁷⁵”. Enfermo de gravedad. Sin horizontes. En plena crisis moral. “Te lo diré con toda franqueza: en mi concepción dinámica de la vida no entra la aceptación de convertirse en un puesto muerto y, de llegar a la convicción del inmovilismo y la inutilidad, creo preferible el sencillo y definitivo viaje¹⁷⁶”. En la última carta que le dirigió, fechada el 23 de diciembre de ese año, lograba suavizar el tono con una pequeña concesión a la nostalgia. “Se acabaron aquellas excelentes comidas que hacíamos de tanto en tanto en el Ruc y se acabaron, sobre todo las buenas botellas¹⁷⁷”. Le habían prohibido el vino.

Su esperanza eran sus memorias. Las había enviado, siguiendo en consejo de Ridruejo, a Alexandre Argullós de Ariel. No querían publicarlas. A pesar de los retratos y anécdotas, a pesar de su viveza narrativa, no se adaptaba a la colección Horas de España. Difícilmente pasaría la censura y además tenían en cartera dos libros –el Pablo Iglesias de Morato y una historia de España de Raymond Carr- que ya les había costado lo suyo que pasasen la prueba del algodón del Ministerio. “La carta parece sincera” le decía Gorkin a Ridruejo pidiéndole su intercesión para que el libro pudiera publicarse en otra editorial española. Le resumía incluso el argumento: desde su entrada en acción hasta el retorno a España en 1931. Había retratos de militantes y escritores –de Francesc Macià, Blasco Ibáñez, Unamuno..., juicios políticos, revisión de la propia conducta. Incluso un magnicidio fallido del que nunca había hablado: la propuesta de asesinar al general Primo de Rivera que en 1925 le había llevado a Moscú. El libro contenía toda esa historia, pero esa vida parecía más lejana que la prehistoria.

Ridruejo, al que los antiguos problemas pulmonares le volvían a mermar la salud, tardó en contestar. No lo haría hasta la primavera de 1969. Gorkin quiso retomar la conversación de inmediato en el mismo punto donde había quedado. Sus libros, sus proyectos, sus esperanzas, sus frustraciones. Lo peor, parece, había pasado ya. “Salí de

¹⁷⁵ Carta de Julián Gorkin a Dionisio Ridruejo fechada el 3 de octubre de 1968. Inédita. Se conserva en el Fondo Dionisio Ridruejo.

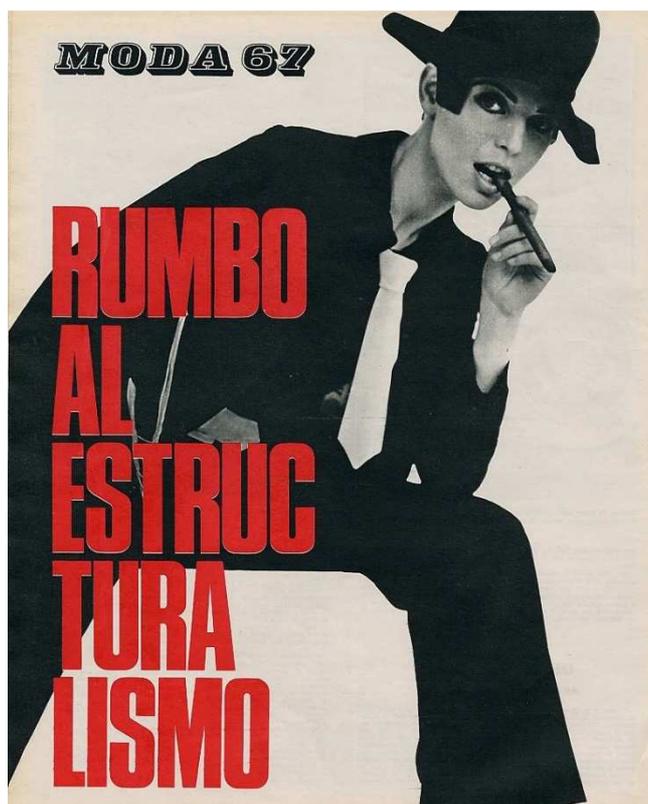
¹⁷⁶ Carta de Julián Gorkin a Dionisio Ridruejo fechada el 14 de noviembre de 1968. Inédita. Se conserva en el Fondo Dionisio Ridruejo

¹⁷⁷ Carta de Julián Gorkin a Dionisio Ridruejo fechada el 23 de diciembre de 1968. Inédita. Se conserva en el Fondo Dionisio Ridruejo

los desarreglos circulatorios y de los arreglos intestinales: me ayudó el pensar que ante los desarreglos de nuestro pobre mundo, los personales tienen después de todo una relativa importancia”. Escribía artículos que mandaba a Maurín y que este distribuía a través de la agencia. A punto estaba de publicarse una antología de sus ensayos en Buenos Aires (quizá se traduciría al francés y al italiano). Incluso preparaba un film para la Televisión de Colonia con un escritor húngaro que había ayudado en 1956. “Creo que me sacará todo eso de apuros”. Pero lo que de veras le preocupaba eran sus memorias. ¿Tal vez fuera un problema de tono? Mezclaba lo anecdótico y lo trágico porque había sido su juventud. “Así ocurrieron las cosas, así las viví y las sentí y así las pinto”. Distinto sería el tono de la segunda entrega de sus recuerdos. “Lo grave, serio y dramático lo guardo para el otro volumen sobre la frustración republicana, la guerra civil y el mundo de hoy en función del cual hay que reestructurar España”. No me consta que lo redactase. “¡Qué de tonterías hicimos todos y qué caras las hemos pagado todos y las ha pagado sobre todo nuestro pueblo”. Gorkin no cambiaba nunca. “Puesto que nadie ha dicho ciertas cosas en nombre de una autosatisfacción que no abonan los hechos —el último Azaña-, tendré que decirlas yo superados os complejos y las conveniencias. Eso o el silencio”. Siempre grandes proyectos, tuyas eran siempre las grandes verdades que sólo él se atrevía a revelar. Siempre aquella megalomanía que le estaba desconectando de sus contemporáneos.

No fue hasta el mes de marzo de 1975 cuando se publicó *El revolucionario profesional*. Lo editó Aymà, la misma editorial que había publicado el libro donde estaba encapsulado el grado cero de su existencia: *El proceso de Moscú en Barcelona. El sacrificio de Andreu Nin*. Desconozco si tuvo repercusión alguna. Todo se había acelerado. El pasado contaba poco. Gorkin era un fósil de la Guerra Fría. Se lo escupió Santiago Carrillo durante la Transición en las páginas canónicas de la CIA: había sido un agente de la CIA. No había defensa posible. Las necrológicas que se escribieron cuando murió fueron brevísimas. La sentencia más dura de la historia fue el ensañamiento de Herberth Soutworth sobre su cadáver. Allí está. En el más absoluto descrédito. Devorado por la tragedia del siglo XX.

5.6. De think tank cultural a editorial ideológica



Era una de las muchas estampas de modernidad que se colaron en aquel número de *Triunfo*. La nueva temporada de la moda parisina daba un paso más allá de cierta estética yeyé. Pero es que los latidos de la cultura pop se colaban por las muchas páginas de publicidad –el chaval con gorra sirviendo una copa de ginebra a un tipo que podría ser perfectamente uno más de encuentro de la gauche divine, aquellos tres jóvenes elegantes jugando al billar y anunciando una colonia para el día del padre...- sin chirriar con la sección fija de política internacional de Eduardo Haro Tecglen, una de las firmas de referencia de la revista que mejor estaba captando las palpitaciones de una nueva época. “Washington culpa a Hanoi, Hanoi culpa a Washington, y la paz en el Vietnam no se hace”. Y la guerra en Vietnam repercutía en todo el globo. “Tras este renacimiento de la desconfianza en el mundo, la firma de un tratado de paz en el espacio y sobre todo la afirmación de un pacto de no diseminación del arma nuclear ha quedado

momentáneamente bloqueado” (Haro 1967, 33). En la página 17 de aquel número del 4 de marzo de 1967 se publicaban dos viñetas de Chumy Chúmez. En la primera se caricaturizaba una reunión de empresarios (pajarita, sombrero de copa) sentados en una mesa y atentos a las palabras del que presidía con el dedo levantado indicando que había tenido la gran idea que le leía en la parte inferior de la viñeta. “Para seguir conservando ese magnífico equilibrio entre el capital y el trabajo, por cada mil obreros que devuelvan del extranjero, nosotros depositaremos cien millones en un banco de Suiza”. Los que le escuchaban aplaudían con una sonrisa. La segunda viñeta mostraba la lección de un profesor. Sobre su mesa una bola del mundo. En la pizarra un mapa del mundo que parece el sud del Asia índica. La frase del profesor, que la pronunciaba con natural seriedad, era ésta: “El Sur es la parte geográfica de los países que sirve para ser protegida por los americanos”. Antiburguesa, moderna y anticapitalista, *Triunfo* era la revista de referencia para la juventud disconforme y las clases medias concienciadas.

En la portada del número, ilustrada con nuevas maravillas egipcias, se destacaba la publicación de “dos documentos trascendentales”: una entrevista al referente de la izquierda francesa Mendes France en vísperas a las elecciones (“la paz en el mundo depende del Vietnam”, decía el titular) y la traducción de un reportaje publicado por la revista *Ramparts*. Como mostró Stonor Saunders, desde principios de 1966 la CIA vigilaba la revista. Católica y con sede en San Francisco, estaba en contra de la Guerra de Vietnam y se había atrevido a publicar fragmentos del diario del Che con introducción de Fidel Castro. No era ideológicamente inocua. Y uno de sus objetivos periodísticos era desvelar cuál era la red de tapaderas de las que se había servido la Agencia. Para tratar de abortar aquella investigación periodística se acumularon pruebas contra la revista y se publicaron artículos en su contra. No lograron hundirla.

A partir del mes de febrero de 1967 *Ramparts* empezó a publicar una serie de reportajes mostrando operaciones encubiertas de la CIA. El primero de esos reportajes, sobre la infiltración de la agencia en asociaciones estudiantiles, es el que *Triunfo* publicó. La entrada de la traducción no podía ser más significativa. “Durante años –se ha dicho que a través del mandato de cuatro presidentes: Truman, Eisenhower, Kennedy y Johnson– la C.I.A. ha controlado, por medio de subvenciones financieras, varias organizaciones culturales, sindicales y jurídicas de los Estados Unidos. Entre ellas se citan asociaciones estudiantiles, el Congreso para la Libertad de la Cultura y las agrupaciones de la central A.F.L.-C.I.O. La información sobre estas actividades la ha

ofrecido una gran revista católica, *Ramparts*, a quien *Triunfo* ha adquirido los derechos de reproducción exclusiva en España de su ya sensacional reportaje” (Triunfo 1967, 50). No había duda posible. Había fundaciones a través de las cuales la CIA financiaba su actividad o que financiaban aquello que la CIA les indicaba. Incluidas las que habían financiado el Congreso.

Tres días después de la publicación del número de *Triunfo*, hubo reunión del comité español¹⁷⁸. Presidía Chueca y allí estaban Bru, Buero Vallejo, Cano, Laín, Manent, Ridruejo y Pablo Martí Zaro. También Jesús Prados Arrarte y José Antonio Maravall, que habían sido invitados a integrarse en el grupo. Como se les había ofrecido antes de las últimas noticias la reunión empezó aclarándoles que tenían absoluta libertad para no aceptar la invitación. Lo aceptaron sin reserva y empezó el debate de fondo. Tenían la carta que les había dirigido Emmanuel el 28 de febrero. “*Ayant depuis neuf ans été associé au travail du Congrès, e puis confirmer sur l’honneur la totale liberté d’orientation et de décision du Congrès pour la Liberté de la Culture* ». El Congreso continuaría porque existían comités como el español que, de manera autónoma, actuaban en un contexto de carencia de vida intelectual. Lo pendiente de resolver era cómo se actuaría en función de la cascada de noticias, asunto que resolvería una próxima Asamblea General. Y, a partir de la carta, empezó el turno de intervenciones.

Empezó Chueca. Explicó que desde hacía dos años el Congreso estaba exclusivamente financiado por la Fundación Ford. Habían sido las Fundaciones Farfield o la Hoblitzells aquellas que habían actuado como pantalla de la CIA. Su aportación, en cualquier caso, era antigua y había sido escasa. Los miembros de la comisión española, en cualquier caso, sabían de la independencia de su actividad. Pero lo cierto es que, ante las nuevas informaciones, el Congreso estaba en entredicho. Se debían desvanecer hipótesis, como se había intentado en la nota que *Le Monde* había publicado hacía un par de semanas. Y se debía estudiar la reestructuración, que parecía que daría mayor autonomía a los comités nacionales. En su caso debía adquirir mayor preponderancia la actividad de Seminarios y Ediciones. “Nos encaminamos hacia un fortalecimiento y un incremento de la autonomía de nuestra comisión”. Y como esa era la tendencia, Chueca estaba dispuesto a suspender la actividad durante la temporada que pudiera convenirse.

¹⁷⁸ Acta de la reunión del 7 de marzo de 1967. Se conserva en el Fondo Pablo Martí Zaro.

La decisión podría tomarse después del 20 y 21 de marzo, cuando habría la reunión en París a la que asistirían Ridruejo y Martí Zaro. Pero la situación debían discutirla.

Debían discutirla, dijo Martí Zaro, a tenor también de lo publicado por *Triunfo*. E inmediatamente después Buero Vallejo pidió la palabra y habló con franqueza. Lo dicho hasta aquel momento lo sabían todos ya. No era un problema de conducta ni de honor ni para ellos ni para el Congreso. “Pero esta convicción no basta”. Lo cierto es que las autoridades norteamericanas habían desacreditado integralmente la actividad del Congreso. Porque ahora el embrollo era vox populi. “Ante los ojos de muchos que o no están bien informados o no tienen interés en informarse, puede pasar por dogma de fe que no somos más que un elemento de la guerra fría y podemos quedar clasificados definitiva e irremediabilmente como un apéndice de la CIA”. Era eso lo que estaba en juego.

El siguiente en intervenir fue Pedro Laín. Primero, al conocer las nuevas noticias, le había pasado por la cabeza dimitir, luego lo repensó, pero ahora, tras escuchar a Buero, volvía a planteárselo. Estaba inquieto. Trataría de tranquilizarlo su amigo Ridruejo. Le entendía y entendía muy bien también a Buero. Pero debían tener presente dos cosas de la mayor importancia. Una de dimensión internacional y otra española. “Al igual que tantas otras empresas impulsadas desde Norteamérica, el Congreso ha consagrado todos sus esfuerzos a fomentar y desarrollar una izquierda democrática y no comunista, sin la menor complacencia o debilidad hacia tendencias conservadoras o conformistas”. Pero es que, además, en su caso ese afán ideológico era aún más transparente. “En lo que estamos empeñados no es tanto en contener una izquierda totalitaria como en quebrantar la presión de un régimen autoritario y más que conservador. Esa es fundamentalmente la razón de ser de nuestra actividad. Esa es nuestra más irrefutable justificación”. Maravall aceptaba lo dicho por Ridruejo, pero creía también que su defensa debía valer para la actividad toda del Congreso. El debate siguió, matizando el punto de vista planteado por Ridruejo. La decisión estaba tomada: las actividades emprendidas debían continuar.

La siguiente reunión se celebró el 9 de abril¹⁷⁹. En París se estaban articulando los cambios. Los expuso Dionisio Ridruejo, que los había escuchado por boca de John Hunt y de Pierre Emmanuel. El Comité d'Écrivains, al que pertenecía la comisión

¹⁷⁹ Acta conservada en el Fondo Pablo Martí Zaro.

española, se había refundado con el nombre de Fondation por une entraide Intellectuelle Européenne, que se financiaría sólo con la ayuda de la Fundación Ford. A esa nueva fundación quedaban vinculados tanto el comité español como el portugués, que deberían realizar parte de su actividad en común. Pero esas nuevas perspectivas no tapaban los problemas de fondo. La reducción de la actividad, además, hacía innecesaria la frecuencia de las reuniones y parecía mejor delegarla en un comité de gestión. El que debería enfrentarse a una mala noticia impuesta en París por Jelenski: el congreso sobre ideologías en el mundo contemporáneo se posponía de nuevo. Y el acuerdo para publicar libros del comité a través de la editorial Guadarrama tampoco había funcionado. También en este punto debían dar forma a la nueva situación: la solución sería incluir de Seminarios y Ediciones –su tapadera legal- en los Registros de Empresas Editoriales y de Empresas Exportadoras de Publicaciones extranjeras. Las acciones que, a modo de hombres de paja, ostentaban Chenu y Buëdo pasaban a José Luis Sampedro –designado presidente del consejo de administración de la sociedad- y a Bru –nombrado vicepresidente-. Martí Zaro ostentaría el mismo cargo: secretario y consejero-delegado de la empresa. Y aquel día se tomó otra decisión, que también sería polémica. Un amigo de todos –el periodista Sergio Vilar- solicitaba una bolsa económica para el libro que tenía en preparación: *Los protagonistas de la España democrática*. Castellet apostó por ayudarlo. El libro tenía gran interés y no podía ser más oportuno. Le otorgaron una ayuda de 3.000 francos.

A medio gas el comité seguía. Pero estaba herido de muerte. Buero, por ejemplo, había dicho basta. Abandonaba. Lo dijo a través de una carta formal, pero Castellet recordaba que había sido un portazo. No le bastaban los argumentos, había dicho, aducidos hasta el momento. El peligro de ser legitimadores de la actividad de la CIA era real. ¿Era una indignidad? Lo era. Para todos los españoles debía serlo. Pero no lo era en todo el mundo. Una bomba más. En mayo se publicaron más informaciones sobre la ligazón entre la CIA y el Congreso. Pero aun faltaba el último misil. El 20 de mayo, en el *Saturday Evening Post*, Tom Braden dijo que no, que no había indignidad alguna o, en cualquier caso, que él se enorgullecía de haber actuado de modo inmoral cuando trabajaba para la CIA. La verdad de su vida había sido la Guerra Fría e iba a contar su verdad. A finales de la década de los cuarenta existía un frente comunista internacional cuya pretensión era consolidar una hegemonía imperial que entre sus objetivos tenía la liquidación del *american way of life* y la democracia tal como era concebida en

Occidente. Contra ese frente habían reaccionado. En esas tres páginas, entre otras muchas cosas, hablaba del europeísta Paul-Henry Spaak, de Jay Lovestone e Irving Brown –los sindicalistas que tanto habían apoyado a Gorkin-, del concierto de la Orquesta Sinfónica de Boston en París –“*won more acclaim for the U.S. in Paris than John Foster Dulles or Dwight Eisenhower could have bought with a hundred speeches*” (Braden 1967, 12), de la revista *Encounter* y del Congreso. “*We had placed one agent in a Europe-based organization of intellectuals called the Congress for Cultural Freedom*”. Tenía potestad para presentar programas anticomunistas y conseguir financiación para ellos a través de las Fundaciones americanas. ¿Estaba claro?

Lo estaba en Nueva York, en París y en Madrid. Al cabo de 4 días de la publicación del artículo de Braden, se celebró otra reunión de urgencia del comité español¹⁸⁰. Estaban los habituales y se sumó Pierre Emmanuel. “Hay que adoptar, ante la nueva situación, una nueva actitud”, afirmó Martí Zaro. Las contradicciones entre lo dicho durante meses por los más altos responsables de la institución y la información actual era clamorosa. Emmanuel estaba allí para dar explicaciones. Como tres años antes, a raíz de los debates sobre realidad y realismo, empezó haciendo historia del Congreso, pero en esta ocasión amplió la información. Había surgido en Berlín a finales de la década de los 40. Estaban implicados un círculo de universitarios e intelectuales norteamericanos que estaban desplazados a la ciudad alemana para cooperar con las autoridades de ocupación en la consecución de un objetivo: “lograr el resurgimiento de una vida civil e intelectual en la Alemania vencida y desarticulada de aquellos años”. Alguno de ellos había ocupado después cargos de la máxima responsabilidad en el Congreso. Tal vez los reunidos lo ignoraban, pero estaba hablando de Michael Joselsson. Él era el agente a quien se había referido Braden sin nombrarlo. Era así como la CIA había podido intervenir. Y él lo había ignorado hasta el pasado día 13 de mayo. Su indignación, que contrastaba con la posición conciliadora de la mayoría, se transformó en exigencia: “era absolutamente indispensable condenar en términos enérgicos la intromisión financiera de la CIA y reconstruir sobre bases enteramente nuevas la estructura de una organización que permitiera proseguir el trabajo”. Él había sido designado para presentar, al cabo de medio año, el proyecto de reorganización. Ridruejo, que intervino tras Emmanuel, definió la situación como desagradable, pero apostaba por seguir con la actividad. La mayoría de asistentes se expresaron en el

¹⁸⁰ Acta de a reunión del 24 de mayo de 1967. Fondo Pablo Martí Zaro.

mismo sentido. Pero, hasta que no se aclarase cómo se llevaría a cabo la refundación, se optó por dejar la actividad bajo mínimos.

Mi impresión es que el comité español por entonces, a mediados de 1967 y como consecuencia de la crisis provocada por el escándalo de la CIA, empezó a ser cada vez más irrelevante como núcleo intelectual vivo de la oposición española. La primavera de Múnich tocaba a su fin. No deja de ser significativo de ese final de etapa que, tras el verano del 67, Ridruejo anunciase que pasaría parte del año siguiente impartiendo clases en los Estados Unidos. No es menos significativo la imposibilidad de celebrar una nueva edición de los Coloquios Cataluña – Castilla. Como tantas otras iniciativas costaba meses y meses que llegaran a concretarse. Pero, a falta de pocos días para la reunión –fecha a mediados noviembre de 1968 en casa de Domingo García-Sabell-, se encadenaron un par de problemas significativos. Por una parte García-Sabell desaconsejó la celebración porque la universidad de Santiago de Compostela atravesaba un período de agitación intensa. Por otra Martí Zaro fue citado a presentarse a la Brigada Político Social para ser interrogado. Durante una hora el comisario Yagüe le estuvo haciendo preguntas comprometedoras: qué era Seminarios y Ediciones, cuál era su actividad, de dónde provenía su financiación. Martí Zaro había defendido la cuartada de una editorial que ensayaba canales alternativos para formar un catálogo relacionado con problemáticas de actualidad. También le preguntó por la reunión de Santiago. Más valía, les dijo, pedir permiso oficial para poderla organizar. Martí Zaro salió de la comisaría convencido de que la policía lo sabía todo. Y que, de una manera amable, querían abortar la continuación de los Coloquios. Hacerlo por las malas hubiera comprometido al régimen “à un moment où les problèmes politiques sont très complexes en Espagne”, consignaba en un informe dirigido a París¹⁸¹.

Para salir de ese atolladero, al decir del secretario del comité español, se tenía que reforzar la pantalla que había posibilitado desarrollar todo aquel activismo antifranquista (las conferencias, las ayudas, los seminarios...). No sólo debían aparentar ser una editorial, debían serlo de veras. En la reunión del 25 de enero de 1969 Josep Maria Castellet esbozó un posible plan editorial¹⁸². Seminarios y Ediciones debería publicar “directamente una colección de libros, fundamentalmente compuesta por textos

¹⁸¹ “Table ronde sur les communautés différenciées ». Informe de seis páginas redactado por Pablo Martí Zaro el 20 de noviembre de 1968. Se conserva en el Fondo Pablo Martí Zaro.

¹⁸² Así consta en el acta de la reunión de ese día conservada en el Fondo Pablo Martí Zaro.

de los miembros de la Comisión Española, con el fin, por una parte, de que exista en alguna forma una expresión pública de dicha Comisión, y por otra con el doble objetivo de ampliar nuestras fuentes de ingresos y de consolidar más aún nuestra condición de editores”. Así fue como el comité, en la línea de consolidar su autonomía, empezó a dejar de ser un think tank contra la dictadura financiado desde París y que cohesionaba a lo mejor de la intelectualidad liberal para convertirse en una editorial de ensayo con poca fortuna y que acabó siendo la principal ocupación profesional de Pablo Martí Zaro. En 1969 apenas hubo ya reuniones del comité. En 1970, Seminarios y Ediciones editó los primeros ensayos de la colección Hora H en la que publicaron libros menores Tierno y Aranguren, Ridruejo y Laín, pero también nuevos nombres como Salvador Giner, José Luis Abellán o Castilla del Pino. El primer número fue *El libro rojo del rearme* de Enrique Ruiz García, una concienzuda denuncia antisistema (para decirlo en términos de hoy) injertada del discurso contra la Guerra de Vietnam que parte de la juventud norteamericana había convertido en bandera.

Pero ni aquel libro ni prácticamente ningún otro incidió en el debate intelectual ni consiguió un número de ventas relevante. El sistema cultural español producía y publicaba una cantidad ingente de ensayismo. Hora H era una colección más, que apenas podía pagar a sus autores y que se mantendría a través de las sucesivas ampliaciones de capital de la empresa, la ayuda menguante que venía de la institución que le había servido de placenta (y a partir de un momento determinado de los créditos que firmaba Pablo Martí Zaro para mantener la actividad de la empresa. Era una mala estrategia y fue un pésimo negocio. La historia, como le sucedió a Julián Gorkin, iba a acabar fatal. En la miseria, el desprestigio (Pablo Martí Cia, ese mote circulaba por Madrid) y un ahogo financiero que sepultaría al personaje primero y a su memoria luego en un olvido cruel. A pequeña escala fue también otro precio a pagar por y durante la Transición.

5.7. Primer epílogo de Dionisio Ridruejo

“Con tu ausencia las cosas marchan más despacio, el interés desciende y la actividad política se reduce a alguna llamada telefónica política se reduce a una llamada

telefónica para proponer una reunión pospuesta” (Gracia 2007, 8). Se lo escribía Juan Benet, el novelista, que militaba en pequeño partido socialdemócrata que lideraba Dionisio Ridruejo. Hacía más o menos un mes que lo habían despedido en Barajas (Rubio y Solana 1976, 387). Aunque quedó un pequeño secretariado colegial para mantener la vida del Partido Social de Acción Democrática, aquel núcleo sobrevivía sin nostalgia y en coma. Eran valiosos, pero sin Ridruejo no eran prácticamente nada. Simplemente esperaban su regreso para seguir tirando en aquella España que no se acababa nunca. Lo expresan bien las palabras de Benet, cuyo respeto ético por Ridruejo era absoluto y a quien debía además la gestión para que se hubiese podido publicar *Volverás a Región*.

A mediados de 1967 Ridruejo había tomado la decisión de marcharse unos meses a los Estados Unidos. Cortada la ayuda regular de las plataformas de Gorkin, necesitaba el dinero. El 22 de enero de 1968 tomó el avión con destino a Nueva York. Al poco debió llegar a la Universidad de Madison, donde impartiría sus clases a lo largo de aquel semestre. Según la revista académica *Latin American Research Review*, que detallaba en sus “*institutional news*” la actividad de los cursos que sobre la materia se impartían en Estados Unidos, Ridruejo procedía “*from the Universidad de Sevilla*”. Lo había invitado otro de los antiguos militantes de aquel partido de amigos: Ramón Marra López, que regentaba la cátedra de literatura y civilización española en aquella universidad del estado Wisconsin y que era autor de un estudio de la literatura del exilio que había recibido una de las primeras becas del comité español del Congreso. Recibía las cartas de sus cómplices políticos. De Benet, de Martí Zaro o de su viejo amigo Antonio Tovar, que también militaba en el PSAD. “Te escribo pues siempre es más grato saber que no va a haber un cabrón de la censura que lea la carta y a lo mejor, si es interesante, no la deje pasar” (Gracia 2007, 473). Desde la distancia seguía trabajando para estructurar la alternativa democrática –la creación de una plataforma unitaria-, aceptaba compromisos editoriales –una historia de la cultura española, encargada por Jesús de Polanco y Francisco Pérez González y que no llegó a esbozar– y escribía.

Escribía otra vez poesía y le empezó a rondar por la cabeza la posibilidad –a él también, como estaba haciendo por aquellos días Gorkin, de dar forma a sus recuerdos-. “Tus memorias pueden ser cosa estupenda” le decía Tovar desde Tübingen. El resultado de aquel proyecto fue *Los recuerdos* (un relato de sus primeros años inacabado que en parte dio a conocer Jordi Gracia en *Materiales para una biografía* y yo edité en mis

Casi unas memorias). Se trata de una lírica inmersión en la civilización de la infancia familiar una época sin progreso en una localidad provincial religada al campo. Era un tiempo que podía parecer mítico porque en el recuerdo estaba fondeado en el mar en calma de la ausencia de conflicto. “No recuerdo que durante mi infancia hubiera en el pueblo cuestiones sociales –salvo quizá, la del campesino contra el usurero y contra los impuestos de fielato- ni que la política ocupase un espacio relevante en la vida del pueblo” (2007, 81). Era una prehistoria que ya sólo permanecía en la memoria de quienes lo habían vivido. Porque la realidad había cambiado por completo. Dentro de ese cambio, cuya ansiedad se manifestaba de manera tumultuosa, se vivía en una extraña crisis que tuvo uno de sus epicentros en mayo de 1968. Sucedió en París mientras él estaba en Madison y sobre ello reflexionaría porque se trataba de saber articular la transformación que exigía aquella crisis.

Lo habían proclamado los estudiantes revolucionarios. “La imaginación al poder”. Para Ridruejo aquella frase, más allá de la utopía, significaba que debían buscarse las soluciones para afianzar el progreso. Cuando lo puso por escrito, para que en el verano de 1971 se imprimiese en *Destino* (el artículo se tituló “Invención o evasión” y fue el primero que publicó en el semanario), reforzó su argumentó apoyándose en el “pequeño pero denso e impresionante” *El libro rojo del rearme* de su amigo Ruiz García que acababa de publicar Hora H. No debía ignorarse el anquilosamiento del sistema democrático, pero la solución tampoco era “evadirse por la droga, el nihilismo y el ensueño neorromántico”. La fórmula ideológica por la que Ridruejo apostaba para avanzar se hundía en la conciencia de aquellas transformaciones casi absolutas que había vivido a lo largo de su vida. “Necesitamos imaginación para reconvertir la empresa económica de acuerdo con las condiciones y aspiraciones sociales de la segunda revolución industrial, ayudada por el desafío del socialismo: las que corresponde a una civilización democrática, en buena parte nominativa”. Así podría avanzarse según el sentido del desarrollo histórico.

En otro momento crítico había emergido y se había quemado él y su generación. Durante su primera estancia americana (porque la repetiría a finales de 1969) Ridruejo reflexión en público sobre él y los españoles de su tiempo. Hacía pocos meses, concretamente a mediados de noviembre de 1967, que en la Universidad de Syracuse se había celebrado un encuentro entre miembros de la que empezaba a denominarse “generación del 36” y estudiosos de la cultura española. En una de las mesas redondas

coincidieron Aranguren y Valverde, íntimos amigos y los dos catedráticos represaliados por la dictadura. También habían participado académicos exiliados de primer nivel como Juan Marichal o Josep Ferrater Mora, los dos integrantes de la red liberal que había ayudado a consolidar las distintas plataformas del Congreso por la Libertad de la Cultura. O Idefonso Manuel Gil –un escritor derrotado de la guerra, durante años ejemplo de eso que la tradición denomina exilio interior- que dio con la fórmula para expresar la función civil que a la larga habían asumido aquella generación de escritores e intelectuales. «Los escritores de la Generación del 36 nos justificaremos si somos fieles a nuestra condición de testigos excepcionales, así como a nuestra voluntad conciliatoria: convivencia en la dignidad y en la libertad». Tal vez no podían aspirar a más.

En el mes de abril de aquel 1968, en el Kittedge Auditorium de la Universidad de Syracuse, Ridruejo habló sobre “Los hombres de la generación de 1936”¹⁸³. 1936, la guerra y sus consecuencias era lo que les caracterizaba. Su origen era su partición. A diferencia de otros momentos, que la división en una misma sociedad puede reforzarla por la vía de la complementariedad, en 1936 la pluralidad explotó. El argumento que desarrolló Ridruejo conectaba con el fascinante artículo de Antonio Tovar en el último número de *Mañana*. Si la historia podía iluminar por contraste otro momento o el presente, a la hora de pensar la gran crisis española que desembocó en la guerra, valía la pena revisar el proceso por el cual la Restauración se había ido gangrenando. “Durante una larga etapa, que para España comienza aproximadamente hacia el año 1876, durante una etapa de más de medio siglo, en España hay pluralismo ideológico, con luchas sociales de cierta importancia, con corrientes de pensamiento antagónicas y casi diríamos irreconciliables en cuanto tales, pero en la cual todas esas tensiones vivían en un estatus de amistad social, de cooperación posible”. Ese marco de convivencia empezó a sufrir el asedio a partir de 1917 y sobre todo a partir de 1930. Había sido un fenómeno español y europeo. La discrepancia se convirtió en antagonismo.

Las causas de esa crisis, desarrollaba Ridruejo, eran profundas. Se perdió la ilusión en el progreso y, como reacción, se prestigió la violencia. Una tremenda crisis económica había ennegrecido la esperanza. Lo diagnosticó uno de los principales

¹⁸³ El poeta y profesor Jaime Ferrán fue el profesor que le invitó a impartir aquella conferencia. El 12 de mayo Ferrán le mandó a Ridruejo una transcripción de su lección, que había sido grabada. El texto, que ha quedado inédito, lo forman 32 páginas. En la 19 hay un vacío. “Debió haber parte que no se grabó al cambiar de cintas”, le comentaba Ferrán a Ridruejo el 12 de mayo de 1968.

políticos e intelectuales del laborismo británico, Harold Laski. La democracia había entrado en crisis, como decía su libro de 1933 y parafraseaba Ridruejo, el mundo perdió momentáneamente la fe en la posibilidad del proceso pacífico y del avance pacífico de la historia universal. El impacto de esa crisis en España fue apocalíptico. Era “un país nervioso, apesadumbrado de su pasado enorme y en cierto modo avergonzado de él, semidesarrollado económicamente, deficiente en el orden cultural, sobre todo en aquellas especializaciones más relacionadas con las tendencias utilitarias del siglo”. Era un país donde parecía cosificada una desigualdad radical, la que no podían intuir los ojos infantiles que descubrían la realidad en el Burgo de Osma de los talleres, las huertas y las flores. Esa crisis severísima de la democracia se encabalgó con el cambio de régimen de 1931: la Segunda República. “El hecho histórico de mejor intención que ha conocido la historia de España”. No lo decía por decir. “Yo nunca fui republicano”. Fue un intento de recuperar la confianza cuando la estaba perdiendo el mundo. “Confianza en la posibilidad del progreso dialéctico, integrante y pacífico”. Fracasó porque el mundo que podría haber permitido la consolidación de esa confianza estaba implosionando en Europa. Fracasó, también, por la contrarrevolución de la que él había sido parte. “Si algún arrepentimiento profundo hay en mi vida es el de haber contribuido con la inocencia de la edad juvenil a destruir el proyecto pacífico y progresivo de la República española”. Lo había dicho y lo había razonado en *Escrito en España* porque lo sentía como una necesidad de conciencia.

Era una suma de factores lo que precipitó a su generación a quemarse en el fuego de la guerra. No debía olvidarse “la brutalidad incansable de la oligarquía española”, “la rudeza mental de la pequeña burguesía provincial”, “la atonía arcaica de una gran parte del campesinado español propietario”, el papel del Ejército como sustituto del Estado. Tampoco debía dejar de señalar “la impaciencia imprudente y mal calculada de la extrema izquierda que no tuvo confianza en el proceso democrático”. Todo había sumado, pero lo más determinante había sido una coyuntura seguramente incontrolable. “Ninguno de estos factores hubiera sido definitivo ni quizá operativo, si la coyuntura no hubiese sido tan gravemente desfavorable; es decir, si en casi toda Europa no se hubiese creído que la disputa fascismo-comunismo, como resultado de la crisis de la democracia, era ineludible al menos en los pueblos insatisfechos”. Y en esa tesitura se encendió la mecha de su generación. Una generación “radicalmente partida”, enferma desde su origen, pero que con el tiempo había explorado el remedio para su

mal. El remedio había sido la aceptación de “su tremenda, penosa lección histórica”. No había sido fácil. Esa había sido la obligación moral e intelectual de su vida adulta. “Pensar significa cambiar”. Cambiar implicaba redefinir su responsabilidad en relación a los que les habían precedido y los que les seguían después. Cambiar era asumir la parte en la historia de la propia sociedad. “Si no hay solidaridad en esa cadena de hombres, el país no existe. Si no hay oposición cíclica, tampoco existe”. Esa dinámica es la que, después del diluvio, se había restablecido en España. Se había reconstruido el puente. Eran una generación de pontoneros entre el pasado de la Edad de Plata y la que debería construir la nueva democracia. Su valor literario era escaso. Lo dramático era su papel civil. Tras participar de la destrucción de la esperanza democrática en su origen, Ridruejo creía que treinta años después habían intentado recoser el abismo. Su culpa había cargado su responsabilidad moral. Ese había sido su deber. Porque suya siempre había sido la derrota.

CONCLUSIONES

Múnich fue el hito constitutivo, o mejor, el acto constituyente de la democracia. Si en lo inmediato no fue más allá, y pienso que podía haberlo hecho, fue, entre otras causas, por la perplejidad que a veces produce el triunfo. A la vuelta de la capital bávara nos encontramos, de golpe, convertidos en alternativa válida al franquismo para los europeos y Franco en Valencia, al aplaudir a quienes pedían la horca para nosotros, nos instituyó en sus inevitables sucesores. Por qué no quisimos/pudimos explotar inmediatamente y a fondo esa oportunidad es otra de las grandes canchales que tienen abiertas los estudiosos de la España de la segunda mitad del siglo XX.

José Vidal-Beneyto

No fue sólo la represión del franquismo ni tampoco el escándalo provocado por las revelaciones de la financiación de la CIA. Cuando a finales de los cincuenta la red de los intelectuales liberales pudo ponerse en acción, en buena parte ya estaba envejecida porque su discurso no lograría capilarizarse del todo entre la joven generación que a mediados de los sesenta irían convirtiéndose en la nueva vanguardia del antifranquismo cultural. Pero sus principales dificultades para seguir siendo crecientemente operativa a lo largo de la segunda mitad de la década de los sesenta fueron el asedio de la Dictadura y la implosión de una institución que ya no servía a los intereses anticomunistas para la que había sido creada. Estas condiciones son las que, a mi modesto entender, explican por qué la historia que reconstruye esta tesis no ha sido incorporada como episodio medular de la refundación de la cultura democrática en España. Esta es mi respuesta a la pregunta que Vidal-Beneyto dejó pendiente de responder en *Memoria democrática*.

Esta es la conclusión básica a la que llegó después de haber intentado reconstruir aquella red que generó ensayo y reflexión estética, debate ideológico y acción intelectual. Una red que fue capaz de articular la reunión de junio de 1962 en Múnich:

prepararla primero y desarrollar su proyecto después con el afán de que la nueva cultura política formalizada por los intelectuales liberales y españoles de la Guerra Fría pudiese actuar como un disolvente del régimen y un reconstitutivo de la sociedad española. Pero, en cambio, Múnich sí ha sido en parte blanqueado para ser presentada como la primera piedra de la ciudad democrática contruida por la Transición.

El uso institucional que se pretendía hacer de Múnich lo elaboró el Ministro de Exteriores José Manuel García-Margallo en la sesión de clausura de unas jornadas organizadas para conmemorar el cincuentenario del Contubernio. Fue el 8 de junio de 2012 y los 20 minutos de su intervención están colgados en la red¹⁸⁴. Aquel discurso está enraizado aún en la fase de la crisis económica que afectaba de manera agobiante a las arcas de los estados, sobre todo los del sur del continente, toda vez que la prima de riesgo por su deuda estaba disparada. El ejemplo de Múnich debía actuar como una luz en aquel momento de tribulación. Usando una expresión que se ha incrustado en la conversación política, García-Margallo proponía un relato patriótico a partir de Múnich. “Un relato que nos permita recrear el pasado para resolver el presente y definir y anticipar todos juntos el futuro. Un relato que pretende recuperar la memoria histórica, la memoria histórica que une y no la que separa, para buscar un acuerdo nacional”. La idea de unidad a través de la concordia era la clave y la mayor expresión de ese espíritu era la Constitución de 1978, que había integrado los cinco puntos de la moción que se aprobó aquellos días de junio de 1962.

Esa interpretación es la que habían formalizado las jornadas que en 1987, con motivo del 25 aniversario, avaló José Federico de Carvajal, asistente a Múnich y que en aquel momento era presidente del Senado. Las actas de aquella reunión, tan interesantes, tenían un título que no podía ser más revelador: *Cuando la Transición se hizo posible. El Contubernio de Múnich*. Fue en aquellas jornadas, marcadas por la nostalgia, cuando José Vidal-Beneyto articuló su crítica a cómo se estaba contando Múnich. Fue también en esos días cuando Francesc Ferreras pronunció el nombre de un hombre que era poco más que un espectro, viejo y repudiado. “Quería traer un recuerdo de Julián Gorkin, que tiene ochenta y ocho años, que está medio ciego, pero que sigue viviendo en París y a quien apelo también a los historiadores convendría de vez en

¹⁸⁴ Puede visionarse en: https://www.youtube.com/watch?v=5jf8Pe4_ops.

cuando hacer alguna visita para que aporte sus recuerdos y sus datos” (Satrústegui 1993, 59). Nadie lo hizo. Nadie más citó a Gorkin en aquellas jornadas.

La vinculación automática de Múnich con la Transición es problemática y era esa la que pretendía reforzar tanto la exposición conmemorativa que el verano de 2012 se organizó en Casa de América y como el discurso del Ministro. Lo pactado allí, afirmó con rotunda emoción, había quedado integrado al cabo de tres lustros en la Carta Magna, estableciendo de facto que el franquismo era un agente ausente en la configuración de la España democrática y obviando que uno de los objetivos de Múnich había sido acabar con la dictadura, bloqueando su petición de acuerdo con el Mercado Común pero sobre todo minando su sanguinario fundamento y sobre el que operaba aún un Estado cuya legitimación no era ni Europa ni la democracia sino la guerra y el terror.

Al citar cuál había sido el objetivo de la reunión, García-Margallo, citando una valoración del monárquico liberal Joaquín Satrústegui, afirmaba que era doble: superar las heridas de la guerra y facilitar el reencuentro de España con Europa. Pero ese no había sido el objetivo medular. La clave era vincular España a la Europa democrática para acabar con el franquismo y precisamente porque el franquismo lo entendió así represalió a los españoles del interior cuando volvieron a su país. Pero ese detalle, que es el que da una dimensión de moral civil al Contubernio, no formó parte del discurso ministerial del 2012. Ni lo mencionó. No puso en valor que el homenaje de Múnich debía serlo, sobre todo, a los antifranquistas que aquellos días en blanco y negro de 1962 se jugaron su seguridad y su profesión (por culpa de su compromiso el funcionario Pablo Martí Zaro, por ejemplo, perdió su empleo) porque creyeron en los valores democráticos. No subrayó el precio que asumieron los exiliados republicanos, que estuvieron dispuestos a compartir su oxidada legitimidad democrática, pero era aquella que daba sentido a su vida, con la nueva oposición del interior para fundar una esperanza que tardaría demasiado en llegar.

Múnich, en realidad, debería ser una memoria incómoda: el relato de los antecedentes, núcleo y desenlace de lo que fue aquella Primavera no encaja bien con el relato automitificador que han esculpido los reformistas franquistas que pilotaron la Transición. Para hacerlo encajar se ha debido acometer un ejercicio de silencio, impostura o mixtificación del pasado. No es un ejercicio tan perverso. Son usos del pasado. “Es natural que la falsificación de la historia esté hoy al orden del día. Entre las

ciencias inexactas, la historia es aquella que lesiona más intereses materiales y psicológicos”, escribió en 1947 Victor Serge en México poco antes de su muerte (2010, 327). No es un ejercicio perverso, insisto, sino el intento de justificar una posición de parte a través de una versión de lo sucedido que se presenta como la única posible.

Para Margallo se trataba, en el fondo, de parchear una posible disfunción en la fundamentación moral del poder del que forma parte. Porque Múnich, que ciertamente creo un emotivo clima de concordia (el saludo tenso primero de Llopis y Gil Robles, las manos enlazadas de Ridruejo e Irujo, el enorme discurso de Madariaga), rearmó una oposición al sistema y propuso una alternativa democrática al poder que, poco a poco, por incapacidad propia, pero sobre todo por represión directa, fue liquidada por el sistema que lo sustentaba. Esa fue su esperanza, esa fue su decepción. Precisamente ese sistema encontró en la Transición, a su favor y a la postre a favor de casi todos, sus mecanismos para perpetuarse transformándose. Un determinado uso del pasado ha servido para blanquear aquel proceso de cambio sin duda ambiguo. En este sentido Múnich y la tradición democrática que redescubre la presente tesis doctoral ha sido vampirizado como fuente de legitimidad en lugar de ser un foco de cuestionamiento.

No es que la primavera de Múnich cuestione el éxito de la Transición, que durante tres décadas ha sido innegable para la inmensa mayoría de los españoles hasta que la partitocracia la ha situado ante el abismo, sino su fundamento moral. Sobre ese fundamento (que en buena parte es espurio, que borra huellas del franquismo en nuestra circunstancia) se ha elaborado un relato del pasado reciente que arrincona en el olvido una parte de la memoria democrática española. No pretendo deslegitimar ni menos condenar la Transición ni el papel desempeñado por la Monarquía, cuya valoración dominante ha sido ampliamente positiva, sino invitar a pensar sobre los costes que esa amnesia interesada o sonámbula puede haber tenido en la profundización de la conciencia democrática de la ciudadanía española. Porque creo que los ha tenido. Porque esa amnesia, a veces sonámbula, también ha sido, por activa o por pasiva, también interesada. Hago mías estas palabras de Vidal-Beneyto. “Lo que se ha pretendido no ha sido sólo ni principalmente negar el pasado real, el de la lucha antifranquista como referente necesario de la democracia, sino poner en su lugar otro pasado, el de la autotransformación de la dictadura en democracia de partidos, el de la metamorfosis del Movimiento Nacional en Monarquía parlamentaria” (Vidal-Beneyto 2007, 11). Esta tesis tiene la ingenua pretensión de convertir en historia, a través del

estudio de documentos (poco conocidos, mal leídos o inéditos), aquella memoria olvidada. Lo he ensayado con el afán de que el desvelamiento de un pasado laberíntico, que impugna el relato canónico, actué como una herramienta crítica para comprender algo de la actual crisis institucional del Estado de 1978 corroído por la corrupción.

Fuentes documentales

1) Fuentes primarias

1.1. Fondos y Archivos

Fondo Manuel de Irujo de la Fundación Eusko Media

Fondo Juli Just del Arxiu Municipal de Alboraya

Fondo Julián Gorkin del Archivo de la Fundación Pablo Iglesias (Alcalá de Henares)

Fondo Julián Gorkin del Arxiu Montserrat Tarradellas i Macià (Monestir de Poblet)
Archivo Biblioteca Manent (Barcelona)

Fondo Pablo Martí Zaro del Archivo de la Fundación Pablo Iglesias (Alcalá de Henares)

Fondo Dionisio Ridruejo del Centro Documental de la Memoria Histórica

1.2. Libros

Hannah Arendt, *Los hombres y el terror y otros ensayos*, RBA, 2012.

José Luis Cano. *Los cuadernos de Velintonia. Conversaciones con Vicente Aleixandre*, Seix Barral, 1986.

Josep Carner, *Epistolari de Josep Carner. Volumen 6* (ed. de Albert Manent y Jaume Medina), Curial, 2009.

Camilo José Cela, *Correspondencia con el exilio* (nota a la edición de Jordi Amat), Destino, 2009.

Richard Crossman (ed.), *The God that failed* (1949). La primera edición puede leerse aquí: <https://rosswolfe.files.wordpress.com/2015/05/the-god-that-failed.pdf>.

Gerardo Diego, *Gerardo Diego en ABC (1946-196)* (ed. de Rafael Inglada), Fundación Gerardo Diego, 2011.

Joan Fuster. *Causar-se d'esperar* (1965). El libro está recogido en *Poesia, aforismos, diari, vinyetes i dibuixos*, Edicions 62, 2002.

Jaime Gil de Biedma, *Diarios (1956 – 1985)* (ed. de Andreu Jaume), Lumen, 2015.

Julián Gorkin, *Caníbales políticos. Hitler y Stalin en España*, Ediciones Libres, 1941.

_____: *Europa ante el socialismo o ante la muerte*, Ediciones Mundo, 1946.

_____: *La muerte en las manos. Novela del Drama de España*, Claridad, 1956.

_____: *España, primer ensayo de democracia popular*, Asociación Argentina por la Libertad Cultural, 1961. [Está reproducido en *Contra el estalinismo y el ensayo principal* puede leerse en: <http://www.fundanin.org/gorkin5.htm>].

_____: *El proceso de Moscú en Barcelona. El sacrificio de Andrés Nin*, Aymá, 1974.

Julián Gorkin, Marcel Pivert, Gustav Regler y Victor Serge, *La GPU prepara un nuevo crimen*, Edición de Análisis, 1942.

Jordi Gracia (ed.), *El valor de la disidencia. Epistolario inédito de Dionisio Ridruejo (1933-1975)*, Planeta, 2007.

Juan Ramón Jiménez, *Lírica de una Atlántida* (ed. de Alfonso Alegre Heitzmann), Galaxia Gutenberg, 1999.

Pedro Laín, *Palabras menores*, Barna, 1952.

Albert Manent, *El Molí de l'Ombra. Dietari polític i retrats (1946-1975)*, Edicions 62, 1986.

Marià Manent, *Dietaris* (ed. de Sam Abrams), Edicions 62, 2000.

Joaquín Maurin / Ramon J. Sender, *Correspondencia (1952-1973)* (ed. de Francisco Caudet), Ediciones de la Torre, 1995.

Carles Riba, *Cartes de Carles Riba III (1953-1959)* (ed. de Carles-Jordi Guardiola), IEC, 1993.

Dionisio Ridruejo, *En algunas ocasiones. Crónicas y comentarios (1943-1956)*, Aguilar, 1960.

_____: (2008) *Escrito en España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

_____: *Ecos de Múnich. Papeles políticos escritos en el exilio* (ed. de Jordi Amat), RBA, 2012^a.

_____: *Cartas íntimas desde el exilio (1962-1964)* (ed. de Jordi Gracia y Jordi Amat), Fundación Banco Santander, 2012^b.

Victor Serge, *Carnets (1936-1947)* (ed. de Claudio Albertani y Claude Rioux), Agone, 2012.

_____: *El destino de una revolución seguido de Treinta años después de la revolución rusa*, Los Libros de la Frontera, 2010.

Maurici Serrahima, *Del passat quan era present IV* (ed. de Josep Poca), Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2005.

Josep Tarradellas, *Carta en defensa propia. Contra Sauret, Xirau, Guinart i Dardalló* (ed. de Josep Poca), Pagés, 2012.

Guillermo De Torre, *De la aventura al orden* (ed. de Domingo Ródenas), Fundación Banco Santander, 2013.

José María Valverde, *Fons José María Valverde* (ed. de Jordi Amat), Afers, 2010.

Sergio Vilar, *Protagonistas de la España Democrática. La oposición a la dictadura (1939-1969)*, Ediciones Sociales [¿?] / Librería Española, 1968.

Luis Felipe Vivanco, *Diario (1946-1975)* (ed. de Soledad Vivanco), Taurus, 1983.

1.3. Artículos de revista y capítulos de libros

Theodor W. Adorno, “Crítica de la cultura y sociedad” en *Crítica de la cultura y sociedad I. Prismas. Sin imágenes directriz* (ed. de Rolf Tiedemann), Akal, 2008.

B. (1965): “Los tres frentes de la ofensiva europea”, *Mañana. Tribuna Democrática Española*, nº 2, p. 8-9.

François Bondy, “Young Spain and the Old Régime”, *Encounter*, VII/1956, pp. 23-32.

B[ondy], F[rançois] (1957): “España: El caso Ridruejo”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, nº 25, pp. 61 – 64.

Thomas W. Braden, “Speaking out. I’m glad he CIA IS immoral” *Saturday Evening Post*, 20/V/197, pp. 10-14. Puede leerse en: http://www.cambridgeclarion.org/press_cuttings/braden_20may1967.html.

José Luis Cano, “Unos coloquios”, *Ínsula*, nº 175, VI 1961, p. 2.

_____: “Recuerdos del antifranquismo”, *El Ateneo*, nº IV V, 1994, pp. Pp. 58-69.

José María Castellet, “Europa, desde Lourmarin. Notas de un congresista ingenuo”, sección “La atalaya y el mapa”, *Papeles de Son Armadans*, nº 41, 1959, pp. XXI-XLII.

Winston Churchill, “The Sinews of Peace”, 5 de marzo de 1946. Puede leerse (y escucharse) en la web oficial de The Churchill Centre: <http://www.winstonchurchill.org/resources/speeches/1946-1963-elder-statesman/120-the-sinews-of-peace>.

_____: “United States of Europe”, 19 de septiembre de 1946. Puede leerse en <http://www.winstonchurchill.org/resources/speeches/1946-1963-elder-statesman/2970-united-states-of-europe>.

George Dennis, “España en 1955: Madrid”, *Ibérica por la Libertad*, 15 de mayo de 1955, pp. 8-10 y 15.

John Dos Passos, “Prefacio” a *La muerte en las manos* de Julián Gorkin, *Claridad*, 1956, pp. 7 – 9.

Gomis, Lorenzo, “Conferencia en Copenhage. El escritor y el bienestar”, *El Ciervo*, nº 88, octubre de 1960, p. 13.

Julián Gorkin, “El POUM ante la Revolución Española”. Discurso pronunciado en el mitin del POUM celebrado en el Gran Price de Barcelona el 6 de septiembre de 1936. Lo reproduce en su web la Fundación Andreu Nin: <http://www.fundanin.org/price.htm>.

_____: “El error fundamental del Partido” en el boletín *La experiencia española*, POUM, 1939. Lo reproduce en su web la Fundación Andreu Nin: <http://www.fundanin.org/laexpe.htm#gorkin>.

_____: “Why the Defeat of the Spanish Revolution”, *Workers Age*, 24 de mayo de 1939, p. 4.

_____: “Why the Defeat of the Spanish Revolution (II)”, *Workers Age*, 31 de mayo de 1939, p. 4.

_____ (1953): “La crisis de los intelectuales y el masoquismo comunista”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, nº 1, pp. 74 – 81.

_____ (1955^a): “El español y el demócrata universal”, *Ibérica por la Libertad*, 15 de septiembre de 1955, pp. 3-5.

_____ (1955^b): “La unidad europea y la coexistencia”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, nº 10, pp. 85 – 89.

_____ (1956): “Nuestra España se rehace”, *Ibérica por la Libertad*, 15 de mayo de 1956, nº5, pp. 4-4 y 9-10.

_____ “La muerte en México de Victor Serge”. Fechado en marzo de 1967, lo reproduce en su web la Fundación Andreu Nin: <http://www.fundanin.org/gorserge.htm>.

_____ (1961^b): “Madariaga y la integración española”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, nº 52, pp. 3 – 7.

_____: “Monarquía o República. Derechas e izquierdas”, *Mañana. Tribuna Democrática*, VI/VII 1966, p. 3-5.

[Julián Gorkin], “Editorial: Venceréis, pero no convenceréis”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, nº 18, V-VI/1956, pp. 3 y 4.

G[orkin], J. [ulián] (1965): “La ausencia de España”, *Mañana. Tribuna Democrática Española*, nº 8, pp. 9-10.

Francis R. Grant, “Saludos a *Ibérica*”, *Ibérica por la Libertad*, 15 de enero de 1954, p. 9 y 10.

- Eduardo Haro Tecglen, “Renacimiento de la desconfianza”, *Triunfo*, 4/III/1967, p. 33.
- J.S. (1966): “La coyuntura española en la hora del europeísmo democrático”, *Mañana. Tribuna Democrática Española*, nº 12, PP. 5-6.
- [Victoria Kent], “Editorial: El diálogo”, *Ibérica por la Libertad*, 15 de mayo de 1955, p. 14.
- José Luis L. Aranguren, “Poesía y existencia”, *Ínsula*, 42, V/49, p 1 y 2.
- _____a: “Sobre *Holzwege* de Martin Heidegger”, *Arbor*, junio 50, nº 54, pp. 243 - 253.
- _____b: “Nuestro tiempo y la poesía”, *Ínsula*, 54, VI/50, pp. 1 y 3.
- _____ : “Los Coloquios de Madrid 1961”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, nº 52, pp. 75-78.
- _____a: “El porvenir político de España”, *Mañana. Tribuna Democrática*, VI/VII 1966, p. 6.
- _____b: “Ingenuamente”, *Mañana. Tribuna Democrática*, VI/VII 1966, p. 24.
- M.R. (1962): “El europeísmo franquista y sus circunstancias”, *Boletín Informativo*, nº 9, p. 16.
- Salvador de Madariaga (1954a), “Declaraciones”, *Ibérica por la Libertad*, 15 de enero de 1954, p. 4.
- _____ (1954b): “Toca Europa a su fin”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, nº 8, pp. 3 – 6.
- _____ : “El Congreso Europeo de Múnich”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, nº 64, pp. 75-79.
- Jerónimo Mallo, “Sobre la libertad intelectual en la España de ahora”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, nº 13, pp. 84 – 89.
- Julián Marías, “Una Europa abreviada en Lourmarin”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, nº 39, 1959, pp. 83 86.

Luis Martín-Santos, “Realisme et réalité dans la Litteratura Contemporaine”, *Preuves information*, 1963, PI/347.

Joaquín Muns (2003), “España y la integración económica europea”. Publicado en *Destino* el 28 de octubre de 1961. Recogido en *La crónica de “Destino” (1957-1980)*, (ed. de Alexandre Porcel), Destino, p. 197.

NCA: “The National Security Act of 1947 – July 26, 1947”. Puede leerse en: <http://global.oup.com/us/companion.websites/9780195385168/resources/chapter10/nsa/nsa.pdf>.

George Orwell, “Hacia la unidad europea”, *Partisan Review*, julio / agosto 1947. Reproducido en *Matar a un elefante y otros escritos*, Turner, 2006, pp. 377-383.

Josep Pla, “Ante la Europa que nace”. Publicado en *Destino* el 23 de marzo de 1957. Recogido en *La crónica de “Destino” (1957-1980)* (ed. de Alexandre Porcel), Destino,

Bogdan Raditsa: « After Franco and Tito », *The New Leader*, febrero de 1958, pp. 5-9.

_____a: « Tension in Spain », *The New Leader*, marzo de 1959, pp. 3-5.

_____b: “Ferment in Franco Spain: The Prospects of the Opposition”, *Commentary*, junio de 1959. Puede leerse en: <https://www.commentarymagazine.com/articles/ferment-in-franco-spain-the-prospects-of-the-opposition/>.

Ignace Reiss (Ludwig), “Lettre au Comité Central du Parti Communiste de l'Union Soviétique” fechada el 17 de julio de 1937. Puede leerse en: <https://www.marxists.org/francais/4int/urss/reiss.htm>.

Dionisio Ridruejo, “Manifiesto editorial”, *Escorial*, noviembre de 1940. *Lo cito por Materiales para una biografía* de Dionisio Ridruejo (ed. de Jordi Gracia), Fundación Banco Santander, 2005, pp. 53-56.

_____ : “Voces falangistas. Protesta contra la suspensión de *Ínsula e Índice*”, página encartada en el número de *Ibérica por la Libertad* de 15 de marzo de 1956.

Miguel Sánchez Mazasa, “Detrás de la Cruz, el diablo. Maniobras oscuras del Opus Dei”, *Ibérica por la Libertad*, 15 de septiembre de 1967, pp. 3-7.

_____b: “La actual crisis española y las nuevas generaciones”, Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, IX/X 1957, nº 26, pp. 9-23.

Enrique Tierno Galván [firmando con el pseudónimo “Julián Andía”], “España como futuro”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, enero/febrero de 1959, pp. 29-33.

Norman Thomas, “Declaraciones”, *Ibérica por la Libertad*, 15 de enero de 1954, p. 3.

Antonio Tovar, “Para aclarar nuestra historia contemporánea. En torno a un libro de Francisco Ayala”, *Mañana. Tribuna Democrática*, VI/VII 1966, pp. 12-13.

Triunfo, [Entradilla al reportaje:] “Los estudiantes de la CIA”, *Triunfo*, 4/III/1967, p. 50-55.

Harry Truman, “President Harry S. Truman address before a joint session of Congress”, 12 de marzo de 1947. Puede leerse en: http://avalon.law.yale.edu/20th_century/trudoc.asp.

Fernando Valera, “Estrategia de la libertad”, *Ibérica por la Libertad*, 15 de enero de 1955, pp. 6 y 7.

Vicente Ventura, “Crónica de Múnich”, *Boletín Informativo*, junio de 1962.

Charles Walker, “Silencio y literature. Escritores de la España actual”, *Ibérica por la Libertad*, 15 de octubre de 1954, pp. 7-9 y 12.

Wolfe, Betram D.: “Rivera, people’s painter”, *Workers Age*, 31 de mayo de 1939, p. 4.

2. *Biografías, retratos y memorias*

Franziska Augstein, *Lealtad y traición. Jorge Semprún y su siglo*, Tusquets, 2010.

Carlos Barral, *Memorias*, Península, 2001.

Rafael Borràs Betriu, *La batalla de Waterloo. Memorias de un editor*, Ediciones B, 2003.

- Josep Maria Castellet, *Els escenaris de la memòria*, Edicions 62, 1995.
- Josep Maria Cuenca, *Mientras llega la felicidad. Una biografía de Juan Marsé*, Anagrama, 2015.
- John Dos Passos, *Años inolvidables*, Seix Barral, 2006.
- Francesc Ferreras, *Gosar no mentir. Memòries*, Edicions 62, 1994.
- Varian Fry, *La lista negra*, Confluencias, 2015.
- Juán Gorkin, *El revolucionario profesional. Testimonio de un hombre de acción*, Aymá, 1975.
- Jordi Gracia. *La vida rescatada de Dionisio Ridruejo*, Anagrama, 2008.
- Jacques Kergoat, *Marceau Pivert. Socialiste de gauche*, Les Éditions de l'Atelier / Éditions Ouvrières, 1994.
- José Lázaro, *Vidas y muertes de Luis Martín-Santos*, Tusquets, 2009.
- Ben Macintyre, *Un espía entre amigos. La gran traición de Kim Philby*, Crítica, 2015.
- Albert Manent, *Marià Manent. Biografia íntima i literària*, Planeta, 1995.
- _____: *Fèlix Millet i Maristany. Líder cristià, financer, mecenes catalanista*, Proa, 2003.
- _____: *La represa. Memòria personal, crònica d'una generació (1946-1956)*, Edicions 62, 2008.
- Ted Morgan, *A Covert Life. Jay Lovestone. Communist, Anti-Communist, and Spymaster*, Random House, 1999.
- Teresa Muñoz, *Josep M. Castellet. Retrat de personatge en grup*, Edicions 62, 2006.
- Felipe Nieto, *La aventura comunista de Dionisio Ridruejo. Exilio, clandestinidad y ruptura*, Tusquets, 2014.
- Octavio Paz, *Itinerario*, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Eduard Puigventós, *Ramon Mercader. L'home del piolet, Biografia de l'assassí de Trotski*, Ara Llibres, 2015.

Dionisio Ridruejo, *Casi unas memorias (ed. de Jordi Amat)*, Península, 2009.

Jorge Semprún, *Autobiografía de Federico Sánchez*, Planeta, 1977.

Susan Weissman, *Victor Serge. The course is set on hope*, Verso, 2001.

3. Bibliografía secundaria

3.1. Libros y tesis doctorales

José Luis Abellán, *La Cultura en España. Ensayo para un diagnóstico*, EDICUSA, 1971.

_____: *Ortega y Gasset y los orígenes de la transición democrática*, Espasa, 2000.

Jordi Amat, *Las voces del diálogo. Poesía y política en el medio siglo*, Península, 2007.

_____: *Els Coloquios Catalunya-Castilla (1964-1971). Debat sobre el model territorial de l'Espanya democrática*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2010.

_____: *El llarg procés. Cultura i política a la Catalunya contemporània (1937-2014)*, Tusquets, 2015.

Gonzalo Anes y Antonio Gómez Mendoza, *Cultura sin libertad. La Sociedad de Estudios y Publicaciones (1947-1980)*, Pre-Textos, 2009.

Anne Applebaum, *El Telón de Acero. La destrucción de Europa del Este (1944-1956)*, Debate, 2014.

Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza Editorial, 2015.

Laureano Bonet, *La Revista Laye. Estudio y antología*, Península, 1988.

_____: *El Jardín quebrado. La Escuela de Barcelona y la cultura del Medio Siglo*, Península, 1994.

Peter Coleman, *The liberal conspiracy. The Congress for the Cultural Freedom and the Struggle for the Mind of Postwar Europe*, The Free Press, 1989.

Elías Díaz, *El pensamiento español (1939-1973)*, EDICUSA, 1974.

_____: *Ética contra política*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1990.

Olga Glondys, *Reivindicación de la independencia intelectual en la primera época de Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura. I (marzo-mayo 1953) – XXVII (noviembre-diciembre de 1957)*. Trabajo de investigación dirigido por Manuel Aznar. 2007. Puede leerse en: <http://www.recercat.cat/bitstream/handle/2072/4359/Treball%20de%20recerca.pdf?sequence=1>.

_____: *Guerra Fría Cultural y exilio republicano español. El caso de Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, Tesis doctoral dirigida por Manuel Aznar leída el año 2010.

_____: *La guerra fría cultural y el exilio republicano español. Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1965)*, CSIC, 2012

Jordi Gracia, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Anagrama, 2004.

_____: *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo (1940-1962)*, Anagrama, 2006.

_____: *A la intemperie. Exilio y cultura en España*, Anagrama, 2010.

Pierre Grémion, *Preuves. Une revue européenne à Paris*, Julliard, 1989.

_____: *Intelligence de l'anticommunisme. Le Congrès pour la liberté de la culture à Paris (1950-1975)*, Fayard, 1995.

Ferando Jáuregui y Pedro Vega, *Crónica del antifranquismo*, Planeta, 2007.

Tony Judt, *El món no se'n surt. Un tractat sobre els malestars del present*, La Magrana, 2010.

- _____: *Pasado imperfecto. Los intelectuales franceses (1944-1956)*, Taurus, 2007.
- _____: *El peso de la responsabilidad. Blum, Camus, Aron y el siglo XX francés*, Taurus, 2007.
- Tony Judt con Timothy Sinder, *Pensar el siglo XX*, La Magrana, 2012.
- Santos Juliá, *Historia de las dos Españas*, Taurus, 2004.
- _____: *Hoy no es ayer. Ensayos sobre la España del siglo XX*, RBA, 2009.
- _____: *Camarada Javier Pradera*, Galaxia Gutenberg, 2012.
- _____: *Nosotros, los abajo firmantes. Una historia de España a través de manifiestos y protestas (1896-2013)*, Galaxia Gutenberg, 2014.
- Klehr, Harvey; Earl Haynes, John; Igorecich Firssov, *The secret World of American Communism*, Yale University Press, 1995.
- Herbert Lottman, *La Rive Gauche. La elite intelectual y política en Francia entre 1935 y 1950*, Tusquets, 2006
- Keith Lowe, *Continente salvaje. Europa después de la Segunda Guerra Mundial*, Galaxia Gutenberg, 2012.
- José Carlos Mainer, *La filología en el purgatorio*, Crítica, 2003.
- _____: *La Doma de la quimera. Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España*, Vervuert, 2014.
- _____: *De postguerra (1951-1990)*, Crítica, 1994.
- Shirley Mangini, *Rojos y rebeldes. La cultura de la disidencia durante el franquismo*, Anthropos, 1987.
- Ignacio Martínez de Pisón, *Enterrar a los muertos*, Seix Barral, 2005.
- Gregorio Morán, *El cura y los mandarines. Historia no oficial del Bosque de los Letrados. Cultura y política en España 1962-1996*, Akal, 2014.
- Xavier Pericay, *Compañeros de viaje. Madrid-Barcelona, 1930*, Ediciones del Viento, 2013.

Javier Pradera, *La Transición española y la democracia* (ed. de Joaquín Estefanía), Fondo de Cultura Económica, 2014.

Paul Preston, *La Destrucción de la democracia en España. Reacción, reforma y revolución en la Segunda República*, Turner, 1978.

_____: *Franco. Caudillo de España*, Debolsillo, 2006.

Joaquín Satrustegui (ed.), *Cuando la Transición se hizo posible. El Contubernio de Múnich*, Tecnos, 1993.

Nicolás Sesma, “La médula del régimen”. *El Instituto de Estudios Políticos: creación doctrinal, acción legislativa y formación de elites para la dictadura franquista (1939-1977)*. Tesis doctoral leída y pendiente de publicación.

Giles Scott-Smith, *The politics of apolitics culture. The Congress for Cultural Freedom, the CIA and post-war American hegemony*, Routledge, 2002.

Giles Scott-Smith y Hans Krabbendam (eds.), *The Cultural Cold War in Western Europe (1945-1960)*, Frank Cass, 2003.

Russell St Clair Cobb, *Our Men in Paris? “Mundo Nuevo”, the Cuban Revolution, and the Politics of Cultural Freedom*. Tesis doctoral leída en 2007.

Francis Stonor Sounder, *La CIA y la guerra fría cultural*, Debate, 2001.

Andrés Trapiello, *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*, Destino, 2010.

Javier Tusell, *La oposición democrática al franquismo (1939-1962)*, RBA, 2012.

Kristine Vandem Bergue, *Intelectuales y anticomunismo. La revista Cadernos Brasileiros (1959-1970)*, Leuven University Press, 1997.

VVAA, *Dionisio Ridruejo. De la Falange a la oposición*, Taurus, 1976.

Veiga, Francisco, Ucelay Da Cal, Enrique, Duarte, Ángel, *La paz simulada. Una historia de la guerra fría*, Alianza, 2014.

José Vidal Beneyto, *Memoria democrática*, Foca, 2007.

Miguel Ángel Villena, *Victoria Kent. Una pasión republicana*, Debate, 2007

Jonathan Walker, *Operación Impensable. 1945. Los planes secretos para una Tercera Guerra Mundial*, Crítica, 2015

3.2. Artículos y capítulos de libros

Claudio Albertani, “*Socialismo y Libertad*. El exilio antiautoritario de Europa en México y la lucha contra el estalinismo (1940-1950)”, *Política de la Memoria*, 2008/2009, pp. 131-139.

Richard J. Aldrich, “OOS, CIA and European unity: The American committee on United Europe (1948-60)”, *Diplomac & Statecraft*, 1997, pp. 184-227.

Alicia Alted, “La oposición al salazarismo en Ibérica (Nueva York, 1953-1974), *España-Portugal. Estudios de Historia Contemporánea* (dir. Hipólito de la Torre y Antonio Pedro), Editorial Complutense, 1998

Jordi Amat, “*La Calandria (1951)* en su contexto: la búsqueda agónica de un poetizar auténtico” en *Revistas Literarias Españoles del siglo XX (1919-1975), vol II (1939.1975)* (ed. de Manuel J. Ramos Ortega), Ollero y Ramos, 2005.

_____: “Europeísmo, Congreso por la Libertad de la Cultura y antifranquismo”, *Historia y política*, nº 21, pp. 55-72.

_____: a: “Grietas del realismo social: el coloquio sobre realidad y realismo en la literatura contemporánea (1963)”, *Ínsula*, nº 755, 2009, pp. 19-22.

_____: b: “Una relació epistolar inesperada: Antoni Maria Sbert i Dionisio Ridruejo”, *Randa*, nº 63, 2009, pp. 225-245.

Leyre Arrieta Alberti, “Años de esperanza ante la nueva Europa: la estrategia europeísta del PNV tras la Segunda Guerra Mundial”, *Ayer*, 67, 2007, pp. 207-233.

Laureà Bonet, “Auge y declive de la literatura social: un texto inédito de J.M. Castellet”, *Barcarola*, nº 77, 2011, p. 22-244.

“El diàleg entre Albert Manent i E. Múgica Herzog (amb Carles Riba i Dionisio Ridruejo al fons)”, *Revista de Catalunya*, Número extraordinario 2015/1, pp. 66-82.

Gustavo Bueno Sánchez, “José Ferrater Mora y el Congreso por la Libertad de la Cultura”, *El Catoblemas*, noviembre de 2012. Puede leerse en: <http://www.nodulo.org/ec/2012/n129p08.htm>

Josep Maria Castellet, “Collioure: la interpretación de un sueño colectivo” en 1959: De Collioure a Formentor (ed. de Carme Riera y Maria Payeras), Visor, 2009, pp. 11 – 22.

_____: “Las relaciones de los años 60”, dins de *Relaciones de las culturas castellana y catalana. Encuentro de intelectuales*, Textos i Documents, Generalitat de Catalunya, 1983.

Javier Cercas, “Cataluña y el método Ridruejo”, *El País Semanal*, 22/11/15.

J. Cervera Gil, « Ecos de la Guerra: el exilio antifranquista en la prensa francesa (1944-1953)», *Historia y Comunicación social*. Vol. 19. Páginas 133-152.

Josep Fontana, “Per què estudiar la revolució russa?”, *L’Avenç*, nº 411, p. 33.

Julián Gorkin, “Mi encuentro hispano-europeísta con Dionisio Ridruejo” en *Dionisio Ridruejo. De la Falange a la oposición*, Taurus, 1976, pp. 133-143)

Jordi Gracia, “Proceso evolutivo o crisis y conversiones: los años cincuenta y el viejo falangismo”, *Memoria de la guerra y del franquismo* (dir. por Santos Juliá), Taurus, 2006.

_____: “Prólogo a un largo manifiesto”. Prólogo a *Escrito en España* de Dionisio Ridruejo, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.

Fernando Hernández Sárnhez, “Una aproximación al tratamiento biográfico del dirigente comunista Jesús Hernández (1907-1971)”, *Ebre*, 2008, pp. 85-99.

Patrick Iber, “Anti-Communist entrepreneurs ant the origins ot the cultural Cold War in Latin America”, *De-centering Cold War History. Local and global change* (ed. De Jadwiga E. Pieper Mooney y Fabio Lanza), Routledge, 2013.

Fernando Larraz, “La recepción de la literatura del exilio republicano en la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* (1948-1975)”, *Bulletin hispanique*, 112-2, 2010, p. 722-723.

José-Carlos Mainer: “El lento regreso: textos y contextos de la colección «El Puente» (1963-1968)”, *El exilio literario español de 1939. Actas del Primer Congreso Internacional*, vol. 1 (ed. de Manuel Aznar). Puede leerse en: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-exilio-literario-espanol-de-1939-actas-del-primer-congreso-internacional-bellaterra-27-de-noviembre-1-de-diciembre-de-1995-volumen-1--0/html/ff70a9e4-82b1-11df-acc7-002185ce6064_131.html.

_____: “La palabra poética: José María Valverde en 1952” de José-Carlos Mainer, incluido en *La filología en el purgatorio*, Crítica, 2003, pp. 165-188.

Jorge A. Náállim, “Intelectuales y Guerra Fría: el Congreso por la Libertad de la Cultura en Argentina y Chile (1950-1964)”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 14, 2014. Puede leerse en: <http://www.anuarioiha.fahce.unlp.edu.ar/rt/printerFriendly/5555/6594>.

Patricia McDermott, “Gorkin y cia: una interrogación sobre la conspiración liberal a través de las revistas del exilio exterior e interior durante la guerra fría cultural” en *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939* (ed. de Manuel Aznar), Renacimiento, 2006, pp. 959-968.

Pelai Pagès, “El POUM durante la guerra civil: la obsesión del estalinismo”. Prólogo a *Espionaje en España de Max Rieger*, Espuela de Plata, 2007.

Paul Preston, “Prólogo” a *El mito de la cruzada de Franco* de Herbert R. Southworth, Debolsillo, 2008.

Carlos J. Ron y Fernanda Perrone, “Documenting inter-American cooperation: discovering the legacy of the Inter-American Association for Democracy and Freedom”, *The Rutgers Scholar*, vol. 2, 2000. Se puede leer en: <http://rutgersscholar.rutgers.edu/volume02/ronpeer/ronpeer.htm>.

Herbert R. Soutworth, “«El gran camuflaje»: Julián Gorkin, Burnet Bolloten y la guerra civil española” en *El mito de la cruzada de Franco*, Debolsillo, 2008, pp. 587-641.

Alan Wald, “V́ctor Serge y la izquierda antiestalinista de Nueva York”, *Política de la Memoria*, 2008/2009, pp. 141-148.